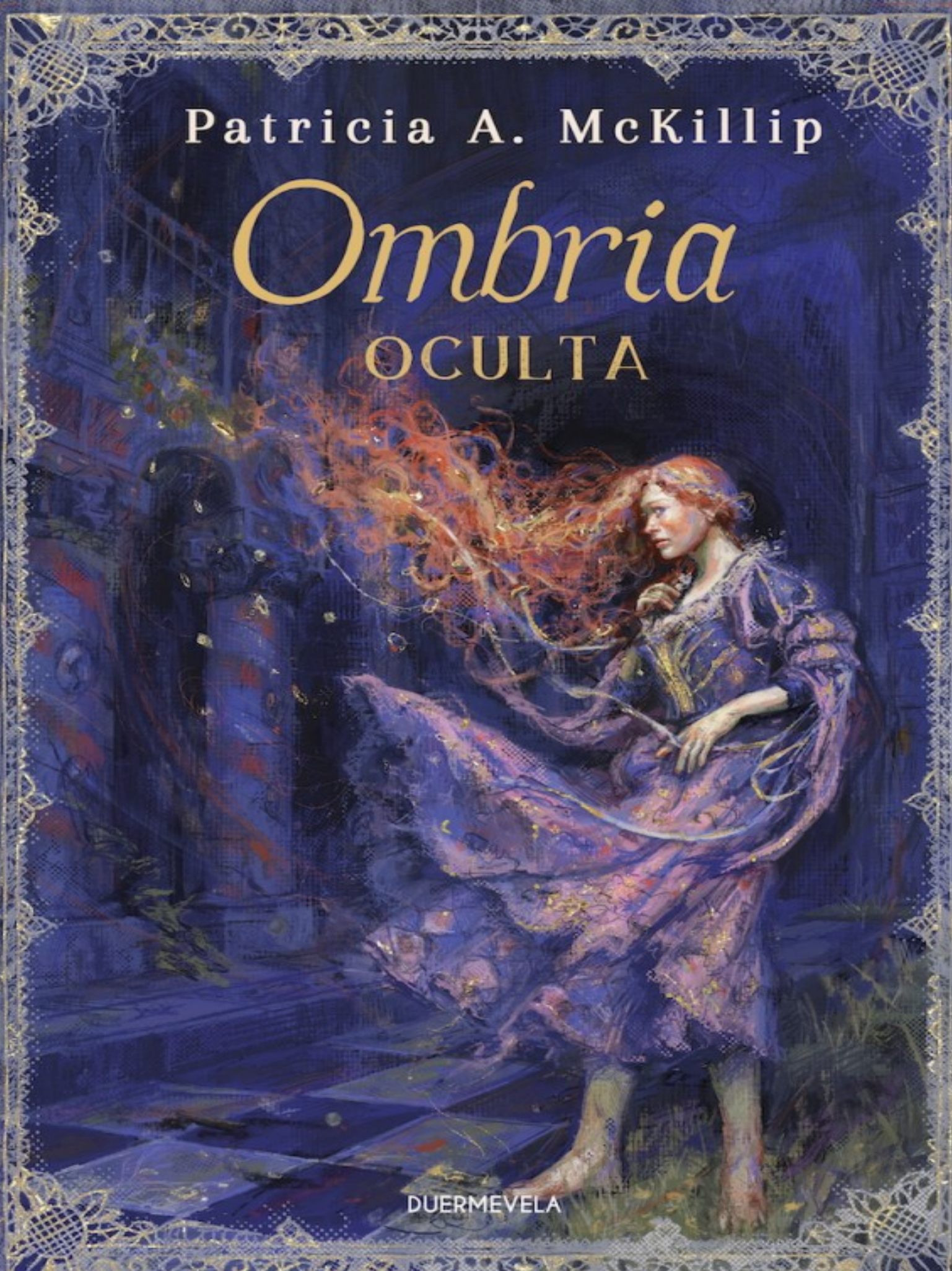
Patricia A. McKillip

Ombria

OCULTA



DUERMEVELA

Ombria

OCULTA

Patricia A. McKillip

Ombria

OCULTA

Traducción de

Rebeca Cardeñoso

Corrección de

Lara Moyano Alcántara

Título original: *Ombria in Shadow*

©Patricia A McKillip, 2002
Todos los derechos reservados

© de la traducción: Rebeca Cardeñoso, 2025
© de esta edición: Duermevela Ediciones, 2025
Calle Acebal y Rato, 3, 33205 Gijón
www.duermevelaediciones.es

Primera edición: noviembre de 2025

Ilustración de la cubierta: © Carlota Suárez
Corrección: Lara Moyano Alcántara
Maquetación: Almudena Mtnz Viña

ISBN: 979-13-990521-1-4
Producción del ePub: booqlab

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

La rosa y la espina
El corazón encantado
El gato y el ratón
El acertijo del alquimista
El Rey de los Lenguados
Zapatos de baile
Juego de manos
Mascarada
La aprendiz de la hechicera
La tienda mágica
El desconocido
Espejito, espejito
La joya del sapo
El laberinto
Cera y carboncillo
Aquí y allí
Sangre y rosas
Lo que dijo la mantícora
La señorita Espina
Ciudad de fantasmas
Lo uno o lo otro
Dos tutores menos
Triple tontería
Perdido y encontrado
La cacería salvaje

La distancia hace el olvido
Ombria oculta
Para siempre

UNO



LA ROSA Y LA ESPINA

El príncipe de la antigua ciudad de Ombria se encontraba en su lecho de muerte. Su amante, expulsada de la habitación por la negra mirada de Domina Perla, vagaba sin rumbo, como un pájaro sobre una ola, hasta que cruzó la puerta desprotegida de Kyel Greve y chocó con la cama en la que el niño jugaba con sus marionetas.

La hija del tabernero y el heredero de Ombria se miraron, pálidos y con los ojos enrojecidos. Kyel levantó la mano en la que sostenía la marioneta del halcón, que tenía plumas de seda y ojos de circonio teñido.

—Suéltate el pelo —dijo el halcón.

Lydea alzó los brazos y una multitud de perlas, horquillas y redecillas de oro se desparramaron por el suelo. La melena, del color de las hojas otoñales, le llegaba hasta las rodillas. El niño la observó largo rato sin parpadear, tanto que Lydea creyó que se había quedado dormido sentado en la cama enorme, pero acabó por espabilarse. Poseía los ojos azul zafiro de su padre, y también las mismas largas pestañas y el pelo negro. Era blanco como la cera, a excepción de la nariz enrojecida. Se la limpió en la manga.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Lydea con seriedad.

Alta y grácil, con la cabeza siempre un poco inclinada bajo el peso de un amor azaroso, había llegado al palacio del príncipe de Ombria tras la muerte de la esposa de este, cuando ella misma apenas había dejado de ser una niña. En cinco años, Royce Greve le había enseñado modales y la había ayudado a tener la presencia adecuada en aquel lugar complicado, pero no había

conseguido que dejara de morderse las uñas. Lo habría hecho en aquel momento si Kyel no le hubiera arrojado una marioneta.

—Oblígale a preguntar.

Metió los pobres dedos con sus uñas mordisqueadas en la cabeza de porcelana y pensó en lo apropiado que resultaba que se tratase de un ganso.

—¿Puedo sentarme? —preguntó el ganso.

—Sí —contestó el halcón.

—¿Dónde está tu escolta?

Kyel se encogió levemente de hombros, y el halcón respondió:

—Les ordenaron retirarse.

Lydea abrió mucho los ojos.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¿Y Circonita? ¿Dónde está?

—Domina le dijo que se fuera.

—¿De palacio?

El niño y el halcón asintieron al unísono.

—Dijo que soy demasiado mayor para tener una niñera.

—¿Quién lo dijo? ¿Circonita?

—No. Domina.

Una palabra que llevaba cinco años sin pronunciar acudió a sus labios; Lydea se tapó la boca con el pico del ganso. La mirada de Kyel se tornó sombría.

—Mi padre se muere y Circonita se ha ido. ¿Te quedarás conmigo?

—Un rato. —Recordó lo que le había pedido e hizo hablar al ganso—: Por un rato, señor —continuó con el acento más áspero de su infancia—. Un poco, patito.

—Soy un halcón, no un pato.

—El halcón era tu abuelo, Peregrine Greve, no tú. Tú eres un dulce patito.

Le acarició el pelo e intentó abrirse camino entre la pena para pensar. La razón la eludía; se sentía pesada, resignada, invertebrada, a duras penas conseguía levantar al ganso.

—No te dejaré aquí solo —prometió; eso al menos sí podía prometerlo, aunque significara perder la vida junto a él en aquella cama cubierta de marionetas.

Qué hacer, qué hacer… Cuando Royce Greve exhalara su último aliento, su tía abuela Domina se convertiría en regente en nombre de Kyel hasta que el niño fuera mayor de edad. Si le permitía vivir hasta entonces…

El ganso se precipitó de cabeza sobre la colcha bordada ante la mirada nublada de Lydea. ¿O habría sido Ducon Greve quien había dejado a Kyel indefenso a la muerte de Royce, quien había ordenado a los guardias que se fueran? ¿Podría un bastardo gobernar Ombria?, se preguntó. Si era lo bastante despiadado, fue su respuesta. Un perro pulgoso podría gobernar Ombria con tal de ser lo bastante implacable.

El halcón mordisqueó al ganso.

—Habla. —En ese momento, el halcón fue descartado en favor del Rey de las Ratas, con su corona de oro y sus ojos granates—. Háblame.

—¿Te cuento una historia? —preguntó el ganso.

—Cuéntame la del abanico.

Kyel se alejó rodando y sacó un abanico de la mesita de ébano colocada junto a la cama. Era un objeto delicado, hecho de finas tablas de marfil y una capa doble de papel de arroz doblado. Por un lado, había un dibujo y, por el otro, una intrincada silueta troquelada, un mundo de sombras bajo otro mundo pintado que se veía al sostener el abanico a la luz. Había pertenecido a la madre de Kyel.

Lydea lo abrió poco a poco, revelando la cara pintada.

—Esta es Ombria, señor —dijo el ganso—. La ciudad más antigua del mundo. La ciudad más hermosa del mundo. La ciudad más poderosa del mundo. La ciudad más rica del mundo.

»Este es el mundo de Ombria. —El ganso dio un golpecito sobre un pequeño palacio verde jade con vistas al mar—. Este es el palacio de los dirigentes de Ombria. Estos son los grandes y bulliciosos puertos de Ombria. Estos son los barcos de Ombria… —El ganso sujetó cuidadosamente el abanico con el pico y lo colocó en ángulo frente a la lámpara de forma que la luz lo atravesara—. Esta es la sombra de Ombria.

Una ciudad se levantaba tras Ombria, una creación de sombras que se cernían incluso sobre el palacio. Barcos de sombras surcaban las aguas; pequeñas personas de sombras recorrían las calles pintadas. El futuro gobernante de Ombria observaba sus dominios con la boca entreabierta.

—Háblame de la ciudad oculta. ¿También la gobernaré?

La voz del ganso se volvió soñadora, absorta en el cuento.

—La Ombria oculta es tan antigua como la nuestra. Hay quien afirma que es una ciudad completamente distinta, que existe junto a Ombria en un tiempo tan cercano al nuestro que hay lugares (calles, puertas, casas viejas) donde un tiempo se funde con el otro y una ciudad se convierte en la otra. Otros dicen que las dos ciudades existen en la misma corriente temporal, en este momento, y que atravesamos ambas cada día cuando recorremos la calle, que pasamos de la luz a la sombra y de nuevo a la luz… Así que ¿quién sabe si gobernará también en la Ciudad de Sombras, señor? Gobernará y no lo hará; da lo mismo, pues, aunque gobierne la Ciudad de Sombras, puede que nunca lo sepa.

—Entonces cómo… ¿cómo saben que está ahí?

El ganso guardó silencio. Sobre su cabeza pintada, el rostro de Lydea, con sus colores de otoño y los ojos nublados, se mantenía inmóvil, como esculpido en una pose serena de belleza atemporal consecuencia del amor, el miedo y el dolor. Recordaba las calles bulliciosas y abarrotadas de su niñez: un haz de luz cegadora que atravesaba un callejón demasiado oscuro para ver nada, una casa que unas veces estaba allí y otras en otro lugar…

—Dea, Dea, ¿cómo lo saben?

La joven parpadeó. Otra voz la había llamado así: «Dea, Dea», un suspiro satisfecho, solo en esos momentos, cuando estaban totalmente solos. En esa casa no había nada privado, nada en absoluto…

Unas gruesas lágrimas se acumularon en sus ojos. La puerta se abrió de golpe. Lydea se giró junto al ganso, los rostros de ambos expectantes y mudos. Pero no eran ni Domina Perla ni su guardia embrujado, que venía a ocuparse del niño. Era el hijo bastardo de Camia Greve, Ducon, de pie en el umbral, mirando a la rata y al heredero, a la amante y al ganso; a Lydea le pareció que tenía la misma expresión que una merluza sin cabeza.

—El príncipe ha pedido verte —le dijo a Lydea.

No se parecía a su madre, la hermana pequeña del príncipe, que había muerto una década después del nacimiento de Ducon sin haber confesado nunca quién era el padre. Su paternidad y posibles parecidos seguían siendo objeto de elucubraciones. La propia Lydea había intentado adivinarlo, pero no descubrió a nadie en la corte con ese mismo pelo blanco y crespo, a nadie con ojos plateados que solo reflejaban la luz ni con la sonrisita tensa que provocaba incluso a Domina Perla. A quién quería, lo que hacía con su tiempo, eran cosas de las que Lydea tenía solo una noción muy vaga. Ducon trataba a la amante de su tío con el mismo grado de cortesía que de indiferencia; no tenía la más remota idea de cuál era su opinión verdadera sobre ella. El joven tenía intereses extraños: le gustaba el arte y deambular por las calles, eso lo había deducido de las acuarelas que pintaba, en las que aparecían puertas miserables, muelles destartalados, escaleras que se desmoronaban y calles en sombra. Parecía adentrarse en los lugares más oscuros de Ombria sin miedo alguno. Royce le tenía cariño al bastardo de su hermana y lo había tratado con generosidad. Pero, tras cinco años en palacio, Lydea seguía sin saber si sentirse aliviada o preocupada por su presencia.

Dejó la marioneta sobre la cama y se levantó dedicándole una mirada ansiosa a Kyel, dividida entre el niño desamparado y el hombre moribundo. Ducon no le haría daño a Kyel, pensó, pero ¿quién podía arriesgarse en aquella casa a asumir que no conspirarían hasta el fuego y el agua?

Kyel eligió por ella, hablando sin miedo:

—Mi padre te llama. Ducon se quedará conmigo.

Intentó peinarse y de paso se aseguró de que Ducon iba desarmado.

—Déjalo suelto. Le gustará —dijo el joven escueto.

Lydea dejó caer los brazos y tardó un momento en ofrecerle lo que quedaba de sus pensamientos aturdidos. Kyel confiaba en él, tendría que conformarse con eso.

—Alguien ordenó retirarse a su escolta —dijo, muerta de miedo.

—Ya me he dado cuenta.

—Si Domina Perla… Si tuviera algún plan…

Ducon negó con la cabeza y escogió sus palabras con cuidado delante del niño:

—Sin Kyel, se desataría el caos. Sus herederos legítimos son ancianos y tienen miedo, y los vástagos más jóvenes podrían decidir apoderarse de aquello que no han heredado. Le conviene más convertirse en la regente de Kyel que provocar una lucha de poder en la Casa de Greve que podría expulsarla de una patada en sus vetustas posaderas.

Lydea dejó caer la cabeza un ápice, resignada.

—Es más probable que esa sea mi suerte, lord Ducon: la puerta de atrás y mis posaderas. Domina Perla seguirá de pie cuando la Casa se derrumbe a su alrededor.

Los ojos luminosos del joven no abandonaron su rostro.

—¿Tienes algún lugar…? —Se detuvo al ver que Kyel se revolvía en la cama, ansioso.

—Lydea no se irá. Lo prohíbo. —El niño levantó la marioneta del halcón, que los observó a ambos con ferocidad—. Seré el príncipe de Ombria y lo prohíbo.

—Señor —dijo Lydea con suavidad, devanándose los sesos para contestarles a ambos—, ¿sería posible que me concediera permiso para visitar a mi padre por un tiempo? Me quería mucho y no he… Llevo demasiado tiempo sin volver a casa.

El zarpazo del dolor le estranguló la voz. Se dio la vuelta deprisa y apenas escuchó la respuesta de Kyel, recordando la joven que, cinco años antes, había entrado en el gran palacio junto al mar embriagada de amor, hilando sueños mientras las nubes de tormenta se agolpaban a su alrededor, tan colosales que no era capaz de percibirlas. Una muchacha tonta con cerebro de mosquito. Le parecía increíble haber sonreído así, ciega ante el espanto de su madre. La mujer había muerto poco después de su partida. Si seguía teniendo un padre, este no se había molestado en hacérselo saber.

El halcón le dio permiso.

Después llegó el sueño despierta: la última mirada de Royce Greve, con la piel pegada a los huesos del rostro mientras levantaba una mano temblorosa para acariciar la larga cascada de su melena. Ocurrió algo. Lydea esperó a que

sus dedos la tocaran, pero reposaban sobre la colcha tejida como si no se hubieran movido nunca. A su alrededor, en el silencio deshabitado, las velas susurraron sus nombres: Royce, Lydea. Domina Perla la tocó.

Entonces se encontró camino de la puerta de poniente junto a la Perla Negra, que se aseguraba de que no permaneciera ni un segundo más del necesario en palacio. El patio estaba desierto. Un parterre de girasoles dejaba caer sus pesadas cabezas como plañideras; el mar respiraba despacio, en soplos de aire vacíos. El palacio parecía aguardar inmóvil el repicar de las campanas, cada ventana era un ojo testigo de su desgracia.

—Lo mejor es que te vayas —comentó Domina. Era menuda, compacta; no es que pareciese vieja, sino que emanaba antigüedad, como un soplo de aire rancio, de crujidos de huesos demasiado lentos para ser escuchados. Se teñía el pelo de negro desde que los más ancianos tenían memoria; no había nadie vivo que recordara un tiempo en el que no existiera. Llevaba el cabello recogido con perlas y peines de carey y su rostro agarrotado estaba cubierto de polvos blancos como la muerte. Sus ojos eran dos lunas frías y áridas—. En esta casa hay quienes te destriparían como carroñeros.

Lydea le dedicó una mirada cansada. Domina Perla no le había dado tiempo ni de cambiarse de zapatos, los tacones de zafiros llamarían la atención de todas las sombras en movimiento.

—Al igual que quienes pueblan las calles de Ombria.

—No pretenderías recibir una recompensa por amar.

—No. Pero, por extraño que resulte, tampoco esperaba recibir un castigo.

Domina se limitó a encogerse de hombros.

—Esto no es ningún castigo. Simplemente, aquí ya no hay lugar para ti. Vuelve con tu padre.

—No creo que mi padre quiera saber nada de mí.

—Entonces puedes probar suerte en los muelles —respondió Domina impasible—. En cualquier taberna encontrarán uso para ti.

—Prefiero morir —dijo Lydea con sencillez, y entonces el desparpajo de su niñez acudió a ella sin previo aviso—. Vieja arpía con pelo de cuervo, algún pájaro amargado se comió tu corazón hace tanto tiempo que ni te acuerdas de cómo ser humana. Puede que yo sea una lapa cabeza de chorlito sin nada a lo

que aferrarme, a punto de morir por culpa de unos zapatos, pero, si me entero de que le pones las manos encima a Kyel Greve, volveré de la tumba descalza a ponerte en tu sitio, pedazo de mausoleo fétido y repugnante.

La Perla Negra abrió la puerta. Dejó escapar una risita repentina, una brisa de hojas secas.

—No llegarás a la medianoche en la calle. Fuera. —La puerta se cerró con un sonido metálico y más fuerza de la necesaria—. Estás muerta.

Lydea, de pie en el lado equivocado de la puerta, en la calle oscura, con el pelo brillante cayéndole sobre los hombros y regalos de Royce en cada dedo, pensó que la vieja bruja seguramente tenía razón. Echó un último vistazo al palacio, donde vio a los cortesanos de elegantes ropajes arracimados, a salvo en los largos pasillos, todos rumoreando que Royce Greve había exhalado su último aliento y que esa era la última vez que ninguno de ellos vería a su amante, la tabernera, que tras cinco años allí había desaparecido en un instante, como si hubiera dejado de existir, bajo la mirada árida de Domina Perla.

Lydea les dio la espalda.

—Ya veremos —murmuró pensando en Kyel—. Eso ya lo veremos.

Se trenzó el pelo con rapidez, usando anillos aquí y allá para sujetarlo, se quitó los zapatos y los arrojó al parterre de girasoles. Sus rostros grandes y extraños, todo ojos, se estremecieron de una forma peculiar; algo crujió en su interior y se detuvo después. Lydea, que debía cruzar media ciudad de noche, los observó fijamente y comprendió que debía temer hasta a los girasoles; no podía fiarse de que la Perla Negra no hubiera sembrado la muerte entre ellos. Se alejó un paso, luego otro. Después, con lágrimas de dolor y de miedo resbalándole por el rostro, corrió de sombra en sombra y se adentró en la oscuridad.

No llegó muy lejos antes de que las sombras intentaran alcanzarla. La empujaron hacia portales iluminados y callejones negros. Una multitud de manos le tiraban del pelo, del corpiño, de los pies descalzos. Corrió por una calle lateral; alguien la agarró de la melena y le dio un tirón que la dejó de rodillas, después le envolvió la garganta con su propia trenza. Lydea gritó agitando los brazos. Las piedras se hicieron eco de su grito, le pareció que se

burlaban, pero de pronto se encontró libre sin motivo aparente. Se incorporó a trompicones, llegó al final de la calle y chocó con un cuerpo como un muro. Una mano descomunal le sujetó los brazos tras la espalda; una barba se hundió bajo su oreja. Un pájaro o un murciélago salió de las sombras y el hombre cayó a sus pies, desmayado de tanto beber, supuso ella, y Lydea echó a correr de nuevo intentando recordar frenéticamente aquellas calles laberínticas que tan bien conocía de niña. Las voces se le clavaban: «¿A dónde vas tan rápido, guapa? Camina con nosotros», «¿A qué viene tanta prisa?», «Estrellas, le brillan estrellas en el pelo», «Enséñanos tus estrellas, enséñanoslas nada más, y te dejamos en paz», «Ese es un callejón sin salida, ahí no hay nada, vuelve con nosotros aquí a la luz», «Detenedla, atrapadla, ha robado un tesoro y lo lleva escondido en el pelo…».

Se arrancó un anillo, lo tiró detrás de ella, y la mitad de su andrajoso séquito se enzarzó en una pelea por él en plena calle. Lanzó otro anillo; un pilluelo lo cogió y se lo tragó con una sonrisa. Arrojó otro, y otro más, hasta que la melena suelta se derramó sobre su vestido sucio y roto. Las risas acechaban demasiado cerca y se alejaban; las señales indicaban numerosas direcciones. Alguien le arrojó una botella que se hizo añicos a sus pies. Con un grito, siguió corriendo sobre espinas, sobre astillas de fuego.

Los carteles de las tabernas se mecían sobre su cabeza: La Doncella de Hierro, El Roble Errante, La Luna y La Lechuza. ¿Cuál era el de su padre? ¿Seguiría él allí? ¿Cómo se llamaba? Unos dedos la agarraron por la muñeca como un cepo, pero la soltaron de golpe, parecía que quemara. En ese instante, vio un rostro que la observaba sin amenazarla; un rostro que poseía una serenidad insólita bajo el halo de luz polvoriento de la farola, como si la joven ante ella fuera un fantasma. Entonces se acordó: La Rosa y la Espina, en Sheepshead Lane.

—Sheepshead Lane… ¿Hacia dónde? —dijo con voz ahogada.

El fantasma señaló el camino y desapareció, se disolvió en la nada. Lydea dejó escapar un sollozo perplejo y agudo. «¿A dónde puedo ir desde aquí? —suplicó en silencio a las sombras vacías—. ¿Cómo puedo encontrar la nada?».

Escuchó un parloteo; varios perros callejeros se habían unido a la cacería y ladraban salvajemente. Siguió corriendo sobre ascuas, sobre el filo de la navaja.

La detuvieron, la atraparon y la liberaron de nuevo sin motivo aparente, todos parecían sumidos en una borrachera que los había dejado ciegos y tambaleantes. Al girar en Sheepshead Lane, vio la rosa pintada que colgaba bajo la luna.

Se arrojó a la puerta y cayó de rodillas ante un hombre bajo, calvo y fornido que barría la paja empapada de cerveza del suelo. Se miraron de hito en hito. El hombre torció la cabeza y escupió.

—¿Así que has vuelto?

Lydea se separó de la puerta para que él pudiera atrancarla. Las voces y los ladridos se atenuaron, transformándose en maldiciones, risas y aullidos de perros apaleados. La joven se apoyó en un banco con los ojos cerrados, atenta a los escobazos bruscos y furiosos.

Por fin, habló:

—No tienes a nadie que barra.

—Me tengo a mí mismo.

—Sé cómo hacerlo.

—No ha sido una escoba lo que has sostenido estos cinco años.

Lydea abrió los ojos. Él apoyó la escoba en la barra y cruzó los brazos, su expresión otra puerta cerrada. La tristeza le ardió en la garganta, pero se tragó las ascuas; él no tendría compasión.

—¿Tienes a quien te limpie las mesas? —preguntó.

—Mi mano derecha.

—¿Y a quien lave los vasos?

—Estos días la calle está llena de tabernas —dijo escatimándole la respuesta —. Me arreglo con lo que tengo.

—Yo lo haría sin pedir nada a cambio.

—Como has hecho los últimos cinco años.

Lydea torció el gesto y bajó la vista al dobladillo rasgado, las rodillas magulladas y la paja ensangrentada sobre la que descansaban sus pies.

—En eso tienes razón. Fui así de estúpida. No suplicaré, pero…, si vas a echarme, por favor, espera a que se haga de día. Ahí fuera son despiadados.

—Escuché el clamor de las campanas —respondió él—, pero no creí que vinieras aquí.

—Allí no me quería nadie más que el niño.

—El niño. ¿Le permitirán vivir?

Lydea sacudió la cabeza sin poder articular palabra, le ardían los ojos.

—No lo sé —murmuró—. Está incluso más indefenso que yo.

Su padre removió la paja con el pie, observándola.

—Te dije que no te fueras.

—Lo sé.

—Y ella también. Te lo suplicó.

—Lo sé.

—Y ahora has vuelto.

—No te lo estoy suplicando —respondió ella con cuidado—. Y no me debes nada. Pero trabajaré.

—¿Con esos pies?

—De rodillas. En cinco años no me he acostado más que con el príncipe de Ombria, y esta noche he luchado por media ciudad para que así siguiera siendo. Hay otros lugares en los que me habrían aceptado, pero prefiero fregar el suelo con el pelo. Y las ventanas. Que falta les hace.

El hombre apretó la mandíbula y Lydea atisbó un resquicio, como si un postigo se abriera en sus ojos.

—Entonces —respondió él con voz suave—, hazlo. Friega el suelo con el pelo. Si sigues aquí por la mañana, en honor al recuerdo de tu madre, no te echaré.

Lydea extendió las manos. Aquella mañana habían sido suaves como plumas, llenas de joyas, cuidadas y perfumadas, pero en ese momento, sucias y ensangrentadas, los cardenales eran sus únicos adornos.

—¿Dónde está el cubo? —preguntó.

—Te lo traigo —dijo su padre, y fue a buscar su futuro detrás de la barra.

DOS



EL CORAZÓN ENCANTADO

Mag tenía siete años cuando descubrió que era humana. Hasta entonces solo había sido lo que Faey llamaba «mi muñeca de cera». Que Faey fuera capaz de crear una niña de cera para que la ayudase con unas cosas y otras estaba fuera de toda cuestión. Mag no sabía nada de su vida antes de que Faey la creara, y, cuando Faey le otorgó memoria, esta, junto con la mirada audaz y curiosa que paseaba por toda la antigua ciudad de Ombria, se convirtió en su mejor cualidad.

Para quienes sabían cómo encontrarla, Faey vivía en el pasado de Ombria. Parte del pasado de la ciudad se encontraba al alcance del tiempo, bajo las calles, en grandes y viejos túneles de caliza; las casuchas, las mansiones y el río sumergido que Ombria se había quitado de encima como una piel de serpiente olvidada y que había enterrado debajo de sí misma a lo largo de los siglos. Otras zonas eran menos accesibles. Todo el mundo sabía lo del pasado, igual que conocían los olores de las rosas, de los excrementos y de las salchichas al freír, así como la dirección del viento y los gritos de las gaviotas en los muelles en descomposición. Pero, aunque confiaban en la salchicha y en el aire, pocos eran los que prestaban atención al pasado de la ciudad. Eso a Faey le convenía, ya que vivía en la frontera entre el pasado y el presente. Los que la necesitaban seguían el olor de su trabajo hasta encontrarla. Los que no, pensaban que no era más que una filtración difusa de la cisterna de alguien, una sombra imprecisa al final de un callejón, y seguían sus interminables y complejos caminos por encima de su cabeza sin saber nunca cómo resonaban sus vidas en los intrincados pasadizos del tiempo, en el vacío que había bajo la ciudad.

Mag, que no se consideraba humana, entraba y salía con facilidad por los diversos lugares en los que Ombria se derrumbaba hacia su pasado. Para cuando cumplió siete años, ya conocía puertas por toda la ciudad. Estaba la puertecilla comida por los gusanos del muro caído del patio de la posada Ojo de Cuervo, detrás de los establos. Estaba la sombra al final del callejón Glover; la mirada aguda de Mag había notado que aquella sombra nunca cambiaba de posición, fuera por la mañana o al mediodía. Estaba el estridente parterre de girasoles junto a la puerta de poniente del palacio del príncipe de Ombria, donde las flores no hacían otra cosa que seguir el sol con sus rostros de pelo dorado y sus mil ojos. El príncipe de Ombria, a quien Faey llamaba el Libertino, nunca se molestó por lo que había al otro lado de sus puertas de hierro ni por sus delicados y gigantescos tallos que a veces se asomaban a observar el interior de los muros. Si Faey necesitaba otro par de ojos, Mag sabía cómo hacerlos crecer. La puerta a la Ciudad Subterránea se encontraba en medio de los girasoles: un agujero entre las raíces que parecía la madriguera de algún animal y que era en realidad la parte superior de una chimenea antigua. Los escalones que bajaban al mar desde los muelles llegaban más lejos de lo que nadie imaginaba. Alcantarillas, sótanos en desuso o agujeros bajo escaleras eran portales que los pillos de la ciudad habían descubierto. Mag los veía a veces revoloteando entre dedos de luz que se colaban por las alcantarillas, las ventanas rotas y los agujeros sobre sus cabezas; se dedicaban a explorar las calles secretas, se sentaban en los muros de casas sin tejado y comían manzanas robadas o registraban las habitaciones en busca de tesoros que aguardaban un poco más allá de su vista, en el momento que se encontraba solo un paso más allá. Faey siempre los descubría y no les permitía quedarse, por mucho que planearan instalarse en aquel lugar secreto, cálido y tranquilo y repoblar la ciudad en ruinas con una andrajosa colección de huérfanos. Se ponían nerviosos en cuanto la luz de arriba se iba apagando, echaban vistazos por encima de sus hombros esqueléticos y se rascaban las pulgas imaginarias. Faey hacía que las piedras que lanzaban a los arroyos retumbaran enormes distancias; que las viejas vigas y chimeneas susurraran; enviaba el aliento helado de algo a roncar en un sótano y acurrucarse

alrededor de sus tobillos, así que todos subían con esfuerzo y alivio de vuelta al peligroso anochecer de Ombria.

Mag había aprendido a moverse por las calles como se mueven los músicos por una melodía, sintonizando nota a nota con cada respiración y cada roce. Una voz severa en la oscuridad podía volverla invisible; el toque más sutil y desaparecía, subía por una tubería o se agazapaba en un barril y seguía bajando, cruzando una sombra o una puerta. Como no era humana, nunca se preguntaba lo que hacían los humanos. Los había visto robarse los relojes unos a otros, cortarse la garganta, romperse el corazón. Había observado a bebés recién nacidos arrojados con la basura del día anterior. Había pasado por encima de hombres borrachos que roncaban sobre los adoquines, había sorteado a mujeres con el rostro ensangrentado, desplomadas en sus vestidos elegantes y rasgados, llorando y maldiciendo en los callejones de las tabernas. Como ella era de cera, nada de aquello le importaba; bien podrían haber sido sueños o fantasmas que atravesaba cuando se movía, hasta que intentaban incluirla en sus pesadillas. Entonces se derretía como si una llama la hubiera alcanzado y se refugiaba flotando en un sueño más seguro.

El día que Mag se volvió humana, Faey la había enviado a hacer un recado a la zona luminosa. Mag llevaba un pañuelo de seda en la mano, como las damas que había visto recorrer las calles con pasos melindrosos. De vez en cuando se llevaba la seda a la nariz, imitándolas. Protegido dentro del pañuelo, resguardado en la palma de su mano, estaba el hechizo de Faey, el pequeño corazón que parecía de oro, pero en realidad estaba hecho de muchos componentes. Faey había tardado una eternidad en crearlo. Mag la observaba y la ayudaba, y aquella había sido la única ocasión en su corta vida en que había estado a punto de darse a la fuga como los huérfanos, camino de las calles enloquecidas y bulliciosas de arriba. Incluso Faey parecía afectada, le brillaba la piel pálida y le temblaba la voz de agotamiento. Apenas le quedaron fuerzas para enviar a Mag fuera.

—Llévalo al palacio —susurró—. Habrá alguien en la puerta de poniente.

Mag, que sentía una vaga añoranza por la luz impropia de la cera, decidió ir paseando por las calles de arriba hasta llegar a casa del Libertino.

Llevaba un vestido de encaje que había ajustado a su tamaño, unos delicados guantes negros que alguna dama había dejado caer en su pasado, los pies descalzos, el pañuelo en la nariz y volvía el rostro hacia el sol igual que los girasoles. No prestó la menor atención a las mujeres que le dedicaban miradas sobresaltadas ni a los niños que caminaban con afectación y entre risas en su sombra. No eran más que humo, los sueños sobrantes de la ciudad hundida y desierta. Eso creía ella, hasta que Gram Reed, que apacentaba una vaca en un pequeño prado situado detrás la posada Ojo de Cuervo, guio al animal hacia la calle mirando al lado por el que venía un carromato de cerveza mientras lady Barrow, que miraba hacia el lado contrario, por el que venía un carruaje de dos caballos, condujo a su viejo *spaniel* ciego a chocar contra la vaca.

El gemido del perro provocó que la vaca sacudiera la cabeza y, de alguna manera, los dientes del uno se encontraron con la naricita esponjosa de la otra. La vaca mugió, el perro, histérico, la embistió. Lady Barrow cayó sentada en los adoquines dejando a la vista las medias remendadas de lana bajo una avalancha de encaje. Gram Reed, horrorizado, se detuvo para ayudarla. La vaca dio un tirón para alejarse de aquellos dientes amarillos que intentaban morderla, se soltó de la cuerda y se precipitó entre mugidos hacia ENCAJES AMALEE, IDEALES PARA OCASIONES SOCIALES O DISCRETAS. De la tienda salieron diversos ruidos de pájaros: chillidos de loro, gritos de pavo real, trinos de pinzón. La vaca volvió a mugir. Se escuchó un sonido como el de una puerta que da un golpe al cuarto trasero de una res. La vaca cargó hacia fuera de nuevo, con varios metros de tiras bordadas y un par de bragas llenas de lazos enganchadas en un cuerno.

Gram Reed gimió. Lady Barrow se desmayó y se le cayó la peluca en un charco. Mag soltó una carcajada. No se había reído nunca en su vida; la cera no se ríe. Se llevó tal susto al escucharse que se metió el pañuelo en la boca. Se atragantó con algo y tragó. Fue en ese momento, en equilibrio entre el espanto y la risa, una posición demente en la que había observado que los humanos pasaban la mayor parte de sus vidas, cuando comprendió que era una de ellos.

Volvió a tragar y sintió que el corazón que tenía en la garganta se disolvía. Por un segundo fue una niña delgada, despeinada y descalza que llevaba un

vestido de mujer roto y unos guantes cinco tallas más grandes y observaba aproximarse a una vaca cargada de ropa interior. Después, la costumbre se apoderó de ella y, para cuando la vaca se había escorado hacia la taberna La Rosa Negra, Mag ya estaba encaramada en una tubería. Gram Reed, que abanicaba el rostro de lady Barrow con su peluca, maldijo con vehemencia y lanzó la peluca de vuelta al charco. Las señoras de la tienda de encaje se acercaron entonces a ayudar a la dama, y Gram se metió en la taberna en busca de su vaca. Mag se dejó caer de la tubería y se sentó debajo, parpadeando.

Aparte de lo de ser humana, algo más le había ocurrido.

Todo parecía susurrarle secretos: los adoquines, el desagüe borboteante, el latido de su propio corazón, las paredes delgadas de la ciudad por las que se colaban las voces y los sueños como si fueran sangre o luz. Quería tocarlo todo, sentir la textura rugosa del granito, la sedosidad del agua corriente, el revoltijo de pelo humano y equino en la peluca de lady Barrow. Quería tocar las bolsas azuladas bajo los ojos cerrados de la dama, sentir el latido de la vida que vibraba en ellas. Le daba la impresión de que podía escucharlo todo. Gram Reed y el tabernero discutían; una paloma se hurgaba las plumas con el pico en busca de una pulga; de la pared trasera le llegaban murmullos amorosos; unos pasos en una habitación en silencio; una gota de agua que resbalaba por la tubería; el indignado relato de Amalee, aderezado con temblores y bruscos sonidos glotales, al describir cómo había irrumpido la vaca en la tienda, y los chismorreos más alborozados de los huérfanos desde el callejón de al lado.

«Y entonces la chica de Faey trepó por la tubería moviéndose tan rápido como una araña que salta; primero ahí, y la vaca venía hacia ella; un momento después allí, y la vaca en la taberna con los lazos al aire. Y el viejo Beakernose Bailey no se molestó ni en sacar la nariz del vaso, se limitó a alargar el brazo como si llevara esperando aquel momento desde el día que nació, agarró los pololos del cuerno de la vaca y se los metió en la manga…».

La chica de Faey. De repente, la calle resultaba demasiado ruidosa. ¿De verdad la veían tan bien como para hablar de ella? ¿Y, si no la había creado Faey, entonces quién? Cayó de rodillas, le dieron náuseas y se arrastró hacia el callejón. Allí, se deslizó por la ventana hasta llegar a una pequeña habitación en un sótano que nadie recordaba. La estancia bajaba y bajaba, era una enorme

ladera de tierra, el suelo se había derrumbado hacía décadas. Mareada, con los murmullos de las piedras y los fantasmas a su alrededor, siguió el curso del río silencioso, en cuyas aguas oscuras se reflejaban lámparas invisibles dibujando un patrón junto a la orilla. Al cruzar un puente, cruzó también al pasado. Las lámparas se volvieron reales e iluminaron el camino hasta la casa de Faey junto al agua. La puerta se abrió. El ama de llaves, apenas visible con su ropa arcaica, le dio la bienvenida. El único sonido que escuchó Mag en la casa tranquila y lujosa fueron los ronquidos de Faey. La niña subió a trompicones hasta su cama y durmió.

Faey, a la que pocas cosas le pasaban desapercibidas, la vio marcharse tambaleándose de su habitación más tarde y dirigirse con el rumbo errático de una mariposa hasta el aseo. La observó salir de él. Mag, que se sentía pesada, lenta y confundida por el tintineo de los ruidos de la gran ciudad, no vio la mano levantada de Faey ni sintió el golpe. Al recibirlo, salió disparada hacia atrás y se quedó sentada contra la pared, con la mirada perdida de una muñeca de trapo y los ojos abiertos de par en par. Faey, que tenía que repetir todo el trabajo, y encima esa vez sin la ayuda de la niña de cera, que se encontraba indispuesta, declaró, entre apenada y exasperada:

—Solo le durará tres días.

Pero algunos efectos perduraron años.



Mag nunca le dijo a Faey que había descubierto que no la había creado ella. A la vista de cómo eran los humanos (furiosos, desordenados, crueles, borrachos y estúpidos), decidió seguir siendo de cera. Si no lo decía en voz alta, razonó, nadie lo sabría. Si pronunciaba la palabra «humana», se convertiría en una. Aunque otra persona hubiera creado su cuerpo, Faey era quien había conformado su mente, y Mag no tenía ningún deseo de modificarla. La hechicera, que era eficiente a su manera, decidió que Mag debía resultar más útil y ser capaz de comprender lo que veía en Ombria. Así que empezó a enviarla con clientes agradecidos del mundo de arriba para que la educaran. La niña aprendió a leer en el cuarto trasero de un burdel elegante, leyendo las

palabras que le señalaba un dedo perfumado y lleno de joyas sobre el papel. Aprendió idiomas de un contrabandista retirado que hablaba tres con fluidez y se apañaba con otros siete, y cuyo loro le proporcionó un tentador vocabulario que el contrabandista se avenía a traducir previo suministro de una dosis de jerez envejecido. Produjo fuegos espeluznantes y hedores y burbujas subterráneas en las habitaciones abarrotadas de libros de un cervecero que por las noches se ponía una túnica larga y adquiría una expresión solemne para hablar de la transmutación del mundo físico y el espiritual. Mag, cuyo concepto del mundo espiritual consistía en las voces que hablaban en los fuegos de Faey, prestaba escasa atención a esas imprecisas ideas filosóficas bañadas en cerveza. Tampoco notó las miradas de corderito que le dedicó el hijo menor del cervecero durante años. Pero amaba los fuegos de colores y las sales, las esencias, el instrumental, las explosiones ocasionales. Aprendió matemáticas ayudando a un pastelero con sus recetas, y a la mujer del pastelero con las cuentas. La historia de Ombria, la estructura precaria e intrincada de la familia gobernante, así como la telaraña que formaban sus calles, pareció aprenderla con el respirar, o al escuchar las reverberaciones en el aire. Los hechos extraños la encontraban y se aferraban a ella; Mag tejía el mundo a su alrededor con mano experta, la ignorancia era peligrosa, y el corazón que se había tragado se había convertido en su defensa.

Pasaron siete años hasta que se encontró con la mujer a la que debería haberle entregado aquel corazón. Faey le había llevado el segundo al palacio en persona; su pequeña ayudante seguía todavía aturdida por el impacto. Siete años después, habían recibido una segunda petición de la puerta. Para qué, Faey no lo dijo, pero Mag, al observar cómo leía la nota que le había entregado el hombre sin lengua, vio que fruncía los labios.

—Esa mujer —masculló la hechicera, y se giró para rebuscar entre los frascos, cajas, murciélagos disecados y sacos apolillados—. Vieja araña. Tendría que haber muerto hace cien años; es un milagro que no se le entrechoquen los huesos cada vez que se mueve.

—¿Qué quiere? —preguntó Mag poniéndole nombre a la descripción.

—Por eso no te preocupes, pero esta vez no te lo tragues. Ven a sujetar esto.

Mag se levantó de la silla de pan de oro en la que se sentaba. Con catorce años recordaba a una vela, alta, delgada y pálida como la cera a excepción del pelo, una maraña de un dorado pajizo, y de los ojos rasgados, del color del café con demasiada leche. Seguía vistiéndose con lo que encontraba en los viejos baúles y armarios de las mansiones en ruinas. El vestido de seda negra con cuentas de azabache y encaje blanco que llevaba aquel día le daba un aspecto erudito que desentonaba con su melena despeinada. Faey, que había nacido en Ombria antes de que esta tuviera un pasado, se había ido hundiendo bajo tierra poco a poco con ella. Como ya no recordaba su propio rostro, solía cambiar de cara con tanta frecuencia como de ropa. Mag se había acostumbrado a despertarse y encontrarse con una desconocida que hablaba con la voz profunda, ronca e imperiosa de Faey. En ese momento, tenía el pelo rubio canoso y los ojos violeta y lucía una especie de túnica de alquimista adornada con multitud de espejitos cosidos. Le entregó a Mag una madeja de seda en una bobina para que se la sujetara y se dirigió al otro lado de la estancia desenhebrando un hilo. En el pasado aquello había sido un salón de baile. Los tonos pastel y los candeleros lujosos seguían aferrándose a las paredes a pesar de los hechizos que deberían de haber chamuscado la pintura. Faey arrancaba los cristales de las lámparas de araña como si fueran fruta cuando los necesitaba, y se había puesto todos los rostros de los retratos. Los espejos, de tanto uso, estaban ensombrecidos con imágenes.

Mag había adivinado gracias a la extensión del hilo lo que hacía Faey y sintió una tensión peculiar en la garganta, como si el corazón dorado siguiera ahí atascado. Se preguntó quién estaba a punto de morir.

Ocultando su nerviosismo tras el tono dulce y ambiguo que había aprendido en el burdel, preguntó:

—¿Es que no puede hacer sus propios hechizos?

—¿Domina Perla? Algunos sí, pero este no. Este es antiguo, no arroja sombras en su creador y no deja rastro. —Faey resopló, en parte por el polvo y en parte por Domina—. Su maldad supera su talento. Su esencia es casi toda imaginación. Pero, ahí arriba, eso funciona.

De pie en la pared más alejada, Faey midió una longitud menor y cortó la seda con precisión, sus dientes afilados como tijeras. Mag la observó con la

mirada fija. Eso era lo que los humanos se hacían unos a otros: quitarse la vida y luego fingir que no habían sido ellos. Faey era honesta a su manera; era demasiado poderosa para necesitar mentir. Pero Mag, que sentía el corazón dorado de nuevo en la garganta, tuvo la sensación de que entregarles la muerte a otros humanos la convertiría irremediablemente en humana a ella misma.

—Quédate quieta —dijo Faey.

—Lo estoy.

La hechicera midió otro trozo corto y lo partió con la boca. Sujetando los tres extremos entre los dientes, trenzó los dos más cortos con el más largo que sostenía Mag. Esta observó cómo las sombras se estremecían en el borde de la habitación y escuchó a Faey murmurar con claridad mística. El hechizo pareció viajar entre temblores del hilo a su oído. Faey se sacó los extremos de los hilos de la boca y los pellizcó. Tres gotas de sangre cayeron al suelo. Cogió la luz de una vela que tenía detrás entre los dedos y aproximó la llamita a la trenza. La llama siguió su camino y ella recogió cenizas y sangre en la palma de la mano. Mag se quedó inmóvil, inexpresiva, como algo tallado en cera. Un pájaro aleteó sobre la llama, un cuervo carroñero de humo, que observaba y esperaba. Mag lo desafió con la mirada; era un sueño, un deseo de Domina Perla, nada. La llama llegó al final de la trenza y empezó su largo y lento trayecto por el hilo más largo dejando tras de sí una fina estela de ceniza.

—Quédate quieta —susurró Faey—. Aguanta.

—Sí —respondió Mag, y pensó: «Soy cera, un producto, no soy nada».

Poco a poco, la llama se acercaba a ella; una gota de sudor resbaló por su rostro de cera. A la llama la seguían palabras que bajaban por la estela de ceniza; Mag quería inclinar la cabeza y sacudírselas del oído. Por fin, la llama la alcanzó; le llegó la voz de Faey, cansada e inexpresiva, desde el otro lado del salón.

—Sóplala.

Mag agachó la cabeza e inspiró en vez de soplar.

Faey no lo notó, o no importó. Empezó a envolver el hilo de ceniza en la mano mientras Mag jugueteaba con el sabor en la boca y se preguntaba a quién pertenecería esa vida. Faey colocó el rollo de cenizas en una caja de marfil y envió a Mag con ella al palacio.

Los girasoles languidecían junto a la puerta; los pájaros les habían arrancado los ojos. Mag estaba de pie entre ellos, sola en las calles de Ombria, mecida por un fresco viento de otoño; su mirada atenta lo captaba todo, incluso el gato negro que se escabullía en la oscuridad. Vio la sombra que salió del palacio antes de verla a ella. Una mujer pequeña apareció entre las puertas bajo la luz de las antorchas.

Llevaba un vestido negro de seda ajustado como una mortaja y un peinado estrambótico: un severo moño alto como una montaña sobre la frente en el que podría haber escondido todo un arsenal de armas diminutas. Mag percibió el aroma de vejez que emanaba, no era el de una persona deteriorada, sino el olor polvoriento de los huesos viejos. Se quedó quieta entre los girasoles con la pose decidida de un gato, los murmullos de las hojas disimulaban su respiración. Por fin, la mujer la sintió y clavó la mirada en los tallos lánguidos sin pestañear. Levantó un dedo y lo dobló.

—Ven aquí.

Mag se movió hacia la luz. Los ojos de la mujer parecían ver más de ella que ningún otro antes.

—Perteneces a Faey.

Mag no dijo nada, no quería entregarle a aquella vieja córvida ni siquiera el sonido de su voz. Domina Perla sonrió, una sonrisa delgada como una arruga en el cuero viejo.

—Me pregunto a quién pertenecerás en realidad. ¿Te encontró en algún portal? ¿O tienes un origen más complicado? ¿Es demasiado estúpida para descubrir que sabes que eres humana? Eres curiosa. Te gusta saber cosas, descubrir secretos. Te diré esto: si vuelvo a encontrarte observándome, te destruiré con tanto esmero, tu pasado y tu futuro, que ni siquiera Faey recordará que existías. Dame la caja.

Aquella noche, el príncipe de Ombria, que había sufrido dolencias extrañas y repentinas durante toda su vida, se puso muy enfermo. Mag se quedó sentada hasta muy pasada la mañana junto a la chimenea que subía hasta las raíces de los girasoles, escuchando retazos de las conversaciones que reverberaban en las paredes de piedra mientras los carruajes de los médicos y de los familiares distantes cruzaban traqueteando la puerta. Se quedó dormida

escuchándolos con la cabeza apoyada en las piedras de la chimenea. En sus sueños, escuchó las voces que flotaban desde arriba diciéndole que la vida del príncipe había sido perdonada por algún motivo misterioso y que no moriría esa noche. Lo último que vio, sin saber si era un recuerdo o una advertencia, fueron dos ojos tan negros e inmóviles como los de una rana vigilándola.

TRES



EL GATO Y EL RATÓN

Cuando el príncipe acabó postrado en su lecho de muerte dos años después, fue sin la intervención de Faey. Al recibir la noticia del fallecimiento de su tío, Ducon Greve cogió en brazos a un lloroso Kyel y desapareció, o eso le pareció a todo el mundo. Nadie fue capaz de explicarle a Domina Perla cómo se habían desvanecido de camino a despedirse del difunto, aunque, le aseguraron, todos los habían estado vigilando en todo momento.

—Me lo temía —dijo la Perla Negra con aspereza—. El bastardo matará al niño. Encontradlos.

Ducon, que había pasado gran parte de su vida explorando el panal de túneles secretos, puertas escondidas y escaleras detrás de escaleras del antiguo palacio lleno de recovecos, escuchó la conversación desde un pasadizo estrecho detrás de la pared del pasillo en el que se reunían los guardias y los cortesanos. Llevaba a Kyel en un brazo y sujetaba una vela con la otra mano. Kyel se aferraba a su cuello, silencioso y con los ojos muy abiertos, observando las sombras que caían en picado por las paredes paneleadas que tenían delante. En otras de sus excursiones, Ducon había colocado velas en los candeleros, pero permanecían apagadas; esta vez, sabiendo que los buscaban, no dejó un rastro de luz tras de sí. No tenía la menor idea de lo bien que conocía Domina Perla el palacio. Si los encontraba a solas, sin testigos, podría matarlos a ambos y culpar al mudo Ducon del asesinato del niño.

—¿Ya podemos hablar? —susurró Kyel.

Ducon, que todavía oía murmullos al otro lado de la pared, se llevó un dedo a los labios. El niño volvió a guardar silencio; estaba tan atónito por los pasadizos secretos que ocultaba la casa que se había olvidado de llorar. Había sido su carita pálida y su llanto quedo y desesperanzado cuando le dijeron que su padre había muerto y que Lydea no había querido quedarse con él lo que le había roto el corazón a Ducon. Había cogido al niño en brazos sin pensar, y también sin pensar lo había alejado todo lo que había podido del tiempo y de la muerte para calmar su dolor.

Se detuvo ante tres paneles con bisagras cubiertos de rosas talladas. Los paneles se abrieron cuando los tocó. Unos pocos pasos hacia arriba los condujeron a una estancia sin ventanas dentro de una planta de habitaciones secretas invisible desde el exterior del palacio. Las habitaciones estaban llenas de tapices apolillados y pequeñas sillas duras y recargadas, parafernalia de otros siglos ya olvidados. Posó a Kyel en el suelo.

—Ahora podemos hablar.

Kyel estudió su alrededor y después levantó el rostro hacia Ducon, observándolo con los ojos azul oscuro de su padre.

—¿Estamos en un lugar secreto? —preguntó.

—Este lugar es tuyo. Todos los secretos, esta casa, toda Ombria es tuya.

—No tuya.

—No. Ni mía ni de Domina Perla.

—Pero tú conoces todos estos lugares secretos.

—Tu padre conocía unos cuantos —respondió Ducon con una pequeña sonrisa.

—¿Es aquí a donde ha ido Lydea?

—No. —La sonrisa se esfumó. Ducon se arrodilló y abrazó a Kyel para que no le pudiera ver el rostro. Lydea era una llama apagada, el ayer; Lydea, sola en las calles de Ombria, se transformaría poco a poco en algo que ninguno de ellos reconocería, si es que sobrevivía lo suficiente como para que volvieran a verla—. Regresó con su padre.

—Domina Perla dijo que no quiso quedarse conmigo.

—Se equivoca. Lydea te quiere mucho. —Dudó un momento, no sabía cuánta amargura podría entender el niño aquella noche—. Se habría quedado

por ti.

—Domina la obligó a irse —susurró Kyel. Apretó el rostro contra el pecho de Ducon escondiéndose de lo que veía. Su voz se elevó de pronto, amortiguada por la camisa del joven—. Domina obligó a Circonita a irse, y a Lydea. ¿Y a ti?

—Quizás.

Kyel levantó el rostro, colorado y anegado de lágrimas. Cogió aliento para gritar; Ducon volvió a abrazarlo con fuerza, apretando su rostro contra la mejilla cálida y húmeda de Kyel.

—Chis. Si nos escuchan, ya no será un secreto.

—¡Dile que no!

—Se lo dirás tú. No ahora, cuando seas grande. Por ahora debes hacer todo lo que te mande y, cuando quieras decirle que no, debes hacer un dibujo de eso a lo que quieres negarte. Te mostraré un lugar secreto para que lo dejes allí. No le digas nunca que no a la cara hasta que seas lo bastante mayor como para obligarla a hacer lo que tú quieres. Te ayudaré cuando pueda. Prométeme…

—Ducon, no te vayas.

—No me iré a no ser que no me quede más remedio.

Sostuvo el rostro de Kyel entre sus manos, viendo a su tío de nuevo. Sintió el pulgar del dolor oprimiéndole la garganta. Tragó saliva y juntó la frente con la de Kyel.

—Por favor —musitó—, juega conmigo a este juego de silencio, dibujos secretos y escondites. Por favor. Prométemelo.

Kyel se derrumbó sobre él. Pasó mucho tiempo hasta que lo prometió, y cuando lo hizo apenas fue un suspiro.

Ducon lo llevó a los pisos superiores del palacio, le enseñó la telaraña de pasadizos, le mostró ingeniosas puertas forjadas que llevaban a habitaciones, cámaras, salones de baile. A Ducon no le interesaban demasiado esos secretos; una vez aprendió a caminar por ellos, se limitaba a usarlos para llegar al lugar que más le intrigaba, a donde dirigía a Kyel poco a poco. El niño, a veces en brazos, a veces de su mano, iba por propia voluntad, aunque tenía el rostro pálido y entumecido por el dolor y la conmoción. Parecía tener la esperanza de que, si caminaban lo bastante lejos, Ducon lo sacaría de su posición de tristeza,

miedo y desconcierto y lo guiaría hasta una mañana en la que su padre solo estaba dormido y Domina Perla no existía. Llegaron hasta la cima escondida y olvidada del palacio, tan alto que, cuando escucharon el golpeteo en el tejado como de patitas de ratones, Kyel preguntó asombrado:

—¿Qué es eso?

—Lluvia.

El agua caía, caía y caía, como la canción que Ducon le había oído cantar a Lydea una noche, la voz de la joven bajaba y bajaba mientras los párpados de Kyel se cerraban poco a poco. El niño se aferraba a la mano de Ducon, pues había otros ruidos a su alrededor además de la lluvia. Las viejas paredes lloraban, la madera se pudría, la vieja argamasa se desmigajaba y el yeso más nuevo se desangraba, húmedo e hinchado como si el interior de la casa sufriera. Las palomas en sus nidos escucharon sus pasos y abandonaron volando las vigas, adentrándose en la oscuridad. Ducon sintió la lluvia en el pelo. Habitaciones enormes se cernían alrededor de su vela parpadeante; las sombras se desplazaban y suspiraban. El fuego arrancaba oro de la oscuridad: láminas doradas que rodeaban las puertas y las grandes ventanas en estancias en las que los pasos de bailes lentos y complicados habían quedado marcados en el suelo. Ducon había dibujado aquella puerta, aquella ventana; las observó entonces, de pie en la frontera imprecisa entre la luz y la oscuridad, y se preguntó si la ardiente estrella de luz en una esquirla de cristal era un reflejo de su vela u otra luz que se acercaba a su encuentro.

El palacio, igual que la ciudad, llevaba hundiéndose sobre sí mismo más tiempo del que nadie podía recordar; los suelos se encogían, la pintura astillada revelaba otras capas debajo, las vigas y travesaños cambiaban sin cesar, noche tras noche, siglo tras siglo. Ducon, por motivos que él mismo apenas comprendía, se había convertido en testigo de ese cambio con cientos de bocetos y acuarelas que había ido dibujando durante años. La Perla Negra rebuscaba entre ellos de vez en cuando y los dejaba desordenados, sin importarle que él supiera que los había visto. Ducon se preguntaba si sabría por qué pintaba la misma puerta una y otra vez con diferentes luces. Mezclada entre los portales, verjas, umbrales, escaleras y callejones de Ombria, engañaban a su vista; Domina Perla creía que solo paseaba por las calles de la

ciudad en busca de todas sus entradas en ruinas. O al menos eso pensaba y deseaba él, que no se fueran a encontrar con ella esperándolos en el corazón del viejo palacio.

Kyel hizo un ruido y trastabilló; Ducon se percató de que había estado caminando medio dormido. Se agachó para cogerlo. El niño temblaba de frío y tenía cara de agotamiento, pero se volvió hacia él en sus brazos, con la vista fija en aquella esperanza hacia la que Ducon había caminado hasta tan lejos. No era más que otra puerta. Esta se distinguía por los lirios pintados que se entrelazaban en los largueros de madera labrada. Uno de ellos estaba agrietado, vencido bajo el peso cambiante del techo, la pintura se había deformado hacía mucho tiempo. El otro seguía lleno de lirios en flor en delicados tonos verdes y morados. Ducon se detuvo.

Se quedó mucho tiempo ahí, en el umbral, bajo el dintel, en el momento entre dos mundos, observando la losa plana de oscuridad que ni siquiera su vela podía penetrar, y Kyel acabó por dormirse apoyado en su hombro.

El aire temblaba en el umbral y olía a hierba, lluvia dulce y lavanda. Una luz soltó una chispa, reflejando la vela de Ducon; cómo de cerca o lejos, no podía saberlo en aquella completa oscuridad. Se escucharon voces, susurros. Una campana entonó su lento canto fúnebre, distante y leve dentro de la sombra, por alguien que había muerto. Ducon sintió la gélida mano del dolor y el asombro deslizarse sobre él. Alterado e incapaz de moverse, escuchó una segunda campana, esta más alto, a su lado de la sombra, su enorme boca abierta emitía las palabras que Royce Greve ya no podía pronunciar. Ducon cerró los ojos, que le ardían, y se preguntó si habría en la Ciudad de Sombras alguien inmóvil igual que él, en un lugar secreto, escuchando las campanadas fúnebres de una ciudad dentro de un cuento.

Kyel se despertó cuando dejaron la lluvia atrás y volvieron a entrar en el laberinto de pasadizos secretos.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

Ducon caminaba rápido, había tomado una ruta más corta y estaba atento a los pasos y las voces inesperados.

—Todavía no.

Kyel dormitó de nuevo y se despertó otra vez cuando Ducon se detuvo junto a una puertecita. Apagó la vela, la colocó en el candelero junto a la puerta y lo deslizó. La puerta se abrió una rendija con un crujido.

—Esta es la habitación de Circonita —suspiró Ducon—. Como ya no tienes niñera, se quedará vacía. Aquí me puedes dejar los dibujos. El otro lado de esta puerta es un espejo. En el marco dorado del espejo hay dos joyas rojas. Empújalas las dos a la vez y la puerta se abrirá. ¿Te acordarás?

—Dos joyas rojas —repitió Kyel obediente. Tenía los ojos medio cerrados.

—Es un secreto —le recordó Ducon —. Nuestro secreto.

Empujó la puertecita y la cruzó. Cuando el espejo se cerró tras ellos con un chasquido, una punta de estoque, rápida como un rayo y tan fría que quemaba, serpenteó esquivando a Kyel y se detuvo sobrevolando el hueco de la garganta de Ducon.

Kyel hizo un movimiento brusco; el filo cortó.

—No —dijo el niño, despierto del susto.

Ducon, helado, tenía la mirada clavada en los ojos fríos de uno de los guardias de la familia, que había observado sus idas y venidas al exterior durante años sin hacer ni una pregunta. El rostro vacío y lóbrego del guardia era tan inexpresivo que parecía hipnotizado. Ducon comprendió que ya no reconocía al hombre al que quizás mataría; ya solo reconocía a Domina Perla.

Ducon la vio entonces, de pie en silencio junto al umbral, entre el dormitorio de Kyel y el de la niñera. Más guardias entraron en tropel, adelantándola, con las espadas desenvainadas y las miradas vacías fijas en la presa de la Perla Negra. Ducon no sabía si lo había visto salir de la pared; sus ojos no delataban nada. Tampoco importaba; sorprendido, comprendió que su vida terminaría allí, tras un paso en el espejo.

Pero, de nuevo, se llevó una sorpresa.

—Llevad al príncipe a su cama —dijo Domina Perla a los guardias que se agolpaban alrededor de Ducon, punzantes como un erizo—. Llamad a sus cortesanos. Dejadme el bastardo a mí.

El estoque lo liberó. Ducon posó a Kyel con delicadeza en el suelo y sintió su temblor. El niño cogió aliento para hablar. Ducon sacudió levemente la cabeza y Kyel se tragó las palabras, apretando mucho los labios. Se aferró a su

primo con la mirada hasta que los guardias ocuparon sus posiciones alrededor de él y lo ocultaron de su vista.

Domina Perla cerró la puerta tras ellos y estudió a Ducon un momento en silencio. Su rostro, pensó él, cansado, parecía un paisaje desolado, un desierto, un precipicio, más que algo humano. Le devolvió la mirada mientras la sangre del corte del estoque le empapaba la camisa.

La vieja mandíbula se abrió con un chasquido.

—Ducon Greve. No te necesito para gobernar Ombria. Ni siquiera necesito al niño. Cualquiera de sus parientes decrépitos y pálidos en la línea de sucesión me serviría, y seguramente me daría menos problemas. Soy más vieja que la memoria de ninguna otra persona viva en esta corte. Me han llamado tía abuela de los gobernantes y sus herederos mucho más tiempo del que a nadie le importa descubrir. Con un príncipe recién salido de la cuna y sus herederos directos a un paso de la tumba, por fin puedo asumir el poder. Nadie se atrevería a negarme mis derechos a la cara. ¿Lo harás tú?

Parecía una pregunta retórica, pero Ducon abrió la boca para ofrecer una respuesta imprudente de todas formas. Una telaraña de arrugas cubrió el rostro de la mujer, que bajó la voz.

—Sí. Te conozco así de bien. Así que te advierto una vez, ahora, que, si me desafías o si conspiras contra mí o si interfieres en mis planes de alguna manera, mataré a Kyel y te cargaré con la culpa. ¿Entendido?

—No —musitó él—. No te entiendo en absoluto.

La Perla Negra le mostró los dientes rotos y amarillos, como si fuera un gato salvaje de la antigüedad. Ducon comprendió que le ofrecía su versión de una sonrisa.

—Bien. Tengo muchos ojos en este palacio, muchos oídos. Si me traicionas, lo sabré. Preferiría mantener al niño con vida para conservar una apariencia de continuidad. Una ilusión de esperanza. El príncipe está muerto, larga vida al príncipe. Puede que necesite ese engaño para mis propios propósitos con otras cortes, en otros países. Pero su vida depende de ti, lord Ducon. Si no haces nada que me ponga en peligro, no haré nada que le ponga en peligro a él.

Se dio la vuelta. En ese instante, Ducon pensó en lo fácil que sería aplastarle los huesos de pajarillo secos del cuello con las manos. Domina Perla se detuvo, lo miró de reojo, y él sintió unas manos tan frías y lisas como el cristal que le rodeaban la nuca y apretaban.

—Una palabra, lord Ducon —escuchó a través de un repentino viento negro que rugía en su cabeza—, de advertencia.

Se despertó algo más tarde a los pies del espejo, con la garganta tan en carne viva como si se hubiera tragado un estoque. Consiguió incorporarse y tambalearse hasta la cama de Circonita. Allí le consoló un poco el aroma de violetas que aún perduraba en ella y el recuerdo de sus manos delicadas, hasta que la larga noche abrió sus ojos de sapo dentro de sus pensamientos para observarlo.

CUATRO



EL ACERTIJO DEL ALQUIMISTA

Así que esa vieja escoba por fin se ocupó del Libertino —dijo Faey. Durante toda la noche una solitaria campana del palacio había repicado su canto fúnebre. Al amanecer, se unieron a ella las campanas de las torres de reloj de toda la ciudad. El aire parecía vibrar con unas poderosas e invisibles alas de hierro—. Y ha dejado a un niño para gobernar junto a un tío abuelo senil o ella misma como regente. No me hace falta una bola de cristal para saber que ella será la regente y el bastardo su siguiente víctima.

—¿No el niño? —preguntó Mag.

Por una vez, estaban desayunando a la hora del desayuno. Faey iba vestida de riguroso luto. Había tomado la ropa y el rostro demacrado, bello y tocado por el dolor, de un cuadro que colgaba sobre ella en la pared. Las sombras las servían, vagos esbozos de color y movimiento vestidos de forma heterogénea que a menudo parecían no verse unos a otros. La cocinera de Faey era una mujer eficaz y colosal que mantenía las cocinas en una luz tenue permanente y fingía no darse cuenta de quiénes en su personal eran personas y quiénes eran sombras.

—Ducon Greve no heredará, ¿por qué lo iba a temer Domina Perla?

—No heredará, pero podría decidir cogerlo por la fuerza. La bruja será capaz de controlar al niño durante muchos años… Para siempre, si lo hace bien desde el principio. Ducon es una variable desconocida.

Sí que lo era. A pesar de lo mucho que había espiado bajo los girasoles, Mag había oído muy poco sobre él. Rompió un pedacito de la tostada y dio un

respingo. Se había torcido el pulgar en un altercado durante la huida de la noche anterior. Al recordar la discusión en la puerta de los girasoles, sintió un repentino impulso de inmiscuirse en política. El palacio, que durante años le había parecido menos accesible y mucho menos interesante que las calles de Ombria, estaba empezando a adquirir interesantes tonalidades de luces y sombras. Surgía gente para alinearse a ambos lados. El niño y la anciana se miraban el uno al otro. La amante desterrada, con una fregona entre las manos, ocupó su puesto junto a Kyel. ¿Dónde se situaría Ducon Greve?, se preguntó Mag. ¿A solas? ¿Un hombre dividido, con un pie en la sombra y otro en la luz? ¿O junto al pequeño príncipe? Seguro que no con la vieja escoba, capaz de barrerlo del presente hacia el pasado con la misma pulcritud con la que había barrido a su tío.

Faey, que deglutía arenques ahumados con una calma absoluta a pesar de su rostro desesperado, le dedicó una rutilante mirada negra desde el otro lado de la larga mesa.

—No estarás pensando, ¿verdad, mi chica de cera? No te creé para que pensaras.

—De vez en cuando —admitió Mag— se me ocurre un pensamiento.

—Bueno. Las creaciones como tú rara vez son perfectas. Mantente alejada de Domina Perla. Aunque sea nuestra clienta, es despiadada. No te quiero en las inmediaciones de sus pensamientos.

—Pero habías dicho que es sobre todo imaginación.

—Así es —dijo Faey suavemente—, y tú también. Te derretirá como a una vela si te interpones en su camino. No me irrites con tus razones, mantente alejada de su sombra.

—Sí, Faey.

—Quiero que vayas arriba. Necesito algunas cosas. No tardes, tendremos trabajo hacia el mediodía. Aquellos que temen la limpieza de Domina Perla se dispersarán por la ciudad en busca de amuletos protectores.

—¿Cómo puedes trabajar para ellos —preguntó Mag con curiosidad— y al mismo tiempo para ella? Desharás tus propios hechizos.

Faey se encogió de hombros.

—Son negocios. Los que pagaron por protección no van a venir a exigirme que les devuelva el dinero si la protección falla. —Rebuscó con la lengua una espina extraviada, se la sacó con delicadeza de la boca y se levantó—. Ven a verme cuando hayas terminado; te daré una lista de lo que quiero de ahí arriba.

Mag, a solas con los fantasmas, jugueteó con las migas y albergó uno o dos pensamientos selectos. Le sirvieron café aderezado con menta y chocolate. Se lo llevó a la cara como si fuera una flor y respiró con fuerza, después dio un sorbito elegante. Si la Perla Negra le pedía a Faey ayuda para que el mundo se librase de Ducon Greve, ¿sería una ganancia o una pérdida para el mundo? Faey reunía sus poderes y a su chica de cera para lidiar con la muerte de nuevo. Mag quería saber en nombre de quién podría arriesgarse a sufrir la ira y la desconfianza de Faey al desbaratar sus hechizos. Para Faey, los negocios eran negocios. No le guardaba rencor a nadie, ni siquiera a los que hacía daño, y suponía que su chica de cera pensaba igual. Pero su chica de cera sentía, con la misma fuerza con la que la cera siente la llama en la mecha, que Domina Perla era algo completamente distinto.

Sus huesos, su sombra y sus ojos fríos y húmedos no auguraban nada bueno para Ombria. Sus maniobras se habían comido el corazón de la misma en sus mejores días; ahora estaba ocupada en transformar la ciudad en una carcasa amarga, reseca y maltrecha. Faey parecía indiferente a las ocupaciones de la Perla Negra en la ciudad o en el palacio, como si al vivir debajo y en el pasado no pudiera ser alcanzada por las intrigas del mausoleo. Pero Domina Perla, por encima de todo, tenía una gran capacidad de odiar a la que Faey parecía ajena. La Perla Negra había expulsado a la amante del príncipe para que la asesinaran en la calle, aunque su único crimen había sido su inocencia desconcertada. Como mínimo, contemplaba la muerte de un niño. Volvería a asesinar en secreto, con la ayuda de Faey o sin ella. Mag, a quien le fascinaban los secretos, estudiaba el café con aliento tembloroso. ¿Cuánto poder acumulaba la vieja escoba? ¿De dónde lo había sacado? ¿Quién era? ¿Procedía de Ombria o había nacido en algún país distante hacía tanto tiempo que ya no quedaba de él más que el nombre y su dudosa contribución, la indestructible Perla Negra?

La mujer del cuadro recuperó la voz de pronto y gritó:

—¡Mag!

La joven dio un saltito culpable.

—¿Sí, Faey?

—Estás pensando, chica de cera.

Tomó una decisión repentina y se terminó el café mientras subía.

—Ya voy —dijo tanto a Faey como a la joven en Sheepshead Lane, cuyos zapatos de zafiros había lanzado chimenea abajo en el parterre de girasoles. Los llevó con ella cuando salió a la superficie, ya de día.

Compró un corazón de cordero en la carnicería. Esperó en una entrada familiar en un callejón hasta que le entregaron los ojos de cabra y las velas hechas de grasa del mismo animal. En una tiendecita con ventanas polvorientas y un cartel antiguo de botica, recogió huesos en polvo y extractos de extrañas plantas carnosas que habían sido tomadas de los barcos piratas de Domina Perla. Compró violetas para la cocinera. En la cervecería cambió plata por mercurio y una vasija de la cerveza favorita de Faey. El hijo del cervecero tuvo problemas para contar el cambio, no dejaban de caérsele las monedas, hasta que su amable padre, con el que la muchacha había estado charlando, se fue a cargar unos cuantos barriles para un mercader. Entonces, mientras Mag colocaba la vasija en la cesta tratando de no aplastar los ojos de cabra ni las violetas, el joven alargó el brazo por encima del mostrador y la cogió de la mano. Ella levantó la vista, asombrada. Tenía los dedos gordos y húmedos, y Mag necesitaba recuperar su mano para recolocar los ojos de cabra.

—Mag —dijo él con voz ronca. Su rostro serio e intenso, en el que asomaba ya la sombra azulada de la primera barba, estaba bañado en sudor—. ¿Es que no ves que estamos hechos el uno para el otro? Hemos crecido juntos, como la noche y el día. Eres la luna de mi sol, eres la plata de mi sol en ciernes. Me completarías…

—Espera —rogó ella—. La vasija está aplastando las violetas.

—Cásate conmigo. Juntos nos convertiremos en la maravilla que buscamos, la transmutación del tiempo en eternidad…

Mag resopló con poca elegancia y sintió algo extraño en los huesos, un pánico desacostumbrado, una urgencia desesperada para la que apenas tenía

palabras. La veía como humana.

—Te equivocas —dijo fríamente—. Y, por lo que sé de alquimia y de matrimonios, todas las maravillas se terminan en las expectativas.

—¡Mag!

El joven se aferraba a la cesta mientras ella recolocaba la vasija.

—Además, yo le pertenezco a Faey.

—Pero ella no es tu dueña…

—Sí que lo es. Soy su chica de cera.

—Pero…

—La cera se transmuta en humo y en aire, no en oro.

—¡Pero yo te quiero!

Mag se limitó a observarlo fijamente, perpleja. El muchacho levantó los brazos al cielo en un gesto de desesperación y escapó con un gemido.

Las sombras en la calle la informaron de que el tiempo pasaba, pero robó un poco del de Faey al coger un atajo que atravesaba una tienda abandonada y lo que parecía la pared cegada de un callejón para llegar a Sheepshead Lane. Allí encontró La Rosa y la Espina, donde había visto por última vez a la mujer hostigada y ensangrentada que había escapado de la noche, a salvo tras aquella puerta cerrada. La moza de taberna que cojeaba mientras servía cerveza y guiso de cordero no reparó en Mag. Tenía los ojos hinchados por las penas y el cansancio, y el pelo brillante oculto bajo un gorro. El hombre detrás de la barra, calvo y corpulento como el pomo de una puerta, la vigilaba con atención. Trabajaba con paciencia, sin quejarse, aunque de vez en cuando apretaba la mandíbula de dolor. Mag dejó caer un zapato de zafiros en el cubo vacío de la esquina detrás de la barra y se escabulló antes de que la vieran.

No descendió por el agujero más cercano, como había sido su costumbre de niña, sino de una forma mucho más serena por una escalera de marfil que nacía en el mundo de arriba y no parecía más que una inocente escalerilla que empezaba en la puerta de un sótano. Abajo, Faey se quejó del retraso, pero estaba demasiado ocupada para pedirle explicaciones. Un caballero del palacio había enviado una petición junto a su oro para obtener un método con el que detectar veneno. Mag suspiró. La tarde sería apestosa.

A última hora recibieron más trabajo. Dos días después, Mag se encontraba junto a la orilla del río, delante de la casa de Faey, mirando el agua oscura y lenta con párpados pesados. Las farolas de la orilla, fantasías de hierro que representaban palacios, carruajes y galeones llevados por el viento y que Faey encendía cuando se acordaba, arrojaban sus flores de fuego al agua. Las casas junto al río se hundían en la humedad y revelaban habitaciones pálidas y elegantes, chimeneas gigantescas, cuadros delicados. A veces sus tejados se elevaban y sostenían las calles de arriba. Algunas habitaciones todavía cerradas emitían luces frágiles; las sombras se movían como sueños a través de las cortinas de seda. La Ciudad Subterránea deambulaba y entraba en cuevas, cruzaba arroyos y afluentes, flotaba hacia una distancia sin horizonte, sus calles avanzaban sobre abismos en cuyas profundidades se veían otras luces reflejadas en el agua oscura.

Mag podía oler los hechizos en el tafetán color marfil de volantes que llevaba. Los olía en su piel. Los hechizos esperaban en cajitas menudas y caras, listos para ser entregados. «Trágate esto y nada de lo que comas o bebas podrá hacerte daño». «Desenrolla esto y colócalo sobre tu puerta de entrada; nadie será capaz de pasar por encima». «Coloca esto junto a ti de noche, dará la alarma si percibe algún peligro». Domina Perla los encontraría, esas baratijas de brujería, y le enviaría su propia petición a Faey: un hechizo que deshiciera todos los demás.

Como decía Faey, no quedaría nadie vivo para quejarse. Mag se tragó un bostezo y contempló el dedo de luz solar que caía desde muy arriba, a través de la rendija de una alcantarilla, hasta el agua. Encontraría una rendija por la que entrometerse en ese hechizo, decidió. La Perla Negra no debería salirse con la suya tan fácilmente. Sobre ella, los adoquines traqueteaban sin parar bajo los carruajes que arrastraban lazos negros colgados en las puertas, todos camino del gran funeral solemne que por fin pondría término a las campanadas constantes.

—¡Mag! —Faey la llamó a voces desde la casa, o en el interior de su mente, Mag estaba demasiado cansada para distinguirlo.

—Ya voy —respondió, pero se retrasó un momento más con los párpados entornados, buscando en la orilla ensombrecida el lugar por el que alguna

mujer habría venido hacía años para dar a luz en la oscuridad a un bebé con ojos color nuez y abandonarlo allí, berreando en la ciudad olvidada, hasta que la hechicera de la ciudad abandonó la cama, masajeó su anciano rostro hasta que adquirió una forma reconocible y salió a descubrir qué la había despertado.

—¡Mag! ¡Muchacha de cera! Te necesito ahora, no mañana.

«¿O me encontrarían abandonada en alguna alcantarilla de arriba —pensó Mag con frialdad— y me entregarían junto a un cubo de salamandras y unas pocas raíces de mandrágora a la hechicera que vive bajo tierra a cambio de unas pocas monedas?».

Por fin, se movió.

—Ya voy.

—Quiero que vuelvas a salir —le dijo Faey, y le entregó otra lista—. Cuando regreses, podrás descansar. Estos últimos los puedo hacer yo sola.

Entonces la olfateó. No era una persona particularmente susceptible, pero los conjuros habían sido potentes. Sus propios párpados colgaban como lunas crecientes de agotamiento, pero se movía con brío, reuniendo ingredientes aquí y allá.

—Cámbiate de ropa y airéate, chica de cera. Una dama debería aspirar a oler a rosas, no a azufre.

«Rosa», pensó Mag.

Un par de horas después, con los recados hechos y la hechicera satisfecha, Mag se sentó entre los ociosos ocupantes de La Rosa y la Espina. Como ellos, vestía de negro. Parecía que toda la ciudad se ataviaba en tonos funerarios, no solo por la muerte del príncipe, sino en un duelo vigoroso y temerario ante la esperanza de ser enterrado junto a él. Mag, en un brocado tan antiguo que la urdimbre de hilo plateado estaba deslustrada, era apenas visible bajo los largos velos negros que se había enganchado en el sombrero. Quienes captaban un atisbo de su cintura delgada y los dedos gráciles a la vista por encima de los mitones de encaje se encontraban con las fantasmagóricas vendas negras y volvían a mirar sus vasos, incómodos. La moza de la taberna, con los ojos vidriosos por el dolor y el clamor incesante de las campanas, se acercó

cojeando hasta Mag. Incluso a ella la sacó de su dolor el sobresalto ante aquella aparición.

—¿Qué quiere…? —Vio un destello del tacón de zafiro bajo el velo y se quedó sin voz.

—Te traje el otro zapato —dijo Mag con voz queda.

La atención de la moza se centró en el ópalo montado en oro que sostenían las dos perlas de los índices de Mag; cerró los ojos de repente como si le pincharan.

—Y esto también te pertenece —añadió Mag—. Se lo cogí a un marinero. Los demás se han perdido.

La mujer levantó la vista del anillo al encaje oscuro que escondía el rostro tras él.

—Eras tú —susurró—. Fuiste tú la que me ayudó aquella noche. Por eso salí con vida de la persecución. Pero ¿cómo? ¿Por qué me ayudaste?

Mag, que no se había parado a pensarlo, se encogió levemente de hombros y descubrió las respuestas.

—Me gusta entrometerme —dijo con sencillez—. Y no me gusta Domina Perla. Estaba escondida entre los girasoles en la puerta de poniente cuando te expulsó del palacio.

La mujer trataba de adivinar la fuerza y la agilidad que se escondían tras el brocado y el encaje.

—Pero ¿cómo? —repitió.

Mag se quitó un alfiler de azabache del sombrero y se pasó la punta larga y punzante por el dedo. La mujer abrió la boca, pero no emitió ningún sonido; observó muda cómo Mag volvía a colocar el alfiler en su sitio.

—¡Lydea! —ladró el tabernero desde la barra—. Apunta la comanda de la señora y lleva esta cerveza antes de que se le vaya la espuma.

Lydea pasó su peso de un pie vendado al otro, pero no se movió del sitio.

—¿Dónde puedo verte después? —preguntó de golpe—. Según él, le debo horas por mis transgresiones. En este momento dudo que pueda vivir lo suficiente para satisfacerlo.

—¿Quién es?

—Mi padre.

Mag lo estudió con curiosidad.

—Yo nunca he tenido uno.

—Tiene sus ventajas y sus inconvenientes. Pero estoy en deuda con él por dejarme quedarme aquella noche. Y parece que a ti te debo mucho. ¿Dónde vives?

«Bajo tierra —pensó Mag en silencio—, con una hechicera llamada Faey». Su realidad nunca antes le había causado sorpresa. Pero los ojos cansados y atormentados de Lydea intentando verla con claridad entre las sombras desconcertaban a Mag de forma extraña. La gente sabía poco de ella, solo que pertenecía a Faey. Nunca le habían pedido que se explicase a sí misma en términos humanos.

—Es un sitio difícil de encontrar —dijo débilmente.

—Oh.

—Pero podrías ayudarme ahora.

—¿Cómo? —preguntó Lydea de inmediato.

—Debes haber conocido a Ducon Greve mientras vivías en el palacio. ¿Merece la pena salvarlo?

—¿Merece…? —repitió Lydea anonadada—. ¿Salvarlo en qué sentido? ¿De qué?

—De la muerte.

Lydea la miró fijamente. En la mesa de al lado, su padre hacía traquetear una bandeja con irritación; el cristal y el peltre entrechocándose no fueron capaces de atraer la atención de su hija. Lydea acabó por recuperar la voz:

—¿Está en peligro?

—Faey, la mujer con la que vivo, piensa que lo estará.

Lydea seguía perpleja. Mag suspiró en silencio, apenas agitando los encajes, y se explicó con más claridad.

—Faey piensa que Domina Perla le pedirá que cree algo que deshaga a Ducon.

—¿Deshacerlo?

—Algo sutil. Un conjuro del que nadie sospecharía.

Lydea enarcó las cejas y alzó la voz.

—¿Para matarlo?

—Será algo que entre dentro de las capacidades de Faey.

Lydea palpó en busca del respaldo de una silla, pero no se sentó.

Su mirada aturdida y horrorizada parecía no esperar nada humano bajo el velo.

—¿Y ella lo haría?

—Son negocios —dijo Mag ecuánime—. Pero creo que Faey se preocupa un poco por Ombria, no le gusta nada la Perla Negra.

—¿Y tú? —La voz de Lydea desaparecía por momentos, agazapada en lo alto de su garganta—. ¿Qué es lo que haces?

—La ayudo.

Lydea dio un paso atrás ante su respuesta; después se detuvo de nuevo, observando muy confundida la contradicción velada que tenía ante sí.

—¿La ayudas a matar?

—No —dijo Mag con suavidad, su mirada fija en un nudo de madera en el suelo, entre los zuecos de Lydea, como si Faey estuviera escuchando debajo de los listones—. Eso lo hace muy raramente y, entonces, encuentro maneras de inmiscuirme sin que lo sepa. —Se detuvo, recordando el regusto a sangre y fuego cuando había devuelto el aliento por primera vez a uno de los conjuros de destrucción de Faey—. Por eso te pregunté sobre Ducon Greve. Si merece la pena salvarlo o si Ombria estaría mejor sin él. No es fácil modificar los hechizos de Faey. Y no sé lo que me haría si me descubriera. ¿Tú qué crees? ¿Debería tomarme la molestia?

Lydea se quedó observándola perpleja. Entonces volvió la mirada a su interior para examinar sus recuerdos, y Mag atisbó, bajo el rostro apenado y agobiado, la belleza de estructura delicada de quien había sido la amante del príncipe hasta pocos días antes.

—Nunca lo conocí demasiado bien —respondió Lydea despacio—. Mantenía su vida y sus pensamientos ocultos, al menos de mí. Kyel confiaba en él. Eso podría ser una ventaja para Ducon, o todo lo contrario. No estoy segura. No le tiene aprecio a Domina Perla, pero ¿y quién sí? Sé que vaga a menudo por la ciudad. Le enseñaba a Royce los dibujos que hacía de cosas extrañas que llamaban su atención en la calle. Puertas, callejones tortuosos, ventanas de sótanos con rejas. Yo no los entendía. Royce le decía que debía

tener más cuidado, pero salía solo, sin armas, y regresaba cuando quería. Como no tenía un lugar en el mundo, dijo una vez, podía ir a todas partes.

«Como yo», pensó Mag, sobresaltada al identificarse con él.

—¿Qué aspecto tiene? —preguntó.

—No se parece a nadie que haya conocido. Tiene un aspecto sorprendente, con esos ojos plateados y el pelo tan blanco como las espinas de los peces, aunque no será mucho mayor que yo. Parece capaz de cuidar de sí mismo en la noche de Ombria.

—Como yo —murmuró Mag, ya intrigada. Tras la barra, el tabernero volcó una bandeja entera de tazas en el fregadero; Lydea dio un respingo ante el estruendo. Pero se quedó un poco más, atrapada por otro recuerdo.

—Una vez mencionó una taberna. ¿Cómo se llamaba? El Rey de los Lenguados. A Kyel le hizo gracia el nombre.

—Lo buscaré allí —dijo Mag. Deslizó el anillo por el dedo y lo dejó caer en una taza vacía. El zapato lo sacó de debajo del velo y lo colocó en el bolsillo del delantal de Lydea tan rápido que solo centelleó una única gema antes de desaparecer. Se habría levantado entonces, pero Lydea se había acercado a ella, perpleja de nuevo, y preocupada por lo que podía haber liberado en la vida de Ducon.

—Por favor —rogó—, déjame verte la cara. Elegiste salvarme y ahora has puesto a Ducon en tu balanza. Eres alguien que lidia con la vida y la muerte, y necesito ponerte rostro, o te veré siempre como ahora en mis pesadillas, toda cubierta de negro y con la tez invisible.

Mag, muda ante la inesperada imagen de sí misma como la pesadilla de alguien, se quitó el alfiler del sombrero. La taberna casi se había vaciado por el funeral; los que quedaban habían olvidado su interés en ella. Los velos se separaron fácilmente en la parte de atrás. Parpadeó ante la luz repentina y le devolvió la mirada a Lydea mientras se recolocaba los prendedores en el improbable nido de cigüeña dorado que era su pelo.

Lydea, de nuevo perpleja, acarició un rizo de su pelo salvaje.

—Eres tan joven —murmuró—. ¿Fue a ti a quien vi bajo la luz de la farola aquella noche? ¿Quien me indicó cómo encontrar La Rosa y la Espina?

Mag asintió.

—En ese momento parecías un poco perdida.

—Lo estaba, mucho. ¿Cómo te llamas?

—Mag.

—¿Solo Mag?

—Así me llamó la hechicera.

Se colocó el pelo otra vez en el sombrero gigantesco, se recolocó los velos y se puso de pie. Lydea la observaba con preocupación, aunque Mag no entendía el motivo exacto.

—Si quisiera encontrarte, preguntarte sobre Ducon…

—No me busques —aconsejó Mag—. Vendré a verte, pase lo que pase con él.

—A lo mejor —dijo Lydea con pesimismo—, si sigues pronunciando el nombre de la Perla Negra a la luz del día, me quedaré esperándote aquí hasta que haya pagado las transgresiones de la ciudad entera. Ten cuidado con esa mujer.

«Ignorar una advertencia, pase —pensó Mag—. Ignorar dos es una tontería. Ignorar tres, doble tontería…». Salió de la taberna y se detuvo, extrañamente desorientada, como si el cielo se hubiera vuelto del verde de la hierba o el sol hubiera decidido cambiar de fase como la luna. Entonces se dio cuenta de que los ruidos de la ciudad habían regresado a la normalidad.

Las campanas de Ombria guardaban silencio.

CINCO



EL REY DE LOS LENGUADOS

Ducon Greve estaba de pie frente al mausoleo de la Casa de Greve. La cúpula pelada y las columnas rechonchas que la sostenían cercaban el cubo central manchado de liquen, cuyas puertas pesadas se habían abierto para aceptar a un nuevo gobernante de Ombria más. El mármol blanco estaba oscurecido, erosionado por los siglos. El mausoleo se encontraba en un ancho altozano verde con vistas a una franja de mar reluciente más allá de las filas ordenadas de cipreses. La verja de hierro tras los árboles contenía una marea negra de dolientes venidos de la ciudad. Cortesanos de palacio, nobles y familiares se repartían formando una luna creciente ante el mausoleo. Todos guardaban silencio, inmóviles, como hechizados por el clamor constante y estremecedor de las campanas.

El niño heredero de Ombria estaba junto a la Perla Negra, rodeados los dos por una escolta de guardias palaciegos. Ducon nunca se encontraba lejos de Kyel, aunque las filas de guardias se apretaban tanto alrededor del heredero que apenas se le veía. Como si, pensó Ducon, Domina Perla temiera alguna rebelión sangrienta instigada por las tías abuelas de ojos enrojecidos y sus ancianos consortes. Él se había colocado en un grupo de primos lejanos y otros familiares cuyos nombres se descolgaban como arañas por los bordes del árbol genealógico. Era desde donde mejor veía a Kyel. El niño lo buscó una vez, abriendo mucho los ojos al descubrir a todos los desconocidos que lo rodeaban y poniéndose colorado, como si estuviera a punto de echarse a llorar. Ducon se movió un poco y Kyel lo descubrió. Ducon le sonrió y el pánico se retiró de la mirada de Kyel. Domina Perla se colocó entre ambos.

Entonces llevaron al padre de Kyel al oscuro interior del mausoleo, iluminado con velas. Los cortesanos salieron; el príncipe muerto no. Después de lo que pareció un intervalo muy largo, durante el cual lo único que se movió fue el viento, los largos pendones que flotaban y se retorcían como llamas negras y el mar que echaba espuma en la distancia, Ducon se dio cuenta de que por fin habían dejado de sonar las campanas.

—El príncipe ha muerto —dijo alguien con suavidad detrás de él—. Larga vida al príncipe.

Las trompetas relucieron, un grito de oro antes de dar comienzo a su melodía. Ducon se volvió. Camas Erl, que había sido su tutor hacía años, observaba a Domina Perla con una luz mordaz en los ojos amarillos. Las cadencias largas y estruendosas de las trompetas acompañaron a la comitiva fúnebre mientras bajaban de la loma hacia la hilera de carruajes. Camas, un hombre alto y delgado de voz seca y pelo castaño entrecano, llevaba en el palacio desde que Ducon tenía cinco años. Había sido tranquilo y bondadoso sin falta con el niño sin padre, y parecía saber todo lo que merecía la pena saber, desde los nombres de las polillas hasta la historia de Ombria y de la Casa de Greve, e incluso, como Ducon acabó por descubrir, cómo hacer pinturas.

—Ten cuidado —lo advirtió Ducon—. Está saneando su corte. Nadie está a salvo.

—Yo sí —respondió Camas—. Me ha pedido que me quede para ser el tutor del príncipe, como deseaba Royce Greve.

—¿Te quedarás?

—Por extraño que parezca para una corte tan indolente, el palacio tiene una biblioteca extraordinaria. Odiaría tener que abandonarla. Sigo trabajando en mi historia de Ombria. —Entonces se detuvo, estudiando a Ducon—. Confío —añadió despacio— en que no estarás pensando en hacer ninguna estupidez, ¿verdad?

—De momento, no. He alcanzado una especie de acuerdo con la Perla Negra. Yo no me enfrentaré a ella, y ella no me matará.

—Ya veo —respondió Camas con aridez.

Como Domina Perla pasó entonces por su lado, no añadió nada más. Kyel caminaba junto a ella, con una mano de Domina en el hombro. Ducon

observó su espalda erguida y el pequeño puño apretado. No lloraría, y tampoco la miraría. Se giró una vez para dedicar una mirada incrédula al mausoleo. Ducon vio su rostro con claridad entonces: desconcertado y descolorido. El niño trastrabilló; los dedos de Domina le apretaron el hombro. Kyel enderezó la cabeza y siguió bajando fatigosamente la loma. Regresaba al palacio para ensayar su coronación de la mañana siguiente.

Ducon había cerrado las manos. Observó al niño con ojos ciegos, sacudido por ideas e impulsos que no se atrevía a poner en palabras, ni siquiera en la privacidad de su propia mente. La larga mano de Camas en su hombro, un toque ligero y familiar, le transmitió a un tiempo simpatía y una advertencia.

—No debes darle ninguna excusa —murmuró el tutor.

—Lo sé.

—El niño te necesita.

Ducon tomó aliento y abrió la mano.

—Lo sé.

—Prométeme algo. —Camas esperó hasta que Ducon lo miró a los ojos. Su voz era apenas un susurro—. Si decides actuar, avísame primero. Antes de que hagas ningún movimiento ni le digas nada a nadie. Así, si te pasa algo, sabré por qué. Te conozco casi desde que naciste. Me resultaría muy duro que desaparecieras y no conocer el motivo.

Ducon sacudió un poco la cabeza, conmovido.

—No tengo nada coherente en la cabeza —le aseguró—, aparte de coger papel y carboncillo del carruaje y unirme al resto de Ombria en el velatorio de mi tío. —Se detuvo un instante, recordando, con la boca apretada—. Se portó bien conmigo. Y con mi madre. Lo echaré de menos. —Otra figura se formó en su memoria, una de pelo imposible, largo y del color de las hojas de otoño, con las uñas siempre mordidas. Bien podría haber muerto también, a juzgar por lo rápido que había desaparecido por completo en la noche de Ombria—. Pobre Kyel —murmuró.

—Compadécenos a todos.

—¿Vienes conmigo?

—No le tengo el mismo cariño que tú a las callejuelas apestosas y a las tabernas abarrotadas —respondió el tutor con suavidad—. Preferiría pasar la

tarde en la biblioteca, contemplando la historia y el lugar de tu tío en ella. Pero, tal y como me ha ordenado Domina Perla, la pasaré destripando la ceremonia de coronación y fileteándola para convertirla en algo más adecuado para un heredero de cinco años. Ten cuidado.

—Lo tendré —prometió Ducon distraído, y se unió a la muchedumbre del otro lado de la verja, que se dispersaba por las calles de Ombria en busca del lugar adecuado en el que llorar a sus muertos.

Algunos de los nobles y cortesanos más jóvenes compartían su gusto por el lado más licencioso de Ombria. No tenían ni idea de por qué Ducon se detenía a esbozar una ventana con pequeños paneles de cristal, gruesos y agrietados, que convertían el mundo de más allá en algo indefinido y esquivo. Criticaban sus dibujos, lo seguían de una taberna a otra y bebían con él, hasta que descubrían lo que querían en el fondo de una botella o en un rostro. Entonces le dejaban alejarse en busca de otras ventanas, otras puertas y pasadizos que resultaban inquietantes en su ambigüedad, como si se pudiera salir y entrar de ellos a la vez, y no al mismo lugar. Esa vez, un grupito de nobles se aferró a su compañía durante toda la tarde, incómodos ante la muerte, pensaba él, y desagradablemente ruidosos. No lo dejaban escaparse a perseguir sombras. Lo llevaban sin compasión a tabernas y posadas donde le compraban vino o cerveza, según el lugar, y lo rodeaban, bebiendo y riendo mientras él distinguía rostros en el galimatías de hombros y velos negros que le rodeaba y los esbozaba. Cada rostro que surgía en el papel más que llorar a un gobernante inútil parecía temer al siguiente. Hubo un momento en que se preguntó si no estaría oscureciendo la expresión de todos aquellos a los que dibujaba con sus propios pensamientos.

No se percató del lenguado pintado que bailaba en la cresta de una ola, con la corona de oro deslizándose con alegría hacia los ojos protuberantes como forúnculos, uno encima del otro en su cuerpo plano. Había visto el cartel de la taberna muchas veces. En esa ocasión, en el límite nebuloso del día entre la luz y la noche, todas las posadas y las tabernas se fundían en una, no tenía ni idea de en qué punto de Ombria se encontraba. Flotaba a la deriva siguiendo la voluntad y los humos de los jóvenes nobles. Algunos eran hijos de cortesanos

libertinos; otros, primos en algún grado poco claro, de los que rara vez aparecían en la corte a no ser para asistir a las coronaciones y los funerales.

Recordaba vagamente haberse pasado un rato intentando hacer un esquema de su parentesco con él en una de las posadas tras su insistencia. Se le ocurrió que su interés verdadero debía residir en Kyel y en las posibilidades de que el joven príncipe no sobreviviera a su regente de mirada lúgubre para gobernar Ombria él mismo. ¿Dónde los dejaría eso en la línea de sucesión?, se preguntarían ellos. Una pregunta peligrosa y emocionante, pero, a fin de cuentas, no la que le habían hecho.

Reconoció la taberna al entrar: el yeso pintado sobre la repisa de la chimenea representaba una hilera de lenguados que nadaban tranquilamente uno detrás de otro, emitiendo burbujas en hebras de perlas cada vez más pequeñas. Allí se encontró con el barullo familiar de lazos negros que colgaban de sombreros y mangas, un canto fúnebre entonado en demasiadas partes, y, mientras las lenguas se soltaban, temerarias, al final de aquel largo día, se topó también con las inesperadas aristas de la política.

Era una risa en la boca del dragón, escuchó decir a alguien del canto fúnebre, pues eso era lo que la muerte de Royce Greve le había traído a Ombria: un dragón de dos cabezas, el príncipe niño y Domina Perla.

—Tampoco es que Royce Greve se ocupara demasiado de Ombria, no como hizo su padre, pero por lo menos mantuvo a la Perla Negra a raya, fingiendo ser honesta mientras se entretenía con su piratería y sus hechizos. Ahora ya no tendrá que fingir. —El que hablaba levantó el vaso. Ducon lo reconoció a pesar de la ropa negra parcheada; había sido el dueño de una flota de barcos y también tremendamente rico hasta que Domina Perla se fijó en él —. Por ella —brindó—. Por la Perla Negra y su escoria marina, que cerró los puertos de Ombria.

Ducon se hundió en una silla en la única mesa vacía.

—Ahí tenéis a un hombre muerto —comentó.

Un vaso de vino apareció por arte de magia ante él, como llevaba ocurriendo toda la tarde. Se había bebido la mitad cuando se dio cuenta de que ninguno de los hijos de los cortesanos ni de sus primos bebía con él. Ni siquiera hablaban. Rodeaban la mesa y lo miraban desde arriba, con los ojos

entornados y mirada especulativa; sus rostros ya no eran insulsos ni estaban embrutecidos por la bebida, sino que parecían hambrientos, como si valorasen servirlo de cena como un pavo relleno.

Un primo tercero o cuarto apartó una silla de golpe y se dejó caer en ella. Ducon intentó recordar su nombre. Para entonces todos los primos se asemejaban, todos tenían el pelo y los ojos oscuros y un lejano parecido con el príncipe muerto. El parecido los protegía, pensó.

El primo que se había sentado empezó a hablar con mucha suavidad:

—Podrías gobernar tú, Ducon. Podrías ser el regente, en vez de Domina Perla.

Esas palabras lo despejaron por completo. Miró más allá, a la multitud, movió el papel y levantó el carboncillo como si buscase inspiración. Todos los que estaban cerca de su mesa hablaban al mismo tiempo, apasionados y ajenos a ellos. Nadie parecía escuchar a nadie, excepto quizás una mujer delgada con un vestido de brocado negro anticuado y un sombrero gigantesco que parecía un champiñón con un montón de alfileres enjoyados clavados; los velos ocultaban por completo su rostro. Estaba apoyada en la pared cerca de él y se abanicaba perezosamente con una mano enguantada en encaje negro. Frente a ella, dos hombres con los rostros enrojecidos y condecoraciones negras en las mangas hablaban entre sí, muy alto y con gran seriedad, sobre dos temas completamente distintos. Ella parecía sacudirse de encima sus palabras como si fueran mosquitos.

Mientras trazaba con aire distraído unas gráciles líneas negras en las que solo una mano levantada sugería que pertenecieran a un ser humano, Ducon dijo entonces:

—No conocéis a Domina Perla. Es una vieja araña taimada que ha estado tejiendo su telaraña a través de Ombria durante más tiempo del que nadie recuerda.

—No puede vivir para siempre.

Ducon enarcó una ceja mientras trabajaba en uno de los alfileres del sombrero.

—Creo que murió hace un siglo. Ha encontrado alguna manera de burlar a la muerte y ha conseguido que sus huesos hagan su voluntad.

Una mano cayó sobre su muñeca, deteniendo el carboncillo.

—Ducon. —El primo se acercó más y apretó los dedos, sus ojos inyectados en sangre brillaban azules y fríos a la vez—. ¿Cuánto tiempo le perdonará la vida a Kyel Greve? ¿Quién es su sucesor? Algún tío abuelo chocho de Kyel con ojos de caracol que se romperá en pedazos en cuanto Domina Perla pose la vista en él. ¿Cómo va eso a ayudar a Ombria? Puede que tu procedencia sea dudosa, pero tienes cerebro, conoces la ciudad y también la forma de actuar de Domina Perla. Arrebátale el poder. Te ayudaremos. Encuentra el camino, dinos cómo, y haremos lo que nos indiques.

Ducon cogió el carboncillo con la mano libre y trazó la sugerencia sombría de un rostro bajo el velo.

—Me mataría —dijo escuetamente—. O mataría a Kyel si la amenazo.

—En ese caso —respondió el primo, su voz una bocanada de aire, una burbuja evanescente—, Kyel ya no se interpondría en tu camino.

El carboncillo se detuvo. Ducon devolvió la mirada a esos ojos de un azul feroz; los suyos eran del color de la jarra de peltre de vino, e igual de opacos. Se acabó el vino de un trago y se levantó.

—Este no es buen sitio para hablar. Domina tiene oídos en todas partes, como champiñones. —Se guardó a la dama pintada bajo el brazo—. Venid conmigo.

Los alejó de las calles abarrotadas, guiándolos hacia el mar.

Al final de un muelle cubierto de maleza, desde donde podía ver las olas planear sobre la madera podrida y rizarse por debajo, les permitió hablar de nuevo. Los almacenes que miraban al mar estaban vacíos, igual que el puerto, a excepción de unas pocas lanchas pesqueras y un barco pirata de velas negras que recalaba en uno de los muelles protegidos de Domina Perla. Se reunieron a su alrededor, una docena de jóvenes nobles frustrados que lo miraban a él, por motivos que Ducon no entendía, para salvarlos a todos de la regente.

—¿Por qué yo? —preguntó escuetamente—. Soy un bastardo de la Casa de Greve sin un padre a la vista. ¿Por qué no uno de vosotros? ¿O es que solo queréis utilizarme para libraros de Domina Perla y después me declararéis ilegítimo?

Descubrió verdadera sorpresa en sus rostros.

—Todos sabemos que eres un bastardo —respondió uno de ellos con solemnidad—, pero ninguno está más cerca de heredar que tú. Si queremos algo, debemos cogerlo nosotros mismos. Estamos nosotros. Están nuestros padres, ninguno de ellos lo bastante poderoso como para oponerse a ella. Está la línea legítima, todos con un pie en la tumba y mirando por encima del hombro para asegurarse de que Domina Perla no los arroje a ella todavía con vida. ¿Quién más podría desafiarla, si no tú?

—¿Cómo? ¿Con un pincel? Si cree que conspiro contra ella, me matará. No sé lo que le hará a Kyel.

—Ahora Kyel es suyo —declaró el primo implacable con contundencia—. La Perla Negra tendrá por lo menos una década hasta que le salga la primera barba. Para entonces, lo único que quedará de él será la voluntad de Domina. Kyel está perdido, no debes permitir que importe.

Ducon se quedó callado, sin palabras ante aquella idea, aunque los otros supusieron que estaba midiéndolos mientras paseaba la mirada por el círculo, de un rostro a otro.

—Dejando a Kyel de lado —respondió con cuidado—, está el tema de la Perla Negra. Tiene orígenes misteriosos y poderes que nadie entiende, es inmoral, impredecible y ha convertido Ombria en esto. —Se agachó y arrancó un cardo en flor de entre las tablas. Lo echó a las olas por un agujero del muelle—. ¿Queréis que me enfrente a eso?

—Sí.

—¿Con qué?

No respondieron, pero no los había convencido; uno de ellos se encogió de hombros poco después.

—Tú también tienes orígenes misteriosos, y eres el único que convive con ella bajo el techo del palacio y que no está tan aterrorizado como para ser incapaz de pensar. Encontrarás la manera de liberar a Ombria de ella, y te ayudaremos. Te apoyaremos, aunque sea en contra de nuestros padres y de la Casa de Greve. Te convertirás en el príncipe de Ombria, esa es nuestra promesa. Y entonces podrás limpiar estos muelles tanto como deseas. Hubo un tiempo en que Ombria era una gran ciudad, hermosa y próspera. Nosotros

no lo recordamos, pero eso es lo que cuentan nuestros padres. Queremos recuperar esa ciudad.

El barco negro se aproximó, y Ducon se los imaginó a todos, visibles y vulnerables ante cualquier lente de cristal fisgona.

—¿Alguno de vosotros está sobrio? —les increpó—. No tenéis la menor idea de lo retorcida que es. Puede que no viváis lo suficiente ni para regresar a vuestras camas esta noche.

Reconoció la mano que se levantó para agarrarlo del hombro, la visión cruda y abrasadora de la mirada que sostenía la suya.

—Arrebátale Ombria a la Perla Negra. Devuélvenos nuestra ciudad. Lo harías si fueras el legítimo heredero de la Casa de Greve. Lo harás, o morirás intentándolo. Encuentra la manera, Ducon Greve.

—Kyel…

La mano apretó más.

—Déjalo ir —insistió el primo suavemente—. Déjalo marchar. Haz lo que debes para salvar a Ombria. Ella no debe tener ninguna influencia sobre ti a través del niño. No debe tener poder sobre ti por culpa del niño. Actúas por ti y por Ombria, no por él. La Perla Negra tiene la mano en el corazón de Kyel y arraigará ahí. Témelo. Podría traerte la muerte.

Ducon dio un paso atrás para liberarse de aquel ferviente agarre y echó un vistazo al barco.

—Eso podría traernos la muerte a todos.

—Nos darás una respuesta ahora.

La exigencia era a un tiempo una súplica y una amenaza.

Ducon bajó la cabeza, observó los últimos rayos del sol bañar de oro el agua a través de los agujeros del muelle y apagarse poco a poco, sumiéndolos a todos en la oscuridad.

—Volved a casa —les dijo—. Olvidad todo lo que me habéis dicho. Cuando os necesite, os buscaré. He dibujado todos vuestros rostros.

Los dejó inquietos e insatisfechos, lo sabía, pero nadie podía hacer nada en ese momento, y la noche ya había caído sobre Ombria. Abandonó el muelle tras ellos. Un extraño montículo negro le hizo detenerse, una sombra llevada por el viento que atisbó a través de un agujero del muelle cuando llegó a la

altura de la orilla. Pero antes de que pudiera distinguirla con claridad había desaparecido y, cuando se asomó al borde del muelle, no vio ninguna huella en la arena.

SEIS



ZAPATOS DE BAILE

Al escuchar que las campanas dejaban de repicar, Lydea estalló en llanto.

Iba cargada con una bandeja de cervezas y guiso de cordero hacia una mesa de ciudadanos que no habían sido capaces de encontrar la salida de la taberna para acudir al funeral. Estaban ocupados en lanzarse elaborados y lúgubres panegíricos unos a otros acerca del príncipe muerto cuando la bandeja se estrelló contra su mesa y la moza estalló en sollozos repentinos, salvajes e incontrolables. Lloraba por el tacto de Royce y por su sonrisa, por el pelo suave de Kyel bajo su mano y su mirada cuando le contaba cuentos; lloraba por su amor perdido, por su madre muerta, por su padre que parecía haber olvidado todas las palabras amables, por sus pobres pies ensangrentados. Se quitó el gorro y se limpió la cara con él; los anonadados ciudadanos vieron su melena caer hasta las rodillas. Lloraba por el príncipe niño de Ombria, aislado y en peligro, por la propia Ombria, por la crueldad de la Perla Negra, por los zapatos que nunca volvería a calzar, por su inocencia perdida. No vio la cerveza que había derramado sobre el cordero, ni los rostros espantados y pensativos alrededor de la mesa. Sintió la mano de alguien tirándole del brazo. Se acercó a trompicones hasta la barra sobre sus pobres pies destrozados y se desplomó en la esquina sombría en la que su padre apilaba los trapos y mandiles sucios, y lloró por sus años perdidos, por todo el tiempo que había dejado atrás en el palacio cuando Domina Perla la echó con un portazo del portón de hierro. Sintió su corazón vaciarse por fin, un vacío flácido, sin ningún otro diamante de bordes afilados que cortaba al salir, no

más perlas gigantes que le hacían daño en la garganta antes de escupirlas. Se apoyó en la madera llena de cicatrices dejando que un grano de arena cayera de vez en cuando de sus ojos hinchados y ásperos. La taberna estaba extrañamente silenciosa, pero su numerito no había vaciado el lugar por completo. Escuchó a su padre intercambiar quejas malhumoradas con alguien entre tragos y golpes de las jarras de peltre.

—No sé qué hacer con ella —dijo su padre—. No es ni chicha ni limonada. No es la que era, y ya no pertenece ni aquí ni allí.

Se escuchó un hipo; la voz grave del carnicero de enfrente sugirió categóricamente:

—Cásala. Eso la pondrá en su sitio.

—¿Casarla con quién? ¿Cómo? Ha vivido cinco años como la amante del príncipe y ahora está aquí otra vez, lavando jarras de cerveza. Allí era una moza de taberna vestida de princesa; aquí es una princesa vestida de moza de taberna. Hubo un tiempo en que sabía trabajar aquí, pero ahora a duras penas es capaz de retener una orden de cabeza. Les pone cordero en vez de cerveza y les quita las jarras medio llenas a los clientes de debajo de las narices. Mira a tu alrededor. Ni un alma la tarde del funeral del príncipe de Ombria.

—Cásala —insistió el carnicero con molesta persistencia.

—¿Con quién?

—Con cualquiera. ¿Qué más da? El fabricante de ataúdes de la calle Plank acaba de perder a su mujer. Le ha dejado cinco hijos, al más pequeño ni le han acabado de salir los dientes.

—¿Quién? ¿Esa gallina escuálida con nariz de carlino? ¿Tiene cinco hijos?

—Y no tiene mujer.

Lydea cogió un delantal manchado de la pila y se secó los ojos con él, cansada. Se acordaba del fabricante de ataúdes, que apenas le llegaba a la barbilla y tenía unas aletas de la nariz tremendamente expresivas; la seguían de un lado a otro, igual que su mirada, y la observaban con lujuria. La idea del carnicero era descabellada, pero su padre tenía razón. En la taberna se ahogaba, igual que se habría ahogado en el palacio si le hubieran permitido quedarse.

Se quitó los zuecos para dejar descansar los pies y recordó sobre qué estaba sentada. Palpó la montaña de delantales y trapos hasta que localizó un zapato de zafiros escondido.

—Podrías casarte tú —le dijo el carnicero a su padre—. Con alguien que trabajara contigo y te ayudara a ocuparte de este sitio.

—No soy buena compañía —respondió su padre escuetamente—. Lo sé bien. He tenido que vivir conmigo mismo estos últimos años, después de que las dos me abandonaran.

El carnicero le dio un ruidoso trago a la cerveza.

—Son muchos abandonos de golpe.

—Ninguna me dio opción. La una salió por la puerta en un carruaje, la otra salió de la vida en…, bueno, el vehículo no era tan refinado. Nada como lo que van a enterrar hoy en la casa esa de mármol con vistas al mar.

Lydea hizo una mueca contra su voluntad. Los hombres, al escuchar un sonido como de tela rasgándose detrás de la barra, quedaron en silencio. La joven se tranquilizó, luchando contra el dolor; ellos continuaron la conversación en voz más baja:

—No pensé que fuera a volver a verla nunca. Creí que haría lo que fuera para no tener que regresar aquí.

—Tendría que haberse casado.

—Tendría que haber pensado. Tendría que haberlo gestionado con más inteligencia y conseguir algo para sí misma. Pero no; lo hizo todo por amor y se quedó sin nada.

Lydea le dio vueltas a un zapato bajo un haz de luz extraviado que caía de los cristales altos y mugrientos; observó cómo relucían las joyas.

«Tengo algo —pensó—. Tengo unos zapatos de baile».

Hurgó en la pila, bajo su cuerpo, hasta que localizó el otro. Después salió a gatas de detrás de la barra, descalza y con el pelo lacio y los ojos, como bien sabía, de un rojo aterrador en una cara agarrotada como una máscara blanca.

Hasta el carnicero con su delantal manchado de sangre parecía incómodo al verla. Entonces los dos bajaron la vista hasta los zapatos que llevaba en las manos; los zafiros captaban la luz y arrojaban trémulos rayos azules en todas las direcciones, como si una estrella hubiera caído en la taberna.

Por fin, su padre recuperó la palabra.

—¿Eso es…? ¿Qué…?

—Zafiros —dijo Lydea—. Me los dio el príncipe. Dudo que vaya a bailar con ellos de nuevo, así que los venderé. Con eso sufragaré mis gastos mientras busco otro trabajo. Así no seré una carga para ti.

El rostro de su padre, duro y arrugado como una cáscara de nuez desde que había regresado, se aflojó de pronto como si lo hubiera herido. Después la cáscara se formó de nuevo.

—No los llevabas la noche que volviste —comentó él con brusquedad—. ¿Han venido caminando por toda la ciudad ellos solitos?

—Los arrojé lejos, a las puertas del palacio —respondió ella serena—, para poder correr mejor. Alguien los encontró y me los devolvió.

—¿Quién? —quiso saber su padre—. ¿Quién puede permitirse ser tan honesto en esta ciudad?

—¿Y por qué? —preguntó el carnicero anonadado.

Lydea recordó el rostro joven y sereno que ocultaba secretos, y también armas enjoyadas y puntiagudas en el pelo.

—No sé por qué —respondió despacio—. Para que confiara en ella, a lo mejor.

El carnicero extendió un dedo sucio hacia la tela lujosa que cubría los zapatos, teñida del color de las gemas.

—¿Eso qué es?

—Seda.

—¿De verdad bailaste con ellos? —preguntó su padre, dividido entre la admiración y la sospecha, como si, igual que en la vida anterior de ella, no fuera capaz de creer en ellos del todo.

—Una vez. —Los colocó en una mesa delante de él—. ¿Ves? No estoy totalmente desamparada. Dejaré de molestarte en cuanto los venda.

—Con esos puedes casarte —sugirió el carnicero, todavía con la vista fija en ellos, sus ojos redondos tan azules como las piedras preciosas—. Podrías encontrar un marido en vez de un príncipe y darle a tu padre algunos nietos.

—No me casaré nunca —contestó Lydea tajante—. Además, ¿por qué iba a querer a alguien que se casara conmigo por mis zapatos? Aunque ya no sirva

para trabajar en la taberna, debe haber algo que pueda hacer para cuidar de mí misma.

Su padre cogió un zapato y le dio vueltas para observar la luz que emitía.

—Solías saber cómo trabajar aquí. —Entonces la miró, rascándose distraídamente el entrecejo con la punta de un zapato de seda—. Esta no es vida para ti después de haber bailado con estos zapatos.

—Quizás no. Aunque también me echaron a la calle por llevarlos. Podrían haberme traído la muerte. Este lugar me salvó. Era mi única esperanza.

Su padre dejó escapar un suspiro corto y áspero. Aunque mantenía el ceño fruncido, este ya no era tan profundo, había abandonado sus ojos.

—¿Por qué te quedaste si te trataban así?

Lydea tuvo que tragar saliva antes de responder:

—Royce se portaba bien conmigo, pero él era todo lo que tenía. Nada más, nadie más, y tampoco poseía una posición propia. Como dijiste, era una moza de taberna vestida de princesa, así es como me veían. Todos excepto el príncipe. Y su hijo. Ellos veían a alguien a quien querían.

Los dos la miraban ahora con la misma expresión con la que habían contemplado sus zapatos.

—¿No te dejaron quedarte, ni siquiera por el bien del niño? —preguntó su padre.

—Él no quería que me fuera. —Le dolía la garganta de nuevo—. Pero expulsó hasta a la niñera. Estaba muy ocupada limpiando la casa la noche que murió el príncipe.

—¿Quién? —preguntó el carnicero.

—Domina Perla.

El nombre cayó como un paño mortuorio sobre ellos; parecieron ver entonces por qué lloraba Ombria de verdad, más allá de la muerte del príncipe.

—Domina Perla —repitió el carnicero con aire sombrío—. Ahora es ella quien gobierna. —Tras darle un largo trago a la bebida, se preguntó—: ¿De qué está hecha? He oído que lleva siglos viva. Que cuando estornuda sale polvo de su interior.

—Todavía le queda otro siglo más —dijo Lydea— si nadie se opone a ella. Y no tendrá piedad con la ciudad, igual que no la tuvo conmigo.

—¿Y qué pasa con el bastardo? —preguntó su padre—. Ducon. ¿Se enfrentará a ella?

—No lo sé. Se dedica sobre todo a dibujar.

Volvieron a guardar silencio, contemplando con un humor sombrío los reflejos de estrellas ante ellos. Su padre colocó el zapato que sujetaba junto al otro en la barra.

—No me diste la oportunidad de enfadarme contigo antes de irte —dijo mirando los zapatos.

—Lo sé.

—Así que he tenido que esperar todo este tiempo para hacerlo. —Le acercó un poco los zapatos a su hija—. Busca otro trabajo si quieres, pero no te vayas. Ya le iré cogiendo el truco a vivir con alguien más.

Lydea sintió que las lágrimas le escocían en los ojos otra vez.

—Por una temporada, en ese caso —dijo con rigidez para que no le temblara la voz.

—No te vas a poner a llorar otra vez, ¿verdad? —preguntó él receloso.

—Ahora mismo, no.

Un grupo vestido de negro solemne abandonó las calles abarrotadas, abrió la puerta con gran estruendo y entró a trompicones.

—¿Dónde está el tabernero? —vociferó un hombre—. Estamos de luto y necesitamos licor.

Lydea enrolló los zapatos en el delantal y su padre se incorporó. La joven se metió detrás de la barra para esconderlos otra vez. Arrodillada entre la ropa sucia, contempló los fuegos azules saltar de joya en joya y se preguntó, asombrada, dónde estaría la muchacha que había bailado con ellos al otro lado del abismo de los recuerdos y la muerte. Había llevado el pelo con ondas, enrollado en una lujosa corona cobriza adornada con hebras de zafiros. Había lucido un vestido de seda azul pálido a juego con sus ojos, con encajes del mismo azul oscuro que las joyas colocadas en espiral en la falda. El príncipe que bailaba con aquella joven tenía los ojos del mismo azul oscuro. Sin importar lo que lo distrajera, su mirada siempre volvía al rostro de ella. Durante toda la noche, sus sonrisas se reflejaban la una en la otra. Nadie más le sonreía así, con la mirada y con la mente. Los cortesanos estiraban los labios y

consideraban que eso era una sonrisa, pero sus ojos veían a una moza de taberna. O peor: calculaban metódicamente, como si hicieran una lista de gastos, qué era lo que había cautivado a Royce de ella. Solo él había visto más allá, solo él había contemplado su mente y su corazón. Él y Kyel.

Recordó la cama enorme en la que había visto a Kyel por última vez, en la que habían hablado y lo había tocado. Recordó el tacto de su mejilla suave en los dedos y se llevó la mano vacía a los labios.

—Ojalá… —susurró, casi sin saber qué desear—. Ojalá…

Pero Kyel se había desvanecido junto a aquella bella joven con zapatos de zafiro que bailaba con un príncipe. Estaba tan muerta como Royce, como bien sabía ella. Eso sería lo que pensarían los cortesanos tras ver cómo la habían abandonado en Ombria a medianoche. Asesinada, o encerrada en alguna sórdida habitación sobre una taberna, junto a las aguas en las que fondeaban los barcos de la Perla Negra. En cualquier caso, muerta para el mundo.

«Si me vieran ahora, no me reconocerían —pensó con frialdad—. Ni siquiera los que me despedazaban y me volvían a unir con la mirada. Más allá de los muros del castillo no existo».

—Lydea —la llamó su padre con menos dureza de la habitual.

Podía oír la taberna llenarse de nuevo ahora que el funeral había terminado. Enterró los zapatos entre los trapos sucios. Entonces se quedó congelada, ahí sentada con la mirada fija en los zapatos; su mente veía algo entre los delantales arrugados y los trapos manchados que no era capaz de poner en palabras todavía.

Se obligó a levantarse y a ponerse los zuecos, ignorando los pinchazos de dolor en los pies. Ocultó el pelo en el gorro de nuevo y la idea fue tomando forma, se aclaró un poco más, como algo que se ve bajo la primera luz del amanecer en vez de a la hora oscura después de que se oculte la luna.

Elaboró su idea mientras trazaba círculos interminables entre las mesas, dejando cerveza, pan y ternera fría y recogiendo jarras vacías. Nunca miraba a nadie a los ojos, y nadie la miraba a ella; ocultaba el pelo y mantenía un tono de voz neutro. No sonreía nunca, cosa que le resultaba sencilla. Sus manos, llenas de rasguños, las uñas mordidas y últimamente plagadas de ampollas de barrer y fregar, eran lo único que la mayoría veían de ella. Ni siquiera los que

tenían la mano larga, que recibían un buen golpe de la bandeja en la cabeza a cambio, la miraban de verdad.

Lo cierto era que ella misma apenas se fijaba en las sombras que entraban y salían en el palacio, las que llevaban bandejas, cambiaban las sábanas, quitaban el polvo, daban cera a los muebles, recogían los pedazos rotos de esto o aquello, encendían los fuegos, se llevaban la ropa sucia para limpiarla y la traían de vuelta. La niñera de Kyel, Circonita, se había encargado de supervisar la mayoría de esas cosas por él. Pero Domina Perla la había expulsado. Ahora, el niño tendría otros cortesanos, elegidos por la Perla Negra para dar órdenes a sus acompañantes sin rostro que, numerosos y silenciosos como los ratones, recorrían los pasillos del palacio.

«Nadie —pensó, helada ante aquella revelación— me reconocería. Ni siquiera Domina Perla».

Pero ¿qué podía hacer ella exactamente que le asegurara un contacto constante con Kyel? Trató de recordar su vida anterior mientras se ocupaba de los detalles y exigencias del presente. Los clientes, que intentaban beber para superar la incertidumbre y el peligro del cambio de gobernante, la tuvieron ocupada hasta después de la medianoche. Para darle un descanso a sus pobres pies, su padre la puso a lavar jarras en la barra un rato. A esa opción le dedicó escasos pensamientos; atrapada en las cocinas de palacio no vería nunca al niño. No se atrevía a vestir el delantal y el gorro almidonado de los que llevaban bandejas de aquí para allá, aunque fuera capaz de conseguir una posición así. Un solo vistazo atento de Domina Perla y se encontraría junto a los cangrejos en el fondo del mar. No podía atraer la atención ni el interés de nadie.

¿Y la lavandería?

No se acordaba, nunca se había fijado en quién se llevaba las sábanas, las toallas, su ropa. Un sirviente altivo señalaba algo sucio y la prenda desaparecía. Alguien así, pensó mientras el sudor que le provocaba el agua hirviendo resbalaba de su frente a la espuma. Alguien sin nombre, sin rostro, solo un par de manos con las que llevar cosas y un par de pies con los que caminar.

Pero ¿llevar el qué? ¿Qué podía hacer que entrara y saliera de la vida de Kyel sin que nadie, ni siquiera Domina Perla, reparara en ella?

Por fin, la taberna quedó tranquila. Su padre cogió la escoba antes de que ella pudiera alcanzarla. Agradecida, se dejó caer de nuevo en la pila de ropa sucia, demasiado cansada hasta para preguntarse lo que hacía allí. El tacón de un zapato se le clavó en la cadera. Lo sacó y se acordó de los girasoles temblando cuando les arrojó los zapatos encima.

«Debí darle a Mag», pensó sorprendida, y así encontró la respuesta, que centelleaba en su mano.

Mag.

SIETE



JUEGO DE MANOS

Mag se encontraba bajo el palacio de los gobernantes de Ombria. Había girado un recodo, dejando atrás los girasoles y la enorme chimenea desmoronada debajo de ellos. El agua de la lluvia que caía por las alcantarillas había erosionado el rostro de la mansión a la que pertenecía la chimenea y que se alzaba muy cerca de lo que resultaron ser los sótanos del palacio. Mag deambuló por ellos con curiosidad y una palmatoria en la mano durante lo que le parecieron horas. Las habitaciones exteriores eran muy antiguas y recargadas, como si en algún momento hubieran existido en el mundo de arriba como parte de un palacio anterior y se hubieran ido hundiendo gradualmente para continuar su vida como parte del laberinto de sótanos. Las puertas estaban rodeadas de arcos de piedra con columnas ofídicas; de las cañerías de la cocina colgaban gárgolas con las bocas abiertas para expulsar el agua de lluvia, pero por las que, como mucho, resbalaba una araña colgante. Otras, con las barbillas de rana apoyadas en la mano, contemplaban aburridas el pasar de los siglos sobre un arco, protegiendo la habitación de la nada.

No había fantasmas. Mag, que se movía tan silenciosa como si uno fuera hacia los sótanos interiores, más bulliciosos, se preguntó si la peculiar existencia de Faey, que era mitad vida y mitad pasado, sería lo que había hecho despertarse a los fantasmas que convivían con ella. De vez en cuando oía voces, ecos distorsionados y abruptos de sonidos que debían de haber perdido coherencia al pasar del ahora al entonces. Durante mucho tiempo, no encontró ninguna forma de subir.

Empezó a oler algo más que piedra y agua estancada. Los candeleros encendidos aquí y allá iluminaban urnas enormes, barriles y pequeñas piscinas de líquido decantado sin ningún esmero. Una habitación a oscuras olía a vinagre, otra a cuero, otra a aceite de lámpara. Llegó a un almacén gigantesco de carruajes antiguos. Estaban colocados en hilera, pegados a las paredes, ordenados según su fecha y fastuosidad. Dejándose llevar por un impulso, se subió a uno y se sentó majestuosa en el terciopelo apolillado, sacó una mano por la ventana y acarició con suavidad la esfera dorada y chillona sobre ruedas que podría haber conducido a una princesa a su coronación.

Ella no parecía una princesa en absoluto. Vestía de negro otra vez; había cogido prestado el atuendo del baúl de un sirviente que había encontrado en el ático de Faey. Tenía la esperanza de hacerse pasar por algún tipo de criada en caso de que alguien la viese de refilón a través de una puerta que se cerraba, o esfumándose escaleras abajo. No había venido por ningún encargo de Faey. Era noche cerrada y la hechicera, que había dejado tras de sí un rastro de olores y colores de hechizos como seda en descomposición, dormía tan profundamente que su rostro se escurría al liberarse del hechizo y le salían bultos aquí y allá como a un saco de patatas. Sus ronquidos, que resonaban por toda la ciudad oculta, habían acompañado a Mag una distancia sorprendente. De haber sabido a dónde iba su aprendiz de cera, la habría enviado a reparar de inmediato.

Mag había venido a explorar el palacio, a descubrir sus pasadizos en desuso, sus escondites, los secretos que solo conocían los sirvientes agobiados y los ratones y que todos los demás habían olvidado. Quería conocer el palacio igual que las calles de Ombria.

Quería ser capaz de desaparecer en él, de disfrazarse tan bien que pasara desapercibida incluso a las miradas más agudas, sin más interés que una sombra al mediodía o un atizador.

Quería espiar a Domina Perla.

Se dijo a sí misma que necesitaba saber más de Ducon Greve para, en caso de que le pidieran a Faey que orquestara su desaparición, tener información para decidir si merecía la pena protegerlo. Los retazos de las conspiraciones que había escuchado en El Rey de los Lenguados y bajo el viejo muelle

parecían indicar que su intervención resultaría irrelevante; los conspiradores habían dejado bastante claro que matar a Kyel sería mucho más práctico que a Ducon. Mag no había visto nunca al niño, pero tenía la impresión de que asesinar al heredero legítimo de Ombria y robarle la corona podría ser el último clavo en el ataúd de la débil esperanza de la ciudad. En realidad, no quería ayudar a Faey a matar a nadie, ni tampoco que muriese Ombria. Por otra parte, teniendo en cuenta las múltiples caras de aquel dilema, si era la corona lo que estaba en juego, Ducon podría sentirse inspirado para encontrar el modo de detener a Domina Perla. Si ese era el caso, Mag debía encontrar la manera de ayudarlo antes de que Faey lo matara.

Eso era lo que se decía a sí misma. Pero, aunque Ducon Greve fuera la excusa, Domina Perla era su verdadera presa y se movía como si cada paso que daba pudiera exponerla a la vista de la regente.

¿Dormiría aquella vieja araña?, se preguntaba Mag. ¿O sería demasiado vieja para necesitar soñar? ¿Quién era probable que estuviera despierto? Guardias, limpiabotas, pajes, a lo mejor alguien en las cocinas preparando el festín para la coronación del día siguiente. Quizás también habría gente decorando el salón de baile, aunque Mag dudaba de que nadie tuviera ganas de bailar el día de la ascensión de la Perla Negra al poder.

La vela se estaba apagando. Se escabulló del carruaje y fue en busca de las botellas: los grandes estantes y barriles que contenían el vino que un príncipe podría pedir con la cena, así que los sirvientes se aseguraban de encontrar el camino más rápido hasta él.

Dio con la bodega y las escaleras más cercanas. Subió parándose a escuchar a cada paso. En el rellano de las estrechas escaleras, oyó voces. Sopló la vela y saltó hábilmente hacia un rincón detrás de la puerta justo cuando esta se abrió. Al volver a cerrarse, reveló a una mujer oronda vestida de negro que llevaba docenas de llaves que tintineaban colgadas de varios lazos al costado. Iba murmurando para sí mientras bajaba hacia el pequeño círculo iluminado. Mag cruzó la puerta, que seguía abriéndose y cerrándose por el impulso, y se encontró rodeada de largos estantes llenos de golosinas y dulces tan delicados que parecían adornos más que comida. Un niño pequeño tumbado junto a las

ascuas brillantes de una enorme chimenea la miró, bostezó y cerró los ojos de nuevo.

Descubrió otra puerta, tras la que se topó con un hombre vestido de negro y rodeado de quesos colgados y ristras de embutidos que se dedicaba a pulir sus lentes.

Se las puso, pero Mag no le dio oportunidad de verla. Cuando el hombre salió un momento después a buscarla, ella se había escondido debajo de la mesa, el último lugar en el que esperaría encontrarla. El hombre volvió a desaparecer en la despensa y Mag probó con otra puerta. Las cocinas, igual que el sótano, eran una maraña de habitaciones que parecía una madriguera, pero acabó por encontrar la salida hasta una enorme estancia en la que otros sirvientes bostezaban y extendían telas tan largas como las velas de los barcos sobre unas mesas. Se quedó en la oscuridad y se movió con rapidez y decisión hacia la puerta que se hallaba en el lado opuesto. Los demás solo levantaron la vista cuando la puerta se cerró tras ella. El palacio, al parecer, estaba tan inquieto como las calles aquella noche, y seguramente era igual de peligroso. Los guardias armados que encontró a ambos lados de la pared al otro lado de la puerta miraban al frente con ojos vacíos, fríos y descerebrados, no parecían reconocerla como humana. Sintió sus miradas clavadas en la espalda hasta que llegó al final de aquel pasillo interminable. Los muchos ojos de la Perla Negra, comprendió de pronto, y desapareció por una estrecha escalinata de mármol para alejarse de ellos.

Abajo, vio a un hombre salir de una pared.

Se aplastó contra el hueco de la escalera, convertida en una sombra que se aferraba a la red de tinieblas parpadeantes a las que no llegaba la luz de los candeleros que había a la vuelta de la esquina. El hombre no notó su mirada curiosa tras las llamas, y miró rápidamente a ambos lados del pasillo. Las puertas y las paredes eran de roble pulido con adornos sencillos; los candeleros, escasos e igual de austeros. Podría tratarse de las habitaciones del servicio, tranquilas y con poca luz; un lugar seguro, pensó Mag intrigada, para salir de una pared en mitad de la noche. Pero ¿con qué intención?

El robo o una cita secreta acudieron a sus pensamientos con rapidez. El hombre vestía de negro, igual que todo el mundo aquel día; nada en su aspecto

indicaba su posición social. Llevaba unos papeles en una mano, lo que resultaba inapropiado para un galán o un ladrón. El primer papel, cubierto de una maraña caótica de líneas negras y gruesas, parecía el dibujo de un niño. En la otra mano sujetaba una vela que se llevó a los labios para apagar en ese momento. Fue entonces cuando Mag vio su rostro, de pronto y con gran dramatismo, bajo una luz brillante; le pareció joven a pesar del pelo blanco. Las llamas temblaban en sus ojos pálidos y las sombras se desplazaban por su rostro al mover la vela, confiriéndole una expresión enigmática propia de una máscara. Sopló la vela y la colocó de vuelta en el candelero vacío del que, observó Mag, debía haberla cogido, y entonces lo vio a través de una sombra diferente: el velo negro. Lo había estudiado en El Rey de los Lenguados, y él a ella: había intentado descubrir con el carboncillo sus rasgos bajo el velo de luto.

Ducon Greve.

Lo siguió a cierta distancia por los pasillos en penumbra de la planta baja, que continuaban en silencio y sin protección. Detrás de una enorme urna de mármol, colocada en aquel pasillo estrecho sin otro motivo aparente que el hecho de que nadie la quería en ningún otro sitio, desapareció otra vez. Mag vio la puertecita abierta en la pared al otro lado de la urna, pero no sabía cómo abrirla. Para cuando la alcanzó estaba cerrada. Nada de lo que probó con la urna tuvo el menor efecto en la puerta. Escuchó murmullos en la pared y pegó el oído a ella. En algún lugar dentro de aquellas paredes una mujer se reía suavemente. La boca de Mag se curvó. Ducon podría seguir allí hasta el amanecer.

Desanduvo sus pasos hasta la escalera de mármol y estuvo un rato intentando girar candeleros, abrir listones estriados de roble y palpar, a lo largo de la moldura en el centro de la pared, las líneas por las que se abría la puerta. Estaba tan ocupada que no se percató del hombre en lo alto de las escaleras hasta que se dirigió a ella.

—Tú, la de abajo. Ven conmigo.

Se quedó congelada un instante. Después se obligó a moverse y agachó el cuerpo en una especie de reverencia agarrotada antes de ser capaz de ver algo tras el súbito fulgor del pánico. Pero no se trataba de uno de los guardias de

Domina Perla retándola. Era un hombre rollizo que parecía haberse vestido con prisa y llevaba en una mano una bolsa negra y en otra una bandeja llena de cosas. Como Mag lo observaba anonadada, él hizo un gesto impaciente hacia la bandeja. Algo se derramó de un vaso y el hombre maldijo.

—Ven a llevar esto.

Mag asintió en silencio y subió para coger la bandeja. Lo siguió hasta los pasillos de las plantas superiores, llenos de guardias y bien iluminados. En las paredes y en los techos aparecieron delicadas y opulentas esculturas de nata montada y merengue, pájaros blancos en pleno vuelo, rosas blancas que se abrían a su paso. Las pesadas puertas también contenían jardines hechos de madera oscura y brillante. De detrás de una puerta llegaba un llanto rítmico y desesperado: la voz aguda de un niño. El hombre con la bolsa se detuvo delante de la puerta y llamó. Al abrirse de golpe, la puerta reveló una escena de caos doméstico: dos sirvientes trataban de quitar con delicadeza las sábanas de satén de una cama gigantesca en la que un niño pequeño, con la camisa de dormir manchada de lo que parecía la cena, lloraba desconsolado. El sirviente que abrió la puerta sujetaba una camisa de dormir limpia y parecía preocupado. Igual que Domina Perla, a la que se le había agrietado el ceño como si fuera de porcelana.

—Ha tenido una pesadilla sobre su padre —le dijo al médico mientras intentaba sacar al príncipe de la cama—. Creo que está inquieto por la ceremonia de mañana.

—Esto le hará dormir —respondió el médico. Le hizo un gesto a Mag, que se había vuelto a quedar congelada en el umbral—. Venga, chica, espabila.

Lo hizo, y, mientras seguía al sirviente con la camisa limpia, el médico y la Perla Negra se inclinaron sobre Kyel. Las sábanas, por fin liberadas de su peso, flotaron con elegancia hasta formar un montón en un rincón. Kyel le dio un sorbo a la bebida y la escupió de inmediato. El médico volvió a colocar el vaso en la bandeja, que ahora sujetaba con la otra mano el sirviente que llevaba la camisa limpia.

—¿Dónde está Ducon? —chilló Kyel fuera de sí—. ¿Qué le has hecho? ¿Lo echaste como a Circonita y a Lydea?

—¡Encontradlo! —ordenó con brusquedad la Perla Negra a los sirvientes—. Dejad eso. Id en busca de Ducon Greve.

—Déjeme intentar otra cosa —dijo el médico con preocupación, abriendo su bolsa—. ¡Tú, chica! Lleva al príncipe a la habitación de al lado. ¿Dónde está la chica? ¿Se ha…? Ay, en fin.

Cogió en brazos al ruidoso niño y se dirigió a la habitación contigua. «Menuda cabeza hueca», lo escuchó decir Mag, envuelta en el satén manchado.

La Perla Negra contestó con mordacidad:

—Esperemos que haya algo más en la tuya.

El príncipe no se tranquilizó, y Mag, ciega e inmóvil bajo las sábanas, no se atrevió a moverse hasta que por fin entró Ducon Greve. Se preguntó cómo habrían conseguido captar su atención los sirvientes. Al parecer varios guardias entraron tras él, pues oyó a Domina Perla dándoles órdenes.

—Dos guardias en la puerta del príncipe y otros dos en el pasillo. Las puertas abiertas todo el tiempo. Quédate con él hasta por la mañana, lord Ducon.

Él murmuró algo, y el pequeño príncipe por fin se tranquilizó. Mag contuvo el aliento y escuchó. Pero, incluso con su fino oído, capaz de percibir una mota de suciedad que se desprendía de la calle de arriba cuando merodeaba en la Ciudad Subterránea, no escuchó el sonido de los pasos de la Perla Negra al salir.

Los sirvientes vinieron a recoger la ropa de cama sucia al amanecer. Las sábanas, que se habían ido arrastrando centímetro a centímetro hasta quedar debajo de la cama cuando la habitación estuvo por fin a oscuras, volvieron a aparecer en brazos de una criada vestida de forma estrambótica, que parecía haber tomado prestado el uniforme de su abuela y no había visto un peine en su vida. Pero nadie emitió el menor sonido; el príncipe dormía, y el guapo bastardo, vestido y despejado, les dirigió una plateada mirada de advertencia. Las sábanas salieron tras los sirvientes, pero estuvieron días desaparecidas, hasta que alguien las descubrió en una alacena de la cocina, embutidas en una fuente sopera.

OCHO



MASCARADA

La ceremonia de coronación, aunque milagrosamente breve comparada con los estándares habituales de Ombria, a Ducon Greve se le hizo eterna. En deferencia a la edad del príncipe, y la pérdida que acababa de sufrir, Camas Erl había reducido mucho los rituales y fanfarria del evento, incluido el tradicional desfile en que el recién coronado gobernante recorría Ombria. Teniendo en cuenta el estado de ánimo cínico y desesperado de la ciudad en esos momentos, a Ducon le pareció una decisión prudente. Inmóvil en el gran salón, observó la hilera de nobles que se acercaban a Kyel para depositar su confianza en él y jurarle fidelidad y escuchó las palabras que se repetían una y otra vez, lanzadas como monedas falsas en la sombra de la Perla Negra. Nadie confiaba en nada más que en un futuro salvaje e incierto, y la única fidelidad jurada con cierta honestidad era la que provenía del miedo. La expresión anestesiada y cansada en el rostro del niño solo cambió una vez, cuando Ducon se arrodilló ante él. En ese momento, una chispa de reconocimiento, de esperanza, se había asomado a los ojos de Kyel. Aparentó escuchar con atención el juramento de Ducon, como si creyera en la promesa que contenían las palabras rituales y le tomara la palabra. La araña que envolvía a Kyel cuidadosamente en sus redes cada día estaba de pie al lado del trono, sin prestar ninguna atención a las palabras, adivinó Ducon, pero muy pendiente de cada expresión y entonación tras ellas, y guardándose en la memoria cada rostro que le juró algo diferente al miedo.

A la tensa ceremonia de coronación le siguió un banquete y un baile realmente lúgubre. Todo el mundo comió y bailó con diligencia para

mantener una ilusión de continuidad y esperanza; nadie, por mucho que les apeteciera, arrojó un plato de pastelillos al suelo ni exigió saber qué era exactamente lo que se celebraba. Ducon merodeaba siempre por donde Kyel pudiera verle, en una mesa cerca del trono. Camas Erl, con el largo pelo castaño alborotado como si hubiera intentado arrancarse la coleta cuando recortó la ceremonia al mínimo, se acercó a él como por descuido.

—Seguía siendo demasiado larga —murmuró Camas en tono monocorde con la mirada fija en su nuevo discípulo. Kyel estaba sentado en un trono cubierto de flores e hilo de oro con los pies colgando y una corona temporal ajustada con prisas para que le sirviera; tenía los ojos todavía hinchados tras las tempestades de la noche anterior. La Perla Negra se mantenía a su lado. Había un brillo radiante y ominoso en la mirada del niño—. Cercené los discursos de ministros y funcionarios; eliminé por completo el ritual que rodeaba a la coronación del regente. Excepto una única frase. Me alejé todo lo posible en la historia de Ombria; fue una ceremonia tan bárbara como las que organizaban los primeros gobernantes. Y míralo. Casi se huele la pólvora desde aquí.

Ducon le dio un sorbo al vino.

—Era una tarea imposible —dijo con delicadeza— teniendo en cuenta las circunstancias. Está inconsolable.

—Vete con él.

Ducon se encogió de hombros.

—A ella no le gustará.

El tutor le dirigió una mirada irritada.

—¿Preferirías que tuviera una rabieta?

—A lo mejor sí —respondió Ducon con temeridad—. Nadie más se puede permitir ser honesto.

Pero dejó la copa y acudió junto a Kyel. Percibió que la Perla Negra se erizaba ante su llegada, el pelo y la espalda se le enderezaron, hasta su sombra se alargó. Ducon se inclinó, le puso la mano en el hombro a Kyel y acercó su rostro al del niño.

—Ten paciencia. Se acabará muy pronto.

Ni Domina Perla ni el príncipe dijeron nada. La Perla Negra, recomponiendo su rostro en lo que ella consideraba una sonrisa, le advirtió con la mirada: «Ahora, en este lugar público, es mío. Tiene que mirarme a mí». Los ojos de Kyel advirtieron a Ducon de lo que nadie más se atrevía: un incipiente y apasionado deseo de decir la verdad, propulsado por demasiadas pérdidas, demasiados cambios, y acompañado por un buen montón de lágrimas furiosas.

Ducon apretó el hombro de Kyel con la mano en ademán consolador y le dijo rápido y en voz baja:

—Dibújalo para mí. Me lo prometiste.

Kyel tragó saliva con el rostro rígido mientras observaba a los apáticos bailarines. Domina Perla hizo un gesto imprudente hacia una bandeja de dulces que pasaba ante ellos. Cuando se los ofrecieron, el príncipe le dirigió una mirada estupefacta y despectiva, pero se abstuvo de tirarlos todos al suelo.

Ducon se unió al resto de desganados invitados. Mantuvo conversaciones de cortesía, bailó con un par de tías abuelas, las devolvió a sus melancólicos tíos y huyó de los problemas en forma de jóvenes conspiradores que, llenos de furia y ansiedad, lo perseguían de grupo en grupo sin conseguir nunca hablar con él a solas.

Acababa de rescatarse a sí mismo por tercera vez, abandonando de repente a los conspiradores cuando un grupo de mujeres jóvenes se los repartieron hábilmente para bailar. Ducon se unió a lo que parecía un corrillo inofensivo de cortesanos maduros, cuyos atuendos fastuosos y medallas de alto rango desviaban la atención, o al menos eso debían esperar ellos, de las expresiones de sus rostros.

Pertenecían a las familias más antiguas y adineradas de la corte de Ombria; la mayoría habían sido consejeros y ministros del príncipe fallecido. Tenían motivos para la amargura, como sabía Ducon. Domina Perla, que reduciría a Kyel a príncipe marioneta, los convertiría en títeres a todos. Pero cuando se unió a ellos conversaban sobre las cosas más alejadas de su mente: pabellones de caza, sus perros favoritos, las granjas que trabajaban sus arrendatarios en las afueras de Ombria. Detrás de Ducon llegó una bandeja con vino y pastelillos.

Uno de ellos, Greye Kestevan, limpiándose una mancha de nata del bigote, preguntó:

—¿Sigue pintando, lord Ducon?

—Tengo pocas obligaciones —contestó Ducon con calma—. Me ayuda a pasar el tiempo.

—¿Y sigue frecuentando las tabernas y rincones extraños de Ombria?

—También.

El hombre, que tenía el pelo tan blanco como el de Ducon alrededor de una calva perfectamente circular y los ojos oscuros anodinos y hundidos, miró de refilón a sus compañeros y cambió el vaso vacío por otro. Posó la mano con suavidad en el codo de Ducon cuando una joven de sonrisa dulce y decidida se acercó a este para persuadirlo de que saliera a bailar.

—Prestádnoslo un momento; apenas le hemos visto desde… Desde entonces. Bien. Lord Ducon, debe ver y oír algunas cosas en los recovecos perdidos de Ombria que la mayoría de nosotros desconocemos.

Ducon se encogió de hombros, pero la mano no le liberó.

—Paseo por todas partes. Como le he dicho, me…

—Ayuda a pasar el tiempo —interrumpió cordialmente otro hombre, Marin Sozon. Tenía pocos motivos para ser cordial. El rostro humano enloquecido de la mantícora de su túnica parecía expresar sus verdaderos sentimientos. Había sido uno de los ministros del príncipe muerto, en ocasiones el crítico más feroz de Royce. La Perla Negra ya le había arrebatado todo el poder. Ducon, al sentir su mirada clavada en la espalda, se concentró en el huevo de codorniz relleno de huevas—. Aunque quizás ahora que el príncipe ha quedado huérfano de padre —continuó Sozon— pasará más tiempo con él, ¿no?

—Estuve la mitad de la noche pasada con él —respondió Ducon—. Tenía pesadillas.

—¿Lo llamó Domina Perla?

—No, Kyel. El príncipe —se corrigió—, más bien. —Les dirigió una débil sonrisa—. Es difícil de creer que mi tío esté muerto y mi pequeño primo gobierne Ombria.

—Es difícil, sí —dijo un tercer hombre, Hilil Gamelyn, mirando por encima de la copa de vino al príncipe en su trono y la regente a su lado, con una corona de oro, ónix y diamantes en la base del enorme moño. El moño parecía más alto que nunca; Ducon se preguntó lo que escondería en él. Gamelyn añadió con tono descuidado, sorprendiéndolo—: Ya que no es cierto.

—No —corroboró Ducon con ecuanimidad un momento después, muy consciente de la mano que lo seguía sujetando por el codo—, pero por respeto a la ocasión es de buena educación fingirlo. —Se acabó el vino y se giró con brusquedad para dejar la copa en una bandeja, liberándose de paso—. Y más seguro —susurró.

Por un instante las máscaras se disolvieron, y leyó en sus ojos las preguntas, los cálculos urgentes y peligrosos mientras lo miraban. Se alejó y se giraron para continuar hablando, las voces de nuevo templadas y las expresiones ocultas. Pero le habían dicho demasiado, comprendió. No tenían ni idea de cuáles eran sus lealtades ni si estas terminarían donde comenzaba su ambición.

A la mañana siguiente, se metió entre las paredes para recoger los comentarios sobre la ceremonia que Kyel le hubiera dejado tras el espejo. Encontró varios dibujos, tan confusos y turbadores como los sueños. Ducon no se entretuvo allí para estudiarlos. No tenía ni idea de lo que reflejaría el espejo en ese momento. Si fueran los ojos de Domina Perla, el crujido del papel tras el espejo podría ayudarla a recordar dónde lo había encontrado la noche que se había llevado a Kyel. Mientras recorría los ruidosos pasadizos secretos, giró un recodo que lo llevó hasta una puerta escondida tras un abanico de gigantescas hojas de helecho en un pequeño invernadero. Allí, las paredes estaban recubiertas de vidrieras que representaban un elegante enramado de hiedra y enredaderas en flor con pequeñas flores blancas y violetas entre racimos de uvas perfectas. Rara vez había alguien en el invernadero, aunque las plantas recibían escrupulosos cuidados. Ducon cruzó el suelo de mármol decorado con más flores, enrollando los dibujos de Kyel distraído, y al cruzar las puertas abiertas se encontró con el mismo grupo de hombres de los que se había escabullido la tarde anterior.

Podrían haber estado esperando por él, aunque parecían igual de sorprendidos. En cualquier caso, no perdieron el tiempo; entre todos lo condujeron de vuelta al conservatorio vacío, hacia una serie de bancos de mármol dispuestos dentro de un círculo de plantas en macetas.

—Lord Ducon —dijo Marin Sozon, sus pálidos ojos azules ya no eran cordiales, sino gélidos—, la Casa de Greve no sobrevivirá al gobierno de Kyel. Domina Perla lo destruirá a él, a la familia y a Ombria. Pasarán años hasta que Kyel tenga un heredero, si es que lo tiene, y su consorte será elegida por la regente. La Casa de Greve está muerta. Advertí a su tío sobre ella en numerosas ocasiones, pero no hizo nada. ¿Qué hará usted?

Ducon se sentó. La media docena de cortesanos se cerró a su alrededor, sus rostros maduros eran lúgubres. Llevaban observando a Domina Perla varias décadas más que los conspiradores más jóvenes; a pesar de su edad, serían más astutos y despiadados. Se dio cuenta de que estaba arrugando el rollo que había hecho con los dibujos de Kyel. Los desenrolló y los alisó contra la rodilla y después respondió con la verdad:

—Pintar.

Escuchó un resoplido. Greye Kestevan levantó la mano para interceptar lo que podría haber sido un golpe furioso.

—En ese caso —dijo Kestevan mirando a los ojos uno a uno a todos los del círculo—, no interferirá con nosotros.

—Nos traicionará —protestó Hilil Gamelyn liberando su brazo del agarre de Kestevan.

—No puedo hacer nada por ustedes —dijo Ducon con precisión—. No haré nada contra ustedes.

—Pintar. —Al final, Gamelyn descargó el golpe sobre los dibujos en la rodilla de Ducon, que se esparcieron por el suelo—. Bastardo. No tienes nombre ni lugar. No le debes lealtad a nadie. Si te obligan, nos traicionarás para salvarte.

Ducon clavó su mirada en él con expresión rígida. Cuando los ojos inyectados en sangre por fin capitularon, dijo:

—Mi lealtad reside exactamente donde la he prometido: con el príncipe de Ombria. Estaban allí. Todos me escucharon. Y yo a ustedes.

—La lealtad al príncipe es lealtad a la regente —dijo Kestevan en voz baja, con suavidad—. Lo sabes.

—Sé lo que dije. —Se levantó y se abrió paso entre ellos para recoger los dibujos. Nadie lo detuvo. Le sacaba media cabeza al más alto y poseía lo que fuera necesario para recorrer a solas las peligrosas calles de la ciudad; desconfiaban de él. Al coger un dibujo de un tiesto que contenía una palmera, añadió—: En una cosa tienen razón. Soy un bastardo sin nombre y sin poder. ¿Por qué acudir a mí?

Lo observaron en silencio hasta que acabó de recoger los dibujos y se enderezó. Sozon se lo explicó con brusquedad:

—Porque nadie te conoce. Ni a ti ni lo que quieres. Ni lo que serías capaz de tomar si decidieras correr el riesgo.

—Ombria es un árbol con frutas de oro —dijo Kestevan con mucha suavidad— protegido por un dragón. Quien mate al dragón se llevará el oro. Para eso no hace falta un nombre. Solo coraje, ingenio y fuerza.

—Por eso pinto. Conozco demasiado bien al dragón. Deben cumplir con su deber. Pero recuerden que la Casa de Greve sigue muy viva, y que le he jurado lealtad. Si atacan a Kyel, yo también cumpliré con mi deber.

Se fue, dejándolos para que desenmarañaran las ambigüedades de sus palabras. Al volver a cruzar el umbral, respiró profundamente. ¿Por cuánto tiempo?, se preguntó. Seguía alterado, dividido entre la ira y el miedo, no veía nada con claridad. Al ir con prisas hacia las escaleras que llevaban a los pisos superiores, chocó con alguien y los dibujos de Kyel volvieron a diseminarse por el suelo.

Camas Erl, que debía ir en busca de la paz y tranquilidad de la biblioteca, murmuró una disculpa y se agachó a recoger los dibujos. Le dio la vuelta a uno y se quedó inmóvil observándolo con atención. No dijo nada. Uno a uno, Ducon les dio a todos la vuelta en el suelo y los dejó ahí; se arrodilló en silencio junto a su tutor, estudiándolos.

Cada uno reflejaba impresiones al azar de los días anteriores. Una casita blanca sin ventanas y un cuadrado negro por puerta. Una figura extraña sin extremidades, como un capullo; sus ojos, humanos, estaban cerrados. Un montón de círculos oscuros desperdigados: perlas u ojos que no se cerraban.

Había apretado mucho el carboncillo contra el papel para conseguir ese negro. Una persona hecha de palitos con corona, ojos enormes y sin boca. Otras figuras; a una le llegaba el pelo hasta el dobladillo del vestido: Lydea. Otra llevaba un cuadrado y una ramita: papel y carboncillo. Unos círculos negros se cernían sobre las cabezas de ambos. En el dibujo final, el círculo negro llenaba todo el papel, que estaba rasgado en varios puntos de tanto apretar el carboncillo. En una de las esquinas inferiores, fuera del círculo, flotaba otra figura amortajada, una pequeña larva con una corona en la cabeza; el rostro había sido dibujado y luego borrado, los ojos y la boca se difuminaban hasta convertirse en otra perla negra más.

Ducon escuchó un sonido. No fue consciente de que provenía de su cuerpo hasta que sintió los dedos de Camas en su hombro. El tutor estaba reuniendo los dibujos con la otra mano.

—Aquí no —dijo escuetamente—. La biblioteca. Nadie la usa.

Ducon se incorporó y le siguió sin pronunciar palabra. Camas tenía razón; la biblioteca, con sus altas y elegantes estanterías de palisandro y cristal, estaba vacía. Los libros abiertos y los papeles que había en una de las mesas pertenecían a Camas, Ducon reconoció los garabatos indescifrables. El tutor colocó los dibujos sobre la mesa. Ducon se aferró al respaldo de una silla.

—Si me enfrento a ella, moriré y Kyel se quedará con ella. Si conspiro con ellos, pondré en peligro a Kyel. Es demasiado joven y vulnerable, encontrarán la manera de librarse de él…

—¿Quiénes? —Los ojos amarillos del tutor estaban muy cerca y lo miraban alarmados, y su agarre se había vuelto doloroso—. Ducon…, ¿quiénes?

—Los has visto —respondió Ducon en voz muy baja—. A un grupo de ellos. —Pasó los dedos por encima del dibujo de palitos del príncipe que no podía hablar. Le tembló la mano—. Pensaba que el único peligro era ella.

—¿Quién? ¿Quiénes son los otros? ¿Ducon?

—Tengo que pensar qué hacer.

—Pero…

—Tengo que pensar —insistió.

Camas lo soltó por fin y se concentró en los dibujos. Seguía teniendo los ojos muy abiertos, como una lechuza; parecía escuchar la voz de Kyel en

aquellos dibujos mudos.

—¿Has visto al príncipe esta mañana? —preguntó—. ¿Te los dio entonces?

—No. Tenemos un lugar secreto, los encontré allí. Al menos creo que es secreto. Igual eso es otro engaño.

—Explícamelo, por favor —rogó Camas—. ¿Quién amenaza a Kyel? ¿Quién se te acercó?

—Si no actúo, no le haré daño a Kyel. Si no hablo, no traicionaré a nadie.

Empezó a recopilar los dibujos de nuevo. Camas lo observaba con el ceño fruncido.

—Entonces ¿qué harás?

—Dibujar.

Dejó allí al tutor y se dirigió a sus habitaciones. Hizo un boceto sencillo de sus rostros muy juntos, el suyo y el del príncipe, una promesa. No incluyó ninguna referencia a la Perla Negra en el dibujo por si acaso lo encontraba. Lo dejó detrás del espejo para Kyel. Después abandonó el palacio para recorrer las calles de Ombria, pintó sombras mientras buscaba la luz que contenían, dibujó puertas gruesas y cerradas mientras buscaba en su madera desgastada y labrada lo que escondían, pintó altos muros sin ventanas como si, al reconstruirlos piedra a piedra sobre el papel, pudiera desmontarlos y descubrir por fin la vida secreta oculta detrás de la real.

Regresó un tiempo después, desaliñado y un poco borracho y con las manos oscurecidas por manchas de carboncillo y colores pastel. Bajó al pasillo del servicio, donde había menos guardias, para abrir una puerta en la pared, y después emprendió su camino hacia el espejo para comprobar si Kyel había encontrado su dibujo.

El dibujo había desaparecido, pero tropezó con el mensaje que Domina Perla le había dejado: el cadáver de un hombre con el rostro cubierto por una hoja de palma. Ducon, sin aliento y con la garganta tan seca como si se hubiera tragado el carboncillo, levantó la hoja de palma a regañadientes.

Hilil Gamelyn lo miraba con unos ojos tan furiosos en la muerte como lo habían sido en vida. Tenía los labios negros. Ducon se incorporó, se tambaleó hacia atrás y se tragó un reflujo ácido de vino. Se le cayeron los dibujos de las

manos, que se esparcieron como hojas alrededor del cadáver: imágenes de Ombria, silenciosa y sombría, cerrada, prohibida, oculta.

Por fin, los recogió y supo lo que tenía que hacer antes de que Kyel volviera a abrir el espejo. Se guardó los dibujos en el cinturón, agarró a Gamelyn de los brazos y tiró de él, centímetro a centímetro, paso a paso, sigiloso, en lo que le parecieron estaciones y años, hasta que por fin llegó al invernadero. Dejó allí al muerto, escondido tras el colosal helecho para que lo encontraran los jardineros, y para que los conspiradores se dedicaran a elucubrar hasta que atribuyeran la traición, si no la muerte misma, al bastardo.

NUEVE



LA APRENDIZ DE LA HECHICERA

Si Faey notó que su chica de cera había estado desaparecida durante la noche y se había pasado el día ahogando bostezos muy poco femeninos, no dijo nada. Mag sintió que la observaba un par de veces, y se encontró con una mirada tan oscura y opaca como la cola de un cuervo viejo. Pero, independientemente de dónde se imaginaría Faey que había pasado Mag la noche, seguro que se parecía más a los pálidos brazos del hijo del cervecero que debajo de la cama del príncipe de Ombria. Eso pensó Mag, y dejó que pasaran varios días en la seguridad de la ciudad bajo tierra mientras cavilaba sobre lo que había visto en el palacio. Faey seguía recibiendo peticiones de los asustados cortesanos, todas ellas de hechizos protectores y amuletos, que mantenían a Mag con las manos ocupadas y la mente libre para hacer alguna conjetura de vez en cuando. El propio palacio tenía sus secretos, sus puertas y sus habitaciones ocultas. ¿Qué guardaba en su corazón?, se preguntaba ella. Seguramente su pasado: fantasmas, recuerdos y sueños, protegidos del tiempo dentro de pasadizos que pasaban tan inadvertidos como las atareadas venas de las muñecas. Una mañana, mientras removía un guiso repugnante de criaturas disecadas y escamosas que movían un ala o abrían un ojo bajo los murmullos de Faey, ocurrió algo. Mag vio de pronto un lugar en aquellos pasadizos invisibles donde Domina Perla guardaba sus libros y objetos de poder, donde hacía sus conjuros. Fascinada por la visión, dejó de remover. Un ominoso suspiro burbujeante del caldero y una mirada siniestra de la hechicera sudorosa que estaba a su lado lograron que se centrase con rapidez en su tarea de nuevo. Estaban preparando una poción, un destilado de varios

venenos y excreciones de reptiles pequeños y poco comunes que expulsaban tales secreciones cada vez que Faey les devolvía la vida. La poción, en aquel momento luminiscente y apestosa, se volvería invisible a los ojos hasta que, aplicada a algo de valor o a algún arma, se adhiriera a la piel humana. Entonces brillaría durante días, incluso en la oscuridad, manchas iridiscentes de culpabilidad que se extenderían más con cada intento del ladrón o asesino de borrarlas.

La preparación resultaba agotadora y complicada. Al final, después de decantar la esencia líquida en una botellita y de colgar a las criaturas a secar, Faey parecía haber olvidado el lapsus de su chica de cera. Se hundió en un sofá desvencijado, cerró los ojos con un suspiro y después los abrió y se olió a sí misma, asqueada. Demasiado cansada para cambiarse de ropa, se cambió el cuerpo entero. Mag, que lavaba el caldero, se encontró ante una dama de ojos azules y mejillas de porcelana con una peluca como una escultura de nata montada que se derretía y cuyo rostro altivo se transformó en el de una gitana de ojos negros y pies descalzos; su chabacano atuendo parecía a punto de desprenderse de ella como los pétalos de una rosa marchita.

Faey volvió a suspirar.

—Eso está mejor. Uno más y terminamos de momento.

Mag estaba estudiando el residuo en su mente de una tercera imagen que se había formado, durante un solo segundo, mientras la dama distinguida se desvanecía y la gitana empezaba a emerger. Ahí, en ese parpadeo, le pareció atisbar la verdadera forma de Faey. Pero las palabras de la hechicera la sobresaltaron y la imagen se desvaneció.

—¿Otra? Creía que habíamos terminado.

—Llegó otra más cuando estabas arriba comprando cabezas de polillas muertas y chuletillas de cordero.

—¿Del palacio?

—¿De dónde va a ser estos días?

Faey fruncía el ceño a algo en el aire húmedo y oscuro que ni siquiera las velas aromáticas que Mag había encendido eran capaces de disipar. La mirada atenta y profunda que Faey le dedicaba al aire no parecía encajar con su cuerpo rubicundo y su generosa boca pintada. Mag terminó de limpiar el caldero en

silencio. Reconocería esa expresión en cualquier rostro que usara Faey, no traía nada bueno.

Guardó el caldero y esperó. Por fin, Faey volvió a hablar, olvidándose de mover los labios:

—Ve a cambiarte; no quiero que me distraiga ese conjuro.

Estaba reuniendo fuerzas, comprendió Mag, preparando su mente para acudir al lugar al que necesitaba para crear muerte.

—Sí, Faey.

—Trae el sapo cuando vuelvas, el que guardo en la caja de madera de cedro. Y todas las cenizas de la casa.

—Sí, Faey —respondió Mag otra vez desconcertada. Faey se desperezó, le dedicó una mirada vacía a su chica de cera y volvió a encontrar sus labios.

—Tenía razón, ¿sabes? —Se incorporó para estudiar las ascuas moribundas en su anillo de fuego—. El bastardo es el siguiente. Pero me equivocaba sobre quién quiere verlo muerto.

Mientras recogía cenizas antes de asearse, Mag intentaba adivinar qué tenían que ver con el sapo. El sapo significaba veneno, pero ¿qué pretendía hacer Faey con todas las cenizas de los fuegos de la mañana? Meditó sobre lo que recordaba de Ducon, su mano dibujando la larga línea de su velo negro. Al inspirar de súbito se tragó la ceniza y tosió, enviando una pequeña ráfaga sobre el hogar de la habitación del desayuno. La ceniza se podía utilizar para hacer carboncillo. Se lo imaginó emborronando otras líneas suavemente con las puntas de los dedos. El veneno del sapo rechoncho y letal mezclado con las cenizas pasaría a su piel. Apoyaría la frente en los dedos mientras estudiaba su boceto, dejando rastros del conjuro de Faey sobre sus cejas.

Mag tragó saliva, notaba la garganta seca y veía con fría claridad el camino que se bifurcaba ante ella. Por una de las sendas, Ducon seguía con vida. Por la otra, yacía muerto. ¿Cuál?, se preguntó sin obtener respuesta. ¿Cuál?

Su vida parecía una obra maestra de la ambigüedad. No era el hijo de nadie, cualquiera podía ser su padre. No les había dicho ni sí ni no a los jóvenes que pretendían conspirar para sentarlo a él en el trono. Quizás habían sido ellos, recelosos de pronto, los que habían solicitado el veneno. Había pasado una noche junto a Kyel sin hacerle ningún daño al niño, pero había

estado en todo momento bajo la vigilancia de los guardias de la Perla Negra. Kyel había requerido su presencia, al parecer la única persona a la que Domina Perla no podía expulsar. ¿Era por el bien de Kyel? ¿O por el de ella misma?

Mag comprobó que las otras chimeneas estaban limpias y añadió el resto de las cenizas de la mañana al cubo de la cocina. Juntó todas las que encontró y las dejó allí mientras se lavaba y se cambiaba. Limpia de nuevo, con aroma a lavanda en vez de a reptil, se acercó hasta las habitaciones de la parte superior de la casa, en las que Faey tenía su colección de animales, los vivos y los muertos. La mayoría, de sangre fría y escamosos, estaban dormitando. Abrió el cofre de madera de cedro con cuidado; el sapo, que hibernaba en la oscuridad, expulsaba veneno si lo asustaban. La miró con sus ojos de noche sin luna y le preguntó: «¿Cuál?».

Mag le devolvió la mirada con unos ojos igual de inmóviles y supo, aunque no podía aducir ninguna razón coherente, que no permitiría que Faey tuviera éxito en esa ocasión. No tenía ninguna buena razón para confiar en las motivaciones de Ducon Greve, solo algunas ideas inconexas y carentes de significado: la manera en que se movía sin miedo entre la corte y la ciudad, la forma en que dibujaba un rostro, que se hubiera quedado despierto durante las largas horas de oscuridad mientras Kyel dormía, protegiéndolo de sus pesadillas. Cerró la tapa con suavidad, devolviendo al sapo a la oscuridad. Habría algún momento en que Faey, que confiaba en su chica de cera, se daría la vuelta; Mag dejaría caer algo en el hechizo en ese momento para malograrlo o, si le pedía ayuda, sustituiría un ingrediente por otro. Y, si el subterfugio fallaba, un carboncillo se parecía mucho a otro… Cuando Ducon no muriera, podía sugerir que quizás la Perla Negra, por sus propios motivos, había creado un antídoto.

—¿Quién lo quiere muerto? —preguntó a Faey cuando regresó al cuarto con el sapo en una mano y el cubo en la otra. La gitana, peinando la ceniza en el círculo de fuego en busca de trozos de leña sin quemar, encogió un hombro; el cuello escotado de la brillante blusa de seda se deslizó precariamente por su brazo.

—Algún noble con un sello de mantícora. O alguna. La nota estaba sin firmar. El sirviente regresará mañana con el resto del oro para llevarse el

encargo. Coge también estas, chica de cera, y viértelas todas en el caldero grande.

Mientras sacaba las cenizas con una pala de la chimenea, Mag preguntó con curiosidad:

—¿Por qué necesitas tantas para algo tan pequeño?

En cuanto lo dijo quiso atrapar las palabras como mariposas en el aire y metérselas de nuevo en la boca. Faey la miró como el sapo, sometiéndola a un escrutinio insondable e imperturbable.

—¿Así que estamos pensando?

—Son muchas cenizas —contestó Mag muy dócil—. Me dio que pensar.

—¿Y a dónde te llevaron esos pensamientos?

—Al carboncillo.

—¿Y cómo sabes que Ducon Greve dibuja?

—Lo he visto, como todo el mundo. Siempre anda vagando por Ombria, dibujando o pintando lo que le llama la atención. Estaba intentando juntar al sapo, las cenizas y a Ducon.

Faey hizo un ruido por la nariz como el de un caballo impaciente y se levantó.

—Supongo que te animé a aprender —admitió—. Pensar se convierte en un hábito. Pero ten cuidado. Es un hábito peligroso y no me gustaría que se interpusiera en mi camino.

—No, Faey —susurró Mag empujando el gran caldero sobre los adoquines —. Yo tampoco. ¿Quieres esto sobre las piedras de fuego?

—Sí.

Faey abrió el cofre de madera de cedro y acarició al sapo con suavidad. El animal pronunció una palabra que sonó como un zumbido de órgano y se le subió a la mano meneando el cuerpo rollizo.

—Muy bien, preciosura —dijo ella con cariño—. Cuando terminemos tendrás perlas y moscas con alas enjoyadas para comer. Es como el último hechizo —añadió dirigiéndose a Mag—. Una destilación, una concentración. El carboncillo debe ser lo bastante bueno como para que lo use un artista, ninguna pista molesta de que pueda contener veneno. —Se detuvo un momento con la vista fija en las cenizas, después prendió un fuego bajo el

caldero con un chasquido de los dedos. Escupió en el caldero y un líquido se formó alrededor del montículo de cenizas—. Debemos proporcionarle algún incentivo poderoso para que use este carboncillo en concreto… Tráeme una docena o así de los cuadros de las paredes, también pinturas si los dibujos no son lo bastante buenos. Solo los mejores, chica de cera. Añadiremos un poco de magia a su carboncillo; pintará hasta morir.

Mag recorrió toda la casa sin aliento intentando elegir con ojo de artista; Faey la enviaría de vuelta si le llevaba cuadros mediocres para quemar. No tenía ni idea de lo que la hechicera estaría haciendo mientras tanto. Esperaba que nada más peligroso que remover cenizas mojadas. Pero el sapo se encontraba en el alféizar de la ventana cuando regresó, cazando con la larga lengua una nube de insectos brillantes. Faey se hallaba tan inmersa en el conjuro que el rostro de gitana se había descolgado un poco. Tenía un ojo más alto que otro, y la nariz un poco torcida.

A pesar de todo, veía con perfecta claridad, incluso en la mente de su chica de cera.

—Sí —dijo con tono soñador, como si Mag se lo hubiera preguntado—, el veneno ya está en las cenizas. Saca los cuadros de los marcos y rómpelos. Si no puedes rasgarlos, córtalos. Mete las piezas en el caldero. Se desharán rápido con lo que hay ahí dentro. Pero dejarán sus imágenes entre las cenizas…

—¿Qué más lleva? —Mag no pudo resistirse a preguntar.

Faey, que había empezado a hablar con el caldero, no respondió. Mag cortó y rasgó papel y lienzo, mezcló nubes, ciudad, árbol, niño y caballero moribundo en el mejunje. Las líneas que trazarían para Ducon cuando salieran del carboncillo no las podía imaginar. Cuando terminó, Faey le ofreció la pala.

—Despacio, con cuidado. Si te salpica, te quemará.

Mag removió. El mejunje se volvió de varios colores por las pinturas y después los perdió todos, se tornó de un negro tan profundo que el caldero parecía contener la noche. Faey lo observó sin parpadear, entre murmullos, con la mirada perdida y los párpados caídos. Su voz fue menguando más y más, igual que el mejunje, que se reducía hasta ocupar solo el culo del caldero. Al final, susurró una palabra. Lo último del líquido negro se encogió y se

endureció. Un palito redondo de carboncillo aguardaba en el fondo del caldero.

Faey dejó escapar un suspiro y abrió los ojos. Alargó el brazo con energía, cogió el carboncillo y le dio vueltas con cuidado en la palma de la mano.

—Ahí está. Ahora podemos descansar. —Mag siguió el carboncillo con la mirada mientras Faey lo colocaba con delicadeza en una sencilla caja de madera—. No lo toques —le advirtió la hechicera—. Te envenenaría igual que a Ducon Greve.

—Sí, Faey.

La hechicera se limpió el carboncillo de las manos y se estiró haciendo crujir un par de huesos. Después se recolocó el rostro y bostezó.

—Aséate, chica de cera, y lleva al sapo a su sitio. —Se metió la caja de madera en el bolsillo de la falda—. Tengo el estuche perfecto para el carboncillo en mi habitación. De oro con incrustaciones de marfil. Merece la pena utilizarlo por lo que me pagan por matar al bastardo. —Se detuvo, parpadeando, se tocó los ojos con los dedos y añadió con un deje de arrepentimiento poco común—: Bueno, la Perla Negra lo habría matado antes o después. Esto solo significa que será antes.

Esa noche, Mag se quedó despierta esperando a escuchar los ronquidos de Faey. La gitana estuvo extrañamente silenciosa durante horas. Por fin, cuando la guardia de la ciudad anunció la medianoche, Mag oyó un ronquido delicado, como de concha marina, propagarse por la casa. Se deslizó fuera de la cama y fue hasta la habitación de Faey descalza, evitando los listones y los escalones que crujían. La puerta estaba abierta. Faey se había quedado dormida con una vela encendida. Delante de su cabeza, descansaba abierto un ejemplar de *El libro ilustrado de la jardinería*. La habitación, siempre desordenada, en ese momento era un caos formidable de cosas medio escondidas: muebles que era imposible que cupieran allí, armarios colosales, esquinas de mesas gigantescas, otras camas… Había telas y prendas de ropa desparramadas por todas partes; zapatos de varios siglos distintos sin pareja tirados por todo el suelo. Las pieles y cabezas de animales muertos colgaban sobre los espejos o cabeza abajo de las puertas de los armarios. Todos observaban a Mag con pequeñas velas encendidas en los ojos. Incluso la chimenea parecía llena de trastos, ilusiones,

como si cada cuadro del que había tomado Faey elementos para su habitación estuviera allí al mismo tiempo.

El carboncillo en su cajita de regalo podría estar en cualquier parte: embutido en un zapato, en la boca de un oso, tirado en una mesa como si fuera una ilusión en otra habitación. Mag sintió una punzada de pánico, aunque todavía había tiempo. Podía interceptar al mensajero o la caja por la mañana e intercambiar un carboncillo normal por el envenenado. Incluso si la caja escapaba de sus manos, Ducon no caería muerto en cuanto lo recibiera, llevaría un tiempo. En la cama, la gitana soltó un ronquido repentino y el libro se deslizó. Mag se apretó contra la pared al otro lado de la puerta, sin moverse ni respirar, como si fuera papel pintado. Podía avisar a Ducon o, todavía mejor, regresar al palacio, encontrar sus habitaciones y robarle el carboncillo. Así no le vería la cara.

La gitana había dejado de roncar.

Mag cerró los ojos, contuvo el aliento y remodeló sus pensamientos para imitar a las peonías y los pavos reales que alardeaban de sus dones en la pared tras ella. Algo cayó con estrépito al suelo y la vela de la habitación de Faey se apagó.

Faey se dio la vuelta, murmuró un par de palabras y empezó a roncar otra vez. Su chica de cera se escabulló silenciosa como un gato, esquivando la otra bota, hasta alcanzar su propia habitación desordenada.

DIEZ



LA TIENDA MÁGICA

Lydea, que seguía trabajando para su padre mientras esperaba ansiosa a que se le curaran los pies, sentía su impaciencia tensarse en la piedra afiladora de cada día que pasaba. Tras su coronación, el niño heredero de Ombria bien podría haber desaparecido, pues nadie había sabido más de él. Igual que Mag, que por mucho que deseara su presencia no había vuelto por allí. A lo mejor había pronunciado el nombre de la Perla Negra una vez más de lo aconsejable en la compañía equivocada. Lo que Lydea quería pedirle podría ser igual de peligroso. Pero la curiosidad de Mag ya se había visto atraída por las gentes y los acontecimientos que moldeaban Ombria hasta el punto de que se inmiscuía de formas sutiles y extrañas en las vidas y las muertes del lugar, así que Lydea bien podía pedirle ayuda. Ya había desbaratado los planes de Domina Perla al menos una vez al salvarle la vida a ella. A la manera intrépida y despiadada de los jóvenes que aún no han aprendido lo que podrían perder, sopesaba la vida de Ducon Greve en su balanza. Si Lydea pudiera convencerla de usar sus peculiares talentos en el palacio, a lo mejor descubriría una posición que pudiese ocupar en la vida de Kyel para reconfortar al niño sin atraer atenciones indeseadas.

Pero ¿dónde estaba Mag?

Llegó el día en que por fin se encontró moviéndose sin dolor al realizar sus tareas, pero continuó igual de distraída. Todos los rostros ruidosos, sudorosos y peludos se fundían en uno; los miraba impotente con una bandeja de jarras y embutidos en las manos, deseando que se iluminaran letras sobre sus cabezas

que le dijeran quién quería qué. Su padre se quejaba poco, aunque Lydea atisbó en su mirada un par de veces un recuerdo nostálgico de zafiros.

Una mañana, la joven se descubrió intentando recordar el nombre de la hechicera con la que vivía Mag.

Bajo tierra, le había dicho. En un lugar difícil de encontrar. Lydea, que lavaba una pila de jarras acumuladas tras una noche larga, se interrumpió, frunciendo el ceño hacia las baldosas mojadas. La gente era capaz de dar con ella, eso era evidente, con esa hechicera capaz de tomar una vida que no estaba de acuerdo con Domina Perla. Lydea no tenía clara la diferencia entre ambas, pero para Mag sí resultaba obvia. Si Mag no acudía a Lydea, entonces ella iría en su busca. No podía ser tan difícil llegar a ese lugar subterráneo. Era tan simple como dejar de respirar; todo el mundo acababa por encontrar su camino al final.

Pestañeó para detener las lágrimas repentinas. Final, pensó. Faey.

—Salgo un rato —le dijo a su padre cuando terminó. Se dio cuenta, sorprendida, de que no había cruzado la puerta desde que se había lanzado, magullada y ensangrentada, a los pies de la escoba de su padre. Él también lo recordó; vio la oscuridad repentina que se formaba en sus ojos.

Pero lo único que dijo, pensando que su intención era buscar trabajo, fue:

—Quizás sea lo mejor. —Se agachó, metió la mano en el botín de piedra tras la barra en el que guardaba el dinero y le tendió una moneda—. Por si ves algo que necesites. —Al percatarse de su expresión, añadió con brusquedad—: A cualquier otro le pagaría por lo que haces.

—A cualquier otro le habrías enseñado dónde está la puerta —respondió ella con sorna—. Estaré de vuelta antes de que se llene.

—Ten cuidado.

A la luz del día, las callejuelas seguían tan andrajosas, desagradables y animadas como las recordaba. Esquivó vacas y ovejas camino del matadero, pasó entre huérfanos flacos que se divertían con juegos intensos y misteriosos, con un palo o un balón hecho de harapos. Resistió la tentación de agarrar un mechón de pelo o una oreja sucia para increparles: «¿Me perseguiste para matarme aquella noche?», «¿Te tragaste mi anillo?». Durante el día, sus miradas acuosas y furtivas observaban a su alrededor, a través de ella. Ella

existía en algún otro mundo; si la habían perseguido, no había sido más que un sueño. Los olores cambiaban con cada respiración: enormes bolas de queso encerado en una tienda, un charco de orina, un soplo verde que venía de un trocito de hierba moteada delante de una posada, colonia, una bocanada de aire salado del mar. Un rato después, comprendió que buscaba algo. No recordaba el qué, lo reconocería cuando lo viera. Alguna memoria de la infancia; una ventana llena de polvo, la puerta de una casa vacía que había quedado abierta tantos años que se había anclado en el suelo. Un lugar que llevaba al interior y después abajo, a una oscuridad que retumbaba y olía a agua. ¿O lo habría soñado?

Detuvo su imprudente divagación hacia su infancia. Nunca había encontrado a una hechicera, y aquella no parecía la mejor manera de dar con una ahora. Observó los carteles de las tiendas que la rodeaban con una mirada más aguda que sus recuerdos. ¿Sabría un panadero dónde vivía una hechicera? Poco probable. ¿Un boticario? Posiblemente. ¿Un vendedor de plumas y libretas en blanco para fines diversos? No estaba segura, pero, dado que en aquella parte de la ciudad la mayoría no sabían escribir su nombre, se podía imaginar cuál sería el estado de ese negocio. La capa de polvo en las ventanas era tan gruesa que no se veía si había alguien dentro. Habían adoquinado la ventana con las partes inferiores de botellas de cristal, gruesos círculos con espirales en tonos verdes, azules y ámbar. El cartel sobre la puerta, una pluma de la que caían tres gotas de tinta como la sangre de un cuento de hadas, era tan viejo que estaba agrietado.

Con el siguiente parpadeo, Lydea se acordó.

Hacía mucho tiempo, había abierto la puerta y había entrado…, pero no había interior, nada. Aquello la asustó y había regresado corriendo bajo la luz del sol. ¿Qué era lo que la había asustado?, se preguntó con curiosidad, y forcejeó con la puerta combada hasta que se abrió. Escuchó una campana en alguna parte, aunque en la puerta no había ninguna. Cerró y se quedó mirando anonadada el sitio donde debería haber estado la pared trasera de la tienda.

No había nada. Las paredes, el techo y el suelo enmarcaban un cuadrado de oscuridad. Un soplo de aire húmedo y olor a tierra salía de aquella negrura. Se acercó con cuidado, con la esperanza de que el suelo no estuviera haciendo

equilibrio sobre un precipicio. Parecía bastante sólido. Se agarró al borde de una de las paredes y miró hacia abajo.

Por un segundo, captó un destello de un río negro mucho más abajo, iluminado por farolas que arrojaban su tenue brillo a lo largo de ambas orillas. Las farolas y el agua parecían flotar para siempre en la distancia. Entonces, la puerta se abrió detrás de ella y la campana volvió a repicar, una nota discordante como si un cencerro sonara ahí abajo en la oscuridad.

Se giró, asustada, esperando ver a alguien, a cualquiera excepto a aquella mujer corpulenta con un voluminoso vestido negro y un moño en la coronilla en el que llevaba ensartadas dos horquillas de azabache rodeadas por un volante blanco y almidonado. La mujer estudió a Lydea en silencio, con las manos entrelazadas en el regazo en gesto recatado.

—Estoy buscando a una hechicera llamada Faey —dijo Lydea aturdida—. ¿Es este…? ¿Sabe si…?

La mujer asintió.

—Es una de mis puertas. —Tenía una voz opulenta y ronca que no encajaba con aquel rostro regordete y puritano, ni con la ropa de criada. Al percibir la confusión de Lydea, se tocó la cara como si no pudiera ver. Dejó escapar un repentino bufido de risa—. Me he enredado con el ama de llaves. No está viva del todo. ¿Y tú eres…?

—Lyd… —No le salía la voz; carraspeó antes de poder continuar—: Lydea. Soy…, era…, yo…

—Pasa —dijo la hechicera con amabilidad.

Aparecieron, en algún lugar dentro de aquella cavernosa oscuridad, en una habitación pequeña y acogedora. Las paredes amarillas estaban decoradas con ramitos de violetas; varias sillas mullidas parecían haber paseado hasta allí y haberse detenido en lugares al azar junto a plantas de las que salían grandes abanicos de hojas tan afiladas como espadas. La hechicera le había devuelto el cuerpo a su ama de llaves. Donde había estado ella, apareció entonces una maraña de color e imágenes. Lydea lo observó todo boquiabierta. Al fin, emergió una mujer completa, sonrojada y acicalándose el pelo como si hubiera tenido que pelear para salir de aquel pequeño torbellino.

—Siéntate —dijo entonces con la misma fascinante mezcla de profundidad y estridencia en la voz. Esta no encajaba tampoco con el nuevo rostro, compuesto de marfil y rosas, las líneas que enmarcaban los ojos y la boca tan finas como telas de araña, el pelo de un tono indeterminado entre el rubio platino y el blanco. Su mirada se paseó por el atuendo manchado de cerveza de Lydea, sus mangas todavía arremangadas de fregar, el gorro arrugado, los zuecos de madera. Decidió adivinar.

—Amor, ¿verdad?

—¿Amor?

—¿Quieres una poción? ¿Para que alguien se enamore de ti?

—Oh. No. Está muerto. —Lydea dudó mientras Faey la observaba con curiosidad—. Estoy buscando a Mag —dijo por fin—. Quiero que… haga algo por mí. Puede que sea un error preguntar.

Las cejas finas y arqueadas se alzaron todo lo que pudieron.

—¿Quieres usar a mi chica de cera?

—No sabía… No me parece para nada que sea de cera. Ya me ayudó una vez con algo extraño, así que pensé en ella para esto.

—¿Cómo te ayudó? —ronroneó la voz ronca; los grandes ojos verdes la observaban como un felino depredador. Lydea comprendió que no había salida, su única opción era hacia dentro.

—Me salvó la vida. Cuando murió el príncipe de Ombria, Domina Perla me echó del palacio en mitad de la noche por haber sido su amante.

La voz y las cejas se estremecieron ante aquello.

—Tú.

—Bueno, no iba vestida así.

Faey se dejó caer en el asiento con un porrazo poco femenino, su mirada intentaba descifrar el hechizo que Lydea había tejido sobre el príncipe. Lydea se quitó el gorro para ayudarla; el pelo cayó lacio, todavía húmedo por el vapor del agua de lavar los platos. Pero la hechicera asentía, iluminada.

—Ya me acuerdo. La tabernera pelirroja. Me llegaron rumores. Pero ¿qué crees que puede hacer Mag por ti? Si buscas vengarte de Domina Perla, no es a Mag a quien necesitas, y a mí no puedes pagarme.

—No. No soy tan tonta.

—¿Y bien? La gente no encuentra su camino hasta mí por llevar vidas sensatas. ¿Qué clase de tonta eres?

—Supongo que sí es un asunto de amor. Quiero un disfraz para poder volver al palacio. Por el bien de Kyel. No soporto tener que dejarlo solo bajo el cuidado de la Perla Negra. Lo conozco desde que nació. Se podría decir que crecimos juntos.

Faey hizo un ruido en el fondo de la garganta. Agarró un ramo de hojas tan largas como las plumas de la cola de un pavo real de la planta que tenía al lado y se abanicó con ellas. Entrecerró los ojos.

—Y querías a Mag para…

—Para que espiase en el palacio y encontrase un disfraz adecuado. Cuando estaba allí no presté suficiente atención. Solo me fijaba en la superficie de las cosas del palacio, pero no en cómo funcionaba todo. Pensaba en zapatos, no en cómo se limpiaban, y en sábanas de satén, pero no en quién las cambiaba. Creí que Mag podría… Ya sé que es peligroso…, a lo mejor no estoy pensando…

Faey sí que pensaba. Un hilillo de humo o neblina le salió de un orificio nasal. A Lydea se le secó la garganta.

—¿Y crees que haría eso por ti?

—Bueno, ella parece… Está atenta a lo que ocurre en el palacio. Y dijo que no le gustaba Domina Perla.

El abanico en la mano de Faey se plegó de pronto con un traqueteo de hojas. Lydea, nerviosa, se aferró a los reposabrazos de su silla. La hechicera se puso de pie y empezó a caminar de un lado a otro, las hojas se retorcían como la cola de un gato. Lydea observó con asombro que las sillas se apartaban a su paso.

Los ojos de la hechicera se habían vuelto negros como el carbón.

—¿Haría Mag algo así por ti? —preguntó con brusquedad.

—Creo… creo que sí. —Lydea tragó saliva intentando afianzar su voz—. Es muy curiosa y no le tiene miedo a nada. Vino a verme a la taberna de mi padre para preguntarme sobre Ducon Greve.

—¿A preguntar qué sobre él?

—A quién le es leal. En caso de que tú… —Titubeó—. Si…

Pero Faey lo descartó con una sacudida de sus hojas.

—Ya se han encargado de Ducon Greve —dijo con un desinterés gélido. Tenía el ceño fruncido. Su rostro cambiaba, las formas elegantes se aflojaban, se hundían, las cejas se volvían más hirsutas. El esmerado moño que le sujetaba el pelo se deshizo de pronto. Se apartó la melena con impaciencia del rostro y clavó a Lydea en su asiento con una mirada turbia y ardiente—. ¿Cuándo viste a Mag por última vez?

—El día —susurró Lydea— que enterraron a Royce.

—¿Nunca más desde entonces?

—No.

La hechicera se desplomó en la silla de nuevo y se tocó el rostro aquí y allí, apretándolo, ajustándolo, refinándolo. El ceño desapareció y volvió a aparecer, un poco más suave.

—Le advertí que se mantuviera alejada de la Perla Negra.

Como ya estaba atrapada y seguramente aquellos ojos la convertirían en cenizas de todas maneras, Lydea se atrevió a preguntar:

—¿Qué es? ¿Domina Perla?

La hechicera se limitó a mordisquear una hoja de palma con unos dientes blancos y perfectos. Parecía estar escuchando algo en su interior, o en la oscuridad más allá de la bonita ilusión que las rodeaba. Un rato después, Lydea se atrevió a hacer otra pregunta.

—¿Sabes dónde está Mag?

Faey se sacó una mota verde de entre los dientes.

—No tengo ni idea. —Miró a Lydea con sus ojos de piedra fundida—. Por supuesto, eres bienvenida a esperarla conmigo. ¿Té?

ONCE



EL DESCONOCIDO

La muerte de Hilil Gamelyn, ocurrida tan poco tiempo después de la muerte del príncipe de Ombria, tuvo un efecto anestésico en la corte. Parecía un presagio de lo que estaba por venir que el poderoso ministro y consejero del príncipe recién enterrado hubiese exhalado su último aliento de forma tan repentina entre los tiestos de las palmeras. Se habló muy poco del asunto. Había sentido que le fallaba el corazón, se decidió de forma muy conveniente, y se había aventurado hasta el invernadero en busca de ayuda. Nadie ofreció ninguna explicación a por qué tenía los labios y la lengua negros. Pero las conjeturas extendieron un silencio asustado e inquietante por el palacio. Tras aquella muerte, Ducon pasó un par de días anticipando el encuentro inminente con su propio final, que le alcanzaría de forma inesperada y despiadada. El rumor de la conspiración entre las palmeras había llegado a oídos de la Perla Negra; tenía que saber que Ducon estaba entre ellos. Se negó a abandonar el palacio y salir a la calle, donde paradójicamente podría haber estado más seguro. La mirada maligna de la regente se volvería hacia Kyel si pensaba que Ducon la había traicionado y había huido.

Pero Domina Perla se limitó a enviar el cadáver a la familia Gamelyn sin hacer ninguna otra referencia al asunto. Cuando su figura pequeña y erguida envuelta en seda cruzaba en silencio una estancia, paralizaba a los cortesanos y reducía las conversaciones a ruiditos inanes y seguros. A Ducon no le mencionó ni conspiraciones ni escondites detrás de espejos. Con creciente

incomodidad, Ducon comprendió que se había librado de un hombre que los amenazaba a ambos y al mismo tiempo lo había hecho parecer sospechoso a él.

—Qué extraño —le comentó Marin Sozon distrayéndolo mientras la regente presentaba a sus ministros y consejeros ante la corte. La mitad eran nobles ancianos y pálidos que apenas se tenían en pie y presentaban un aspecto abatido; el resto parecía que habían tenido que pedir prestados unos zapatos para la ocasión, con los que habían venido andando desde los muelles — el lugar en que murió Hilil.

Ducon, que estaba pensando en la puerta secreta tras el espejo, se sorprendió. Entonces recordó dónde había arrastrado el cuerpo. Miró en silencio a Sozon; sus ojos azules e inyectados en sangre en aquel momento parecían anodinos, ocultando sus pensamientos.

—Quizás —respondió Ducon en voz baja— esperaba encontrarte allí.

—Alguien nos encontró allí —susurró lord Sozon con un ligero encogimiento de hombros—, eso es evidente. —Se alejó un paso de Ducon cuando Domina Perla les lanzó una mirada opaca. Un momento después, añadió—: En aquel momento pensé que se equivocaba.

—¿Sobre?

Le dedicó a Ducon una sonrisita ambigua.

—Sobre ti.

—Lo hacía —dijo Ducon con firmeza.

Sozon no respondió. Ducon se volvió para observar a Kyel, sentado junto a la regente. Había medias lunas oscuras bajo los ojos del niño, pero parecía más cansado que asustado mientras los consejeros se inclinaban ante él. Abrió mucho los ojos al ver el tamaño del cuchillo que llevaba uno de ellos. El hombre lo desenvainó y comentó algo sobre destripar tiburones. La regente habló con dureza, su consejero envainó la hoja enorme y Ducon respiró de nuevo. Cuando devolvió su atención a Sozon, lo único que vio fue la mantícora bordada en la espalda de su chaqueta. Su rostro hambriento y salvaje tenía un peculiar parecido con el consejero armado que se inclinaba de forma poco convincente ante el príncipe.

Los conspiradores viejos no le habían contado nada más sobre la muerte de Gamelyn, y Domina Perla no había dicho nada en absoluto. Pero Ducon

escuchaba las palabras no pronunciadas en todas partes, incluso en sueños. La tensión, insoportable como una tormenta que se negaba a estallar, acabó conduciéndolo a las calles impredecibles y ruidosas. Con papeles bajo el brazo y una caja llena de carboncillos y pasteles en el bolsillo, se mecía como un barco roto en las aguas mansas y embarradas de Ombria. Dejando tras de sí bocetos y puntas de carboncillos, andaba a la deriva entre luces y sombras, entraba en una taberna y salía de otra y dibujaba cualquier cosa que captaba su atención hasta que las calles se oscurecían y se descubría a sí mismo frente a una alcantarilla dibujando bajo la luz de una farola los rostros delineados por el fuego que recorrían la noche sin descanso.

Caminaba sin cuidado ni dirección, su cuerpo lo metía en charcos de vez en cuando, en los que una luna con forma de hoz flotaba y se quebraba bajo sus pies. Se estaba preguntando en cuántas lunas pequeñas se había dividido cuando alguien apareció tras él. Una mano lo agarró del cuello de la camisa y se lo retorció con violencia. Sintió el pinchazo de una hoja en la espalda.

—Enséñame el oro que llevas en el bolsillo, guapetón.

—Mi oro se convierte en carbón —respondió él—. Compruébalo tú mismo.

La mano soltó la camisa y le sacó la caja del bolsillo. Un momento después, el ladrón maldijo y la caja cayó a los adoquines con una lluvia de acuarelas y carboncillos. Ducon utilizó el codo y el talón metálico de la bota. Escuchó caer el cuchillo; el hombre se alejó cojeando y gimiendo y se refugió en la oscuridad de un callejón. Ducon, todavía con varios dibujos debajo de un brazo, los apoyó con cuidado en el suelo y recuperó los colores que pudo. Descubrió un carboncillo intacto en una sombra. Brillaba ligeramente, inundado de un color apenas visible y esquivo. «Así te encuentro mejor», pensó, y lo dejó caer en la caja de madera. El mundo dio vueltas a su alrededor cuando se incorporó. Se apoyó en la esquina de un muro para recuperar el equilibrio y se preguntó si estaría a punto de pasar la noche en la alcantarilla junto a todas las lunas. Pero el mareo remitió y pudo volver a caminar.

Un tiempo después, se descubrió sentado en una mesa maltrecha observando el rostro que había trazado el carboncillo. Le resultaba vagamente familiar. Borró una sombra debajo de un ojo, difuminó una línea junto a la boca y lo volvió a contemplar con la barbilla apoyada en la palma ennegrecida

de la mano. Un rato después levantó la cabeza, estudiando los rostros lúgubres y desaliñados que lo rodeaban. Ninguno había inspirado aquel dibujo, eran todos desconocidos. Volvió a observar el papel frotándose la frente y dejándose manchurrones negros sin darse cuenta. Había visto esos ojos curiosos e intrépidos antes, la boca larga y tensa, el pelo claro y las cejas que las líneas sobrias de carboncillo apenas sugerían.

Dio un brinco; se le resbaló el codo de la mesa y estuvo a punto de volcar el vino. Se había dibujado a sí mismo. Miró más de cerca, entrecerrando los ojos para concentrarse. No exactamente. Había líneas finas bajo los ojos y a los lados de la boca que sugerían que se trataba de su yo futuro, tras un par de décadas bajo el mando de Domina Perla. Pero su rostro no parecía sombrío, solo pensativo, como si el hombre observase a su versión más joven, que se sentaba, con el carboncillo en la mano, devolviéndole la mirada. Ducon sintió un vértigo repentino. Cerró los ojos y se dejó una mancha negra temblorosa entre las cejas. Alguien apartó una silla a su lado con mucho estrépito. Una espiral de color y olor a sudor, lavanda y cerveza se instaló a su lado arrancándole el dibujo de entre las manos.

—¿Estás enfermo, lord Ducon? —preguntó una mujer.

Ducon la miró parpadeando. Era joven, tenía el rostro marcado por el acné y una sonrisa dulce; sintió el impulso inmediato de dibujarla.

—Si nos vas a enseñar lo que has cenado, no dejes que caiga sobre el dibujo.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó él.

—Todo el mundo te conoce.

—¿Qué te parece esto?

—Parece que te has dibujado a ti mismo. —Mientras estudiaba el rostro, se hurgó un diente con el dedo, y entonces rectificó—: No, te has pintado demasiado viejo. ¿Quién es? ¿Tu padre?

Ducon sintió que el mundo se tambaleaba, el sudor le picaba en los ojos. Se tapó la boca con la mano, aunque aquel reconocimiento lo dejó vacío, hueco, como si incluso su nombre se hubiera desvanecido. Los dedos de la mujer lo sujetaron con suavidad de la muñeca. Le dijo algo más. Ducon estaba de pie, recogiendo sus cosas. La mujer le devolvió el dibujo y se levantó, todavía

aferrada a su brazo y hablando. Pero cuando llegó a la puerta ya no estaba con él. El tiempo y su memoria se habían nublado, estaba saliendo de una taberna distinta.

Algo más tarde, aquella noche, se despertó en una habitación desconocida, o a lo mejor fue la siguiente, no estaba seguro. Una hilera plateada de velas iluminaba con suavidad el rostro de una joven que lo observaba. Llevaba un vaporoso vestido color frambuesa de seda y encaje con el dobladillo, que arrastraba por el suelo, manchado. Sus pies descalzos, colocados en la cama cerca de la cara de Ducon, estaban sucios.

Sonreía. Su rostro felino y triangular de ojos dorados estaba delgado y demacrado, la piel lechosa estropeada por una fea cicatriz en la mejilla. Reconoció la sonrisa, aunque no el rostro ni el lugar. Captó un destello de oscuridad a través de las desgastadas cortinas de terciopelo tras ella.

Preguntó con voz ronca:

—¿Cómo…?

—Entraste y te caíste en mi cama, lord Ducon. Por suerte, tus bolsillos estaban lo bastante llenos para satisfacer al caballero que ya se encontraba en ella.

—Conoces mi nombre —respondió él vacilante.

Ella señaló una silla por respuesta, en la que un montón de dibujos reposaban sobre su ropa.

—Eres fácil de reconocer. Y no, no me conocías de antes.

—Eso me parecía. Te habría dibujado si te hubiera conocido.

Su sonrisa cambió por un instante, volviéndose verdadera. Ducon trató de incorporarse. Los colores frutales de la seda frambuesa y el terciopelo cereza se entremezclaron, la cama intentó flotar. Volvió a caer sobre la cama cerrando los ojos con fuerza. Sintió los dedos de la joven en la mejilla.

—Estás helado —dijo ella sobresaltada—. Frío como la muerte. ¿Estás enfermo?

—No puedo estarlo —murmuró él con sensatez— si estoy muerto.

Pero la joven ya no sonreía, su mirada se volvió aprensiva.

—Llamaré a un médico, lord Ducon.

—No lo necesito. Lo más seguro es que solo esté borracho.

—En ese caso, permite que vaya a buscar un poco de caldo que te caliente.

—No —dijo él, la garganta se le cerró de solo pensarlo. Alargó el brazo sin ver nada, atrapó un volante y después su codo—. Quédate tumbada a mi lado, nada más. Por favor. ¿Llevaba suficiente oro en los bolsillos para eso?

La joven dudó, aún recelosa, pero pronto notó su brazo relajarse.

—No así, todo manchado de carboncillo —protestó ella. Tras otra esquirla de tiempo, sintió cómo le lavaba el rostro y las manos, el agua cálida y perfumada era casi tan relajante como su tacto.

La mirada de la Perla Negra se coló en sus sueños, Ducon despertó de pronto antes del amanecer. La mujer roncaba suavemente a su lado, enterrada bajo una nube de satén color fresa desgastado. Acarició un único rizo visible, pero la joven no se movió. Se levantó con cuidado, la habitación se quedó quieta. En ese momento, Kyel acudió a sus pensamientos. El niño no sabía a dónde se había ido ni por qué. Culparía a Domina Perla, que provocaba que la gente desapareciera; ella se vería forzada a silenciarlo…

Se vistió todo lo rápido que pudo, perdiendo el equilibrio de vez en cuando. Si se daba prisa, podría llegar al palacio y dejarle un dibujo a Kyel antes de que despertase. Algo que reconociera, a lo mejor un lenguado con la corona torcida bailando sobre las olas mientras un hombre de pelo blanco lo dibujaba. Recorrió los pasillos de la casa en silencio durante un rato antes de encontrar una puerta que diera a la calle. Para cuando la alcanzó, el sol se colaba entre las nubes al final del mundo y el aire plateado estaba húmedo y salado. Un barco que se deslizaba del puerto a mar abierto parecía navegar sobre luz, y Ducon alargó el brazo en busca de un carboncillo.

Se le resbaló de la mano temblorosa; se agachó para recogerlo y cayó por un momento en un vórtice negro. Tuvo que apoyarse en un muro mientras dibujaba. Los mástiles del barco se inclinaban en ángulos extraños en su papel. Terminó el esbozo y se frotó los ojos con los dedos manchados, tratando de recordar dónde tenía que ir con tanta urgencia y por qué. El sol consiguió atravesar las nubes; Ducon se alejó por fin, siguiendo la luz.

Después, se despertó con el rostro pegado contra otro de carboncillo. Los ruidos de una taberna zumbaban a su alrededor. Levantó la vista del papel y descubrió una copa de vino, aparentemente intacta, junto a su caja de pinturas.

Al mirar confundido a su alrededor, vio el semblante singular que había dibujado hacía uno o dos días, o cinco, antes de asignarlo a un cuerpo, y notó que este le devolvía la mirada.

Se levantó con rapidez, pero tuvo que volver a sentarse a esperar que la repentina oscuridad se disipara. Cuando pudo ver otra vez, la figura alta de pelo claro se había dado la vuelta y salía por la puerta. Ducon reunió sus dibujos deprisa, se metió los carboncillos y pinceles en los bolsillos y le dio un primer trago al vino para despejarse.

Fue como si hubiera bebido fuego. No podía respirar; no podía emitir ningún sonido. Se desplomó contra la pared llorando de dolor. Cuando este se calmó, se movió de nuevo, impaciente ante su extraña dolencia y obcecado con su presa: el hombre que usaba su rostro más viejo.

Fuera, la luz le quemaba, apenas veía nada. El hombre se entretuvo en el siguiente escaparate estudiando un par de floretes de esgrima. Se giró de pronto, pero no antes de que Ducon atisbara sus facciones, sus cejas parejas y serias, sus ojos de neblina marina. A Ducon se le aceleró el corazón. Eran de la misma altura, tan parecidos como los floretes del escaparate. Intentó hablar, pero el vino le había quemado la voz. El hombre se desplazaba con rapidez entre la multitud. Ducon, más lento, se apoyaba en paredes y ruedas de carros inmóviles para avanzar, pero no perdía de vista la cabeza clara con el pelo bien cortado. Hubo momentos en que era lo único que veía en el mundo.

No tenía la menor idea de a dónde iba. Calles que había conocido toda su vida le parecían de pronto extrañas; tampoco entendía el idioma. Cuando el dolor lo recorrió de nuevo, abriéndose camino por sus venas hasta metérsele en los huesos, por fin vio los ojos plateados y fríos girarse para mirarlo. Cerró sus propios ojos y cayó por una ventana sumergida hacia la nada.

DOCE



ESPEJITO, ESPEJITO

Después de que el carboncillo emprendiese su viaje homicida sin ella, Mag dedicó su tiempo libre a buscar a Ducon Greve por todas las tabernas que encontró entre el puerto y el palacio. Cuando eso no sirvió para descubrirlo, mandó las precauciones a tomar viento. Abandonó la cesta de la compra, que Faey le había ordenado que llenase de anguilas para la cena, en mitad de una calle transitada y caminó bajo tierra hasta llegar a los girasoles. El antiguo vestido verde de seda, que no dejaba de perder tela y perlas, le estorbaba, así que partió en una misión en busca de otra ropa. Mientras se movía rápida y silenciosa por la enorme bodega del palacio, le iban llegando ruidos extraños. Voces y ecos de agua que ondeaban en el aire como si, en alguna cámara mágica, ballenas y delfines hicieran cabriolas junto a jóvenes doncellas en enormes tanques de agua. Cuando alcanzó los ruidos, todos los peces se transformaron en ropa sucia, que un grupo de mujeres tristes de pelo lacio y tan mojadas como caballas golpeaba y revolvía en enormes calderos humeantes. Agarró algo oscuro de una pila de ropa seca y se retiró detrás de los estantes de vino a cambiarse. El vestido era sencillo como una sombra y hecho para alguien con el cuerpo como un barril de cerveza. Pero la cubría de la cabeza a los pies; de un vistazo rápido pasaría desapercibida.

Encontró la escalera estrecha por la que viajaba la colada y subió a toda prisa. Esta la condujo a una habitación enorme llena de ropa. Montículos de ropa estaban siendo recolocados en otros montículos. Se remendaban sábanas, medias y dobladillos, se almidonaban y plegaban gorros y cuellos. Las planchas

de hierro calientes como pequeñas fraguas crepitaban mientras perlas de sudor recorrían los rostros enrojecidos de las sirvientas. La ropa limpia se clasificaba, doblaba, colgaba y entregaba a otras criadas estiradas que aparecían como un reloj, precisas e incansables, en la puerta. Era un lugar muy ajetreado. Mag se deslizó detrás de un armario descomunal en el que la ropa blanca aguardaba, doblada y colocada, a la cama y el baño.

Los cotilleos surgían de las sábanas. Al parecer, estas se podían leer como las hojas de té; sus manchas predecían fortunas. Mag captó vagas y misteriosas alusiones a quienes dormían sobre satén.

—Debe haberlo perdido, con toda esa sangre. No habrá manera de limpiarlas.

—Entonces no tendrá que preocuparse de a quién se parece.

Se escuchó el rasgar de unas tijeras, el siseo de una plancha sobre tela húmeda.

—La sangre sale mejor del satén que el vino tinto. Pero lo peor creo que es la mostaza. Lord Picot debió de revolcarse en ella anoche.

—Chocolate —farfulló alguien—. Eso es mucho peor.

—Carboncillo —sugirió alguien más—. Cuando Ducon Greve se mete borracho en la cama después de pasar una noche fuera dibujando, se cuela por todas partes.

Se escuchó una risa.

—Se sabe qué cama ha visitado.

—A mí el carboncillo no me importaría.

—¿A quién le iba a importar? Por mí como si me deja huellas por todo el cuerpo. A él sí que le lavaba las sábanas.

—Me pregunto quién…

—Me pregunto…

—Mira las sábanas. Anoche no durmió en su cama. Ni tampoco ella.

La voz se volvió un susurro en la última palabra. Se produjo un silencio breve y tenso. Entonces alguien aventuró, igual de bajo:

—Con ella es difícil de saber. No deja rastro.

—A lo mejor es que no duerme.

Mag comprendió de repente que era de Domina Perla de quien hablaban en susurros.

—Yo creo que duerme en otro sitio. En algún lugar secreto. Por eso sus sábanas nunca están arrugadas y nunca aparece ni un pelo ni una miga en ellas. Ni siquiera el contorno de su cuerpo. Ni ese indicio deja tras de sí.

—Pero ¿quién le lava las sábanas secretas?

«Exactamente, ¿quién? —se preguntó Mag—. ¿Y dónde estará ese lugar secreto?». Pero nadie lo adivinó, todas habían vuelto a hablar de las manchas: las más rebeldes («usa sal»), las más peculiares («ajos aplastados por todas partes»), las más inquietantes («escribió su nombre con sangre, justo donde había dormido él»). Pero nadie dijo nada más sobre Ducon Greve ni sobre la Perla Negra. Mag se descubrió bostezando. No podía irse hasta después que ellas. Apoyó la cara contra la parte de atrás del armario y se preguntó si dormirían en algún momento. Entonces unos pasos briosos se aproximaron desde el otro lado de la habitación. Las puertas del armario se cerraron de golpe, sacudiéndola.

—Listo. Las sábanas de mañana ya están preparadas. Y justo a tiempo para cenar. Vete a llamar a las que están lavando.

Llena de contracturas y medio dormida, Mag se vio obligada a esperar hasta que las mujeres mojadas y quejumbrosas del mundo marino de abajo se cambiaran a uniformes secos. Se fueron yendo una a una y dejaron tras de sí una vela encendida para el turno de noche.

Mag no perdió un momento. Si Ducon Greve no había aparecido en la cama moribundo, a lo mejor estaba en alguna de las cámaras secretas que había entre las paredes. Si estuviera enfermo y a la vista, los rumores se habrían desviado de las sábanas hacia su estado. No lo había encontrado en la calle, tenía que estar en algún lugar del palacio. Cubierto de carboncillo, aquejado por un extraño padecimiento, en algún sitio desde el que nadie oiría su llamada. Aleteando como un murciélago en aquel voluminoso vestido, corrió por los pasillos del servicio, en penumbra y silenciosos, hasta que encontró la enorme urna tras la que le había perdido la pista en otra ocasión.

Esa vez, descubrió un pequeño rosetón blanco tallado en la moldura al deslizar la mano entre la pared y la urna. Lo presionó y la puertecita se abrió

sin hacer ruido. Mag cogió una vela del candelero que tenía encima y entró en el palacio secreto.

Parecía otro silencioso laberinto de pasillos, descuidado y vacío. La joven caminaba despacio, con cuidado de no pisar tablones que crujiesen. Las puertas daban a habitaciones pequeñas y sencillas. Los cuartos del servicio, adivinó, que llevaban mucho tiempo en desuso. Estaban amueblados con polvo y telas de araña, además de algún adorno olvidado aquí y allá: un alfiletero de seda, una acuarela de un niño, un jabón con forma de cisne, arrugado y amarillo como si fuera marfil envejecido. Pero ninguno de ellos contenía un artista a las puertas de la muerte por culpa de un carboncillo.

Se preguntó si habría escaleras secretas que llevasen a un piso de arriba en el que hubiera habitaciones más grandes y lujosas repletas de recuerdos de grandes lores y damas en lugar de sirvientes. Quizás Ducon se había sentido confundido por culpa del veneno. Perdido dentro del laberinto de aquellos pasillos olvidados, podría haberse arrastrado hacia arriba intentando encontrar sus propias habitaciones.

Mag buscó unas escaleras. El sapo abrió los ojos oscuros dentro de su corazón y la observó. A pesar de su calma habitual, se le quedaron las manos frías; sus pensamientos corrían desbocados y revoloteaban como hojas secas. El rostro de Ducon, vívido bajo el fuego de las velas, la perseguía. Podría estar en alguna parte o en ninguna, no le quedaba ningún sitio en el mundo al que acudir. Como ella, pertenecía a todos los lugares y a ninguno a la vez; tenía orígenes inciertos y carecía de un nombre verdadero. Como ella, deambulaba sin miedo y tenía debilidad por los secretos. Podrían haber sido familia, aunque él viviera en el palacio en el mundo de arriba, y ella debajo. Nunca había sentido tanta afinidad con ningún humano antes. Y ahora, a pesar de sus intenciones, se estaba muriendo en algún lugar, seguramente indefenso, solo y desorientado. Cuando por fin localizó unas escaleras escondidas detrás de un espejo combado y lleno de manchitas en el fondo de una habitación, olvidó todas las precauciones. Corrió hacia arriba, protegiendo la luz temblorosa de la vela con una mano, lanzándose a la oscuridad en lo alto de las escaleras.

La asaltaron palabras, dorado, plateado, rojo. Dio una vuelta; la luz trémula iluminó manuscritos, volúmenes gigantescos, todos le hablaban en

idiomas familiares y desconocidos. Su luz reveló otras velas; las prendió todas y descubrió dónde estaba.

El cervecero tenía una igual, una habitación abarrotada de libros. Tomos, los llamaba él, y le había enseñado dibujos de brujas, alambiques y elaborados diagramas que revelaban, símbolo a símbolo, el camino para producir el elemento ideal. Igual que aquella, esta también olía a viejo. A diferencia de aquella, esta estaba protegida.

Los guardias parecían muy reales, de pie entre las estanterías en la pequeña estancia oval. Las superficies pulidas de sus hebillas y fundas y el bordado plateado de sus cintos prendían estrellas frías a la luz de las velas. Sus rostros adustos avisaron a Mag de que en un momento las espadas rajarían el aire, convertido en lazos de plata; tenía que escapar, esconderse, rápido, ahora. Pero había crecido con fantasmas, con sus miradas siempre vueltas al pasado, con los frágiles rescoldos de sus pensamientos. Los guardias eran extrañamente pasivos; ni siquiera parpadeaban. Comprendió que no estaba en peligro, los que peligraban eran los libros por gente como ella. Llevaban los uniformes de los guardias de palacio; no eran fantasmas antiguos, simplemente ya no estaban vivos.

Pertenecerían a Domina Perla. Mag sintió el pulso seco de una vena en la garganta, como el aleteo de una mariposa. Se había topado con la biblioteca de la Perla Negra. Los conocimientos que consideraba importantes, sus conjuros, quizás su historia. Pero Ducon Greve no tenía tiempo para historia; estaría ya cerca del final de la suya. Se volvió con rapidez para reanudar su búsqueda desesperada, pero se detuvo otra vez y permitió que el pensamiento elusivo e insistente que intentaba ahogar en el fondo de su mente saliera por fin a la superficie. Si lo encontraba y se estaba muriendo, ¿qué podía hacer ella? ¿Llevárselo a Faey?

—Aquí —susurró— hay conjuros.

Todas sus precauciones, que se habían quedado detenidas en la parte de abajo de las escaleras, regresaron a ella de golpe. Se cubrió la mano con la falda negra antes de tocar los libros. Si después brillaba con polvo de estrellas, desvelando unas huellas delatoras, el vestido podía dejarlo en palacio, pero sus manos no. Leyó los lomos desvaídos con cuidado, escuchando lo que

prometían antes de sumergirse en ellos a ciegas. *Mapas del mundo conocido*, rezaba uno; *Plantas útiles de las islas Últimas y qué hacer con ellas*; *La historia de Ombria desde el principio del mundo*; *Cómo mantener el pelo, los dientes y las uñas tras una muerte accidental*. Estuvo a punto de abrir ese último, pero no tenía tiempo para Domina Perla en ese momento. Por fin, un título prometedor grabado en tinta dorada sobre una tapa de cuero clara captó su atención: *Venenos naturales y antinaturales y sus antídotos*.

Al cogerlo, escuchó pasos en el pasillo de debajo.

Se descubrió moviéndose, apagando las velas y buscando un escondite entre las estanterías casi antes de contener el aliento por la sorpresa. Ducon, deseó ferozmente, y recordó recolocar el libro en su sitio. Se deslizó tras uno de los guardias con la esperanza de no haber dejado nada de sí misma en su sombra. No había espacio entre la pared y las estanterías abarrotadas. Movió dos pergaminos y miró a través de ellos, como si fueran anteojos. Entonces escuchó la voz de la Perla Negra más abajo y cerró los ojos.

—Mira esta puerta —exigió—. Y ese espejo. Los dos abiertos de par en par. Deambula por estos pasillos, desordena las cosas. ¿Qué es lo que hace, qué anda buscando, más que mis secretos?

—No lo sé, Domina. —Una voz masculina, pensativa pero no servil.

—Pregúntaselo. Siempre ha confiado en ti. Quiero que lo vigilen. Quiero saber a dónde va en todo momento. Nadie es capaz de encontrarlo, hace días que no lo ve nadie. O está en la calle, o entre estas paredes. El niño ya está inquieto otra vez.

Mag los escuchó subir las escaleras, agitaba los pergaminos con su aliento. Se obligó a volverse invertebrada, una sombra, menos que un fantasma, nada. La Perla Negra entró en la habitación. Mag abrió los ojos de repente, se preguntó si sería capaz de oler el humo y la cera caliente de las velas apagadas. Pero una nueva vela encendida apareció en el círculo de visión del pergamino.

Al parecer la sujetaba el hombre, pues Domina Perla se perfiló entre la luz y los ojos de Mag. Esta los cerró de nuevo, pensando: «Nada. Nadie».

—¿Dónde está ese libro…?

La Perla Negra parecía hablar a través de un tubo de pergamino. Estaba tan cerca que podía olerla.

—Entra aquí, rebusca entre mis libros. ¿Cómo… entra aquí? ¿Qué otras puertas conoce además de la del espejo en la habitación de la niñera? ¿Te las ha enseñado?

—No.

Mag escuchó un resoplido impaciente.

—Lo dejé aquí, en este estante, después de matar a Hilil Gamelyn. —Su voz se volvió delgada como el ala de una mosca, a Mag se le erizó la piel—. Si se lo ha llevado, lo dejaré ciego. Es inteligente y demasiado sigiloso. Podría matarnos en nuestras camas. Si durmiéramos en ellas.

—Nunca menciona nada más peligroso que el arte. Eso y el pequeño príncipe son lo único que parece importarle. No debes hacerle daño sin necesidad, podríamos necesitar sus ojos. Dime lo que estás buscando, te ayudaré.

—Naturales y antinaturales… ¡Ajá! Aquí está.

El libro abandonó el estante revelando una franja negra que era la manga de Mag. Domina Perla se dio la vuelta y Mag vio el rostro del hombre, delgado y decidido, el pelo castaño entreverado aquí y allí con destellos de plata. A la luz de la vela, sus ojos tenían un fulgor amarillo propio de un gato.

—Ahora, ¿quién? —preguntó el hombre con curiosidad.

—Kyel —respondió la Perla Negra con una compostura escalofriante—. Nada que lo mate, solo que lo domine, que apague su espíritu y provoque una melancolía más adecuada a su pérdida que estas rabietas. Lo encontrarás mucho más dócil cuando comiences su tutelaje.

Los labios finos del hombre se tensaron levemente, pero no dijo nada. Se volvió para seguir a la Perla Negra. La luz retrocedió escaleras abajo. La mirada de Mag se aferró a ella; todos sus pensamientos, como polillas, bailaban tras ella. Abajo, la Perla Negra habló de nuevo.

—Le echaré un conjuro a la cerradura. Nadie más que tú o yo podrá abrir esta puerta.

Murmuró algo y Mag escuchó un chasquido apagado. Los pasos y las voces se alejaron. Mag clavó la mirada en la oscuridad a través de sus anteojos de

papel.

TRECE



LA JOYA DEL SAPO

Mientras bebía una taza de té interminable en la cómoda habitación de la hechicera, Lydea percibía de vez en cuando, con la parte sumergida de su cerebro en la que el tiempo seguía discurriendo, que se encontraba bajo un encantamiento. En algún lugar, las horas pasaban mientras daba un solo sorbo al té; la noche caía a la vez que posaba la taza en su platillo, el sol salía cuando volvía a cogerla. La hechicera, o una ilusión suya, hablaba con ligereza del tiempo, aunque este no existía, y de gente que creía que Lydea conocería mientras su espantosa mirada ardía y humeaba como aceite hirviendo. Las frases se reproducían a lo largo del tiempo, repitiéndose. De vez en cuando, Lydea, con la mente tranquila como una tarde de verano, escuchaba el eco, sentía cómo su boca se movía para pronunciar las palabras adecuadas, que debía haber dicho cien veces desde que había empezado a levantar la taza hasta que la tocaba con los labios. Nunca saboreaba el té; lo mismo podría haber estado bebiendo nubes.

—Qué suerte hemos tenido de que se hayan detenido las lluvias matinales —comentó la hechicera, aunque a su alrededor nada indicaba si era de noche o de día—. Al final sí que podremos ir… —Se detuvo de pronto. Lydea sintió unas palabras superficiales salir de sus labios como burbujas. La hechicera la interrumpió con aspereza—. Hay un desconocido abajo.

Lydea, a punto de proporcionar su respuesta acostumbrada a aquello, descubrió que no tenía ninguna. Como si una campana de cristal a su alrededor se hubiera hecho añicos, se encontró sentada en esquirlas de tiempo, intentando juntar las piezas con estupefacción. Clavó la mirada en la taza de té

a medio camino hacia sus labios. El té estaba frío como una piedra y le había salido un pequeño jardincillo de moho flotante.

Lo dejó caer en el platillo sintiéndose mareada y asustada.

—¿Qué…? ¿Dónde…?

Faey se había levantado y recorría la habitación de un lado a otro. Parecía como si olisqueara el aire con las orejas o intentara ver con la mente. Lydea se incorporó. A su alrededor, las plantas susurraban; se aferró al respaldo de una silla, mareada y extrañamente agarrotada.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

Faey la ignoró. La habitación se estaba transformando a su alrededor, las paredes se volvían transparentes, las palmeras de hojas afiladas se marchitaban en los tiestos y se desvanecían. La silla que Lydea sujetaba se rompió y sus partes se convirtieron en piedrecitas, o en pequeños seres con muchas patas que se escabulleron hacia el río. Lydea se encontró en la orilla, un muro de tierra se levantaba detrás de ellas hacia la luz de algún día u otro muy por encima de su cabeza. Solo la taza, un extraño animal de loza con patas como troncos de árbol que echaba té por el hocico, se negó a desaparecer.

—Raro —comentó Faey por fin—. Muy raro.

—Tengo que irme a casa —dijo Lydea preguntándose si sería capaz de escalar la pared de tierra y llegar a la luz. Faey le lanzó una mirada que dejó una ráfaga de fuego en el aire.

—Te necesito —afirmó a secas—. Mi chica de cera está desaparecida. Ven conmigo.

—Pero mi padre… estará hasta las cejas de jarras de cerveza sucias.

—Le mandaré una nota.

—No sabe leer.

—Bueno, pues tendrá que esperar —replicó la hechicera irritada—. Mag no discute conmigo. Necesito a alguien humano que se ocupe del cuerpo cuando falle. Me gustaría —añadió avanzando con rapidez junto al río— que la gente no viniera a morirse aquí abajo. Normalmente los puedo volver a mandar para arriba antes de que sea demasiado tarde, pero estaba ocupada buscando a Mag… —Se giró y, haciéndole un gesto a Lydea, que parecía no ser capaz de encontrar sus pies, le preguntó—: ¿Quieres caminar o volar?

Lydea le dio alcance rápidamente.

Descubrieron al hombre tumbado de bruces entre los escombros de una habitación destrozada. La ventana por la que había caído casi se había hundido por debajo del nivel de la calle. Lydea le echó un vistazo rápido al pelo blanco. Entonces levantó la mirada con desesperación hacia los pocos metros de libertad que la separaban del ruido y la luz de Ombria. Si él había conseguido entrar, ella podría salir…

La hechicera, de pie junto al cuerpo, murmuraba algo con los ojos cerrados. Lydea escuchó el gemido agudo y angustiado del moribundo, que levantó la cabeza, cegado. Tenía la piel gris de argamasa y sangre donde se había arañado al caer entre las tejas rotas. Abrió un ojo y una mano ennegrecida, como para arrastrarse lejos de la voz de Faey, y Lydea sintió que sus huesos intentaban escapársele del cuerpo.

—¡No!

La hechicera abrió los ojos. Dejó una palabra a medias y se quedó en una curiosa inmovilidad, observando al hombre.

—No —confirmó Faey con suavidad mientras Lydea se arrodillaba junto a él.

Lo reconoció por partes: el ojo plateado, el carboncillo en las manos, el pelo blanco ahuesado. Estaba tumbado sobre varios dibujos arrugados, otros se habían amontonado en las sombras. Le dio la vuelta con la mayor suavidad de la que fue capaz. Todavía respiraba. Abrió el otro ojo y la observó sin reconocerla.

—Ducon —le tocó el pelo con delicadeza—, Ducon, soy Lydea. —Cuando alzó la vista hacia Faey, anonadada, Lydea lo escuchó jadear—. Es Ducon Greve.

—Ya sé que es Ducon Greve —respondió la hechicera—. Me pagaron para matarlo.

Lydea siguió mirándola fijamente. Faey se agachó, agarró con energía la muñeca de Ducon y se lo echó al hombro. Lo llevaba con la misma facilidad que una bufanda que le resbalara por la espalda.

—No puedo enviarlo de vuelta arriba en este estado.

—¿Qué vas a hacer con él? —susurró Lydea. Se puso de pie cuando Faey empezó a moverse y agarró a Ducon, obligándola a detenerse. Su voz se elevó hasta convertirse en un grito que reverberó a lo largo del río oscuro—: ¿Qué le vas a hacer?

Faey se giró para mirarla. Sus ojos, bajo las cejas arqueadas y elegantes, se habían vuelto azules de nuevo. Lydea no era capaz de interpretar su expresión, parecía que apenas la veían.

—No estoy segura —respondió la hechicera por fin—. Pero, ya que mi chica de cera está desaparecida, tendrás que ocuparte tú de él.

Empezó a caminar hacia la hilera distante de farolas elegantes; estas iluminaban las fachadas medio derruidas que poblaban las orillas del río como fragmentos de sueños. Lydea la siguió con una mano en la espalda de Ducon. Preguntó, con voz temblorosa tras los gritos:

—¿A dónde lo llevas?

—A mi casa.

—¿Por qué…? ¿Quién quería matarlo? ¿Domina Perla?

—No tengo ni idea. Alguien muy rico, sus sirvientes llevan una mantícora en la ropa.

Lydea dio un traspiés, estupefacta.

—¿Lord Sozon? Me pregunto por qué.

Ducon murmuró algo. Lydea se inclinó para escucharlo, pero no dijo nada más. Se quedó cerca de él y siguió hablando para que pudiera escuchar una voz conocida en aquel lugar extraño.

—Ahora no lo harás. No lo matarás.

—No.

—¿Por qué?

—Es una buena pregunta.

Lydea esperó, pero al final se rindió e hizo otra:

—¿Qué le hiciste? Me ayudaría saberlo si no quieres que muera.

—Estaba en el carboncillo.

—¿El qué?

—El veneno.

Ducon farfulló otra palabra incomprensible. Lydea levantó la mano libre y le tocó los ojos cerrados con dedos helados.

—¿Tienes algún antídoto?

—Sí —dijo la hechicera—. Yo. Después estará muy débil; necesitará a alguien que lo cuide. Si esa mujer tiene a mi chica de cera, me haré un caldo con sus huesos.

—Ojalá lo hagas —respondió Lydea fervientemente—. Así solo quedaría una de vosotras.

Lydea tuvo el rostro de Faey delante con tal brusquedad que sus ojos todavía intentaban verla girarse. El semblante aristocrático de la hechicera era una máscara de desagrado gélido.

—No consigo imaginar por qué insinúas que nos parecemos en lo más mínimo.

—No creo —respondió Lydea con los modales exquisitos que había adquirido en la corte— que haya insinuado tal cosa. Lo he afirmado. Sois tal para cual; no encuentro diferencias entre vosotras. Has sido tú la que has intentado matar a Ducon, no Domina Perla. Como vives aquí, protegida por la magia, ya no tienes que preocuparte por nadie ni por nada. Si hubieras matado a Ducon, le habrías roto el corazón a Kyel. Aunque no sea más que un niño, es el príncipe de Ombria, y, si su corazón muere tan pronto, también lo hará Ombria. Tampoco es que fueras a prestar atención si la ciudad sobre tu cabeza se desvaneciera. Tendría que pasar muerta un par de siglos antes de que te dieras cuenta.

Los ojos azules la observaron fijamente sin expresión alguna. Después la hechicera se puso en marcha de nuevo, hacia una mansión dispersa que bien podría haberse hundido por culpa del peso de las inmensas urnas color crema que adornaban el porche. La voz de Faey le llegó desde lejos.

—Sí que me importa algo. Mi chica de cera.

—Se llama Mag —respondió Lydea en tono frío, dándole alcance.

—Ya lo sé. Se lo puse yo.

—No es una cosa que hayas hecho con cabos de velas. ¿Quién es? ¿Es tu hija?

Algo salió volando de la hechicera, como si hubiera escupido un rayo, y Ducon gimió de dolor. Lydea se tapó la boca con las manos, asustada.

—No te entrometas —dijo Faey suavemente sin girarse— entre mi chica de cera y yo. Me pertenece y hace lo que le ordeno. Eso es todo lo que tienes que entender.

—No entiendo nada en absoluto —susurró Lydea hablándole a las manos.

Reconoció al ama de llaves rolliza y estirada que les abrió la puerta y que no delató la menor sorpresa ante el hombre que colgaba del hombro de la hechicera, recibiéndolos sin pestañear.

—La habitación de los pavos reales, me parece —habló Faey. El ama de llaves asintió sin pronunciar palabra y cogió un candelabro para iluminar el camino, guiándolos por las escaleras de mármol.

En una habitación pintada de los colores índigo y verde de las plumas de los pavos reales, la hechicera dejó caer a Ducon entre los cojines de terciopelo de una cama y cogió aliento para llamar a alguien. Exhaló y dijo, de forma incomprensible:

—Se me había olvidado; no puede traerme al sapo. Ocúpate de él mientras no estoy.

Salió de la estancia sin más. Lydea luchó por comprender la necesidad urgente de un sapo, pero pronto se rindió. Para cuando el ama de llaves había regresado con agua y ropa de cama, estaba desvistiendo a Ducon; esta esperó mientras Lydea le limpiaba las manchas de carboncillo, sangre y suciedad. Volvía a estar inconsciente, su respiración era superficial y errática. El ama de llaves la estaba ayudando a acomodarlo entre las sábanas cuando regresó Faey.

La hechicera abrió un pequeño cofre que traía consigo y deslizó la mano debajo del sapo que contenía. Lo alzó hasta tenerlo a la altura de los ojos. En silencio, el sapo y la hechicera conversaron con la mirada. O eso le pareció a Lydea, que empezaba a reconocer los métodos de Faey. El sapo cerró los ojos, dos hendiduras de oscuridad tan finas como un cabello.

La hechicera lo colocó sobre la frente de Ducon.

Se llevó un dedo a los labios cuando Lydea, con el corazón desbocado por lo extraño de la situación, abrió la boca. La cerró. Faey dejó caer el dedo y tocó al sapo con mucha delicadeza entre los ojos. Cerró los suyos.

Lydea se acercó más al grueso tirabuzón de ébano que sujetaba una esquina del dosel sobre la cama y se aferró a él con fuerza. El sapo nunca se movió; ni tampoco la hechicera. Un rato después, Lydea percibió que la respiración de Ducon se había vuelto más lenta, profunda y rítmica. La respiración de la hechicera se había ralentizado para ir a la par. La de Lydea también.

El sapo habló. La palabra formó una burbuja de un líquido lechoso entre sus fauces, como una perla enorme. Faey abrió los ojos y movió la mano con rapidez para recoger la perla. La dejó caer en la caja. El sapo abrió los ojos y movió una pata que tenía más separada. Faey volvió a abrir la mano y dejó que el sapo trepara a ella.

—Mi preciosura —murmuró, y lo besó en el lomo bulboso con suavidad antes de meterlo en la caja—. Muchas gracias. Tengo que llevarlo de vuelta y darle de comer —le dijo a Lydea, que, por primera vez desde que había abierto la puerta de la hechicera, se preguntó si se habría colado en el sueño de otra persona. Pero ahí estaba Ducon, con ella, su rostro agarrotado empezaba a relajarse y a perder algo de aquella palidez aterradora—. Dile al ama de llaves lo que necesitas para cuidarlo. Yo me voy a buscar a mi chica de cera.

—Por favor —rogó Lydea desesperada—. Por favor. ¿Hay alguien a quien puedas enviar para decirle a mi padre que no se preocupe por mí? Creerá que estoy muerta en algún callejón o que lo he vuelto a abandonar.

Faey se dirigió al ama de llaves.

—Manda a alguien de las cocinas —dijo escuetamente—. Alguien que esté vivo.

—La Rosa y la Espina —murmuró Lydea cuando el ama de llaves inclinó su cabeza encofiada. Pero no se fue y posó una mirada interrogadora en Ducon—. Oh. Necesitará un poco de caldo —añadió Lydea— cuando despierte.

—Dale de comer a ella también —intervino la hechicera—. Y no quiero que me interrumpa nadie, ni vivo ni moribundo ni muerto.

A solas con Ducon, Lydea acercó una silla a la cabecera de la cama y se sentó en ella, mirándolo aturdida por la magia y las coincidencias que los rodeaban. El ama de llaves regresó con una bandeja. La joven bebió un poco de vino y mordisqueó un bollito de pan miga a miga hasta que hundió la

cabeza en el mullido respaldo tapizado de la silla y se quedó dormida. Soñó que algo se le había escapado entre los dedos, que lo había perdido. Se despertó con un brinco. Ducon seguía dormido y el bollito se le había caído de la mano. Lydea se puso de pie y volvió a sentirse hechizada, esta vez por el sueño. Se tumbó en la gran cama junto a Ducon y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, este estaba despierto y la observaba fijamente.

—¿Lydea? —murmuró. Incrédulo, recorrió con la mirada aquella opulenta y desconocida habitación. Después, con una lentitud dolorosa, levantó unos centímetros el terciopelo y descubrió su propia desnudez. Volvió a girar la cabeza, estudió el delantal manchado, el gorro torcido que la joven llevaba en la cabeza, los mechones que se le habían escapado. Tragó saliva—. No lo entiendo. —Su voz sonaba ronca, débil y aturdida por el sueño—. ¿Cuánto bebí anoche? No me había encontrado tan mal en toda mi vida. ¿Dónde estamos?

Lydea sintió que su boca se llenaba de palabras lujosas e inesperadas como joyas: magia, hechizados, ilusiones, fantasma, sapo, hechicera. Tras un momento, se levantó y le acercó a Ducon la jarra de caldo templado que encontró en la bandeja.

—Estamos en el mundo subterráneo. Bebe esto.

CATORCE



EL LABERINTO

El hombre con ojos de búho fue el primero en regresar a la biblioteca de la Perla Negra. Mag, que se había ido hundiendo tras las estanterías y tenía el rostro apoyado en una mustia pila de manuscritos, parpadeó estúpidamente ante la luz de su vela. Estaba sedienta y desorientada; no tenía ni idea de si había pasado una hora o un día en aquella estancia silenciosa e inmutable. Acostumbrada a reaccionar a situaciones peculiares, no se traicionó a sí misma ni con el susurro de un ratón al rozar los manuscritos. El hombre encendió más velas y se puso a hojear un libro de los estantes del lado contrario de la biblioteca. La puerta al pie de las escaleras, cuya cerradura había resistido todas las horquillas de Mag, estaba abierta. La joven sintió su cuerpo tensarse, preparándose para aparecer inesperadamente a través del fantasma armado más cercano. Durante el segundo en que el hombre quedara traspuesto ante la aparición, ella huiría corriendo escaleras abajo y cerraría la puerta de un golpe.

Eso lo transformaría a él en prisionero en su lugar. ¿O no? ¿Saldría tras ella y la perseguiría por los pasillos llamando a Domina Perla? Durante ese momento de duda, el hombre cerró el libro de un golpe y apagó todas las velas. Fue descuidado; una de las mechas volvió a prender mientras él bajaba con estrépito las escaleras. La puerta se cerró con un clic tras él. Mag se derrumbó, desesperada. Pero entonces se dio cuenta de que ya no se encontraba a oscuras.

Salió de su escondite despacio y con cuidado. Ahora necesitaba soluciones para dos hechizos en lugar de uno: la puerta cerrada y Ducon Greve. Uno precedía al otro; los dos eran imperativos. Cogió libros apresuradamente

buscando cualquiera de los hechizos al azar: cómo abrir una puerta, cómo salvar a un hombre envenenado. Dejó huellas descuidadas en todas partes, sabía con una certeza fría que lo más probable era que Domina Perla la descubriese primero.

A pesar de sus tareas urgentes, algunas cosas peculiares en los libros captaron su atención y se anclaron en su memoria. Descubrió pistas de algunos aspectos complejos y extraordinarios de la historia de Ombria, además de sugerencias prometedoras de la extraña mezcla de exóticas suculentas e insectos que podrían mantener a Domina Perla con vida, o algo parecido, desde mucho antes de lo que nadie podía recordar. Cuando la vela empezó a chisporrotear, colocó apresuradamente los libros en las estanterías y se arrastró tras ellas de nuevo. No se atrevía a encender otras velas; eso equivaldría a tirar libros al suelo o dejar un círculo de cabos de vela alrededor de la biblioteca. La vela se apagó. De nuevo, esperó. En la oscuridad, una imagen insistía en colarse en su mente y se negaba a desaparecer: Ducon moribundo en un callejón o entre malas hierbas en un muelle abandonado mientras ella, igual de sola e indefensa, se encontraba atrapada entre libros e incapaz incluso de abrir una puerta.

Escuchó pasos en la habitación de al lado y se preparó para saltar y escapar ante quien quisiera que entrase. Pero la puerta se abrió y se cerró de nuevo antes de que se escuchara ningún paso. Mag se tragó una breve y sorprendente puñalada de lágrimas. Se apoyó con suavidad contra los estantes, calmando la libélula de miedo que la atravesaba a toda velocidad y planeaba sobre ella. No podría escapar dos veces de los ojos viejísimos de luna muerta de Domina Perla.

Pero volvía a ser el hombre; sus pasos cualquier cosa menos furtivos. De nuevo, no se quedó mucho tiempo; de nuevo, dejó una vela encendida, como si su intención fuera regresar pronto. Lo observó elegir su libro y girarse para salir. Se movió sin hacer ningún sonido tras las estanterías, con las manos levantadas en busca de un alfiler adecuado. Lo seguiría y saldría detrás de él; el pincho en la garganta lo convencería de guardar silencio.

Vio lo que había dejado en el suelo al pasar junto al fantasma. La sangre que corría por sus venas la obligó a detenerse. En ese momento él se movió

deprisa; Mag escuchó la puerta cerrarse mientras contemplaba el suelo. Allí había un plato con carne fría y un trozo de pan junto a una vela encendida, además de una jarra de agua y un vaso.

«Cómeme», decían. «Bébeme». Tragó saliva, sorprendida y recelosa. La Perla Negra la había visto y lo había enviado con comida y bebida hechizada. Era la única explicación; el hombre no se atrevería a guardarle secretos a Domina Perla. Mag, con la boca tan polvorienta como los viejos tomos, no se atrevió a beber.

No lo hizo. Pero tampoco se escondió cuando el hombre volvió a aparecer. Sus pasos rápidos y ruidosos le dijeron claramente lo perdida que se encontraba dentro del palacio secreto, lo lejos que estaba cualquier ayuda. Se sentó en el suelo junto a la comida y el agua intactas, mantuvo una expresión inmutable cuando la luz del hombre cayó sobre ella. Sintió su sorpresa como un roce en una red que se extendía entre ellos. Fuera lo que fuera lo que esperaba, pensó, no era a ella.

—No sabe que estás aquí —dijo él—. Traje la comida y el agua de la cocina, no son de ella.

Mag guardaba silencio y lo estudiaba preguntándose si de verdad le ocultaba cosas a Domina Perla. Le entregó un pequeño trozo de sí misma, el sonido de su voz:

—¿Quién eres?

—Camas Erl. Trabajo mucho en bibliotecas. Un libro fuera de lugar o el aroma de la cera derretida llaman mi atención. Domina Perla tenía otras cosas en la cabeza. —El hombre se acomodó en el suelo, gruñendo un poco al doblar las piernas largas. Sus ojos amarillos, con vetas color avellana, eran curiosos como los de un pájaro—. Soy el tutor del príncipe. Antes de eso, era el de Ducon Greve.

—Ducon —dijo ella con voz hueca al recordar—. Se está muriendo.

—¿Qué?

—Lo he estado buscando por todas partes.

—¿Quién eres?

—Soy la chica de cera de Faey —respondió ella impaciente—. La hechicera. Si tienes una relación tan cercana con Domina Perla como para compartir

secretos con ella, debes conocer a la hechicera que vive bajo tierra.

Sus ojos se negaron a delatar si la conocía o no.

—Pero ¿por qué quiere matar a Ducon?

—Le pagaron para hacerlo, una mantícora. Preparó un carboncillo envenenado.

El hombre susurró algo pasándose los dedos por el pelo y arrancándose un hilo de la corbata en la nuca.

—Carboncillo. Eso serviría. Prácticamente se lo come cuando dibuja. ¿Estás segura de lo de la mantícora?

—Yo no la vi, fue Faey la que la reconoció.

—¿Esa Faey es capaz de distinguir a una mantícora de un corazón de manzana?

—Merece la pena saberlo.

Él gruñó suavemente.

—¿Por qué no la conozco? ¿Dices que Domina Perla sabe de su existencia?

—Domina Perla le ha encargado conjuros. Por favor —rogó—, si me dejas ir, puedo buscarlo.

—Domina tiene sus propios métodos para encontrar a la gente. Podría ser más sencillo.

Mag se quedó helada al pensarlo.

—Te preguntaría cómo sabes que Ducon se está muriendo. Tendrías que contárselo. Me destruirá si me ve. Ya me lo advirtió una vez. Llevo suficiente tiempo con Faey para saber lo que eso significa.

Él gruñó, todavía estudiándola con la mirada, tanteándola de forma incómoda.

—No tienes motivos para confiar en mí —dijo de pronto—. Yo no lo haría. Excepto por dos cosas. Domina Perla no quiere a Ducon muerto, y yo tampoco. Lo segundo es esto. —Arrancó un pedazo de pan, se lo tragó junto a un sorbo de agua de la jarra y se limpió la boca—. Es inofensiva. Por ahora, le ocultaré todo esto a Domina Perla. ¿Dónde lo has buscado?

Se lo dijo.

Él se negó a liberarla, ni siquiera después de que le describiera con todo lujo de detalles los lugares que Ducon frecuentaba. Lo único que le prometió

fue:

—Daré con él. Debe estar ahí fuera. En el palacio no está.

—Por favor…

—Domina Perla no te descubrirá. Casi nunca viene por aquí. En este palacio, las bibliotecas son los lugares más privados. —En ese momento vio la determinación cruda y repentina tras los ojos de Mag. Se levantó con rapidez, cogió la única vela encendida y empezó a caminar hacia atrás mientras hablaba —: Si te quedas aquí en silencio, dejaré la vela encendida en el último escalón. Si te mueves, te dejaré en la oscuridad y llamaré a Domina Perla.

Mag cerró los puños, pero no se movió.

—Date prisa —respondió secamente.

Después de que se fuera se relajó un poco, lo suficiente para comer algo y reanudar sus lecturas incesantes; nada indicaba que Camas Erl supiera cómo revertir la muerte provocada por un sapo.

La mantícora, descubrió mientras hojeaba al azar los libros de la Perla Negra, pertenecía a una familia muy antigua emparentada con la Casa de Greve. Resultaba evidente que el lord o la dama llamado Sozon lo había tenido en cuenta para ir reduciendo en secreto el número de herederos a la corona, aunque eso no explicaba por completo el ataque a Ducon, que no heredaría nada de todas formas. Mag se había detenido a valorar la lógica huidiza de aquello, como si fuera un problema matemático, cuando le cayó la cabeza contra los tomos de cuero, suaves como vellones de cordero de tan viejos. Durmió sin moverse y sin soñar.

Camas Erl entró mientras dormía y la despertó. La vela que le había dejado ya estaba consumida. Mag hizo algún tipo de ruido, una pregunta fracturada mientras recomponía sus huesos quejumbrosos.

—No lo encontré —respondió él sacudiendo la cabeza.

Tenía la cara llena de manchas y avejentada de cansancio. La llama alumbró su mandíbula sin afeitar, el vello castaño salpicado de sal. Mag se recompuso, fría de pronto, y se acurrucó en la lana sin forma. Lo observó con una mirada asombrada y luminosa.

—Entonces está muerto.

—¿Cómo lo sabes? —Como no respondía, la tocó y la sacudió ligeramente —. ¿Qué veneno había en el carboncillo?

—El del sapo de Faey. He estado intentando encontrar un antídoto en los libros.

—¿Cuánto hace que lo preparó?

—Ya no estoy segura. Días.

El tutor se frotó los ojos, desconcertado.

—En el palacio no lo ha visto nadie desde hace días. Lo busqué en todos los sitios que me dijiste y en algunos más. Una mujer en un burdel me contó que había estado allí hacía un par de noches. Le había parecido que estaba enfermo. Aunque él le respondió que solo estaba borracho, estaba frío como la muerte y no quiso comer nada.

Mag se estremeció.

—Frío como los sapos —susurró. Alargó el brazo hacia la jarra y le dio un trago; el agua la salpicó y la despertó un poco más. Se lavó la cara con la falda mojada y se recolocó las horquillas en el pelo. Entonces dijo con desesperación absoluta—: Domina Perla me matará si me encuentra aquí. Me lo dijo una vez, cuando me pilló espiándola. Debes dejarme ir antes de contarle lo de Ducon. A no ser que estés enfadado conmigo por ayudar a Faey con esto y me quieras ver muerta.

—¿La ayudaste?

—No podía detenerla, pensé que encontraría a Ducon a tiempo y le cambiaría el carboncillo mágico por uno normal. Pero no lo encontré, no pude, y lo busqué por todas partes…

—¿Qué —preguntó Camas Erl, y sus ojos ya no eran de lechuza, sino más feroces, intensos y depredadores— eres exactamente?

—No lo sé —respondió ella temeraria—. ¿Qué eres tú? Conoces los secretos de Domina Perla y aun así le ocultas cosas. ¿Qué quiere? ¿Qué quieres tú? ¿Qué es la Perla Negra?

Se quedó callado pensando, un surco se hundió en su frente.

—La Perla Negra —respondió por fin— es una pieza del lado oscuro de la historia. La cara oculta de la luna. La sombra que la luna arroja sobre la tierra cuando eclipsa el sol. Podríamos decir que es algo que debería haberse

desvanecido hace mucho tiempo, pero no lo hizo. Soy un apasionado de la historia de Ombria, y esa pasión me lleva en direcciones insospechadas, porque la historia no es sencilla. Eres una de las cosas más extrañas con las que me he encontrado en mi viaje por el laberinto de la historia. Tú y tu hechicera que vive bajo tierra. ¿Dices que ella te hizo? ¿Qué eres? Su… ¿Cómo era? ¿Su chica de cera?

—Eso dice ella.

—¿Y tú? ¿Tú qué dices?

Mag guardó silencio. Se quedó inmóvil abrazándose con fuerza las rodillas; el tutor le sostuvo la mirada. Un buen rato después, escuchó que alguien que era ella misma y a la vez no lo era respondía:

—No lo sé. Si digo que soy humana, ¿entonces dónde pertenezco? Y si no soy humana ¿entonces dónde comencé?

—Te dejaré ir —respondió él con mucha suavidad— si me dices cómo puedo encontrarte. Y a Faey también.

—¿Qué quieres de ella?

—Conocerla. Es parte de Ombria. Quiero conocer lo que es, de dónde viene.

—No le gustará que la estudien.

—Puedo ser muy discreto. No tenemos tiempo de hablar ahora. Te daré la oportunidad de salir del palacio antes de sugerirle a Domina Perla que debería buscar a Ducon. Si lo encuentras con vida, házmelo saber. Le diré que lo he encontrado yo. Hará lo que pueda para curarlo, incluso si tiene que pagar a tu hechicera para que deshaga su propio hechizo.

—Faey ya lo ha hecho otras veces —dijo ella con pesadumbre—. Será caro.

—Domina Perla pagará.

—¿Por qué? ¿Por qué le importa tanto el hijo bastardo de la Casa de Greve? Faey creía que sería ella quien lo matase.

Pero el tutor terminó de darle sus instrucciones sin responder.

—Si Ducon está muerto… —dudó, y después dijo sin entonación—: Si lo encuentras muerto, díselo a cualquiera. No importará.

Mag asintió, se puso de pie con el cuerpo entumecido y esperó a que la llevara abajo y le abriera la puerta. Pero todavía no había acabado con ella.

Camas sostuvo la vela entre ellos, iluminando los rostros de ambos, y le preguntó con curiosidad:

—¿Por qué no les tenías miedo? ¿A los fantasmas de dentro? ¿Por qué no echaste a correr en cuanto los viste?

—No son más que fantasmas. Me crie entre ellos, ahí abajo en el pasado de Ombria.

Vio la luz y el anhelo que inundó sus ojos, como si le hubiera hablado de un gran tesoro que estaba enterrado en las profundidades bajo la ciudad.

—¿Cómo puedo volver a encontrarte? —preguntó él con avidez.

Se lo explicó. Camas Erl no dijo nada más mientras bajaban las escaleras; abrió la puerta embrujada y la liberó.

QUINCE



CERA Y CARBONCILLO

Ducon soñó y cuando se despertó lo recordaba todo.

En su sueño, seguía a un hombre alto con el pelo blanco por las calles abarrotadas de Ombria, parecía estar a punto de alcanzarlo una y otra vez, pero siempre se le escapaba. Se abría la puerta de una tienda; la gente se metía entre ambos; los huérfanos callejeros perseguidos por un pastelero iracundo al que le habían birlado los dulces que llevaban en la mano se interponían en su camino corriendo como locos. Un duelo que se luchaba con una intensidad repentina y salvaje delante de él lo obligaba a detenerse. Observó cómo la cabeza pálida se alejaba más y más sin echar ni un solo vistazo atrás mientras los duelistas se batían sin piedad y sin descanso, los floretes trazaban caminos plateados que se congelaban en el aire, cruzándose en su camino como una pared de hojas centelleantes.

—¡Espera! —le gritó con desesperación a la figura que se alejaba. Se encontró solo caminando por el laberinto de habitaciones secretas del palacio hacia el lugar en el que, como sabía con una certeza absoluta, el desconocido con su mismo rostro lo esperaba.

Se despertó antes de alcanzarlo.

Antes de abrir los ojos, recordaba el rostro que se había formado inesperadamente en su papel, como si hubiera salido del carboncillo mismo en vez de su mano. Ese rostro había sido uno de muchos bocetos impredecibles. ¿Dónde estaba ahora ese carboncillo que brillaba en la oscuridad?

De hecho, ¿dónde estaba él?

Por fin, abrió los ojos. Lydea, a la que había visto tumbada a su lado con un gorro espantoso y un delantal manchado de cerveza, estaba sentada en una silla junto a la cama. Al parecer, su ropa también había ofendido la vista de la dueña de la mansión; ahora llevaba un vestido de rico terciopelo verde, de una sencillez extrema, que llevaba más de cien años sin estar de moda. El vestido solo dejaba a la vista su rostro y los dedos. Lydea parecía inmersa en contemplar su suerte, pero se giró con rapidez, como si hubiera percibido que estaba despierto.

Le tocó el rostro, le levantó un poco la cabeza y le acercó un vaso de agua a los labios. Le sabía la boca a carboncillo, pensó al beber; se preguntó si se lo habría tragado.

—Explícame otra vez —le rogó— por qué estamos aquí.

Ya se lo había contado una vez; había sido como escuchar un sueño vívido e imposible. Esta vez, se concentró en el camino que hizo el carboncillo, desde el caldero de la hechicera hasta el sirviente de lord Sozon, y de alguna forma hasta el interior de la caja que llevaba consigo cuando dibujaba.

—El veneno estaba en el carboncillo —dijo Lydea—, y de ahí penetró en tu piel.

Ducon asintió.

—Siempre me dicen que lo mancho todo, pero lo hago sin darme cuenta. —Ese pequeño movimiento, esas pocas palabras, se cobraron su peaje. El dolor, una bestia adormilada, empezó a desperezarse. Intentó ignorarlo—. ¿Dónde está ahora?

—¿Dónde está el qué?

—El carboncillo.

La joven parecía perpleja.

—No lo sé.

—Había una caja de madera. En el bolsillo de mi chaqueta.

Formó las palabras con un cuidado infinito para no importunar a la bestia.

Lydea abrió la boca, pero se levantó sin preguntar el motivo. Ducon vio su ropa desgarrada y manchada de sangre tirada sobre el cofre. Ella cogió su chaqueta. En un bolsillo había una piedra; el otro, deshilachado, estaba manchado por una explosión de colores.

—¿Qué había en la caja?

—Pinturas. Carboncillos.

—Se debió aplastar bajo tu peso cuando te caíste. —Lydea dejó la chaqueta donde estaba y se acercó a él—. No te preocupes, aquí estás a salvo de él.

A Ducon se le llenaron los ojos de lágrimas de dolor, y de impaciencia ante su propia debilidad.

—Me encantaba lo que dibujaba —susurró.

Volvió a quedarse dormido. Esa vez, en sus sueños, una hechicera monstruosa y bella se lo echó a la espalda y atravesó con él el árido páramo de una caverna inmensa. Boca abajo, respirando a través de la tela liviana de su manga, intentó regatear para conseguir un carboncillo.

—Pintaré tu rostro con él —le ofreció en un determinado momento.

—¿Qué rostro? —preguntó ella.

Y entonces su risa estrepitosa rebotó en las piedras a su alrededor hasta que se despertó. O creyó que despertaba; la hechicera seguía inclinada sobre él.

La reconoció, aunque no llevaba el rostro de sus sueños, ni siquiera el que había atisbado sobre Lydea cuando esta se había arrodillado junto a él en los escombros y lo había llamado por su nombre.

La hechicera llevaba su poder como si fuera un gran manto multicolor que solo veía si no lo miraba de frente. Flotaba y ondeaba alrededor de ella, lo veía por el rabillo del ojo; llenaba toda la estancia y se derramaba más allá de la puerta, más allá de la casa, adivinó, como un segundo río debajo del mundo, como el viento. El rostro que utilizaba, tempestuoso y bello, era una máscara, no significaba nada.

—No me extraña que te rieras —susurró.

La hechicera guardó silencio un momento mientras los colores latían y titilaban a su alrededor. Sus ojos oscuros parecían enormes.

—¿Qué ves? —le preguntó. Ducon reconoció la voz; había perseguido su aliento, los ritmos de su sangre, para matarlo. Pero ahí estaba, a salvo en una cama en su casa, aparentemente sin más motivo que un cambio de opinión.

—A ti —contestó él con sencillez.

El poder salvaje se desdibujó, se escondió. Lo único que quedó fue el disfraz, que ya era fascinante de por sí con sus huesos orgullosos, su larga e

indómita cabellera negra, sus expresiones siempre cambiantes. Pero aquello solo le causó más dudas: si dibujara ese rostro con el carboncillo embrujado, ¿emergería su rostro oculto en el papel?

—¿Conoces a mi chica de cera? —preguntó ella con brusquedad—. ¿A Mag?

—Creo que no.

—Si la conocieras, no te cabría la duda. Va de un sitio a otro, hace recados para mí. Le gustan los secretos. Lydea dijo que te espiaba.

—A mí.

—¿Es posible? ¿Hay lugares a los que podría haber ido dentro del palacio, desde los que te podría haber observado sin que lo supieras?

Él empezó a asentir, pero se lo pensó mejor.

—El palacio está plagado de secretos —dijo. Su voz sonaba frágil y aflautada como la de un anciano—. Algunos son de Domina Perla. Otros vienen del pasado. Otros…, no sé a qué pertenecen. A quién.

La hechicera exhaló con fuerza, y la cabeza de Ducon vibró como una campana. El enfermo se encogió de dolor y, cuando la hechicera lo tocó, vio el gusano de tormento que lo había taladrado, brillante, palpitante y aferrándose a sus dedos. Ella lo dejó caer sin prestarle atención.

—Perdona —dijo. Él la estudió maravillado. La hechicera se giró, dio un par de pasos, entrecerró sus ojos encantadores, tan oscuros que se negaban a reflejar la luz.

—La he perdido. Le advertí una y otra vez que se mantuviera alejada de Domina Perla.

Solo de pensar en ella, a Ducon le palpitaba la cabeza de nuevo.

—Kyel —susurró de repente intentando incorporarse. El dolor le dio un martillazo preciso entre los ojos, y se dejó caer en la cama. A través de la neblina, vio a Lydea agacharse sobre él y sintió su mano fresca. Se escuchó decir a sí mismo con la claridad propia de los sueños—: Devuélveme el carboncillo y encontraré a tu Mag.

Escuchó en el silencio las preguntas no formuladas que asaltaron la mente de la hechicera. Entonces habló ella y él no escuchó nada.

Volvió poco a poco en sí mucho tiempo después, siguiéndole el rastro a un aroma.

«Romero —pensó adormecido—. O naranja».

Al abrir los ojos descubrió que estaba solo. Lydea se había ido a otro lugar, a lo mejor a algún otro sueño. Pero la comida que había en la bandeja junto a su cama era real: pollo asado con romero y relleno con gajos de naranja y lima, un panecillo todavía caliente del horno, un bol de higos y uvas moradas. Se sentó con cuidado. El dolor de cabeza había desaparecido; se sentía hueco, vacío y hambriento por primera vez desde hacía días.

La puerta se abrió justo cuando partía el panecillo humeante. Se detuvo para observar lo que aún le resultaba imposible: Lydea cerrando una puerta, Lydea cruzando una habitación como si creyera que seguía viva. Percibió el alivio en su rostro cuando lo descubrió con un cuchillo de untar en la mano y la bandeja encima de las rodillas. Lydea se sentó en la cama y sirvió un poco de vino en las copas de ambos. Le pareció que ella también debía estar hambrienta; su rostro encantador, que rara vez había visto fuera de las ocasiones formales, parecía demacrado y agotado. Le untó una rebanada de pan con mantequilla; ella fileteó el pollo y le pasó un plato. Durante varios minutos comieron en silencio y con las manos, demasiado impacientes como para utilizar la pesada cubertería de plata que descansaba en la bandeja.

Ducon se cansó pronto y se apoyó contra la pared mientras se limpiaba las manos con una servilleta y observaba comer a Lydea.

—Nunca pensé que volvería a verte después de que Domina Perla te echara del palacio aquella noche —dijo con suavidad.

—Mag me ayudó a cruzar la ciudad. Me salvó la vida.

—Mag.

—La chica de cera de la hechicera —explicó ella con una sonrisa irónica—. Así la llama Faey.

—La chica de cera desaparecida que me espiaba —asintió él al entenderlo—. ¿Por qué me espiaba?

Una expresión compleja, al mismo tiempo irónica y afligida, cruzó el rostro de Lydea. Se dio unos toquecitos delicados en los labios con la servilleta, como le había enseñado Royce, y bebió un sorbo de vino. Cuando habló, su voz era muy baja.

—Para saber si merecía la pena salvarte.

—¿De…? —Se detuvo antes de que ella sacudiera la cabeza. Abrió los ojos de par en par y sintió una loca necesidad de reír. Entonces atisbó el peligro de dos cabezas que amenazaba a Mag en su extraño propósito: en una mano la hechicera traicionada, en la otra la Perla Negra. Intentando comprender, dijo despacio—: Debió decidir que no la merecía. No es la única que ha llegado a la misma conclusión.

—Está desaparecida —le recordó Lydea sombríamente—. Puede que muerta. A lo mejor porque pensó que sí merecías la pena.

Ducon guardó silencio cavilando sobre una chica de cera sin rostro que pertenecía a Faey y que había estado vigilando su vida sin él saberlo. Rebuscó en las calles de sus recuerdos, en las tabernas, pero no encontró nada, ningún posible rostro, ni siquiera uno que hubiera podido dibujar por impulso.

—¿Qué aspecto tiene?

—Es joven, entre Kyel y yo. Está en ese punto entre saber muy poco y demasiado, como quien dice. Lleva alfileres en el pelo como si fueran brochetas, tiene una melena dorada que parece una montaña de paja. Es alta, enjuta y nada le da miedo, ni siquiera lo que debería temer.

Él negó con la cabeza intentando imaginársela sin conseguirlo. Lydea cogió un racimo de uvas y le ofreció un puñado.

—Si quieres salir de aquí —le aconsejó—, tienes que comer.

Él deslizó la mano sobre la suya y la cerró.

—Gracias por encontrarme, y por cuidarme —dijo—. En este lugar tan inverosímil.

Ella le dedicó una pequeña sonrisa dándole la vuelta a las manos para que las uvas cayeran en la palma de él.

—No me había dado cuenta de lo invisible que me sentía desde que había abandonado el palacio —continuó despacio—. Como si hubiera muerto allí. Cuando me reconociste fue como si le hubieras devuelto la vida a esa Lydea.

Ducon se tragó una uva para contentarla y dejó caer las demás en el plato.

—Entiendo lo que hago yo aquí. Pero ¿cómo y por qué has venido tú hasta aquí, sea lo que sea este sitio?

Se lo explicó. Kyel, dijo ella, y, de nuevo, Kyel, repitió recordándoselo, llenándolo de una impaciencia cansada ante su propia impotencia. Entonces

empezó a prestar atención a lo que le decía.

—¿Harías algo así? —la interrumpió incrédulo—. ¿Te colocarías bajo las narices de Domina Perla para poder cuidar de Kyel?

—Ya fue bastante duro perder a Royce —respondió ella apenada—. Al principio no era consciente de cuánto echaría de menos a Kyel. Por Royce no puedo hacer nada; está seguro allí donde está. Pero tengo pesadillas sobre lo que la Perla Negra podría hacerle a Kyel.

—Sea lo que sea lo que has soñado, lo hará. —Ducon se apretó los ojos con las manos, intentando pensar—. Conozco escondites dentro del palacio… Casi nunca está fuera de su vista durante el día. Excepto… —Las manos se deslizaron hacia abajo; miró hacia Lydea sin verla—. Pronto empezará a estudiar; pasará con su tutor varias horas al día. Quizás, entonces… —En ese momento la vio con claridad: la cascada roja y bronce de su pelo, los ojos grises de humo, la estructura elegante y delicada de su rostro. Negó con la cabeza, inquieto—. No. Es demasiado peligroso.

—¿El qué?

—Cortarte el pelo sería fácil, pero tendrías que cambiar la expresión de tus ojos.

Esa expresión se modificó mientras hablaba, reflejando una esperanza y añoranza salvaje.

—Lo haré —prometió ella—. Haré cualquier cosa. ¿Qué…?

—Si pudieras disfrazarte, fingir que ayudas a Camas de alguna manera, podría estar dispuesto a arriesgarse por el bien de Kyel.

—¿Camas?

—Camas Erl. A lo mejor no llegaste a conocerlo. Era mi tutor.

—A lo mejor nunca le presté atención —respondió ella con firmeza— si no era más que un tutor. Al fin y al cabo, yo era la amante del príncipe. —La amargura de su tono lo sorprendió. Lydea se levantó, le quitó la bandeja florida de las rodillas, y añadió—: Es extraño que, cuanto más claramente te ves a ti misma, más claras se vuelven otras cosas.

—¿Ah, sí? —contestó él—. Ni idea. La única ocasión en la que pude echarme un vistazo fue en un sueño.

Vio el sueño otra vez, el rostro que era el suyo y no lo era, y volvió a sentir la conmoción del reconocimiento y su añoranza irracional, que no había aclarado para nada el mundo a su alrededor mientras perseguía al desconocido por las calles de Ombria, pero que lo había cambiado a cada paso hasta que, cuando por fin se había caído de él, el mundo se había vuelto totalmente desconocido.

—Duerme —dijo Lydea con suavidad colocándole una almohada bajo la cabeza—. Ninguno de los dos podremos irnos hasta que te recuperes.

Ducon vio a la hechicera justo antes de cerrar los ojos. A los pies de la cama, sujetaba algo pequeño en una mano. A su alrededor, las cautivadoras mareas de sus poderes se arremolinaban, se reunían y menguaban.

—Encontré tu carboncillo —dijo ella—. El sapo le ha sacado el veneno. — En el tiempo fragmentado de los sueños, o de la magia, de pronto se encontraba a su lado posando el carboncillo junto a su mano—. Ahora tienes que encontrar a Mag.

El carboncillo seguía allí cuando despertó.

DIECISÉIS



AQUÍ Y ALLÍ

Lydea, que recorría la mansión en busca de la hechicera mientras Ducon dormía, sentía que se movía hacia atrás en el tiempo, deambulando al azar por diferentes capas de historia que cambiaban sin ningún orden y nunca eran consecutivas. Cierta prenda que llevaba uno de los fantasmas taciturnos evocaba a una época específica del pasado de Ombria; un cambio de estilo en las patas de una silla remitía a una muerte o una coronación en la Casa de Greve. Las modas y los rostros altaneros de los cuadros le recordaban a otros fantasmas en otros cuadros que habían sido testigos de su paso nervioso por los pasillos del palacio. La familia, los llamaba Royce con sencilla familiaridad. Los más antiguos estaban pintados sobre madera y aparecían cubiertos de su propio peso en pieles y perlas. De las paredes de Faey colgaban piezas que parecían anteriores, tan toscas que casi no se podían considerar arte. Extraños paisajes y animales, la sugerencia de las calles de una ciudad, un rostro borroso y todavía más vago que se atisbaba a través de una niebla brillante, todo ello pintado en lo que parecían las tapas redondas de barriles de vino o sobre pieles curtidas. Más antiguos que nada de lo que le hubiera enseñado Royce. Más incluso que la propia Casa de Greve, aunque eso parecía casi imposible. Ombria y la Casa de Greve habían nacido juntos, dos gemelos ensangrentados e ignorantes que habían moldeado el mundo que los rodeaba al crecer.

Eso le había contado Royce. Sus recuerdos de él ensombrecían la búsqueda. La antigüedad y riqueza de la mansión de la hechicera, los retazos cambiantes de tiempos remotos de una habitación a otra, el vestido de

terciopelo arcaico que llevaba, todo ello la hacía sentirse como un fantasma, como si persiguiera sus propios recuerdos de la vida en palacio. Escuchó fútilmente en busca de la voz confiada y bondadosa de Royce cuando le explicaba esto y aquello: un arma rara y obsoleta, la expresión avinagrada en el rostro de algún ancestro. Qué curioso, pensó, cómo aquella seguridad, aquella percepción, no fue capaz de prever su propio y abrupto final. La consolaba pensar que Royce debía haber creído que viviría inalterado para siempre.

Un rostro que colgaba al fondo de un gran salón de baile la hizo detenerse. Estaba segura de que Faey había usado esos ojos azules, esas cejas enarcadas, pálidas y desdeñosas. Al parecer, seguía usándolos. Los labios fruncidos se abrieron de pronto, y la voz ronca e impetuosa de la hechicera brotó de ellos, desafiando toda lógica.

—Estoy aquí —dijo la dama del cuadro, parca en palabras.

—¿Dónde? —preguntó Lydea cuando se recuperó de la sorpresa.

—Cruza tres puertas sin desviarte.

Los labios se fundieron con el cuadro de nuevo. Lydea, que consideró que era mejor no pensar demasiado en aquel lugar inverso, agarró los dos pasadores que tenía delante y abrió las puertas de la sala de baile de par en par, cruzando el pasillo hasta llegar a lo que parecía un guardarropa.

La hechicera, rodeada de pomos de latón rematados de porcelana, estaba sentada en una pequeña silla dorada. Una sola capa colgaba tras ella: seda color vino, con un reborde de piel de conejo blanquísima. Faey, también vestida de seda color vino, con la salvaje melena recogida en un moño rodeado de rosas blancas, parecía haberse encerrado a sí misma en el guardarropa como castigo por haber perdido a su chica de cera.

Le clavó a Lydea su mirada negra y severa y habló:

—Ya te he dicho que no quiero que me molesten. Me estás molestando. ¿Qué pasa?

—Te ayudaré —respondió Lydea con firmeza— si tú me ayudas a mí. Puedo pagarte.

La hechicera la miró con severidad, pero ligeramente interesada.

—¿Con qué?

—Con lo que me queda. Tengo zapatos con tacones de zafiros…

—Yo también. Y de rubíes. Y esmeraldas.

—Y tengo… —A Lydea se le quebró la voz, pero prosiguió—. Tengo este anillo.

Lo sacó de debajo del vestido, el ópalo incrustado y rodeado de perlas que le había dado Royce. Faey se inclinó para estudiarlo.

—Es bonito —dijo distraída. Entrecerró los ojos—. Deberías colgarlo en algo mejor que ese lazo sucio.

—Me lo arranqué del gorro.

—¿Por qué veo a mi chica de cera dentro del ópalo?

Lydea parpadeó.

—¿Porque fue ella la que lo recuperó? —sugirió. La mirada negra y abismal se concentró en ella de nuevo.

—Me ayudarás. ¿Cómo?

—Puedes cambiar de rostro a voluntad. Dame otra cara para que pueda regresar al palacio y cuidar a Kyel. Si lo haces, también puedo buscar a Mag allí sin que nadie lo descubra.

—¿Qué te hace creer que la Perla Negra no va a ser capaz de ver bajo la máscara que lleves?

—Ella paga por tu magia. ¿Cómo iba a ver a través de una máscara que hayas hecho tú?

Las cejas oscuras, arqueadas como las alas de un cuervo, subieron un poco más. Faey pareció encogerse sobre sí misma por un momento; el cuello desapareció; la columna vertebral empezó a fundirse con las rodillas. Entonces, cuando los ojos de Lydea se abrieron en un horror fascinado, la hechicera sacudió su cuerpo y lo devolvió a las proporciones correctas.

—Ya no estoy segura de lo que puede hacer o no esa mujer — dijo sombríamente—. Pensaba que era algún fantasma de la Casa de Greve que se negaba a morir y se mantenía en pie con un barniz de alas de escarabajo y ámbar, pero no le he prestado suficiente atención. No sé lo poderosa que se ha hecho en el último siglo. Si miro al pasado, veo que siempre he hecho lo que ha querido. —Contempló la existencia de la Perla Negra en silencio un momento y añadió—: Envié a Mag a por anguilas para cenar. Esa fue la última

vez que la vi. Puede que no esté en ningún lugar cercano al palacio. A lo mejor se ha fugado, la han raptado los piratas, se ha enamorado…

—Si estuviera muerta, ¿lo sabrías?

—Por supuesto que lo sabría —respondió Faey con ademán imperioso—. Yo la he creado. —Pero su mirada incierta y taciturna sugería lo contrario. No miró a Lydea cuando le preguntó—: ¿No lo sabrías si tu creación…, si algún niño humano al que le tienes cariño, como Kyel por ejemplo…, muriera?

—No.

La hechicera la miró con rostro pétreo.

—Eso no lo sabes. Nunca has tenido un hijo.

—No —suspiró Lydea—. Por eso quiero estar cerca de Kyel. ¿Me ayudarás?

La hechicera alargó la mano.

Lydea desató el lazo deshilachado en el que llevaba el anillo. Dejó caer sus recuerdos en la palma de Faey, un tesoro incalculable, junto a su amor, su arrepentimiento, la gema y el oro. La hechicera, deslizando el anillo en su largo dedo, solo vio el rostro de su creación dentro del ópalo.

Estudió a Lydea con mirada práctica.

—El niño —dijo con percepción inesperada— no encontraría demasiado consuelo en una desconocida que intentara convencerlo de que eras tú. Debes conservar tu verdadero rostro.

Lydea se mostró de acuerdo a su pesar.

—Tienes razón. Supongo que sospechará que estoy muerta; al fin y al cabo, me desvanecí, igual que su padre, y en la misma noche. Si uso el rostro de una desconocida, puede que piense que soy algo que Domina Perla ha creado para confundirlo. Pero cómo…

—Oh, hay cosas que puedo hacer —murmuró Faey moviéndole la cabeza a Lydea a un lado y a otro con el índice enjoyado— para engañar a otros ojos. A no ser que te encuentres frente a frente con Domina Perla. No tengo la menor idea de cómo de bien ve, no sé si reconocería mi magia. Llevo años enviándole mis creaciones.

—¿Por qué? —preguntó Lydea con osadía. La hechicera parecía hacerse la misma pregunta mientras contemplaba su pasado.

—Lo que necesitaba, yo lo hacía. Eran negocios. Nunca le di la menor importancia, solo sabía que me desagradaba. Pero nunca me cuestioné lo que necesitaba. Me parecía una persona intrascendente, hasta ahora. He vivido mucho tiempo; he visto a muchos poderosos ir y venir. Siempre estaba a la espera de que ella se fuera. —Faey se interrumpió y sus ojos se apagaron y se volvieron mates; Lydea supuso que estaba, al menos en su imaginación, ayudando a la Perla Negra a irse—. Te sugiero que no hagas nada que atraiga su atención. No busques a mi chica de cera, Ducon puede encargarse de eso. Si la tiene esa mujer, iré a buscarla yo misma al palacio. Y ni siquiera Mag me reconocerá cuando lo haga. —Lydea asintió, muda—. Pero, antes de que te permita abandonar mi casa, debes conseguir que Ducon se recupere. —La despidió con un gesto, y, cuando Lydea le había dado la espalda, añadió—: ¿No te parece raro que quisiera recuperar ese carboncillo envenenado? ¿Te dijo por qué?

—Solo que le encantaban los dibujos que habían salido de él. Creo que estaba delirando. ¿Pusiste algo más en él además del veneno?

—Solo algunos cuadros viejos… Convirtió su muerte en arte.

—Estuviste a punto de matarlo.

—Sí que te obcecas con minucias.

—Pero algo te detuvo. Algo en él. ¿Qué fue?

La hechicera, que observaba un gancho de latón, pareció visualizar entonces algún misterio, un acertijo sin solución.

—Parece —murmuró— más de lo que debería. Más que humano.

Lydea, intentando imaginar qué vería alguien más que humano en el mundo común de los mortales, se descubrió de pie fuera del guardarropa sin haberse dado cuenta de que se había movido.

Encontró el camino de vuelta a la habitación en la que Ducon dormía, o la hechicera lo encontró por ella. Lo estudió. Más allá del misterio de su color, o la falta de él, parecía tan humano como cualquiera. En ese momento abrió los ojos, aunque no parecía ver nada en absoluto. Murmuró algo, removiéndose en la cama; sacó la mano de debajo de las sábanas y la agarró de la muñeca. Lydea se inclinó, acercándose.

—¿Qué?

—Papel. —Movió los ojos, todavía cerrados, y los abrió de nuevo—. Necesito papel.

—Por supuesto —suspiró ella—. ¿Algo más?

—Papel de dibujo.

—Bueno, ya me imaginaba que no lo querrías para envolver una chuleta de cordero.

Al tocarle la frente le pareció que tenía fiebre. Mejor que el frío glacial del sapo que se le había metido dentro, pensó. Pero seguía sin ser suficiente para que se fueran. Le acercó un vaso de agua a los labios.

—Tienes que recuperarte —suplicó—. ¿Qué pensará Kyel?

Los ojos plateados la vieron entonces con claridad: alguien real, de pie ante él, no parte de un sueño, un rostro que reconocía y pensamientos que podría adivinar si tuviera que hacerlo. «Qué extraño —reflexionó Lydea—. Qué extraño estar en un sueño y un instante después en el mundo real y reconocer la diferencia en un parpadeo».

—Tienes una expresión de lo más peculiar —comentó él aletargado.

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En cómo sabemos lo que es real. Cómo nos despertamos, salimos de un lugar atemporal y reconocemos el paso del tiempo. Cómo sabes que estoy aquí, ahora, aunque no haya nada ni nadie reconocible en este lugar. Podría haber estado vagando por tu sueño, pero reconociste de inmediato que yo era quien podía traerte papel.

Se mantuvo callado tanto tiempo, todavía sujetándole la muñeca, que Lydea supuso que se había quedado dormido sin darse cuenta. Por fin, dijo:

—Repítemelo.

—No puedo —respondió con impotencia—. Fue un pensamiento pasajero. Ya te lo entregué.

—Algo sobre sueños que despiertan a la vida…

—Yo no dije eso.

—Fue lo que oí. —Relajó los dedos y le sonrió, los ojos translúcidos como la lluvia—. No me extraña que mi tío se enamorara de ti.

Lydea no le dio importancia; producto de la fiebre, decidió. Con la misma determinación febril, se aferró a la idea del papel: debía encontrarlo de inmediato para que así pudiera comprobar si la magia seguía en el carboncillo o si se había desvanecido junto al veneno mortal. Lo dejó, perdido en sus divagaciones sobre la muerte y el arte, y fue en busca del ama de llaves.

No todos los artistas de la casa habían estado siempre muertos y colgando de las paredes. El ama de llaves y ella encontraron un alijo de papel fino y grueso entre un montón de lienzos a medio terminar en una habitación del ático. El papel había sido carcomido por gusanos y ratones a lo largo de los años, pero a Ducon no pareció importarle. Lydea lo obligó a comer antes de entregárselo. Después se sentó en silencio a su lado; en el exterior emanaba paciencia, pero por dentro se mordía las uñas y se preguntaba si encontrarían algo reconocible en el mundo sobre sus cabezas cuando la hechicera los liberara por fin.

Ducon dibujó durante horas. Bocetos al azar se deslizaban de la cama creando una isla de papel alrededor de los pies de la joven. Bocabajo y torcidos parecía ser todo lo que Ducon recordaba de las calles y tabernas de Ombria. Adoquines serpenteantes, mástiles de barcos, tiendas, carruajes, huérfanos descalzos, mercaderes, animales, borrachos en mitad de una discusión acalorada cubrieron el suelo al principio. Se fueron añadiendo más capas mientras el tiempo pasaba, o no, en casa de la hechicera, esbozos del palacio, lujosas habitaciones, rostros exquisitamente maquillados; incluso, observó Lydea con asombro, algún rostro desnudo medio escondido de vez en cuando o las manos fuertes de alguien que transportaba un cubo de carbón o una bandeja. Lydea pensó que lo veía todo, mucho más de lo que ella había percibido, aunque de momento nada más que humano. El carboncillo, que se habría consumido hasta convertirse en una astilla para cuando empezó su travesía a través del palacio, nunca menguaba ni cambiaba de forma.

La dibujó mientras dormitaba. Había dibujado su rostro de memoria, y ella apenas lo reconoció. Alguna joven encantadora y atolondrada le devolvía la mirada, una corona de perlas rodeaba su elaborado peinado, la sonrisa era prudente y tensa. Una mano elegante levantada para tocar la joya que adornaba su garganta. Tenía las uñas en carne viva de tanto morderlas.

Cogió aliento, sobresaltada, a medio camino entre la risa y el llanto.

—¿Tan transparente era?

Él asintió, indiferente, ya estaba empezando el dibujo siguiente. Tenía las manos y el rostro emborronados de negro; empezaba a asemejarse a uno de sus bocetos. Parecía obsesionado, hechizado; el carboncillo mágico no le permitía detenerse.

—Esa era la expresión que veía yo siempre. Mi tío habría visto algo muy distinto, pero a mí no me enseñaste nunca ese rostro.

—Parece que ha pasado tanto tiempo —murmuró ella dejando caer el dibujo junto a los otros que alfombraban el suelo.

—Parece mucho tiempo porque has llegado muy lejos desde entonces.

—Del palacio a la taberna y a la casa de la hechicera… Debes descansar —rogó ella, inquieta otra vez al imaginarse los desastres del mundo de arriba: su padre furioso y desesperado, Kyel cautivado por la Perla Negra e incapaz de reconocer a nadie—. Por favor. Para.

No parecía oírla. Los dibujos cambiaron de nuevo. Esa vez mostraron habitaciones lujosas, vacías y decrépitas; ni siquiera los fantasmas las poblaban. La mansión de la hechicera, supuso ella al principio. Pero la habitación en la que descansaba era lo único que conocía Ducon de ella, y esos largos y silenciosos pasillos, esas habitaciones antiguas, ella no las había visto nunca. Parecía estar trabajando hacia atrás en el tiempo. Las paredes y los techos dejaban entrever sus cimientos; la pintura estaba descascarillada; los papeles pintados rasgados revelaban otros patrones debajo, que a su vez daban paso a madera y yeso. ¿Dónde habría visto todo eso?, se preguntó ella, fascinada e intranquila, ¿dónde había estado?

Ducon se había detenido antes de que ella se diera cuenta. Estaba sentado en silencio observando su dibujo final mientras ella esperaba que este cayera aleteando al suelo, otra página convertida en la historia que Ducon relataba. Cuando vio que no caía, se acercó a mirar por encima de su hombro.

Era una puerta en una pared que parecía llorar gotas de lluvia. Pero donde tendría que haber estado la puerta no había nada; oscuridad, carboncillo. Excepto… Se acercó más y vio las líneas que emergían de la oscuridad: la sugerencia de un rostro, un difuso halo de pelo blanquecino.

A Ducon se le cayó el carboncillo de los dedos. Se reclinó, con los ojos pesados, todavía observando el dibujo como si al momento siguiente la figura en sombra fuera a mostrar su rostro con claridad, a dar un paso hacia la luz.

—Ahí —susurró; por fin había llegado al lugar en el que la misteriosa historia del carboncillo terminaba o comenzaba—. Ahí.

Cerró los ojos. Lydea atrapó el dibujo que caía.

DIECISIETE



SANGRE Y ROSAS

Mag buscó a Ducon por las calles de Ombria durante un par de días, escuchando rumores con la esperanza de dar con un solo recuerdo fortuito de él en la mente de cualquiera. Todo el mundo lo conocía, aunque nadie lo había visto, debía de estar en algún sitio. ¿Había probado en El Cisne Silbante? ¿En El Venado Jadeante? ¿Y en El Rey de los Lenguados? Mag había cruzado la maraña errática y dispersa de calles empedradas entre el muelle y el palacio tantas veces que sus pies acabaron por detenerse en mitad de un paso de camino hacia otra nueva improbabilidad. El cielo se volvía gris. Un viento que venía del mar, cortante y tempestuoso, empujaba a los huérfanos harapientos a sus guaridas, y pequeños restos de basura daban vueltas y formaban torbellinos, adoptando formas vagas e irregulares, y caminaban sobre las alcantarillas un momento antes de desaparecer. Se le metió la sal del viento marino en los ojos. Pestañeó con furia para limpiarse las lágrimas y pensó cansada: «O Camas Erl lo ha encontrado ya, o está muerto».

Se deslizó al mundo subterráneo por la entrada más cercana y caminó fatigosamente en la oscuridad hacia las farolas lejanas y serenas junto al río que iluminaban el camino a casa.

En un primer momento no reconoció a la mujer que le abrió la puerta de la mansión de la hechicera. Una nueva ama de llaves, supuso; la anterior debía de haberse dejado arrastrar completamente fuera de la vida. Esta iba vestida de los pies a la cabeza de tafetán negro. Parecía un poco perturbada. Llevaba el pelo negro suelto; su delicado rostro ovalado estaba empolvado de un blanco…

mortuorio; sus ojos rojos brillaban febriles. Miró a Mag de hito en hito; Mag le devolvió la mirada. Entonces una ranita le saltó en la garganta, y Mag se cubrió la boca con la mano.

—¿Dónde has estado? —La voz de la hechicera parecía venir de todas partes a la vez: del río, de las piedras, de las orillas embarradas y de las profundidades cavernosas—. ¡Te mandé a por anguilas! ¡De la lonja, no del reino de al lado! ¿Y qué haces vestida con esa… esa carpa de circo?

—Lo siento —susurró Mag detrás de su mano. No tenía claro a dónde la llevaría la verdad, pero parecía más peligroso mentirle a esos ojos furiosos y enrojecidos. Faey no podía haber estado llorando. Era demasiado vieja como para que le quedaran lágrimas. Era demasiado vieja como para recordar para qué servían—. Fui… fui a buscar a Ducon Greve.

La mirada negra no flaqueó.

—¿Por qué?

—No quería que muriese.

Faey guardó silencio con los brazos cruzados y la mirada clavada en su chica de cera. Tenía una expresión curiosa en el rostro. Mag, que esperaba que de la boca de la hechicera salieran rayos y centellas, se quedó petrificada cuando Faey por fin habló.

—No. Cuando lo conocí tampoco yo lo quise. Así que me limité a mandarlo a casa.

La voz de Mag apenas fue capaz de pasar por encima de la rana en su garganta.

—¿Estuvo aquí?

—Se cayó desde la calle. Lydea se ocupó de cuidarlo, ya que tú estabas desaparecida.

—¿Estuvo aquí?

—Te repites. ¿Has estado en las calles de arriba todo este tiempo?

Mag sacudió la cabeza tapándose la boca con ambas manos.

—No todo el tiempo. No exactamente.

—Ya veo. —Unas frías anguilas azules de fuego nadaron por un instante en los ojos de la hechicera—. Así que te encontró.

—No…

—Exactamente.

—¿Puedo pasar? —rogó Mag—. Estoy agotada.

—Me engañaste.

—Tú me engañaste a mí —contraatacó la chica de cera—. Me dijiste que estoy hecha de cera y que tú me creaste. Fuiste tú quien me enseñó a mentir. No soy de cera, no me creaste, lo sé desde que me tragué aquel corazón. Pero tú no querías que lo supiera. ¿Qué otra cosa podía hacer más que mentir?

—No creo —dijo la hechicera despacio— haber sido la única a la que has engañado.

Mag empezó a responder, se detuvo. Dejó caer la cabeza sintiendo cómo el agotamiento la drenaba, le pesaba en los huesos, la arrastraba hasta que no sabía si le quedarían fuerzas para levantar el pie y cruzar el umbral de la hechicera.

—Parece ser —se escuchó decir— que intenté engañarnos a las dos. Durante mucho tiempo no quería ser humana.

—¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—Tú —susurró—, tú y ese sapo y la preparación del carboncillo que le traería la muerte a Ducon Greve. Tampoco quiero ser como tú.

Faey se quedó callada, su rostro empolvado tan blanco y expresivo como la porcelana. Por fin, se apartó y abrió la puerta para que Mag pasara. Sus dedos, posándose con ligereza en el brazo de Mag, la detuvieron cuando la puerta se cerró tras ellas. Una grieta se formó aquí y allá en la porcelana.

—Soy más vieja de lo que imaginas —dijo la hechicera—, y creo que se me han olvidado algunas cosas que sabía cuando era joven. Lo comprendí cuando recordé cómo llorar.

Mag la miró fijamente y sintió de nuevo la rana en la garganta, hinchándose y a punto de hablar.

—¿Lloraste por mí?

—No habría llorado por algo de cera.

Se movió y Mag la siguió un momento después, demasiado sorprendida para pronunciar palabra. Ahora que se descubría humana sin lugar a dudas, las preguntas asociadas a su humanidad empezaron a arremolinarse en su interior, cosas que, en su anterior estado amorfo, había ignorado durante

años. «¿Quién soy?», se preguntó en silencio, y, con la misma intensidad, le preguntó a la espalda de la hechicera: «¿Quién eres?». Ya nada parecía seguro; sentía que, si dejaba de pensar en ello, podría olvidarse hasta de caminar.

«A lo mejor tendría que haber seguido siendo de cera —pensó confundida —. Entonces no tenía miedo».

—No sé quién eres —dijo Faey respondiendo a sus preguntas no pronunciadas—. Alguien te dejó ante mi puerta. —Se giró y a la vez Mag se quedó quieta, asombrada—. Literalmente. Me despertaste llorando.

—¿Aquí?

—En las escaleras de fuera.

—Así que alguien sabía cómo llegar hasta aquí. ¿Me vendieron? ¿Pagaron por mí?

De nuevo, la hechicera escuchó lo que no se había dicho en voz alta.

—Muchas mujeres sabían cómo acudir a mí; me compraban hechizos de amor y de venganza, y para deshacerse de un bebé no nacido. No fuiste el resultado de un hechizo que no funcionó, sino el de uno que sí lo hizo. El amor puede crear un bebé, pero no puede alimentarlo ni mantenerlo a salvo en las calles. Eso ya lo sabes. Te trajeron hasta mí y te dejaron aquí a propósito, no por dinero, sino con una esperanza. De qué, no estoy segura. De que te buscaría un hogar, supongo, o me quedaría contigo. Y lo hice. Pensé que podrías resultarme útil. Nunca pensé… —Faey hizo un gesto sin palabras diseminando posibilidades en el aire entre ellas—. Pensé que siempre serías mi chica de cera. Que, si yo pensaba por ti, siempre estarías a salvo. Hasta ahora mismo no había comprendido que, a pesar de todos estos años como mi chica de cera, habías aprendido a colarte en mi corazón.

Mag tragó saliva, pero su voz siguió sonando aguda y áspera:

—¿Cómo puedes estar segura de que… de que me dejaron aquí porque me querían? Me abandonaron en tu puerta…

—Te entregaron a mí —dijo Faey. De alguna forma, sin moverse, parecía estar más cerca, sus sombras, arrojadas por varias velas colocadas en las paredes a su alrededor, se alargaban todas en el suelo hacia Mag—. Ya sabes lo que les pasa a los recién nacidos no deseados. Los has visto. No están vestidos

y arropados en lana y seda; no llevan relicarios misteriosos en el cuello que contienen tres gotas de sangre seca y un pétalo de flor.

Mag dio un paso hacia ella.

—¿Un relicario? —Le temblaba la voz—. ¿Me dejó un relicario?

—En una cadena que llevabas al cuello. Es un milagro que no te lo tragases con los alaridos que dabas. Nunca había visto tantas ventanas encendidas en las casas viejas junto al río.

Mag dio otro paso. Le temblaba todo el cuerpo y levantó las manos entrelazadas.

—Por favor, ¿me lo enseñas?

—Te lo daré —dijo Faey— en cuanto me acuerde de dónde lo puse.

Esperó mientras Mag cruzaba la distancia que las separaba, un paso incierto tras otro.

—Recuerda —le dijo con suavidad cuando Mag le dio alcance— que no soy humana. Te he criado como si tú tampoco lo fueras porque lo único que conozco es a mí misma, fantasmas y el pasado de Ombria. Tendrás que encontrar tu propio camino en el mundo de los humanos. Si es eso lo que quieres.

—No sé lo que quiero —respondió Mag con un gesto de impotencia—. Tan solo sé que este es el único hogar que conozco. No me obligues a abandonarlo todavía.

—No puedo prometerte que quieras quedarte. Ya sabes lo que soy.

Mag le dedicó una sonrisa torcida.

—Y tú sabes lo que soy yo. No estoy segura de si tendré un lugar en el mundo de los humanos. No actúo como ellos.

El rostro de Ducon se coló entonces en sus pensamientos sin previo aviso. Puede que fuera excéntrico, se recordó a sí misma, pero su sitio estaba junto a los humanos; aunque fuera en el límite, seguía estando dentro de su mundo.

—Encontrarás tu camino en él —dijo Faey—. Encontraste el camino para salir de aquí. —Tocó a Mag de nuevo con suavidad, tanteándola—. Ve a lavarte y busca algo menos espantoso que ponerte. Puedes contarme dónde has estado mientras cenamos.

Trazaron las rutas de Mag y Ducon Greve degustando una sopa de tortuga. Con el pescado, Mag se quedó de piedra al escuchar cómo había encontrado Lydea el camino hasta la casa de la hechicera. Mientras tomaban la carne asada, fría y con mucha pimienta, Camas Erl apareció por primera vez en la biblioteca de la Perla Negra. En ese momento, Faey posó el tenedor; sus ojos nunca se apartaron del rostro de Mag. A esta le pareció que tenían un brillo embarrado, como si hubieran recogido algo del amarillo de Camas Erl mientras le contaba la historia. La ensalada sacó de su ensimismamiento a la hechicera.

—Ese tutor… ¿hace lo que le ordena la Perla Negra?

—Me parece que hace lo que él quiere. Me dejó marchar. Si le hubiera contado dónde estaba, seguiría allí. O muerta, seguramente. Tiene el ojo puesto en algo, pero no sé en qué.

—Y, sin embargo, Ducon Greve confía en él.

A Mag le bajó un escalofrío por la nuca, como si uno de los guardias embrujados de Domina Perla la observara.

—¿Te lo dijo él?

—Sugirió que Lydea se convirtiera en la ayudante de Camas Erl y fingiera que lo ayudaba a enseñar a Kyel para que así pudiera estar cerca del niño. Le entregué un aura que podría engañar a la Perla Negra si no la mira con demasiada atención y envié a Lydea al palacio con Ducon. Me dio esto como pago.

Faey abrió los dedos enjoyados; Mag reconoció el anillo del príncipe muerto. Había algo peculiar en el ópalo. Se acercó para verlo mejor y dio un brinco.

—Es mi cara.

—En efecto.

—¿Qué hago ahí?

—Debiste causar una gran impresión.

Mag se estudió a sí misma, maravillada. Faey le había dado a Lydea un conjuro a cambio del rostro de su chica de cera; la chica de cera, al pensarlo, sintió que la extrañeza de convertirse en humana de golpe menguaba un poco.

—¿Habrías ido a buscarme —preguntó insegura— si Camas Erl no me hubiera liberado?

Los ojos de la hechicera cambiaron de nuevo, duros como diamantes y negros como el carbón.

—Ya no me acuerdo de cómo ser sutil en el mundo de arriba —dijo de forma opaca—. Habría ido a por ti si la Perla Negra te tuviera, pero puede que hubiese causado demasiada destrucción a mi paso. Hay un misterio en la Casa de Greve. Domina Perla lo ve; Ducon Greve es parte de él; creo que ese tal Camas Erl, que le muestra un rostro a la Perla Negra y otro a Ducon Greve, ha captado algo también. Parece un hombre temerario, haciendo malabares con espadas desenvainadas y las manos desnudas…

—¿Qué misterio?

La hechicera encogió un hombro de marfil.

—Si lo supiera, no sería un misterio.

Mag inhaló, contuvo el aliento, y después dijo deprisa:

—Camas Erl quiere conocerte. Por eso me dejó ir.

El café y el chocolate impidieron una respuesta inmediata de la hechicera. Levantó la taza con delicadeza cuando la puerta se cerraba, después la dejó caer en el platillo con estrépito, derramando el café.

—¿Por qué? —preguntó secamente—. ¿A quién quiere que mate?

—Parece más interesado en la gente que ya está muerta.

—¿Ah, sí?

—Quiere saber de dónde has venido.

—¿Ah, sí? —Faey levantó la taza que goteaba y se quedó mirándola confusa un momento, como si no recordara lo que era. Después le dio un sorbo—. A mí me gustaría saber de dónde ha salido él. Parece imprudente y peligroso, y no le he perdonado la vida a Ducon solo para que lo traicione ese tutor.

—Dijo que tanto él como Domina Perla quieren a Ducon vivo…

—Sí, pero ¿por cuánto tiempo? ¿Y qué pasa con Lydea y con el niño? ¿Le hablará Camas a Domina Perla de Lydea?

—A lo mejor —sugirió Mag— puedes negociar con él para que guarde silencio. Le gusta el pasado. Tú tienes uno. De hecho, tienes suficiente pasado aquí abajo para mantenerlo entretenido durante años.

Faey consideró aquello mientras mojaba una chocolatina en el café.

—¿Por qué —se asombró— no te dejaría pensar antes?

Le dirigió una cándida sonrisa al tutor invisible antes de que la chocolatina medio derretida desapareciera tras sus encantadores dientes blancos. Mag sintió una punzada de simpatía hacia Camas Erl.

Más tarde, Mag se quedó en el umbral de la puerta mientras Faey rebuscaba en el caos de su dormitorio.

—Bien, ¿dónde…? —murmuró la hechicera atravesando una corriente de zapatos desparejados, rodeando montañas de vestidos, pañuelos, capas, cortinas apolilladas, mesitas abarrotadas de conchas marinas, una dentadura de madera, un caparazón de cangrejo, infinitos hilos de ámbar, perlas y oro enrollados en peines de carey y botellas de perfume—. ¿Dónde habré…?

Parecía imposible, pero, después de buscar en varios cuencos y cajas, en unas pocas zapatillas de satén y debajo de la cama, Faey se acercó a la repisa de la chimenea de mármol, presa de una súbita inspiración. Cogió un jarrón de cristal rojo y le dio la vuelta. Una cadena fina de oro se deslizó en la palma de su mano, por último, cayó un pequeño relicario de oro y marfil.

Se lo entregó a Mag, se recolocó una mejilla escurridiza y ahogó un bostezo delicado.

—Me voy a la cama —declaró—, tengo que estar en pie cuando se ponga la luna.

Mag levantó la vista del medallón a modo de pregunta.

Faey negó con la cabeza y le dio unas palmaditas en el hombro, girándola hábilmente hacia la puerta para esquivar su mirada.

—Nada para lo que necesite ayuda. Tienes que descansar, empiezas a parecer uno de los fantasmas de la casa.

«Pero no lo soy —pensó Mag con una sensación feroz de triunfo cuando se echó en su propia cama con el medallón en las manos—. Ni fantasma ni cera. Mis huesos me pertenecen».

El relicario, tallado en marfil y con borde de oro, era grueso y rectangular, como un librito diminuto. Presionó el cierre y se abrió con facilidad. Lo sostuvo abierto en horizontal aguantando la respiración para no perturbar su contenido. Tres perlas diminutas del rojo oscuro de las rosas secas en un

pedacito de pergamino que había sido cortado para encajarlo en un lado. En el otro lado había un pétalo descolorido de una rosa blanca detrás del rectángulo de cristal más fino. Observó ambos lados con la boca entreabierta. ¿La sangre de quién? ¿La rosa de quién?, se preguntó. La sangre de él, adivinó, y la rosa que le había dado a ella. Parecía tan probable como cualquier otra historia, y más reconfortante que la mayoría.

Entonces se percató de que había un tercer lado en el relicario, otra página del libro, bordeada de oro detrás del pétalo. Volvió a presionar el cierre con mucho cuidado, y se abrió.

Se quedó mirando fijamente la oscuridad mucho tiempo antes de tocarlo. Todavía potente, una nubecilla se pegó a la punta de su dedo. Apoyó la cabeza en la mano con ademán distraído mientras estudiaba el relicario manchándose una ceja con una raya negra cenicienta.

Carboncillo.

DIECIOCHO



LO QUE DIJO LA MANTÍCORA

La reaparición de Ducon tras varios días de misteriosa ausencia produjo tal desconcierto en varios círculos que bien podría haber vuelto de entre los muertos. Marin Sozon, que se había gastado una pequeña fortuna en intentar matarlo, lo saludó con aparente normalidad, pero se quedó tan blanco que parecía estar intentando desaparecer ante sus ojos. Esperaba que la Perla Negra reaccionase con indiferencia, pero una expresión asomó bajo el barniz quebradizo con el que mantenía el rostro en su sitio. Había estado enfermo, explicó Ducon con soltura, y se había estado recuperando en casa de unos amigos.

—Te busqué —respondió ella, perpleja y suspicaz—. Tengo mis propios métodos, y ni siquiera con ellos pude encontrarte. Tienes que decirme quiénes son esos amigos para que se lo pueda agradecer como es debido.

—Les daré las gracias yo mismo —respondió él conteniendo una pizca de diversión privada— cuando vuelva a verlos.

A Domina no le quedaba sangre para sonrojarse, pero hasta su pelo pareció envararse.

—Podrían haber mandado un mensaje —se quejó ella—. Todos hemos estado muy preocupados.

—Tendría que haber pensado en ello. Quizás deba tranquilizar a mi primo.

El momento de duda, el parpadeo, fue tan sutil que en cualquier otro no lo habría ni notado.

—Sí. Ha estado preguntando por ti. Lo encontrarás un poco apagado. Melancolía. El médico nos asegura que es una respuesta natural a los grandes

cambios que se han producido en su vida.

Ducon sintió un nudo familiar de terror e ira que le apretaba las entrañas y se quedó sin habla por un momento. Domina Perla no esperó respuesta. Al pasar a su lado, añadió:

—Ya ha empezado a estudiar con Camas Erl. Estarán ocupados toda la mañana. Podrás ver al príncipe un ratito cuando terminen.

No esperó.

Encontró a Camas Erl y a Kyel en la biblioteca, el príncipe miraba impasible un esquema que Camas había colgado del pomo de una cómoda. Era el gigantesco árbol genealógico de la Casa de Greve, de sus ramas colgaban nombres grandes como manzanas; el nombre de Kyel en el tronco parecía un soporte solitario y frágil para todas ellas. El príncipe giró la cabeza ante la entrada de Ducon. Al principio, la mirada ausente abarcó incluso a Ducon, que quedó paralizado ante aquella apatía. Entonces el príncipe se levantó en silencio y se acercó a él.

Ducon se arrodilló y lo abrazó con fuerza. Sintió cómo los brazos de Kyel lo rodeaban por fin, sin energía, vacilantes, como si hubiera olvidado cómo tocar a otros. Ducon miraba a Camas Erl por encima de su hombro, que seguía señalando un conflictivo momento histórico: los herederos gemelos de Kasia Greve nacidos hacía dos siglos. Camas, que observaba también sin palabras al joven, por fin bajó el brazo.

—Bienvenido.

Ducon asintió y alejó un poco a Kyel para poder verlo. Estaba muy pálido, y había sombras como cardenales debajo de sus ojos. Parpadeó bajo el escrutinio de su primo, como si acabara de despertarse.

—Ducon. —Tenía la voz frágil y quebradiza—. ¿Dónde estabas?

—Estuve enfermo, no pude volver a casa durante una temporada. Siento no haber podido avisarte.

—Pensé que estabas muerto —respondió Kyel con una calma escalofriante. Entonces una emoción se agitó en su mirada; encontró el pasado de nuevo, recordó lo que era la muerte. Miró a Ducon casi acusador por encontrarlo todavía con vida y le volvió un poco de color al rostro—. Pensé que habías ido al mismo sitio que Lydea, Circonita y mi padre…

—No.

—Pensé que Domina Perla… —El príncipe se detuvo de pronto, abrió mucho los ojos y se tragó aquel nombre. Giró la cabeza despacio, como si esperara encontrarla cerniéndose sobre él, salida de sus pensamientos. Ducon apretó la mandíbula. Se incorporó para que Kyel no le viera la cara, cogió al príncipe de la mano y lo guio de vuelta a la mesa.

—Cuéntame lo que te está enseñando Camas Erl.

—Me está enseñando la historia de la Casa de Greve —respondió Kyel sin entonación ni interés. Se sentó y su mirada se posó en Camas con atención superficial. Pero, sin darse cuenta, seguía agarrado a la mano de Ducon. Este se liberó con suavidad; el príncipe no pareció percibirlo.

Camas se acercó al niño y le dio un papel y una pluma.

—Practique a escribir, alteza —dijo.

Kyel, obediente, mojó la pluma y se inclinó para trabajar sin ofrecer respuesta. Ducon se resistía a irse, lo observó un momento más. Luego cogió a Camas del brazo con tanta fuerza que el tutor hizo una mueca de dolor y lo arrastró al fondo de la estancia.

—¿Qué le ha hecho?

—Alguna poción para volverlo pasivo —dijo Camas con suavidad sacudiendo la cabeza—. No sé cómo ni cuándo se la da. Pero ¿dónde has estado, Ducon? Te he buscado por todas partes…

—Te faltó un sitio. Atiende. Te he encontrado un ayudante.

—¿Para qué?

—Para ayudarte con la educación de Kyel.

El tutor respondió con un gesto incrédulo.

—¡Míralo! Apenas percibe mi presencia. Lo único capaz de retener su atención es escribir, y creo que es porque le recuerda a los dibujos que hacía para ti. No necesito un ayudante, necesito un pupilo.

—A este sí.

—Eso no tiene el menor sentido. Yo nunca… —Se detuvo en seco al notar algo en el aplomo inflexible de Ducon—. ¿Por qué? ¿Quién es ese ayudante?

—Esa.

—¿Quién?

—Eso no importa. Si no la aceptas, le exigiré a Domina Perla que me diga con qué está envenenando a Kyel…

—Está bien —susurró Camas dándole palmaditas nerviosas en el hombro —. Está bien. Desaparecerías tan rápido que nadie sabría siquiera que habías regresado.

—No pueden culparte de lo que no sabes.

—Qué tranquilizador —repuso secamente el tutor—. Además, en este lugar ni siquiera es cierto. Dime qué es lo que quieres, Ducon.

—Quiero que cuide de Kyel. Domina Perla a mí no me lo permite, y tú no estás en posición de hacerlo, y es… alguien en quien Kyel confiará.

Los ojos de lechuza, abiertos y atentos, sintieron el temblor en la hierba, cómo se deslizaba en secreto algún ser vivo por el mundo. Camas se pasó los dedos por la cabeza, y varios mechones salieron disparados en todas las direcciones.

—No…

—No la reconocerás. Solo Kyel lo hará.

—Pero ¿cómo voy a explicárselo a…?

—Ya se te ocurrirá algo.

—Pero cómo ha podido… ¿Dónde has estado?

—En el mundo subterráneo —respondió Ducon. De repente, y en contra de su costumbre, Camas se quedó sin preguntas.

Ducon volvió a hablar con Lydea, a quien había dejado al discreto cuidado de una de las bonitas doncellas del príncipe en una de las plantas bajas del palacio, silenciosas y desprotegidas. La doncella, que tenía otros planes aquella noche, le había ofrecido su propia cama a Lydea. Ducon llamó con suavidad en una de las puertas cerradas idénticas del pasillo y rezó por haber acertado. La abrió una desconocida remilgada y elegante; dio un paso atrás, murmurando una disculpa.

—Ducon —dijo ella. Inspeccionó su rostro con más atención y recordó que lo había vislumbrado por última vez entre los pliegues y las sombras de la enorme capucha de una voluminosa capa de seda que la hechicera había sacado de algún siglo olvidado para proteger el hechizo.

—No es —comentó despacio mientras trazaba un círculo a su alrededor— tanto que haya cambiado tu rostro como lo primero que se viene a la cabeza al verte por primera vez. Una persona serena y formal, muy segura de su lugar en el mundo, tranquila e inexpugnable. Sea lo que sea lo que le entregaras a la hechicera a cambio, ha valido la pena.

—No suena como yo en absoluto —dijo Lydea estremecida.

—Pero es lo que pareces.

—Ni siquiera puedo morderme las uñas. —Le enseñó los dedos largos y gráciles con sus uñas perfectas y ovaladas—. No sé de qué las ha hecho. De suelas de botas viejas, a lo mejor.

La altura, la tonalidad, la figura esbelta en realidad no habían cambiado, comprobó Ducon. Llevaba el pelo recogido en un moño trenzado. Algo en ese sencillo peinado parecía apagar su brillo; su color no llamaba la atención. Nada en ella lo hacía, excepto una impresión de inteligencia tranquila que, en ese palacio, no atraería ni una migaja de interés. El vestido oscuro que llevaba, parcamente adornado con un único lazo negro en las muñecas y en el cuello, le confería un curioso aire de autoridad que no había poseído durante los cinco años en que había sido la amante de su tío.

—Pareces muy culta.

—Qué suerte —respondió ella en tono sombrío—, ya que a duras penas sé leer y escribir.

—Ya sabes más que Kyel.

—¿Has hablado con Camas Erl?

—Sí.

—¿Qué respondió?

—¿Qué iba a responder? No le di opción. —Se llevó la mano a los ojos al sentir una sombra temblorosa de dolor tras ellos—. La Perla Negra le está dando algo a Kyel, Camas cree que es una poción que lo vuelve pasivo. Manso.

Entonces percibió su rostro verdadero con gran claridad, vívido y encendido por la pasión.

—No hagas eso —la advirtió—. No pongas esa cara.

—¿Que no haga el qué?

—No te permitas sentir. Es un encantamiento más poderoso que el de la hechicera. Haz lo que puedas por él. Piensa por él. Piensa por todos nosotros.

Lydea lo observó con atención, una mujer desconocida que parecía conocerlo extrañamente bien.

—Ducon, ¿estás bien?

—No es más que un recordatorio persistente… —asintió abstraído—. Camas encontrará la manera de justificar tu presencia ante Domina Perla, y te llevaré a conocerlo mañana. —Echó un vistazo a la habitación limpia y frugal, compuesta por una cama estrecha, un arcón, una jarra y una palangana—. ¿Dónde te quedarás? ¿Te darán todo lo que necesitas?

—Me han explicado que mi posición me permitirá tener una habitación privada idéntica a esta si me aceptan como la ayudante del tutor del príncipe. —Incluso su voz sonaba culta, pensó Ducon, precisa y reservada—. Aquí abajo hay un mundo diferente, con sus propias reglas y su estructura. No es muy distinto del de la corte sobre nuestras cabezas, solo que no resulta tan estridente ni las comidas tan exóticas. No tengo que compartir cama, y me pueden traer una bandeja de comida a la habitación, como si fuera una dama de compañía o una niñera.

Se sentó en la cama, que Ducon observaba con una fascinación consternada.

—No tenía ni idea de que las hacían tan pequeñas. —Se dio la vuelta, inquieto—. Voy a ver si Kyel me ha dejado algún dibujo y después empezaré a buscar a Mag. —Se detuvo con la mano en el pomo de la puerta—. ¿Pelo pajizo?

—Una buena melena.

—¿Y los ojos?

—De un tono marrón poco común. Como las cáscaras de nuez.

Dejó escapar un gruñido, sorprendido.

—Me pregunto por qué no los pinté nunca.

—Nunca los descubriste observándote. Ducon —rogó ella cuando abrió la puerta—, ten cuidado.

—Si la encuentro, te avisaré. —El rostro sosegado e imperturbable que tenía delante no parecía necesitar ánimos, pero sonrió de todas formas—.

Vendré a buscarte mañana.

Caminaba a paso vivo por los pasillos iluminados y espaciosos del piso superior cuando se dio cuenta de pronto de que en la zona del vestíbulo en la que se encontraban sus aposentos no había guardias por ninguna parte. Se quedó congelado y pensó: «Kyel. Algo no va bien». El cuchillo que tendría que haberlo alcanzado en su siguiente paso ondeó por delante de él y se clavó en el ojo bondadoso de su abuelo, que colgaba de la pared a tamaño natural.

Ducon escuchó una maldición rápida y se giró a toda velocidad. Alguien lo empujó por detrás y lo clavó en el suelo dejándolo sin respiración. Antes de que pudiera gritar, una bota pesada le raspó un lado de la cabeza; otra le aplastó la rodilla. Se quedó sin fuerzas un momento, mareado por el dolor. Lo agarraron de las muñecas, le retorcieron los brazos con violencia por la espalda. Una mano le tiró muy fuerte del pelo, levantándole la cabeza. En ese momento vio la mantícora, el rostro humano feroz y enloquecido con cuerpo de león a dos patas sobre dos espadas cruzadas en hilo dorado y plateado en una librea blanca. Tras ella, Marin Sozon lo observaba, con Greye Kestevan a su lado.

Algo brilló en la periferia de la visión de Ducon, este sintió un filo de metal frío y delgado en la garganta.

—Deberías haberte muerto a la primera —murmuró la mantícora. Asintió con rapidez sin apartar la mirada de Ducon—. Acaba con él.

La mano que lo sujetaba del pelo lo soltó de golpe; estampándole el rostro contra el suelo, y Ducon saboreó sangre. Una forma oscura y voluminosa cayó sobre su cabeza y sus hombros. Sus brazos quedaron libres de pronto. Alguien tropezó con él como si fuese parte de la alfombra; escuchó un caos a su alrededor, una tempestad que intentaba contener el estrépito todo lo posible, gruñidos, ruidos sordos, un bufido. Intentó sacudirse el peso muerto que le aplastaba la cabeza. Lo agarraron de los brazos otra vez; exasperado, intentó gritar y se tragó un bocado de seda. Alguien apartó rodando la forma oscura que tenía encima y Ducon volvió a ver la mantícora bordada, un cuchillo cortó limpiamente las espadas ensangrentadas ahí donde se cruzaban.

Sozon y Kestevan se habían desvanecido; su abuelo tuerto miraba con alegría a otro matón con librea que gimoteaba a los pies del retrato. Cuando lo

alzaron deprisa, liberándolo, Ducon vislumbró por fin a sus salvadores.

La última vez que los había visto había sido al final de un muelle abandonado: los primos e hijos de la peligrosa facción de Sozon. Desde entonces, las expresiones en sus jóvenes rostros se habían endurecido y vuelto más desesperadas. Cuatro de ellos vigilaban las escaleras en cada extremo del vestíbulo; los otros se arracimaban en un círculo estrecho a su alrededor. Apenas estaban magullados; debían haber abrumado a Sozon gracias al elemento sorpresa y a su elevado número.

—Gracias —dijo tembloroso—. ¿Cómo…? ¿Dónde están los guardias de la Perla Negra? ¿Ha sido ella?

El primo que recordaba con más claridad, el de la mirada ardiente y visionaria, le dio una explicación escueta.

—Sozon organizó una distracción en otra parte del palacio. Cuando la regente sacó a los guardias de esta zona para atenderla, supusimos que te atacaría aquí. —Agarró a Ducon por los hombros y lo sacudió un poco—. No tenemos tiempo para esto. Se supone que debemos luchar contra la Perla Negra, no entre nosotros.

—Os dije…

—No nos dijiste nada. Nos dijiste que esperáramos, nos dijiste que nos avisarías cuando nos necesitaras. ¿Para qué? ¿Para irnos de borrachera? Dijiste que elegirías.

Intentó responder, pero un rayo lo golpeó detrás de los ojos y se tambaleó. Lo sujetaron, no sin proferir algunas maldiciones frustradas.

—Está herido.

—Parece que lo hayan arrastrado por un basurero —añadió alguien asqueado—. Llevadlo a su habitación antes de que regrese la guardia.

—¿Y qué pasa con los cuerpos?

—¿Qué pasa con ellos? Son de Sozon…, que se los explique él a la Perla Negra.

—No me necesitáis —intervino Ducon, aturdido, mientras lo arrastraban por el vestíbulo—. Os las estáis arreglando bien vosotros solos.

—Te necesitamos —dijo el visionario entre dientes— para que nos ayudes a destruir a la Perla Negra. La ves todo el tiempo; la conoces mejor que nadie.

Lo llevaron a sus habitaciones y lo tiraron en la cama. Con una amabilidad inesperada, alguien le quitó las botas. Todos lo observaban desde arriba, sus rostros borrosos se confundían, formaban un círculo infinito de gemelos.

—¿Deberíamos llamar al médico? No podemos dejarlo así, sangrando encima de las sábanas.

—¿Por qué no? Ya debe estar acostumbrado, viviendo como vive. Que duerma la mona. Y después… —Ducon sintió unos dedos que lo agarraban de la mandíbula y lo sacudían para recuperar su atención. Se concentró en los ojos azules, los ojos de su tío, pero feroces e hirviendo de impaciencia—. Dejémosle pensar. Volveremos. Nos debes la vida. Ya te diremos lo que debes hacer con ella.

Volvió a abrir los ojos mucho después, y se encontró con la luz de una vela y un contacto más amable. Los conspiradores, a la manera mágica de los sueños, se habían transformado en el médico y en Domina Perla. La Perla Negra, que hablaba de forma brusca y cortante, con llamas ardiendo en los vacíos gélidos de los ojos, parecía más furiosa de lo que la había visto nunca. Se preguntó cuántos conspiradores quedarían en el palacio al amanecer.

Bebió lo que le dio el médico y volvió a dormir. Se despertó al amanecer y vio, a la luz gris y opaca que encendía el mundo poco a poco, un pequeño retal de nube que alguien había metido por debajo de su puerta.

Se levantó despacio, agarrotado, le dolían todos los músculos. Cojeó hasta la puerta para recoger el papelito pensando: «Kyel», como siempre que se encontraba alguna anomalía, y sintiendo el nudo de amor y miedo que lo atenazaba al pensarlo.

Pero Kyel no sabía escribir, ni siquiera tres palabras cortas, y mucho menos podía haberlas formado con goterones de cera. Los estudió con atención hasta que les encontró sentido. Entonces abrió la puerta de golpe en busca de un destello de sus ojos de nuez, pero solo halló guardias por todas partes, guardias que de alguna manera había esquivado.

«Estoy a salvo», decía la cera.

DIECINUEVE



LA SEÑORITA ESPINA

Lydea, que también se había levantado al amanecer en la habitación sin ventanas de la doncella, no tenía la menor idea de la hora que era. Sus sueños la habían despertado. Cuando cerraba los ojos, veía a Domina Perla observándola; cuando los abría en la oscuridad, oía llorar a Kyel. Poco a poco, el sonido se convertía en un sollozo suave y solitario que provenía de detrás de una de las infinitas hileras de puertas cerradas a lo largo del pasillo en silencio. Pensó en Royce Greve y en su amante nerviosa y consentida, que se mordía las uñas entre las sábanas de satén de una de las enormes y lujosas habitaciones inundadas de luz con vistas a los jardines y al mar. Ahora estaba enterrada bajo el palacio, en una cama raquítica dentro de una habitación que parecía la celda de una colmena, y sus uñas eran tan duras que podría clavarlas en un tablón a martillazos.

Esperó, desvelada y atemorizada, hasta que alguien llamó a su puerta. Al abrirla se encontró con agua caliente, té, pan y fruta. Se aseó y se vistió, bebió el té e ignoró la comida y después se sentó en la cama a esperar en tensión hasta que escuchó otra llamada en la puerta.

La abrió y se encontró frente a Ducon, que la miraba sorprendido de nuevo por su rostro.

Lydea se tapó la boca con la mano.

—¿Qué te ha pasado?

Tenía un cardenal cerca de la sien del tamaño de un puño, un corte en el labio y una mueca tensa en la boca, como si le doliera moverse. Ducon se

limitó a encogerse ligeramente de hombros, y pareció arrepentirse al instante del gesto.

—Intrigas políticas. —Intentó sonreír y también se arrepintió—. No te preocupes.

Lydea reunió su aplomo.

—¿Parezco apta? Me siento como si fuera camino de la horca.

—Pareces muy tranquila y dueña de ti misma para ser una mujer que se dirige a su ahorcamiento.

Camas Erl no la reconoció. Pensó que lo haría, comprendió Lydea al ver la repentina expresión confundida en su mirada. Hubo un momento de desconcierto para todos cuando Ducon, a punto de presentarla, recordó, igual que ella, que no tenía nombre.

—Rosa —dijo ella, presurosa, preguntándose si viviría para volver a ver la taberna de su padre—. Rosa Espina.

—Señorita Espina —repitió el tutor con curiosidad. Debía de haberse pasado escondido en la biblioteca los cinco años que había vivido en el castillo, porque Lydea no lo recordaba en absoluto—, le pedí permiso a Domina Perla para que le enseñe al joven príncipe los rudimentos de la lectura y la escritura y así disponer de más tiempo que dedicar a mi investigación sobre la historia de Ombria. Yo le enseñaré matemáticas, idiomas e historia. Usted me ayudará en todo lo que sea necesario.

Lydea inclinó la cabeza con calma, horrorizada solo de pensarlo.

—Como desee, señor Erl. Aunque mis habilidades son un poco…

—Estoy seguro de que serán adecuadas para nuestros propósitos —la interrumpió él rápidamente—. Lord Ducon, me temo que su aspecto actual será una distracción para el príncipe. Le sugiero que se ausente antes de que lo traiga Domina Perla. No hay motivo aparente para que asuma que usted y la señorita Espina se conocen.

Ducon se esfumó. Lydea, con el corazón en un puño ante la inminente llegada de la Perla Negra, se quedó quieta mientras Camas Erl la estudiaba.

—¿Sabes leer y escribir? —preguntó él en tono brusco.

—Mi madre me enseñó —respondió ella con prudencia—. Solo sabía suficientes matemáticas para dar cambios.

—Es increíble.

Lydea lo miró a los ojos, sorprendida.

—¿Señor Erl?

—Fue ella, ¿verdad? La hechicera que vive bajo tierra. Cuéntame cómo la conociste.

Lydea dudó.

—Señor Erl.

—Si caemos ante la Perla Negra, lo haremos juntos. Ducon tendrá que rescatarnos. He hablado con la chica de la hechicera…, a la que llama su chica de cera.

Lydea tomó aliento.

—¿Has visto a Mag? ¿Hace poco?

—Me entregó una nota anoche para que la dejase por debajo de la puerta de Ducon y donde le avisa de que está a salvo. La conocí mientras buscaba a Ducon. Me contó que la hechicera mora en las ruinas de la historia de Ombria y me aseguró que me llevaría a conocerla. Has estado allí.

Ella no contestó, se limitó a observarlo con atención, sorprendida y turbada sin saber muy bien por qué. No parecía que necesitase una respuesta; el tutor continuó, sus extraños ojos abiertos de par en par, brillantes con las visiones del pasado de la ciudad.

—Solo tengo una pasión en la vida, y esa es la historia de Ombria. ¿Has escuchado alguna vez la leyenda de la Ciudad de Sombras?

No tenía miedo, comprendió Lydea de pronto. Eso era lo que la turbaba. En aquel castillo en el que un vástago de la Casa podía ser asesinado a plena luz del día camino de sus aposentos, Camas Erl no tenía la prudencia de estar asustado.

Esa vez sí que esperaba respuesta; Lydea contestó tardíamente:

—Sí. Solía decir… —Se detuvo a tiempo. Balbuceando igual que él, pensó. Pero Camas Erl no pareció percatarse.

—Yo creo en ella —dijo con mucha suavidad.

—¿Crees…? —empezó ella perpleja, pero calló ante la repentina frialdad que transmitía su mirada. Se dio la vuelta.

La Perla Negra entró en la estancia con Kyel a su lado. Tenía una mano posada en el hombro del niño y la mirada fija en la desconocida junto a Camas Erl. Lydea sintió cómo su rostro se congelaba. Por suerte, no veía a Kyel con claridad, el niño caminaba con la cabeza gacha. Con un pequeño retraso, recordó que la Perla Negra y Kyel eran también regente y príncipe heredero; se recogió la falda y les hizo una profunda reverencia, ocultando sus ojos del escrutinio de Domina Perla.

—La señorita Espina —la presentó Camas Erl con la combinación adecuada de viveza e indiferencia—. Ella le enseñará a leer y escribir, alteza.

Lydea se arriesgó a observar al niño bajo las pestañas. Todavía no la había mirado; no respondió tampoco a Camas.

—En ningún momento se quedará el príncipe a solas con la señorita Espina —ordenó la Perla Negra secamente—. En particular, tras los eventos de ayer.

—No, por supuesto que no.

—He duplicado la guardia en la puerta; hazlos entrar en caso de que debas ausentarte. Ella sería inútil si surgiera algún problema. Porque asumo, señorita Espina, que no será una experta espadachina, ¿verdad?

Lydea hizo una pequeña reverencia, como un paso de baile.

—No, señora.

—No te pongas a dar esos saltitos cada vez que te hablo. Mírame.

Lydea levantó la cabeza a regañadientes. La mirada fría y negra había cambiado, descubrió, en el corto espacio de tiempo transcurrido desde la muerte de Royce. Sus ojos parecían hostigados, peligrosamente decididos. Había olido sangre. Ya no se habría preocupado de echar a la calle a la amante del príncipe muerto; la habría tirado por la ventana más cercana.

—Pareces lo bastante inteligente —dijo Domina Perla tras un silencio ominoso—. Confío en el criterio del señor Erl. Y me parece adecuado que el príncipe no se encariñe demasiado con su tutor. Enseñarás al príncipe solo bajo las indicaciones del señor Erl; no lo verás en ningún otro momento ni en ningún otro lugar. Más allá de las paredes de esta habitación, no existes.

Domina Perla le dio la espalda. Lydea hizo una nueva reverencia. Kyel, al sentir que el peso desaparecía de su hombro, se acercó a la mesa en la que

había esparcidos papeles, tinta y libros, se sentó y observó su propio reflejo en la superficie de madera pulida.

Lydea se enderezó despacio. Insegura, miró a Camas Earl, que levantó una ceja plumosa hacia el príncipe y se sentó en una mesa alejada tan abarrotada por columnas de libros y pirámides de pergaminos que prácticamente desapareció tras ellos.

Lydea se sentó en una silla junto a Kyel. El niño no la miró, aunque un párpado se agitó, y se alejó un poco cuando ella acercó más su silla.

—¿Me mostrará las letras que ha aprendido a escribir, alteza? —dijo ella con dulzura.

Kyel cogió un papel del montón y también una pluma. Lydea le abrió la tinta. El niño mojó la punta y dibujó un huevo con una cola, y después un huevo a los pies de un poste.

—¿Quiere que le muestre cómo escribir su nombre, alteza?

Él no respondió, se limitó a esperar mientras ella escribía las letras sobre el papel. Incluso a sí misma le parecía su propio rostro una máscara fría y carente de interés mientras en su corazón crecían espinas, una por la palidez en el rostro del niño, otra por su silencio apático, otra porque el hechizo había fallado. Kyel no podía escucharla por debajo de la voz precisa y tranquila de aquella desconocida que no significaba nada para él. «¿Cómo puedo llegar a ti? —pensó desesperada mientras él copiaba su nombre con diligencia—. ¿Cómo puedo decirte quién soy? ¿Cómo consigo que me veas?».

«Háblame», dijo el Rey de las Ratas mientras el príncipe de Ombria esperaba su muerte, y todos aquellos a quienes el niño amaba habían empezado a desaparecer. El ganso susurró, con un nudo en la garganta al recordar:

—¿Quieres que te cuente una historia?

La pluma se detuvo. Kyel se quedó inmóvil en la unión de la Y, tan quieto que parecía hechizado. Esperando, comprendió Lydea. Esperando. Si se giraba para mirarla, la mujer a la que esperaba desaparecería, solo estaría la desconocida.

—¿Quieres que te cuente la historia del abanico?

El niño siguió esperando, congelado, con la vista todavía fija en el papel y la tinta derritiéndose desde la punta de la pluma en un charco negro sobre su nombre.

—Esta es Ombria, alteza —dijo ella—. La ciudad más antigua del mundo.

El niño entreabrió la boca, silabeando en silencio una palabra.

—La ciudad más hermosa del mundo.

Por fin escuchó su voz, frágil y vacilante, que continuó con el hilo de la narración.

—La ciudad más rica del mundo. La ciudad más poderosa del mundo.

—Aquí están los barcos —susurró él—. Los barcos de Ombria.

—Estos son los grandes y bulliciosos puertos de Ombria.

Por fin, su rostro se volvió, con unos ojos enormes y ensombrecidos.

—Este es el palacio de los gobernantes… Este es el mundo…

—Esta es la sombra de Ombria.

El niño la miraba fijamente. Lydea le dirigió una sonrisa temblorosa, y a Kyel le cayeron dos lagrimones como dos gotas de lluvia entre las letras. Se acercó a ella y apoyó la frente en la suya; Lydea posó la mano ahuecada en su cabeza.

—Soy tu secreto —susurró—. Tu secreta señorita Espina. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos con las marionetas?

Él asintió; apoyado en ella, lo sintió temblar.

—Yo era el ganso y tú el halcón.

—El Rey de las Ratas.

—Sí. Pero ahora soy la señorita Espina. Solo me verás aquí, y no debes pronunciar mi nombre fuera de esta habitación. Te enseñaré a leer y a escribir.

—Ella te expulsó —murmuró el niño con un hilo de voz que no sonaba más alto que el rasgar de la pluma sobre el papel.

—Volví.

—Volverá a encontrarte.

—No se acuerda de quién soy, y no debes recordárselo. Di mi nombre. —Él lo murmuró contra su mejilla—. No, alteza. No aquí, al otro lado de la historia. Aquí, en la Ciudad de Sombras, soy la señorita Espina.

Él se apartó un poco para preguntar:

—¿Y entonces yo quién soy?

Lydea le tocó la cara y, tragando saliva, le apartó el pelo de los ojos.

—En la Ciudad de Sombras, eres mi corazón.

Hicieron muy poco durante la hora que Camas Erl asignó a la lectura y la escritura, pero este no pareció percibirlo. Se había narcotizado a sí mismo con el pasado, pensó Lydea; los fantasmas asomaban en sus ojos. El tutor estudió la hilera de letras tambaleantes de Kyel sin verlas y murmuró:

—Bien, bien.

Durante el tiempo que pasó escribiendo números y desentrañando la gramática de un idioma ancestral, la mirada de Kyel se volvió opaca de nuevo. Con un puntero en la mano, revelando las vidas embrolladas y las tramas políticas de los ancestros de Kyel, Camas Erl recuperó la lucidez, la pasión y la frustración ante la indiferencia de su pupilo. Para cuando Domina Perla se llevó al niño, los dos parecían haber vuelto a estar más o menos igual que cuando habían llegado. La Perla Negra no le dedicó ni un mísero pensamiento a la señorita Espina, que merodeaba en una esquina con las manos recatadamente colocadas delante del regazo.

—Me pregunto —le dijo Camas Erl a Lydea— si estarías dispuesta a hacer algo por mí. Domina Perla dice que no existes fuera de esta habitación, lo que revela una imprudente falta de imaginación por su parte. Aquellos que consideramos que no merecen nuestra atención son quienes hacen lo que no podríamos ni soñar. Tienes una habitación, a la que irás. ¿Qué harás en ella?

—Tener pesadillas —contestó Lydea escuetamente.

—¿No bordas? ¿O algo del estilo?

Lydea le dedicó una mirada incrédula. El tutor señaló el libro que sostenía entre las manos. Era viejo y desgastado, la cubierta de cuero estaba agrietada, el lomo combado y las páginas con bordes dorados abarrotadas por un flujo infinito de palabras. Parecía tan árido como un caldero oxidado.

—Podrías echarle un vistazo a esto —dijo él—. Y coge esto también. Y esto.

Le puso en las manos el libro, papeles, plumas y un bote de tinta.

—Para que puedas escribir cualquier cosa que te parezca significativa.

—¿Sobre qué? —preguntó ella distraída. Ya echaba de menos a Kyel y empezaba a preocuparse por lo próximo que se le ocurriría a la Perla Negra

para que siguiera siendo dócil. ¿Pensaría el niño que Lydea había sido un sueño? ¿Se olvidaría y pronunciaría su nombre?

—La historia que le estabas contando al príncipe. Sobre la Ciudad de Sombras.

Le echó un vistazo al libro y acercó el papel y la tinta más cerca para poder abrirlo. No había ninguna sombra en su interior, solo palabras, tan compactas como los adoquines en una carretera, y todas parecían iguales.

—No se asemeja a ninguna historia que haya escuchado antes.

—Puede que esté aquí, puede que no. —La observó, sus extraños ojos amarillos intensos como los de un perro callejero—. Si encuentras algún retazo de la historia aquí, escribe lo que hayas hallado para mí. No hay tiempo para revisarlo todo.

—¿No hay tiempo? —repitió ella asombrada—. ¿Qué es lo que haces ahora? ¿Zurcir calcetines?

—No queda tiempo —respondió él esquivo— en el mundo. Por favor. Puedo pagarte.

Lydea se encogió de hombros y recolocó el bote de tinta antes de que se cayera.

—No lo sé. Veré hasta donde puedo llegar. Puede que resulte más complicado de lo que yo podría entender.

La boca estrecha de Camas Erl se contrajo hacia arriba.

—Entiendes muchas cosas, señorita Espina. Has estado en lo más alto del mundo con el príncipe de Ombria y en sus profundidades con la hechicera más antigua de la historia de la ciudad. Estabas a punto de contarme cómo la habías encontrado.

—¿Ah, sí? —preguntó ella con calma, perpleja y todavía turbada ante el tutor—. Bajé por una calle hasta que reconocí una señal, recordé una sombra de la que había huido una vez… y abrí una puerta.

—Y ahí estaba ella —concluyó él con suavidad—. Te topaste con la historia más antigua de Ombria.

Todavía perpleja, intentando comprender lo que le había dicho, Lydea se llevó el nido de urraca de palabras, papeles y plumas a la pequeña y silenciosa habitación que correspondería a su posición.

Pasó leyendo el resto del día y encendió una vela para seguir leyendo durante la noche.

VEINTE



CIUDAD DE FANTASMAS

Unos días después, Mag se encontró con Camas Erl por la tarde en un pequeño patio abarrotado de plantas y rodeado de edificios vacíos. Los edificios habían sido una posada, sus establos y la cochera de los carruajes un siglo antes. Los tejados estaban ya hundidos por el peso del musgo y la lluvia; y las contraventanas, descolgadas. No quedaba ni un fragmento de cristal en las ventanas lo bastante grande como para acertarle con una piedra. Era una puerta más al mundo de la hechicera. El transeúnte ocasional no tenía motivos para detenerse allí. Quienes necesitaban a Faey se abrían paso entre las hojas, las sombras y las vigas caídas hasta llegar a la puerta de la alacena debajo de las escaleras.

Mag le abrió la puerta a Camas. Se escuchó el débil sonido de una campanilla en la Ciudad Subterránea. El tutor, que había guardado silencio hasta entonces, con sus ojos de pájaro saltando de un lado a otro, miró a Mag con incredulidad.

—¿La campana de una tienda?

—Es un negocio —respondió Mag.

Cruzaron la puerta de la alacena y se encontraron en casa de la hechicera.

Faey, que valoraba a sus visitantes de forma astuta e impredecible, los recibió en consecuencia. Había decidido proporcionarle a Camas Erl lo último que esperaría; esa fue la única explicación que se le ocurrió a Mag al ver a la lánguida belleza de ojos violeta que los esperaba tumbada en el sofá. La dama extendió una mano pálida como una cala que salía de la caverna de cojines de terciopelo y chales vaporosos. El tutor la aceptó con vacilación, buscando

todavía a la hechicera e intentando, al parecer, ver el interior de los huesos de la dama.

—¿Cómo puedo ayudarle? —preguntó ella con educada indiferencia.

Camas Erl se quedó desconcertado, hasta que encontró la palabra que buscaba.

—Ilusiones —murmuró estudiándola con intensidad, como si fuera algo sin nombre y tropical que flotaba en uno de los barcos de Domina Perla—. Todo en ti es una ilusión. Incluso tu chica de cera. ¿Puedo ver tu rostro?

La hechicera se sentó, diseminando los cojines a su alrededor. Por un momento, Mag contuvo el aliento al pensar que Faey le concedería lo que pedía. Pero solo respondió:

—En realidad, no me acuerdo del rostro que tenía al principio. Y, si te muestro lo que soy ahora, te costaría más de lo que nunca querrías entregar.

Prudente, Camas lo aceptó con un asentimiento. Faey lanzó unos cuantos cojines por detrás del sofá y dio unas palmaditas al asiento que tenía al lado. Camas Erl se sentó sin ningún recelo aparente.

—¿Té? —sugirió la hechicera deslizando su mirada despreocupada y floral hacia Mag—. ¿Quizás? —añadió en tono de duda, como si no fuera capaz de sacarse dos tazas de té de la manga.

Mag la dejó a solas con Camas y esperó hasta que la hechicera la convocó en silencio. Entonces, cargada con un espejismo de buenos modales en forma de bandeja de té, regresó a la habitación que Faey había compuesto como si fuera un estado de ánimo a su alrededor, con sus sombras y sensuales tonos violeta y el tufillo a cera perfumada y ceniza. Allí se la encontró paseando de arriba abajo y a Camas sentado en el sofá, charlando apasionadamente sobre la historia de Ombria con la ilusión hermosa e indolente, que se limitaba a asentir de vez en cuando sin pronunciar palabra.

Mag posó la bandeja y prestó atención.

—Hay piezas del puzle que faltan —dijo Camas. Se tiraba del pelo, y sus ojos brillaban de forma siniestra bajo la luz roja de la lámpara de vidriera—. Y otras que aún no encajan. Por ejemplo, ¿qué provoca el desplazamiento de la ciudad a la Ciudad de Sombras? ¿Es hechicería? ¿Tiene algo que ver con la precaria situación en la Casa de Greve? ¿El heredero desvalido, el bastardo que

no puede actuar? ¿Qué misterios se ocultan dentro del palacio secreto? ¿Qué se puede ganar al anticiparse y sobrevivir al cambio? Domina Perla cree que es posible, si uno permanece consciente durante la transformación, amasar enormes cantidades de conocimiento y poder. Y gobernar la Ciudad de Sombras cuando emerja, ya que nadie más recordará la ciudad anterior ni quién la gobernaba. Todo se aceptará tal y como sea revelado. Por todo esto tengo tanto interés en hablar contigo. Tú vives en el pasado de Ombria, con sus fantasmas y memorias. ¿Hasta dónde recuerdas? ¿Estabas viva antes del desplazamiento anterior? ¿Cuántas transformaciones han tenido lugar? ¿Muchas? ¿Una? ¿Ninguna? ¿Qué edad tienes?

La ilusión de Faey inclinó la cabeza con gracilidad, y Camas continuó divagando sin esperar las respuestas. Faey habló entonces, su voz se deslizó por debajo de las palabras del tutor:

—¿Qué esperas obtener de lo que llamas la transformación?

Camas se interrumpió en mitad de la frase y respondió:

—Conocimiento. Y el poder que proviene de los recuerdos intactos de la historia de la ciudad. El conocimiento mágico de Domina Perla podría no sobrevivir a la transformación si ella misma no es consciente del cambio. Quiero seguir vivo, ser consciente del cambio de ciudad a sombras, y me aliaré y pondré mis habilidades al servicio de cualquiera lo bastante poderoso como para mantener la integridad de mi existencia, conocimientos, recuerdos y experiencias durante la transformación.

—¿Como Domina Perla, por ejemplo? —sugirió la hechicera. Aunque el tono de voz era ligero y relajado, sus ojos se habían vuelto muy oscuros.

—Domina Perla —corroboró Camas—, o tú. O quizás Ducon. Me parece que él es otra pieza del puzle. Se siente atraído por el palacio oculto, por los lugares extraños que pasan desapercibidos en Ombria en los que la linde entre la ciudad y su sombra resulta visible. Los dibuja constantemente.

—¿Así que le serás leal o le traicionarás dependiendo del momento?

—O a ella. O a ti —respondió Camas asintiendo con efusividad. Mag lo contempló maravillada—. Eso es. Dependiendo del momento.

Faey enarcó una ceja dorada. Impertérrito ante su silencio, Camas continuó con el hilo que había perdido un momento antes y prosiguió

relatando sus conjeturas sobre Faey, el pasado que la rodeaba y sus conexiones con la ciudad oculta.

—¿Es cierto? —preguntó Mag con suavidad—. ¿La ciudad está a punto de cambiar?

La hechicera encogió un hombro, indolente. Entrecerró los ojos, con la mirada todavía fija en Camas.

—¿Quién sabe? ¿Quién podría saberlo? Este hombre es muy estúpido y muy peligroso.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Darle lo que quiere —respondió ella con sencillez—. Lo dejaré adentrarse en el pasado hasta que acabe por olvidar el camino de regreso.

Se sentó en el sofá para fundirse con su espejismo y le sirvió una taza de té a Camas. El tutor, callado de pronto, parpadeó y la miró confundido.

—¿Qué… qué estaba diciendo?

—Me estabas hablando de tu profundo interés en el pasado de Ombria. Cuando te hayas terminado el té, Mag te enseñará la Ciudad Subterránea.

Le ofreció dulces de merengue y chocolate, y él se tragó uno entero, presa de la excitación.

—No soy capaz de expresar lo valioso que sería eso para mí. Ni lo agradecido que estoy. Y en el futuro seguiré estando agradecido si todo va según lo previsto.

Se detuvo, bebió un sorbo de té y frunció el ceño sin saber por qué. Su mirada inquisitiva se posó en Mag. Esta le devolvió una mirada serena, sin rastro de compasión. Se dirigió entonces dubitativo a la hechicera:

—No me has pedido nada a cambio. Creía que la magia siempre exigía un precio.

—Así es —respondió Faey—. Pero consideremos esto un intercambio de conocimiento. Te diré lo que quieres saber y tú me dirás por qué quieres saberlo.

El tutor entornó los ojos; sus pensamientos resbalaron de su rostro como el agua que se infiltra en la tierra.

—Un intercambio justo —dijo con ecuanimidad, y se llevó la taza a los labios.

Mag lo guio por la casa de Faey, lo llevó de las habitaciones del ático, en las que guardaba su colección de animales, hasta la cámara impregnada de hechizos en la que trabajaba con el caldero. Camas lo estudió todo con atención, pero murmuró:

—Esto pertenece al presente, no al pasado. ¿Dónde guarda su pasado?

Lo encontró en sus fantasmas.

Como era historiador, reconoció a algunos de verlos en cuadros antiguos: el mercader gordísimo, peludo y lleno de verrugas que había construido muchos de los muelles de Ombria para su flota de barcos; una mujer menuda de nariz larga que había pintado a tres generaciones de la Casa de Greve; un duque con un bigote feroz que había forjado un ejército con los sorprendidos ciudadanos de Ombria para defenderla de las hordas bárbaras que la atacaban a la vez por tierra y por mar, como unas fauces que se cerraban; el muchacho de la larga toga comida por las polillas que había escrito la primera historia de Ombria. Mag no había visto a ninguno de ellos antes. Para su sorpresa, todos hablaban. Los fantasmas de la casa a los que estaba acostumbrada pertenecían más a un tipo meditabundo; aunque capaces de entender el presente, hablaban solo con el pasado.

Faey los estaba creando, comprendió de pronto, visiones del pasado que se cruzaban en el camino de Camas Erl, atravesaban las puertas sin preocuparse de abrirlas o se levantaban de sillas que habían estado vacías momentos antes. Camas habló entusiasmado con cada uno de ellos, maravillado con su propia buena suerte; todos respondieron a sus preguntas de buena gana siempre que estuvieran solos, y mantuvieron su atención. En cuanto se distraía con uno nuevo, aquel con el que estaba hablando empezaba a desvanecerse. Como si, reflexionó Mag, existieran solo cuando él los veía.

Lo guiaban poco a poco, fantasma a fantasma, hasta la puerta de entrada. No parecía percatarse de ello. Una mujer alta con el pelo color bronce y ojos verdes muy juntos, vestida con una túnica larga de piel de ciervo y con una espada colgada de un cinto de cuero, lo acompañó hasta el otro lado del umbral cuando Mag les abrió la puerta. Mag se entretuvo en los escalones; Camas Erl, que parecía arrancar sus palabras del aire mientras gesticulaba, se alejó hacia el río. Al otro lado del puente lo esperaba otro fantasma, uno que

resultaba menos incongruente delante del tapiz de las mansiones hundidas. Sus ventanas opacas, que recibían la leve caricia de las farolas del río, parecían ojos somnolientos que acababan de abrirse.

Camas cruzó el río hasta encontrarse con la dama elegante vestida de seda color lavanda que le tomó del brazo. Detrás de él, el guerrero se desvaneció. Mag se sentó en los peldaños. Los fantasmas lo tenían subyugado, se había olvidado de ella. Se preguntó cómo de lejos podría enviarlo Faey. Había partes impenetrables de la Ciudad Subterránea, incluso para Mag. Eran tan antiguas que parecían poco más que recuerdos visibles y, sin importar lo mucho que intentara alcanzarlas, se mantenían siempre a cierta distancia.

Jugueteó con el colgante que llevaba al cuello y se preguntó si Faey podría conjurar al fantasma de su madre. Eso si estaba muerta, se recordó a sí misma. Pero nunca había venido a recoger a su hija, y las tres gotas de sangre en el medallón pertenecían a alguien. A lo mejor habían muerto los dos, y un amigo de luto le había traído el bebé a la hechicera. Los «quizás» podían tejer una cantidad infinita de historias, y, aunque se las contara todas a sí misma, seguiría sin estar más cerca de la verdad. Abrió las delgadas hojas del relicario una a una: sangre, rosa, carboncillo. Lo único que conocía de la historia eran esas tres palabras. Mientras observaba a Camas Erl y escuchaba a Faey, hilvanó las palabras de las formas más improbables. No importa, se dijo por fin a sí misma fríamente. No importa. Siempre me las he arreglado con su ausencia.

La puerta tras ella se abrió. Un fantasma se sentó a su lado, o eso le pareció hasta que olió su sudor. A Faey se le había caído el moño y tenía el pelo más blanco que dorado. El rostro ovalado, lánguido y perfecto, había empalidecido y se había arrugado; los ojos violetas estaban hundidos por el cansancio. Pero una sonrisa se aferraba a sus labios perfectos, pequeña y maléfica como si un diablillo hubiera salido arrastrándose de la boca de la bruja.

Mag sintió que una mano fantasmal aleteaba hasta posársele en la columna vertebral.

—¿Regresará? —preguntó.

—Quizás. Cuando le entre hambre suficiente. Pero seguirá viendo fantasmas durante todo el tiempo que lo desee. Ahora somos nosotras las insustanciales para él.

—Domina Perla lo echará de menos. Se supone que es el tutor del príncipe.

—Le he hecho un favor, aunque no lo sepa —respondió la hechicera con un resoplido—. Ese hombre traicionaría a su propia sombra. ¿Y por qué? Por un cuento infantil.

—¿Lo es? —Mag la miró—. ¿Es solo un cuento?

Por un momento, los ojos morados se oscurecieron, negros como los retazos de sombras que Mag veía en las calles vacías o en pedazos de tierra baldía, sin estar sujetos a nada, como si flotaran de un lugar a otro de forma aleatoria bajo la luz. Pero Faey se limitó a responder:

—¿Cómo podemos saberlo? La historia no promete nada. Camas Erl ha estado atrapado en su propio espejismo.

—¿Qué le pasará a Lydea si no regresa?

—Supongo que se convertirá en la tutora del príncipe hasta que Domina Perla encuentre a otro. Por lo menos sabe leer y escribir. —Se apartó unos mechones de pelo mojados de la nuca y desestimó con un gesto la siguiente pregunta de Mag—. Ahora no, chica de cera…, ha sido agotador recordar toda esa historia.

—¿Lo has recordado? —murmuró Mag.

—Pues sí, yo también fui joven una vez, ¿sabes?

Dejó caer una mano en el hombro de Mag y se impulsó para levantarse. La oscuridad se había desvanecido de su mirada, pero un cierto aire lúgubre permanecía.

—Mantente alejada del palacio. Si Domina Perla ve de verdad lo que dice Camas Erl, está tan loca como él sin necesidad de mi ayuda. Entra a cenar. Lo más seguro es que Camas Erl coma espejismos y se emborrache de historia durante una temporada antes de que volvamos a verlo.

—Sí, Faey —respondió Mag distraída, y siguió a la hechicera al interior de la casa con el puño cerrado alrededor de la sangre, la rosa y el carboncillo, como si el medallón fuera un talismán. «Ducon también tiene su carboncillo misterioso —pensó con curiosidad—. Me pregunto qué ve en él».

—Mag.

—¿Sí, Faey?

—No me vengas con tus «Sí, Faey». Préstame atención.

—Sí, Faey.

VEINTIUNO



LO UNO O LO OTRO

Ducon se quedó dibujando en el límite de la Ciudad de Sombras.

En lo más profundo del palacio oculto, se había visto arrastrado como una especie de polilla perversa al lugar en el que ninguna luz podía penetrar. El portal con la madera desnuda en uno de los postes, los lirios pintados en el otro, contenía una oscuridad tan palpable que parecía, como el carboncillo que sujetaba en la mano, un crisol del que podía surgir cualquier cosa. Cuando sostuvo una vela al otro lado del umbral, la negrura se tragó el fuego por completo. Cuando intentó cruzarlo, no sintió nada debajo del pie. A veces escuchaba ruido de lluvia, el grito de un pájaro, el susurro del viento entre árboles esbeltos; en su mayor parte se sentía intimidado por la inmensidad y el silencio, como si estuviera en el borde del mundo.

No veía nada. Así que dejó que el carboncillo imaginara lo que habría al otro lado de la puerta. Salieron rostros y palacios fantásticos y livianos, bosques infinitos y océanos espumosos surcados por barcos con mástiles en espiral como cuernos de unicornios. Un rostro en particular se repetía. Ducon lo descubrió en una silueta que cabalgaba por el bosque, o de pie en una de las torres más altas. En un par de ocasiones el hombre al que pertenecía esa cara recorría las calles de una ciudad que podría haber sido Ombria si Ombria pudiese albergar un bosque entero de mástiles de barcos y las ventanas que daban a sus calles serpenteantes estuvieran llenas de flores.

Deseos, pensó. Sueños. Eso era todo lo que contenía el carboncillo, el mundo perfecto y próspero de un niño, una ciudad llena de delicias. Aun así,

le seducía, lo empujaba a volver una y otra vez a aquella habitación desgastada, silenciosa, bañada por la lluvia, a aquella puerta llena de nada.

Tenía que moverse con el mayor cuidado por el palacio. Domina Perla insistía en que lo acompañara la guardia todo el tiempo, no solo por su seguridad, sospechaba él, sino para saciar su cada vez mayor curiosidad sobre lo que hacía cuando se desvanecía en el palacio secreto. No había vuelto a ver a Sozon ni a Kestevan, pero Domina Perla no había asustado a todos los conspiradores. De vez en cuando atisbaba a los más jóvenes, sabía que lo vigilaban. Encontró maneras de eludir a sus guardaespaldas cuando quería, pero, aunque sus secretos siguieron a salvo, él no.

Ni tampoco, al parecer, Camas Erl, que se fue del palacio una tarde después de darle clase a Kyel y nadie había vuelto a verlo desde entonces.

La Perla Negra parecía desmesuradamente furiosa por la desaparición del tutor.

—Primero desapareces tú —increpó a Ducon cuando lo convocó a la biblioteca para mostrarle la ausencia de Camas. Kyel y Lydea esperaban al tutor junto a ella. Los dos parecían indiferentes a su ausencia, aunque Ducon sospechaba que, si no fuera por su disfraz de calma y compostura, Lydea habría estado mordiéndose las uñas— y ahora Camas Erl. ¿A dónde se habrá ido?

—No tengo la menor idea —respondió Ducon, y no mentía; la primera de quien habría sospechado habría sido de Domina Perla.

—Vosotros sois íntimos. ¿A dónde va? ¿Qué es lo que hace?

—Viene aquí —respondió Ducon perplejo—. Lee y trabaja en su historia de Ombria. A lo mejor se ha ido a investigar algo.

—¿Cuando debería estar con el príncipe? ¿Y sin decirme nada?

—Sí que parece poco probable.

—¿Hay alguien que quiera verlo muerto?

—¿Por qué motivo? —preguntó Ducon alarmado—. ¿Por qué iba a querer nadie matar a un tutor? A lo mejor se ha lanzado a la calle, aunque no sea su costumbre. A lo mejor le han hecho daño.

—Tú conoces la calle mejor que nadie de palacio. Búscalo. No. —Domina Perla cerró los ojos y se frotó los párpados con unas uñas tan curvadas y

oscuras como lomos de escarabajos negros—. Tienes que quedarte aquí, con el príncipe. Encárgate tú de su educación cuando la chica termine con el abecedario. No quiero que se queden solos aquí, ni aunque estén bajo vigilancia. Ve a buscar a Camas cuando hayas terminado. Estoy segura de que conoces todos los callejones y agujeros de rata en los que buscar. No olvides ir armado, y llévate también un guardia de palacio. Intenta ser precavido.

Ducon inclinó la cabeza y la observó irse, maravillado de que no hubiera provocado un torrente furioso de libros caídos y papeles flotantes a su paso. Lydea estaba sentada al lado de Kyel, que miraba con expresión apática el papel y la tinta que tenía delante. La joven pronunció su nombre con suavidad y después el de ella, debía de ser la bienvenida ritual que compartían.

—Lord Kyel. Soy la señorita Espina.

Él levantó la cabeza y la miró. El cambio en su rostro, la esperanza que florecía en su habitual desesperación callada y agotada, le pusieron a Ducon un nudo en la garganta.

—Soy el príncipe de Ombria —susurró Kyel— y tú eres mi Rosa secreta.

—Sí, alteza. —Levantó la cabeza y se topó con la mirada de Ducon; aunque la observaba fascinado, no fue capaz de encontrar por ninguna parte a la Rosa secreta en el rostro relamido e indiferente de la señorita Espina—. Lord Ducon, ¿tiene alguna idea…?

—Ninguna en absoluto.

—Temo que, si la regente examina mi educación con demasiada atención mientras Camas Erl se encuentra ausente, descubra cosas que no le plazcan.

Ducon se llevó un dedo a los labios.

—Hasta el frasco de tinta tiene oídos. No parece que la asuste nada, señorita Espina.

—Si te vas —dijo Kyel de pronto—, me iré contigo.

—Alteza —respondió ella con delicadeza—, no tengo intención de irme a ninguna parte hasta que haya aprendido suficiente como para escribir la historia del abanico en varios idiomas.

—¿Y eso llevará mucho tiempo?

—Y tanto —susurró ella—, porque primero tendré que aprenderlos yo. Bien. Quizás, ya que su primo está aquí, pueda practicar a escribir su nombre

por si acaso lo necesita alguna vez.

El niño se inclinó para trabajar de buen grado. Ducon lo observó durante un rato, aliviado por la pequeña isla de paz que habían creado para sí mismos en ese lugar peligroso y turbulento. Acabaría pronto. Por lo menos, en aquel momento, el niño recordaba que tenía corazón.

Ducon se quedó con ellos y le enseñó a Kyel cosas variopintas sobre escorpiones, maremotos y demás, intentando mantener la tenue luz del entendimiento viva en su mirada. La Perla Negra regresó a recoger a Kyel a primera hora de la tarde. Ducon se acercó a sus aposentos con guardias acompañándolo a ambos lados a cada paso y recogió sus dibujos, papel y la espada que no solía llevar a ningún sitio que no fuera la corte. Después atravesó una puerta junto a la chimenea de su habitación y continuó su camino a solas a través de pasadizos escondidos hasta llegar al sótano, donde recorrió el pasadizo abovedado que discurría por debajo de los jardines traseros hasta salir a la calle.

No tenía ni la más remota idea de dónde buscar a Camas Erl, pero Lydea estaba en lo cierto: si Domina Perla se veía obligada a encontrar a otro tutor y le hacía demasiadas preguntas sobre su pasado, el sortilegio de la hechicera podría deshacerse por completo bajo su inquisitiva mirada. Lydea aparecería debajo de un muelle con el cuello roto y Kyel se convertiría en un fantasma en vida. Por tanto, Ducon tenía que dar con el tutor.

Preguntó en las tabernas y burdeles que mejor conocía sin grandes esperanzas. Si Camas hubiera querido visitar esos lugares, le habría pedido a Ducon que lo acompañase. El tutor estaba cerca de retirarse y era abstemio; la idea de que acudiese a solas a algún antro de mala muerte que apestase a alcohol llamado La Bofetada de la Caballa para beberse una jarra de cerveza le resultaba ridícula.

El atardecer devolvió a Ducon a palacio; le parecía mucho más probable que Camas se hubiese perdido en el laberinto del palacio oculto en vez de toparse con problemas en la calle. Regresó a su habitación igual que había venido, dejó los dibujos allí y sacó la cabeza por la puerta para comprobar que los guardias seguían en sus puestos. Estaban demasiado hechizados como para mostrarse avergonzados ni furiosos con él, pero se sentían confundidos y

tenían muy poco interés en admitir ante Domina Perla que habían perdido de vista a Ducon Greve. No había sido así, como evidenciaba su presencia. Volvió a desvanecerse en sus aposentos y regresó al palacio secreto.

Recorría un sendero impulsivo y errático hacia lugares en los que pensaba que podría encontrar a Camas cuando empezó a oír voces.

Se detuvo a escuchar.

Se oía un murmullo en las paredes, alguna palabra de vez en cuando, chirridos de los tablones del suelo. Comenzó a llamar a Camas, pero no terminó. Había demasiados pares de pies. Parecían recorrer un pasillo paralelo o atravesar habitaciones que se abrían en la siguiente al otro lado de la pared. Guardias, pensó, a la caza de Camas. Pero los guardias de Domina Perla no se movían furtivamente ni susurraban. Apretó los labios.

Para él era sencillo esquivar a los jóvenes conspiradores; no tenían ni idea de hacia dónde se dirigían dentro del laberinto de habitaciones y pasillos olvidados. Ducon deshizo sus pasos, se deslizó por un par de puertas y apagó la vela. Los vio algo más adelante en el pasillo, sus rostros iluminados por sus propias palmatorias, absortos y ansiosos mientras abrían una puerta tras otra e introducían las velas en habitaciones oscuras para registrarlas; después cerraban las puertas e intentaban no hacer ningún ruido, excepto por su respiración y las discusiones ahogadas ocasionales.

Ducon los siguió con precaución preguntándose si lo guiarían hasta Camas. No se podía ni imaginar qué era lo que buscaban. Hubo un momento en que se separaron, dispersándose por diversas habitaciones que él sabía que no contenían más que telarañas, ratones y sus propias pisadas cubiertas de polvo. Se escondió donde habían acordado reunirse para escuchar sus murmullos cuando se reagruparon.

—Debe de ser en otra parte del palacio. Aquí no hay nada.

—A lo mejor Ducon lo sabe.

—No podemos preguntarle, querrá saber por qué. Además, ¿y si nos traiciona a Domina Perla igual que hizo con Hilil Gamelyn?

—De momento no lo ha hecho. Y no creo que delatara a nadie ante ella. La odia.

—No le ha arrebatado nada.

—Es un bastardo, no tiene nada. Ni tierras ni ningún título de valor, nada que perder excepto una cama en el palacio y una paga que controla la regente. No como nuestros padres.

Ducon, oculto tras la puerta de una habitación que ya habían registrado, escuchó un resoplido fuerte y amargo.

—No me puedo creer de lo que se está apoderando. Ayer le dijo a mi padre que cualquier barco que arribase en los muelles de Ombria de ahora en adelante pasará a considerarse propiedad del príncipe de Ombria, incluyendo toda la mercancía que contenga. Ya se ha apropiado de los muelles y de las tasas del puerto para pagar a sus piratas. Y ahora roba los barcos. Mi padre tiene media docena en mar abierto, no hay manera de avisarlos.

—Se ha apropiado de terrenos de mi tío que llevaban en nuestra familia varias generaciones —dijo otro con toda la vehemencia que podía transmitir un susurro—. Le enseñó un mapa de hace varios siglos, cuando las tierras habían pertenecido a la Casa de Greve. ¡Se las habían entregado a mi familia! Dijo que la escritura no era legal y que debería haberse reclamado de vuelta hacía cien años. Según mi tío, quiere la madera de esos territorios para construir más barcos.

—¿Y por qué no? Después de esto los únicos barcos en los puertos de Ombria serán los suyos. La ciudad dependerá por completo de sus mercancías robadas.

—No nos sobra el tiempo para seguir buscando, y ninguno de nosotros sabe nada de venenos. Voto por que nos disfracemos de guardias y lo asfixiemos en su propia cama.

—El veneno es más discreto, y hará que la Perla Negra sospeche de inmediato.

—Podríamos envenenarla a ella en vez de a Kyel.

A Ducon se le encogió el corazón, que le aporreó el pecho. Apoyó la frente en la puerta, un sudor frío le perló el labio superior y el nacimiento del pelo. El desacostumbrado peso de la espada que llevaba al cinto captó su atención y lo tentó. Se obligó a escuchar.

—Eso ya lo discutimos. Llegamos a un acuerdo.

Sus murmullos sin entonación hacían que todos sonaran anónimos, no era capaz de asignar un rostro a sus voces.

—Domina Perla es demasiado impredecible. Puede que Ducon tenga suficientes conocimientos y astucia para matarla, pero se niega a actuar en su contra. Si piensa que ha matado a Kyel…

—La matará. Ergo, se acabó el reinado de la Perla Negra. Y nadie sospechará nunca de nosotros.

—Y si…

—No hay tiempo para suposiciones.

—Podría culpar a Ducon.

—Ya nadie la creería, ha ido demasiado lejos.

—¿Y si mata a Ducon cuando la ataque?

Se produjo un breve silencio. Ducon, que sujetaba la empuñadura de su espada con tanta fuerza que le parecía que los dedos se habían vuelto metálicos, contuvo el aliento mientras ponderaban esa posibilidad.

—Entonces estamos perdidos —concluyó alguien en un zarcillo de sonido —. Huiremos con las ratas de Ombria. Esta es nuestra última esperanza.

—Pero ¿en qué punto de este laberinto esconde sus venenos?

Ducon abrió la puerta.

Había desenvainado la espada antes de darse cuenta; estaba ahí, un largo resplandor plateado a la luz de las velas, levantándose en un movimiento lento y extrañamente extendido durante el cual todos los rostros silenciosos y perplejos se grabaron de forma indeleble en su mente. La punta de la espada se posó con delicadeza sobre la garganta desnuda del conspirador más ferviente, por encima del cuello de encaje delicado. Sus ojos cambiaron. Ducon, que lo observaba con intensidad, sintió su propio cuerpo moverse como desde la distancia, y durante un parpadeo se fijó en el músculo de la garganta bajo su espada, que tomaría la decisión por él. El joven estaba inmóvil, su rostro se había vuelto del color de la vela que sujetaba; alrededor de Ducon nadie respiraba.

La espada le tembló en la mano, el fuego ondeaba por su filo.

En ese momento sintió la furia que no se había permitido sentir antes, que lo había separado de sí mismo. Al joven se le quedó flácido el rostro pálido,

cerró los ojos e intentó decir algo.

—Quédate callado —le aconsejó Ducon, su propia voz apenas hacía titilar la llama de la vela.

La espada, como su ira, tenía ideas propias; ninguna de las dos estaba dispuesta a rendirse todavía. Por fin la liberó, apartó la espada y la clavó con todas sus fuerzas en la pared. La sangre de un pequeño corte en la garganta del joven voló como un racimo de granates, adhiriéndose a la pintura. El joven se tambaleó de pronto, se dobló y vomitó.

Ducon envainó la espada, le temblaban las manos. Nadie intentó hablar. El hombre que había estado a punto de morir se enderezó despacio, dolorosamente, y se apoyó contra la pared mirando a Ducon de nuevo. La pasión se había desvanecido de sus ojos; la expresión en ellos, cansada y sin esperanza, le recordó a Kyel.

Ducon cogió aliento y dijo con voz quebrada:

—Si Kyel muere, os mataré. Uno a uno. He dibujado todos vuestros rostros.

—Señor —susurró en vano el joven.

—A la Perla Negra dejádmela a mí.

VEINTIDÓS



DOS TUTORES MENOS

Lydea notó a Ducon cambiado cuando acudió a su puerta a la mañana siguiente. Como el suyo, su rostro verdadero se había desvanecido, la máscara que lo ocultaba era rígida, seria, de mirada cautelosa. La señorita Espina dejó entrar a su habitación a un desconocido, que le dijo con voz tensa a la desconocida que tenía delante:

—No encuentro a Camas Erl, y la vida de Kyel pende de un hilo.

Lydea sintió que palidecía de la impresión; la señorita Espina se limitó a apretar las manos y preguntar con solemnidad:

—¿Qué puedo hacer?

—No te alejes de su lado cuando estéis juntos. Sobre todo, si aparece alguien a quien no esperáis en la biblioteca.

—Tú estarás con nosotros —le recordó ella, aunque ya no estaba tan segura ni siquiera de eso. Él tampoco, se llevó una mano a la cara, se restregó el cardenal ya medio curado sin saber lo que hacía y dio un respingo.

—Por las mañanas, Domina Perla se reúne a deliberar con sus consejeros —murmuró. Era un título educado para los que se abrían camino hasta la sala del consejo de la Perla Negra, venidos de las calles y de los puertos—. No notará mi ausencia.

Lydea tragó saliva con la garganta seca.

—¿Dónde…?

—Hay un lugar secreto que quiero encontrar —respondió él en voz muy baja—. Lo buscaré lo más rápido posible y regresaré antes de que Domina vaya a recoger al príncipe. Si alguien entra en la biblioteca mientras estás a solas

con él, pide a la guardia que entre. Si Domina Perla regresa antes que yo, sugiérele que he oído un rumor de a dónde puede haber ido Camas Erl y he salido a investigarlo.

—¿Qué… qué debería enseñarle al príncipe? —preguntó, asustada de solo pensarlo.

—Cualquier cosa. No importa. —Se detuvo y cogió un libro del revoltijo que había en el suelo junto a su cama—. Has estado estudiando. ¿Qué es todo esto?

—Historias y leyendas. Camas me pidió que las leyera y anotase cualquier referencia al cuento del abanico.

—¿A qué?

—El de la Ciudad de Sombras. Lo que él llama la transformación. Piensa que es real.

Ducon la observó en silencio un momento; Lydea no supo leer su expresión.

—¿Y tú?

—No lo sé. ¿Cómo va a saberlo nadie? Si ocurre de verdad, nadie lo recuerda. Sin embargo, el cuento aparece aquí y allá en todos esos libros. Se desliza de repente, como el sol en un día nublado, un rayo de luz que cruza el mundo entero. Y después se desvanece, pero nunca abandona tu corazón con la misma rapidez. El corazón recuerda. Y, así, el cuento se ha hecho un hueco en la historia.

Ducon seguía estudiándola. Lydea vio cómo la luz atravesaba sus ojos, los volvía plateados y después duros otra vez, metálicos.

—Qué extraño —susurró, y después recuperó la voz—. A lo mejor eso es lo que le ha ocurrido a Camas Erl.

—¿El qué?

—Que se ha transformado.

—Ducon —sus dedos, aún juntos, estaban helados—, tengo mucho miedo.

—Sí.

Debes tenerlo, le decía su rostro. Se acercó a ella y la cogió de las manos. Las suyas no estaban mucho más calientes, pero su voz se volvió menos distante.

—Eres la señorita Espina del príncipe —dijo el joven con amabilidad—, una mujer que posee una notable fuerza y habilidad. Es en ella en quien Kyel ha escondido su corazón, y no se lo entregará a nadie.

—¿A dónde vas? —preguntó Lydea—. ¿Qué estás buscando?

Pero no se lo dijo.

Se encontraron de nuevo en la biblioteca y esperaron juntos la llegada de la regente y el príncipe. La Perla Negra, con la boca cerrada con tanta fuerza que parecía una tortuga sin labios, pronunció unas palabras tensas sobre la ausencia de Camas Erl. Lydea creyó que el aire humeante que la rodeaba iba a estallar en truenos huraños y pequeños rayos tormentosos. Para su alivio, la regente no se demoró. Tenía asuntos urgentes que atender, le dijo a Ducon en tono exasperado; él debía quedarse para darle clase a Kyel y después retomar la búsqueda de Camas.

Salió de la biblioteca. Lydea se sentó cerca del príncipe, le dedicó su saludo secreto y fue recompensada con el sol del amanecer que era el reconocimiento en su mirada. Cuando volvió la cabeza en busca de Ducon, ya se había ido.

La señorita Espina mantuvo un tono de voz tranquilo y Kyel no notó nada extraño. Pero, cuando después de una hora más o menos pasó de caligrafía a historia, percibió su desasosiego. La suya no era la voz que le contaba la historia, y Ducon era el otro pilar seguro que le quedaba a Kyel por encima de la corriente furiosa que arrasaba su vida.

El niño giró la cabeza hacia la mesa de detrás, donde Ducon debería haber estado sentado dibujando mientras esperaba a que terminaran.

Volvió a mirarla y dijo con una compostura curiosa:

—Ducon es el que me enseña esto.

—Ducon está ocupado, alteza. Hoy te enseñaré yo. ¿De acuerdo?

Kyel sacudió la cabeza sin ninguna angustia aparente y se acercó más a ella para inclinarse sobre el libro que leía y observar su dedo moverse bajo las palabras.

Ducon fue tan silencioso que Lydea no se dio cuenta de que estaba de vuelta hasta que, en plena lucha con una lección de aritmética rudimentaria, los dos contando con los dedos, la joven levantó la vista desesperada por su propia ignorancia. Ahí estaba él leyendo en silencio, con las piernas largas

cruzadas, un codo apoyado en la mesa y la mano oscureciéndole el semblante. Lydea sintió que se derretía de alivio. La señorita Espina, enredada en un zarzal de números sin salida, abrió la boca para pedir ayuda.

Se escuchó un paso en el umbral de la puerta más lejana. Una sombra se coló, una figura sin rostro que se dibujaba con claridad sobre el suelo brillante. A Lydea se le atragantaron las palabras al percibirla. Ducon no se movió, excepto para levantar la cabeza un poco y reposicionar los dedos en su mejilla. Lydea lo veía de perfil, estaba de espaldas a la puerta. Pero se había puesto tenso; a pesar de la pose lánguida, era consciente de lo ocurrido y escuchaba. Quienquiera que estuviera en la puerta no entró. La sombra lo observó un rato; Lydea observó a la sombra.

Después, se volvió y desapareció con un par de pasos silenciosos. Kyel le tocó la mano.

—Señorita Espina —le dijo con la voz cautelosa que había aprendido a usar para sobrevivir—, ¿podemos usar los pulgares?

—Yo siempre lo hago —respondió la señorita Espina.

Observó cómo su pupilo contaba y trazaba la respuesta con pluma y tinta: un huevo con una cola que se curvaba en la espalda como un perrito faldero. Unos pasos rápidos y ligeros alarmaron a Lydea de nuevo; la señorita Espina se giró muy compuesta y enarcó una ceja. Pero no era más que Ducon, que había regresado; la joven sintió que incluso el rostro estirado de la señorita Espina se relajaba.

Y entonces Lydea se quedó sin aliento. Ducon, tras un rápido vistazo al libro que se encontraba sobre la mesa, preguntó:

—¿Ha vuelto Camas?

—No —intentó responder ella, pero no emitió ningún sonido. Con esfuerzo, recuperó la voz y se levantó—. Practique los números, alteza, mientras hablo con su primo.

Ducon esperó a que llegara hasta él, al otro lado de la estancia; su rostro volvía a estar velado, tenso, y tenía los dedos extendidos sobre las páginas abiertas.

—Vino alguien —murmuró él.

—Viniste tú —dijo ella con impotencia—. Estuviste ahí sentado, leyendo. —Ducon levantó la mano del libro y la agarró del brazo—. Alguien intentó entrar. Quienquiera que fuese, cuando te vio, se fue.

Ducon se quedó blanco como el papel. Poco a poco, la soltó y se sentó a la mesa. Intentó hablar, tragó saliva. De pronto, sus ojos se volvieron de lava, observó ella atónita, las lágrimas no derramadas emitían un brillo plateado.

—No era yo —susurró.

—Era igual que tú.

—¿Le viste bien la cara?

—No. Tenías la… Tenía su mano… —Se le cerró la garganta, ardiendo, aunque no sabía por qué—. ¿Quién era, Ducon?

—Salió de mi carboncillo. Lo vi en las calles; lo he visto en mis sueños. Lo veo en la oscuridad absoluta que hay en el corazón del palacio secreto. En la linde entre la luz y la sombra.

—¿Es tu otro yo? —preguntó ella con incredulidad.

—No, si te hubiera permitido ver su rostro, habrías adivinado, incluso si no nos conocieras a ninguno de los dos, que podría ser mi padre.

Lydea abrió los ojos de par en par y sintió cómo el hechizo se desintegraba como una telaraña en su cara. Ducon la tocó de nuevo para advertirla. Lydea se llevó las manos a la cintura y se abrazó con fuerza; su rostro se calmó y la máscara recuperó su posición.

—Señor —dijo ella con suavidad—, quizás podrías mostrarle al príncipe dónde se encontraría tu padre en el árbol genealógico.

—Me da la impresión, señorita Espina —respondió él con voz vacilante—, de que necesitaríamos un árbol genealógico completamente distinto.

Cuando la regente vino a recoger al príncipe, todo transcurría según lo esperado: Ducon guiaba a Kyel a través de un enrevesado punto gramatical y la señorita Espina leía al fondo de la habitación mientras esperaba el permiso para retirarse.

Cuando se fue, se llevó el libro. Era el que había estado leyendo el desconocido, una colección de cuentos infantiles. Le parecía una elección peculiar para un hombre que vagaba entre mundos en respuesta a las necesidades de su hijo. El padre de Ducon, pensó ella maravillada. El misterio

sin resolver de la corte de Ombria. ¿Quién sería en su propio mundo? ¿Y cómo había captado su atención la hermana de Royce, cómo lo había atraído a cruzar las esquivas fronteras entre la luz, la sombra y el tiempo? ¿O había sido ella quien había acudido a él?

¿O se habrían encontrado en la intersección de sus mundos, en el lugar en el que el aire y el agua se besan, en el que la llamarada ardiente del fuego baja del cielo para prender la tierra?

La madre de Ducon nunca lo había contado. Se había limitado a tener un hijo de pelo blanco que, si Ducon estaba en lo cierto, era el heredero de ambos mundos, uno de ellos impenetrable y el otro que probablemente le traería la muerte.

Mientras degustaba un almuerzo solitario en su habitación, Lydea intentó imaginar a dónde habría ido aquella mañana, qué era lo que tramaba y no le contaba. Después continuó leyendo el libro que había elegido el desconocido. No le sorprendió en absoluto encontrarse con una versión arcaica del cuento del abanico.

A la mañana siguiente, la Perla Negra seguía igual de iracunda ante la prolongada ausencia de Camas Erl.

—Ven conmigo —le dijo a Ducon con brusquedad—. Has estado paseándote por mis aposentos privados, intentando arrebatarme mis secretos, tratando de descubrir lo que sé y lo que puedo hacer. Puedo encontrar a Camas Erl, pero necesito ayuda de alguien con inteligencia, fuerza y discreción. Ya que él no está aquí para ayudarme con esto, tendrás que ocupar su lugar.

Ducon empezó a hablar y vaciló. Se quedó mirándola fijamente, el cardenal en su rostro muy vívido de pronto contra la palidez de su piel, como si acabara de abofetearlo. La regente le dedicó su feroz sonrisa.

—Eres demasiado confiado. Igual que tu tío. Durante los años que te estuvo dando clase, enseñé a Camas. Me resulta útil y no quiero perderlo. Pero, si me ha traicionado también, me ayudarás a matarlo. Tengo mis métodos.

Ducon seguía sin encontrar las palabras. Lydea, con el corazón aporreándole en el pecho, resistió el impulso de atraer hacia sí al lánguido

Kyel. Incluso la señorita Espina parpadeaba con rapidez, descompuesta. Por fin, Ducon dijo con voz ronca:

—¿Por qué yo? Te serviría cualquiera que cogieras de la calle. ¿Por qué revelarme tus poderes secretos a mí?

—Porque —respondió ella desdeñosa— me has demostrado que no tengo nada que temer de ti.

Hizo entrar a los guardias a la biblioteca para que protegieran al príncipe.

—No permitáis que entre nadie —les ordenó—. Retened a cualquiera que venga.

Su torva mirada, que no presagiaba nada bueno, se posó entonces en la señorita Espina.

—Camas te eligió; por el momento debo confiar en eso. Pero, si hablas de esto, te arrancaré la voz y la tiraré por el desagüe más cercano.

La señorita Espina inclinó la cabeza, sin palabras. La Perla Negra se volvió hacia el joven príncipe. Ninguna muestra en su rostro vacío le indicó que hubiera prestado la menor atención a nada de lo que había dicho. Le hizo un gesto imperioso a Ducon que, con el semblante rígido, la siguió fuera de la estancia sin una sola mirada atrás.

La señorita Espina se descubrió temblando. Se sentó junto a Kyel, en silencio, hasta que sintió que la máscara imperturbable del hechizo velaba sus pensamientos. El niño sí que había entendido algo, comprendió, pues se apoyó en ella en busca de consuelo incluso antes de que pronunciara su nombre.

Para su alivio, Ducon acudió a verla a alguna hora negra de la noche. Había traído una palmatoria, y encendió las velas de su habitación mientras ella se apartaba el pelo enredado de los ojos y la mente de sus pesadillas. Estudió su rostro en silencio; estaba muy pálido, demacrado por el agotamiento y un poco aturdido. Lydea se incorporó y él se sentó a su lado, mesándose el cabello con las manos hasta ponerlo de punta.

—Me abrió la puerta ella misma —susurró incrédulo— y entré. He buscado esa puerta por todas partes.

—¿La puerta a sus secretos, quieres decir?

—Al lugar donde trabaja. También duerme allí —añadió—, en una especie de capullo. Creo que se encarga de hacer reparaciones nocturnas a su carcasa

raída.

—¿Encontró a Camas?

—En cierto sentido. Parece haberse sumergido en el pasado. Lo vimos hablando con un montón de fantasmas. Tuve que mover algunos espejos muy pesados y contarle lo que sé de las zonas de Ombria que vio.

—¿Qué parte de Ombria tiene tantos fantasmas? —preguntó Lydea desconcertada. Pero se respondió a sí misma acto seguido, dando un respingo —: La Ciudad Subterránea.

—Sí.

—¿Es ahí donde está?, ¿con la hechicera?

—En cierto sentido. Está perdido, barboteando con fantasmas. Ya lo conoces. Viste cómo es. Tranquilo y predecible. O eso creía yo.

Ducon se puso de pie con brusquedad y Lydea atisbó el frío fogonazo de ira en su mirada.

—Me mintió, y habría traicionado a Kyel. Eso no puedo perdonárselo. Tiene la ropa rasgada y sucia, le cae el pelo por la cara y parece que come lo mismo que los fantasmas. Domina Perla no tiene ni idea de en qué lugar de la Ciudad Subterránea se encuentra; ella no ha ido nunca. Tampoco sabía si Faey tenía algo que ver con los fantasmas que perseguían a Camas. Si él hubiera sabido que existían, es muy posible que le hubieran resultado irresistibles y que se hubiera ido a buscarlos por sí mismo. Intentó llamarlo de vuelta.

—¿Y no quiso volver?

—No parecía que la oyera. —Ducon dio un par de zancadas inquietas y se giró para mirar a Lydea—. Quiere que vaya yo a sacarlo. Con ayuda de Faey, me dijo, si la necesito. Dijo que la hechicera no le guarda ningún rencor y que siempre hace lo que le pide.

Lydea se acordó de cuando la hechicera caminaba a la vera del río con Ducon inconsciente al hombro y se quedó congelada en mitad de un paso solo de pensar que nadie pudiera compararla en algún sentido con Domina Perla.

—¿De verdad?

—Eso cree ella. Quería avisarte para que sepas dónde estaré mañana.

Un latido de miedo se apretujó en la garganta de Lydea; tragó saliva.

—Me dejarás sola…

—Como tutora de Kyel.

—Con una mujer que quiere arrancarme la voz, y yo que necesito usar los dedos para multiplicar.

Ducon se sentó en la cama y le apartó un mechón de pelo de la cara con los dedos.

—Incluso ahora, te las arreglas para parecer la calmada y respetable señorita Espina. Domina Perla tiene demasiadas cosas en la cabeza como para reparar en tu existencia.

—Eso espero —susurró ella. Después, incluso la desapasionada señorita Espina se descubrió agarrándolo de la muñeca—. Pero ¡Camas sabe quién soy! ¡Me lo dijo! Se lo contará…

—No, no lo hará —respondió él con rapidez—. Lo sabía y no se lo dijo; se dejaría en evidencia a sí mismo. Se lo recordaré cuando lo encuentre. Volveré lo más rápido que pueda; no me atrevo a alejarme de Kyel demasiado tiempo.

—Ten cuidado. No te pierdas con Camas.

—No tengo ninguna intención.

Algo en su tono de voz la hizo mirarlo con suspicacia.

—¿Cuáles son tus intenciones?

—Quiero hacerle una pregunta. Quiero que me explique qué es lo que desea tan profundamente que está dispuesto a destruir la Casa de Greve y la ciudad que ama a cambio.

Se puso de pie. Su mano se detuvo un instante cerca de la mejilla de la joven, pero al final se dio la vuelta y salió sin tocar a la señorita Espina.

VEINTITRÉS



TRIPLE TONTERÍA

Mag, que volvía al palacio bajo la luz plateada del amanecer junto a los carros y la leche del mercado, se coló en las cocinas acarreando un par de cestas que crujían bajo el peso de un montón de calabazas, las dejó en algún sitio que parecía apropiado, cogió un cubo y un trapo por el camino y salió por una puerta distinta. Por una vez, se había vestido con atención y llevaba ropa sencilla y oscura. Soportó las miradas lúgubres de lo que parecían hileras infinitas de guardias de Domina Perla, todos tiesos y silenciosos como mojones a lo largo del pasillo. No dudaron de la criada encorvada y con la cabeza gacha que iba a limpiar algo que se había derramado. Bajó por la primera escalera que pudo hasta los aposentos del piso de abajo, en los que no había guardias, y donde podría haber pasado junto a Ducon sin levantar la cabeza si hubiera estado un paso más adelante.

Sin embargo, este dobló la esquina justo cuando ella hacía lo propio a toda velocidad, y se encontraron precipitadamente con un tañido del balde. Ducon, que sujetó a Mag del brazo para estabilizarla, se agachó sin decir nada para frotarse la espinilla. Ella observó maravillada el pelo del color de las espinas de pescado mientras el cubo traqueteaba por el suelo y se balanceaba con suavidad hasta frenar.

Por fin, Ducon liberó a Mag. Él pareció interpretar el silencio de la criada como timidez o miedo de ser castigada porque alguien hubiera tropezado con ella. Apenas le echó un vistazo, se limitó a coger el cubo abstraído, sus pensamientos ya seguían su camino por el pasillo. Pero el suelo seco captó su

atención. No solía haber agua en esas zonas del palacio; un cubo vacío no tenía sentido. La miró de verdad por primera vez.

Tampoco dijo nada de inmediato entonces. Volvió a cogerla del brazo y la acercó unos pasos al haz de luz de los candeleros para estudiarla.

—Pelo —murmuró por fin— que parece un montón de paja y lleno de prendedores. Ojos del color de las cáscaras de nuez…

Su voz se perdió, y de repente pareció muy sorprendido, como si la hubiera recordado tras verla en algún sueño, a lo mejor, o bajo una luz distinta. Ella sintió lo mismo. Eso era lo que la había llevado hasta allí, esa sensación de reconocimiento.

—Mag —dijo él al final, y ella asintió—. ¿Por qué me siento como si te conociera cuando no te había visto nunca antes?

—No lo sé.

Se mantuvo rígida bajo su escrutinio, aún sorprendida de que la hubieran visto antes de que ella lo decidiera. El pasillo estaba envuelto en sombras más allá de la luz de los candeleros y, aparte de sus voces ahogadas, muy silencioso.

—Tenía la esperanza de que tú lo supieras.

—¿Has venido a buscarme?

—Sí.

—¿Sabe Faey que estás aquí?

—No.

Ducon se movió un poco, como para protegerla de miradas invisibles.

—Este es el último lugar en el que deberías estar.

—Lo sé. —Se aferró con fuerza al relicario escondido bajo la lana parduzca —. Pero no hay nadie más al que pueda preguntar sobre el carboncillo.

Ducon deslizó su propia mano en un bolsillo como para tocar algo familiar y calmarse.

—Lo hizo Faey —le recordó él—. Podrías haberle preguntado a ella.

—Faey no lo sabe todo. Ella dice que tú ves con algo más que con ojos humanos, aunque no entiende el motivo. A lo mejor no lo recuerda; debe de ser tan vieja como la propia Ombria.

Él guardó silencio, volvía a estudiarla con sus ojos inhumanos.

—Quizás es porque has vivido bajo tierra, y con su magia, toda la vida —comentó él de forma ambigua.

—¿Qué?

—También en ti hay algo que no es humano. —Se sacó el carboncillo del bolsillo, como guiado por un impulso, y después pareció arrepentirse. Bajo la luz de las velas unos colores suaves y brillantes bailaban sobre él—. Ojalá tuviera tiempo de dibujarte. Puede que eso diera respuesta a algunas preguntas.

—Ya me has dibujado —respondió ella—. Aunque no con eso.

Su mirada de plata regresó a ella.

—¿Lo he hecho? —preguntó sorprendido—. No puede ser. Te recordaría.

—Me dibujaste en una taberna, el día que enterraron a Royce Greve. Llevaba un velo negro y largo que me cubría la cara.

—¿Eras tú? —dijo él estudiando a la criada con fascinación—. ¿La mujer elegante y misteriosa de negro?

—Esa era yo. Estabas rodeado de jóvenes nobles que intentaban convencerte de que era una gran idea matar a Domina Perla y a Kyel para sentarte a ti en el trono.

—Lo escuchaste —dijo él con expresión tensa.

—Os seguí hasta el muelle. —Apartó la vista de él, como si le costara expresarse de repente—. Tenía que tomar una decisión. Sobre ti. Sobre mí misma.

—Lo recuerdo —dijo él, su mirada se había vuelto hacia dentro, inexpresiva—. Lydea me contó que me espiabas. Que intentabas decidir si debía vivir o morir.

—Si debía ayudar o no a Faey a ocuparse de ti —le corrigió ella—. Al final, no tuve la opción. Pretendía interferir en el hechizo cuando lo hiciera, pero no me dio oportunidad; intenté robarlo, pero lo escondió; te busqué por todas partes para avisarte, pero no pude encontrarte…

—¿Por qué? —preguntó él con brusquedad—. ¿Después de lo que habías oído en la taberna y en el muelle, por qué querías ayudarme?

—Aquella noche, tras el funeral, cuando te llamaron para que acompañaras a Kyel porque tenía pesadillas, yo me había quedado atrapada debajo de la

cama.

Ducon, perplejo, intentó hablar, pero no le salió nada.

—No podía irme por culpa de los guardias. Kyel confió en ti. Te mantuviste despierto toda la noche, haciendo guardia mientras él dormía. Vas a todas partes en Ombria; nada te asusta. —Bajó la vista al cubo que él había recogido para devolvérselo a la criada—. Ni siquiera mostrar amabilidad.

Él la miraba pasmado.

—Ves mi vida con más claridad que yo mismo.

—Al final, no supuso ninguna diferencia —dijo ella—. No pude rescatarte de Faey.

—Me rescató ella misma. Después de intentar matarme.

—Eso eran negocios.

—Pero ¿por qué revertir su propio hechizo para que viviera?

—Así es Faey —suspiró Mag—. A veces ni siquiera yo la entiendo.

—Ambigüedades —replicó él en tono nebuloso—. Como el carboncillo. Dibujaba cosas tan mágicas que no era capaz de soltarlo. Habría sido mi muerte, y sin embargo habría luchado para no perderlo. Y tú. Que me espiabas e intentabas salvarme de la magia cuando yo ni siquiera sabía que existías. Lydea me contó que habría muerto en la calle de no ser por ti. ¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Eso es lo que esperaba que supieras decirme.

Mag deslizó un dedo debajo del cuello del vestido y enganchó la cadena de oro. Abrió el medallón y pasó las delgadas hojas de cristal enmarcadas en oro hasta llegar al carboncillo.

—Alguien me dejó, como si fuera el pan del día, en una cesta a las puertas de Faey. Ella me contó que llevaba esto cuando me encontró. He visto los dibujos que hiciste con el carboncillo mágico y tenía la esperanza de que este también lo fuera. Pensé… pensé que a lo mejor podría contener el rostro de mi madre.

Ducon emitió un sonido suave, cogió el medallón y lo observó más de cerca. Acarició el carboncillo con el dedo, osado.

—A lo mejor lo es… Qué extraño. Sangre, un pétalo de rosa y carboncillo. Hay una historia.

—Lo sé. Pero ¿cuál? Por favor —le rogó—, dibuja con él. Ahora, si tienes tiempo.

—Tiempo es lo que no tengo esta mañana.

Ducon se detuvo cuando una puerta cercana se abrió de golpe y una mujer corpulenta vestida de negro cruzó el pasillo a toda velocidad, cada paso enfatizado por un repiqueteo de llaves. El joven cerró el relicario con cuidado y lo depositó de nuevo en la palma de la mano de Mag.

—La Perla Negra me ha ordenado traer a Camas Erl de la Ciudad Subterránea. ¿Cómo llegó hasta allí? ¿Sabe Faey que está ahí?

—Sí. Fui yo quien lo llevó hasta ella.

—Tú…

—Te estaba buscando en el palacio secreto, después de que Faey te hubiese enviado el carboncillo…

—¿Cómo encontraste el camino?

—Te vi salir de una puerta en la pared detrás de esa urna grande y gorda.

—Estás en todas partes —dijo él, anonadado de nuevo.

—Bueno, aquel día llegué demasiado lejos. Me quedé encerrada en la biblioteca de Domina Perla. Me encerró sin saber que estaba allí, y Camas Erl me encontró. Me liberó, pero me hizo algunas preguntas y me obligó a prometerle que lo llevaría a conocer a Faey.

—Ese es el cómo —susurró Ducon—. Pero ¿por qué?

—Él tiene una teoría… Cree que… —Sacudió la cabeza, desorientada. Otra puerta se abrió y cerró; Ducon la alejó de la luz de los candeleros—. Es traicionero e imprudente, y lo que piensa no tiene mucho sentido. ¿No puedes dejarlo ahí abajo? Estás más seguro con él paseando entre fantasmas.

Ducon negó.

—De momento —respondió él en tono monocorde— debo hacer lo que me mandan.

Volvió a cogerla del brazo, provocando la mirada extrañada de una joven que se ataba el delantal cuando pasó por su lado.

—Pero espérame…

—¿Dónde?

La guio, girando un recodo, por el pasillo.

—Volveré en cuanto pueda. Entonces descubriremos lo que sale de tu carboncillo.

Abrió una de las puertas idénticas e infinitas. Una mujer, todavía en camisón e inclinada sobre un lavamanos, levantó sorprendida el rostro, que goteaba.

—Esta es la señorita Espina —le dijo él a Mag—. Para ti, Rosa. No salgas de esta habitación hasta que vuelva.

Cerró la puerta. La mujer ahuecó las manos para coger agua y salpicarse la máscara de jabón, revelando su verdadera sonrisa.

—¡Mag!

Le explicó a Mag a toda prisa, mientras se vestía, por qué estaba disfrazada y bajo el mismo techo que la Perla Negra otra vez. Mag la estudió de cerca, pero no encontró el menor rastro de la belleza afligida e indefensa que había arrojado los zapatos de zafiros en los girasoles. Faey había hecho un buen trabajo. En ese momento, llamaron a la puerta con el desayuno, que Lydea compartió con ella. Se pasaron la taza de té la una a la otra mientras Mag le enseñaba el medallón y le explicaba por qué había venido a buscar a Ducon.

Demasiado pronto, Lydea se levantó.

—Tengo que irme. Estaré a solas con Kyel hasta que Ducon regrese. ¿Hablas otros idiomas?

—Me enseñó un contrabandista —asintió Mag sorprendida.

—¿Matemáticas?

—La mujer del panadero.

—¿Historia?

Mag le dedicó una sonrisa torcida.

—Vivo en ella. ¿Por qué?

Lydea la estudió con la uña del pulgar atrapada entre los dientes.

—Me pregunto… —Dejó caer la mano—. No. No sería capaz de explicarle tu presencia a Domina Perla. Pero ojalá pudieras ayudarme un poco a enseñar a Kyel; sé tan pocas cosas...

—Sabes más que él —adivinó Mag. Observó a la señorita Espina recolocarse un puño de la camisa y ajustarse un prendedor—. Pareces… Pareces…

—Lo sé. Eso dice Ducon también. Ojalá me sintiera igual. —Se volvió hacia Mag, la cogió por los hombros con suavidad y la miró a los ojos—. Sé que te gusta explorar, pero no lo hagas. Es demasiado peligroso. Puede que Ducon regrese antes que yo. Hasta entonces, hay una pila de historia junto a la cama.

Se fue. Mag se sentó en la cama y observó con la mirada vacía las paredes desiertas.

Los pasillos quedaron silenciosos de nuevo. Domina Perla, había dicho Lydea, estaría ocupada en la sala del consejo toda la mañana. Ducon podría estar fuera media mañana o todo el día, según le fuera. Mag había pasado por delante de la urna enorme que ocultaba la puerta secreta justo antes de encontrarse con Ducon. Podría colarse en el palacio oculto durante una hora y nadie lo sabría. Había visto los dibujos que Ducon había dejado en casa de Faey; sugerían algún misterio en las habitaciones vacías y los umbrales en sombra. El misterio había fluido por el carboncillo hasta el papel. Parecía algo vivo, ese palito de cenizas y saliva, un ojo ciego que veía maravillas invisibles y las reflejaba en papel. El propio Ducon había sentido las maravillas; solo así se podrían explicar las sombras que dibujaba. Como si esperara que, al plasmar la sombra en el papel, pudiera pelar la oscuridad visible e iluminar el misterio que ocultaba.

Pero…

—Ignorar un aviso —susurró— pase. Ignorar dos avisos es una tontería.

Y se lo habían advertido tres veces, Faey, Ducon y Lydea. Así que, en contra de sus inclinaciones, se quedó allí. Inspirada tras pensar en el carboncillo, ojeó los libros junto a la cama de Lydea, pero no en busca de la historia, sino de una página adecuada. Por fin encontró una, una guarda en blanco al final de un libro. Sacar el carboncillo del relicario resultó sencillo; cayó en su mano cuando le dio la vuelta al medallón abierto y le propinó un golpecito. Sujetó el carboncillo con cuidado; era apenas mayor que su pulgar y no más ancho que tres hojas de papel grueso con el borde carcomido. A diferencia del de Ducon, no brillaba. Pero sí sorprendía; los primeros trazos que dibujó parecían salir más de sí mismo que de nada que hubiera en la cabeza de Mag.

Se detuvo y estudió las líneas. Era una artista mediocre, pero seguía siendo capaz de dibujar caras que hasta un niño reconocería: un óvalo, dos puntos y una sonrisa. Pero lo que salió del carboncillo no era, por mucha imaginación que se le echara, un rostro humano. En su mayoría parecía un pequeño torbellino. Dudó, no quería desperdiciar la magia en algo superfluo antes de que Ducon regresara. Pero la punta con la que había dibujado parecía más afilada que nunca. Curiosa, dejó que el carboncillo se moviera a placer sobre el papel.

Al principio no prestó atención a las colisiones distantes y rítmicas; por lo que ella sabía, bien podrían ser parte de la vida diaria en el palacio. Lo que dibujó el carboncillo parecía caótico, irreconocible, pero le fascinaba, pues a veces era capaz de identificar algo en aquel caos: un dedo con un anillo, una oreja. Como si alguien se estuviera formando, o desintegrando, en la oscuridad del remolino. Fue solo cuando el estruendo se acercó lo suficiente como para dividirse en sonidos coherentes —una puerta que se abría de un portazo, una voz brusca, las pisadas de botas pesadas— cuando comprendió que se había metido en un lío.

Se puso de pie cuando abrieron la puerta de la habitación de Lydea con violencia. El papel y el carboncillo se deslizaron hasta el suelo. Buscó desesperada por toda la habitación, pero solo encontró una opción: las sábanas desordenadas de la cama deshecha. Apenas las había cogido en brazos cuando la puerta acabó de abrirse de un golpe.

La Perla Negra la miró fijamente. Mag le dedicó una reverencia apresurada y emitió el chillido quedo de una criada aterrorizada. Pero no engañó a esos ojos antiguos. La reconocieron, después de todos esos años, la huérfana de mirada secreta que se había tragado un corazón.

—Tú —dijo Domina con voz agria.

Entró en el dormitorio. Sus guardias bloqueaban la puerta; no había lugar al que huir. El relicario colgaba, abierto, en su pecho; el extraño dibujo había caído a sus pies. El carboncillo, entero y aparentemente intacto, descansaba en el suelo a su lado. El pulgar y el índice de Mag estaban negros de usarlo. Bajó la vista, sintió el rostro de Domina Perla cerca del suyo, respiró su olor extraño y

rancio. La Perla Negra le pasó una garra por el pelo y le levantó la cabeza de un tirón.

—Te advertí sobre espiar. Deberías haberme hecho caso.

Se pinchó con un alfiler dentado y siseó. Mag la miró de frente, vencida por la curiosidad. Lo que salió de la piel arrugada, de ese dedo huesudo, parecía más amarillo que rojo. Había perdido un dedo, comprendió Mag entonces. El rostro, lívido de rabia, parecía extraño, como el de Faey a veces cuando se despertaba, sin terminar, como si le faltara algún hueso o un orificio nasal. La Perla Negra había perdido una ceja. Y una oreja, comprendió Mag anonadada. Entonces sintió que la sangre se drenaba por completo de su rostro.

Observó su dibujo, y la Perla Negra hizo lo mismo en busca de su oreja perdida. Hizo un sonido extraño con los dientes, como el gozne de una puerta que cruje, y pulverizó el carboncillo bajo el tacón de la bota hasta que no quedó nada más que un manchurrón de polvo negro sobre los tablones del suelo. Entonces recogió el dibujo con cuidado, como si los pedazos que le faltaban pudieran caer de él. Mag sintió que le picaban los ojos de repente y los cerró. Unos minutos más y algo vital podría haber sido absorbido de Domina Perla y viajado al dibujo. Si lo hubiera empezado antes o si la hubiera oído antes y hubiera escondido…

La cadena del medallón se le clavó en la nuca y se rompió. La Perla Negra la empujó sin miramientos hacia la puerta.

—Sacadle los alfileres del pelo —ordenó a los guardias.

La sujetaron, siguiendo sus órdenes de forma implacable y eficiente, hasta que Mag tuvo el pelo suelto, ciega por las lágrimas que no había derramado. Se negó a pestañear, pero las lágrimas cayeron de todas formas revelando un suelo lleno de alfileres punzantes que darían la bienvenida a Ducon a su regreso.

—Así que la chica de cera aprendió a derramar lágrimas humanas —dijo la Perla Negra. Volvió a agarrarla del pelo y la miró a los ojos—. ¿Te envió aquí la hechicera con ese carboncillo? ¿Lo hizo ella? ¿Está conspirando contra mí?

—No… —respondió Mag con un grito ahogado; las garras en su pelo la obligaron a guardar silencio.

—Está empezando a interponerse en mi camino. Enreda a Camas Erl en las ruinas de la historia; te envía a arrancarme partes como si fueras un buitre. ¿Por qué no descubrimos exactamente cuánto vales para Faey? Si le importas de verdad, vendrá a buscarte. Entonces os tendré a las dos, encerradas en un lugar más allá del tiempo, donde no existe la historia y los únicos fantasmas son los míos. Tú y tú —añadió dirigiéndose a dos guardias—, esperad aquí y traedme a quien sea que cruce esa puerta. Los demás, sujetadla y seguidme.

Los guardias rodearon a Mag y la cogieron de los brazos, del pelo. La Perla Negra los condujo al palacio secreto a través de una puerta desconocida.

VEINTICUATRO



PERDIDO Y ENCONTRADO

Ducon, que había caído en el mundo subterráneo sin ver nada, solo se acordaba de la puerta por la que lo había abandonado. En el cartel que colgaba de ella, un par de elegantes manos enguantadas se abrían como si fueran a revelar alguna maravilla; unas burbujas de pintura abombada flotaban entre ellas. La tiendecita de guantes estaba rodeada por enormes almacenes, charcos de agua y sangre que se vertían de un matadero cercano, y vagones desteñidos que traían pieles nuevas a un curtidor y se llevaban las ya curtidas. Que la tienda hubiera vendido un solo par de guantes era tan dudoso como que nadie interesado en comprarlos se fuera a aventurar en una calle tan desoladora y apestosa.

Dentro de la tienda, no había nada más que paredes desnudas y una escalera de piedra que nacía en el umbral y llevaba directamente al río. Ducon vio las farolas, todavía encendidas a primera hora de la mañana. Un sonido que venía de abajo lo hizo detenerse, hasta que lo reconoció de su febril convalecencia en casa de la hechicera: los rítmicos suspiros y jadeos de los ronquidos atronadores de Faey.

Estaba en mitad de la escalera cuando los ronquidos cesaron. La hechicera lo esperaba abajo. Estaba despeinada y aún medio dormida, su rostro era difuso bajo la luz suave de las farolas, quizás todavía no compuesto del todo. Faey bostezó con estrépito y se dio palmaditas en los nudos y enredones del pelo. Lo tenía blanco por completo. Sus ojos encantadores eran uno turquesa y el otro esmeralda, como si los hubiera buscado a tientas en la oscuridad para ponérselos. Justo más allá de la luz, en la periferia de su visión, Ducon atisbó

las corrientes de sus poderes, brillantes e inquietas, que nunca envejecían ni dormían. La hechicera murmuró algo, sacó un espejo de ninguna parte y enderezó con delicadeza una ceja arrugada.

El espejo se desvaneció.

—Ducon —dijo ella—, ¿qué haces aquí a estas horas de la mañana?

—Vengo a buscar a Camas Erl.

—No merece el rescate —resopló—. Si yo fuera tú, lo dejaría aquí.

—Me envía Domina Perla para que lo traiga de vuelta —respondió él, y vio un destello en uno de los ojos entornados, como si este se hubiera puesto a brillar oscuramente, igual que la magia salvaje que la rodeaba. Faey se sentó en las escaleras y lo invitó a hacer lo mismo.

—¿Ah, sí? —preguntó como quien no quiere la cosa—. A ella la traicionaría también sin pensarlo ni un minuto, como si se estuviera lavando los dientes. Está trastornado.

—Quizás, pero ella quiere recuperarlo. ¿Y tú? ¿Me lo impedirás?

—No. Llévatelo. Me irrita. Pero tendrás que conseguir que se distraiga de los fantasmas. Está perdido en la historia, balbuceando sobre transformaciones. Dudo que te reconozca si no estás muerto.

—¿Me ayudarás? Me dijeron que te lo pidiera. Domina Perla dijo que nunca le has negado nada.

Faey apartó el rostro y apoyó la espalda en los escalones mirando algo con indiferencia, a lo mejor el efecto de su propia magia por todo el mundo subterráneo.

—No —respondió con suavidad—. No lo he hecho. Y no, no te ayudaré. He descubierto que ambos me desagradan profundamente y no me importa ni un aliento de gato si Camas Erl y la Perla Negra vuelven a reunirse en el mundo de arriba.

Miró a Ducon de nuevo, levantó un dedo y giró su rostro para examinar el cardenal. Sus ojos se volvieron negros de repente, sin pupilas, como los ojos vacíos de las estatuas antiguas.

—Incluso tú —dijo—. Incluso tú engañas.

—Tengo que hacerlo en ese palacio.

Las corrientes ricas y oscuras de magia se derramaron de sus ojos; Ducon no fue capaz de apartar la mirada.

—Le dices una cosa a la Perla Negra, otra a Kyel, otra al hombre que casi te asesinó. ¿Volvió a intentarlo?

Ducon asintió recordando el frío metal contra su garganta, la mirada enloquecida de la mantícora.

—Pero a él nunca le mentí. Supuso que lo haría y le entró el pánico. Hace tiempo que no lo veo.

—Hay otros…

—Sí —se escuchó responder a sí mismo con mucha suavidad—. Quieren que la mate y gobierne Ombria.

—¿Lo harás?

Ducon dudó acordándose de la Perla Negra y sus espejos, vigilándolo. La hechicera sonrió.

—Ahora no puede oírte. Estás dentro de mis espejos, de mis ilusiones. Así que —añadió leyéndole los pensamientos—, a esos otros nunca les has dicho que sí, pero tampoco que no.

—Por el bien de Kyel —susurró. Tenía las manos agarrotadas de sostener todas las posibilidades, todo lo que había lanzado al aire e impedía que cayera en el mundo de la superficie—. No creen que tenga ninguna utilidad; preferirían librarse de él. Son jóvenes, ambiciosos, están desesperados…

—Y tú sostienes el cielo sobre la cabeza del joven príncipe.

—Lo intento.

—Y por eso estás aquí abajo, para rescatar al tutor sin escrúpulos como te ha pedido la malvada regente.

—De momento —respondió él—, hago lo que me ordena.

—Por el bien de Kyel. ¿Y por el bien de quién me estás engañando a mí?

Él la miró fijamente, su expresión descomponiéndose por la sorpresa, y los ojos de Faey se volvieron del marrón pálido y mate de las nueces.

—¿Por qué —preguntó ella— veo a mi chica de cera en tu cabeza?

—No tenía intención de engañarte —protestó él, sobresaltado por su percepción. Concentrado como estaba en Camas Erl, se había olvidado de Mag. La hechicera lo interrogó enarcando las cejas.

—Habría permitido que Mag te contara que nos hemos encontrado —admitió él—. Me crucé con ella en las plantas del servicio; me estaba buscando. —Las cejas de Faey se elevaron aún más al escuchar aquello, pero le permitió terminar—. Quería que dibujara con el carboncillo de su relicario. Pensaba que sería capaz de extraer el rostro de su madre de él.

—¿Lo hiciste?

—No tuve tiempo. La dejé en la habitación de Lydea esperándome.

La hechicera resopló con fuerza, Ducon casi esperaba que su aliento prendiera en llamas.

—Le ordené que no se acercara a ese palacio.

—Le advertí que no anduviera de paseo.

Ducon observó a la hechicera y preguntó con delicadeza:

—¿Sabes quién es su madre?

—No tengo la menor idea —respondió Faey—. Ni tampoco he estado nunca demasiado interesada en el tema.

Pero ahora sí lo estaba, adivinó Ducon. Había arrugado el ceño y estudiaba algo invisible en el aire entre ellos. Después lo estudió a él. El fulgor y la agitación de sus poderes lo transfiguraron con su intensidad y su belleza secreta; una vez más, no fue capaz de apartar la mirada.

—Me ves —la escuchó decir— de una manera en que ningún otro humano puede verme. Excepto Mag. Le he ocultado esas cosas desde que era pequeña para que pudiera hacer lo que le pedía sin distraerse. Pero, cuando la encontré por primera vez, vi el reflejo de mis poderes en sus ojos. Solía jugar a atrapar los destellos con las manos. Alguien le dejó un carboncillo. Ella lo vio y lo conectó contigo.

—¿Qué quieres decir? —Su propia voz sonaba muy lejana, muy calmada—. ¿Que de alguna manera somos familia?

—¿Tú qué crees?

—Hasta esta mañana nunca la había visto. Pero, cuando la miré, me pareció que debíamos habernos conocido ya, en algún otro lugar y otro tiempo.

—Quizás así fue.

Lo liberó con demasiada brusquedad; Ducon se sintió abandonado, desconcertado, un pez fuera del agua con todas las evocadoras corrientes de la hechicera fuera de su alcance. Los ojos de Faey volvían a tener colores humanos. Lo contempló con frialdad, como si examinara un punto torcido en un tapiz vasto y complejo.

—Estoy sumamente interesada en ver lo que sale de ese carboncillo. Pero podría haberme pedido que te llamase en vez de largarse al palacio poniéndose a merced de la Perla Negra. A veces me gustaría haberla animado a pensar.

Faey se levantó.

—Pero espera —rogó él—. Dime, ¿en qué tiempo? ¿En qué lugar?

—¿Y yo cómo voy a saberlo? A lo mejor te lo muestra el carboncillo. Domina Perla —añadió— tiene razón en una cosa: te ayudaré si me lo pides. Pero no me pidas ayuda con Camas Erl. Encárgate tú de él —dijo mientras se alejaba bostezando—. Me vuelvo a la cama.

Ducon siguió el camino que las farolas iluminaban a la vera del río; de vez en cuando se encendía una luz en alguna ventana de las grandes mansiones para verlo pasar y se apagaba de nuevo. El río se estrechó y se volvió más veloz, su superficie temblaba como los párpados de los soñadores. Salió el sol. Travesaños de luz dorada y polvorienta caían de ventanas olvidadas, cañerías, de las carcasas rotas de edificios cuyos suelos se habían derrumbado hacía tiempo. El río era más profundo, bajaba hacia tiempos pretéritos. Las casas a sus orillas se volvieron más pequeñas, se arracimaban; calles viejas que giraban y se enroscaban como laberintos. Una vez percibió el aroma dulce y sorprendente de la hierba recién cortada; otra, le llegó un olor a lavanda.

Caminó hasta que vio lo lejos que tendría que ir para llegar a los principios del tiempo en la Ciudad Subterránea. Los recuerdos fragmentados y efímeros de paredes en sombra, torres, el río abriéndose en un vasto mar negro, que parecía demasiado lejano como para alcanzarlo excepto en sueños. Quizás, pensó, arrodillándose en la orilla para coger un poco de agua, Camas se había adentrado tanto más allá en la historia.

Pero el tutor no había llegado al final del tiempo. Por fin, Ducon lo descubrió caminando por un puente de piedra rústico que se arqueaba sobre el río. Concentrado, escuchaba con la cabeza inclinada y los brazos cruzados a un

hombre enorme y corpulento vestido de seda y pieles, le colgaban varias cabezas de zorro blanco de un hombro y tenía las botas rematadas con colas de armiño. El pelo enredado de Camas le caía sobre la cara demacrada y se le enredaba en la barba incipiente. Su ropa estaba húmeda y embarrada, parecía haber caminado por el agua, y le faltaba un zapato. Aun así, hablaba con pasión e impaciencia al fantasma, como si este hubiera entrado un momento en la biblioteca del palacio para ayudar al tutor en su investigación.

Que Ducon apareciera de la nada al final del puente no le causó la menor impresión. Continuó hablando sin dar ni una señal de reconocimiento, bajando hasta la otra orilla.

—Y todo esto sucedió durante el reinado de Sisal Greve, quien usted declara, en contra de todas las fuentes históricas escritas, que nunca habría…

Lo que Sisal Greve nunca habría hecho estaba a punto de perderse para siempre por culpa del puño de Ducon, que se hundió en la mandíbula del tutor. Camas trastabilló hacia atrás, chocó con el puente y se sentó en él con pesadez, toda su atención puesta de pronto en los vivos.

El fantasma, al ser ignorado, se desvaneció. El tutor, con la mirada aturdida fija en Ducon, no permitió más distracciones; no apareció nadie más. Ducon flexionó la mano magullada, después agarró a Camas del cuello del traje embarrado y lo puso de pie.

—Ducon —dijo el tutor perplejo—, ¿qué haces aquí?

—Domina Perla me envía para traerte de vuelta.

—Pero estoy en mitad de la investigación. No creerías lo que he descubierto… —Se detuvo de pronto con aspecto confundido, atrapado, adivinó Ducon, entre sus mentiras. Retorció el cuello del traje de Camas y lo empujó río arriba, hacia la casa de la hechicera. El tutor, girando la cabeza con ansiedad, se quejó—: Casi no puedo respirar.

—No me has oído.

—Sí te he oído. Te envía Domina Perla.

—Me enseñó su habitación secreta, en la que prepara sus conjuros y venenos, donde descansa su cuerpo que se cae a pedazos para que pueda repararse cada noche. Me ayudó a mover unos espejos enormes para buscarte. Me dijo que eras tú quien solía hacer esas cosas, pero que estabas desaparecido,

así que… —Sus dedos apretaron aún más el tejido en la garganta de Camas; el tutor, ahogándose, manoteó el cuello y se arrancó un botón. Se dobló en dos, apoyado en las rodillas, luchando por recobrar el aliento—. Todos estos años —farfulló Ducon entre dientes— me has estado mintiendo…

—No te mentí… Nunca me preguntaste…

—¿La ayudaste a asesinar a mi tío? —Oyó a Camas dejar de respirar por un instante—. ¿Lo hiciste?

—Tienes que tener en cuenta las consecuencias —respondió él entre resoplidos—. La recompensa es incalculable.

A pesar de lo demacrado que parecía, seguía teniendo más fuerza de lo que Ducon suponía. El joven sintió que el tutor se enderezaba de pronto para acto seguido clavarle un hombro en el pecho e intentar empujarlo al río. Un fantasma se personó a esperar con calma el desenlace. Ducon se desplazó, rodando bajo el peso del otro, y volvió a atrapar a Camas cuando este perdió el equilibrio, precipitándose hacia el agua él mismo.

Camas cayó de rodillas en el margen del río. Ducon, de pie detrás de él, agarrándolo con una mano por la garganta y con la otra sujetándole el hombro como un cepo, se limitó a decir:

—No pelees. Explícate, nada más. ¿Qué es tan importante para ti como para matar a un príncipe de Ombria y poner al siguiente en un peligro tan grande? Ombria es tu pasión, y Greve la Casa que la gobierna. ¿Por qué?

El fantasma se esfumó. Camas, removiéndose bajo el agarre de Ducon, dijo sin aliento:

—Estoy tan cerca… tan cerca de entenderlo…

—¿Entender el qué?

—Tienes que dejar que me quede. He hablado con fantasmas que han sobrevivido a la última transformación de Ombria…

—Has hablado con las ilusiones de la hechicera —dijo Ducon sin inflexión en la voz.

—No… Han aparecido ante mí por propia voluntad. Escúchame. Tiempos peligrosos, una ciudad desesperada, la casa gobernante sumida en el caos, en peligro… Todo esto señala el cambio, y también lo provoca. Cuanto más hunde Domina Perla la ciudad en la miseria y la desesperación, más fuertes se

vuelven las visiones de esperanza y añoranza de cambio. ¿Entiendes? Cuando el deseo se vuelve arrollador, la transformación se convierte en inevitable. Ha ocurrido antes, volverá a ocurrir, y cuando estemos llegando a ese punto…

Se detuvo ahogándose en sus propias palabras cuando Ducon apretó más la mano.

—Por tu culpa. —Ducon sintió la furia fría atravesándolo como una espada de hielo—. La Perla Negra y tú estáis destruyendo Ombria por una fantasía…, un cuento de niños…

—No… —Haciendo palanca con los dedos para aflojar el agarre de Ducon, Camas consiguió coger aire para otra palabra—. Escucha…

—Escucha tú. No te voy a entregar a Domina Perla. Cuento o verdad, nunca lo sabrás; no estarás aquí para verlo, y este cambio, si es que llega, seguramente ocurrirá más gracias a tu ausencia que a cualquier sueño que hiles desde el pasado.

—¿Qué…?

—Vas a partir en un larguísimo viaje por mar a las islas más lejanas, esas de las que los barcos de Domina Perla recogen sus plantas raras y sus reptiles venenosos. No regresarás nunca a esta ciudad.

—Domina —jadeó Camas luchando contra las manos de Ducon— te detendrá…

—No cuando le explique que estabas conspirando con la hechicera en su contra. Te meterá ella misma en el barco.

—No… —La fuerza de su deseo abrumaba al tutor. Con una mano se aferró a la camisa de Ducon—. Tengo que verlo…, tengo que estar aquí…

Tiró de él y con la otra mano escarbó la tierra hasta encontrar una piedra. Ducon se echó hacia atrás y esquivó el arma, pero su agarre se aflojó. Camas se giró, su mirada desesperada e inundada de visiones.

—Nadie —dijo, y agitó la piedra de nuevo mientras tiraba para liberarse. Le dio un puñetazo en la cara a Ducon con la piedra. Las farolas distantes de pronto se transformaron en puntitos de luz; Ducon se precipitó sobre ellos escuchando todavía la voz del tutor—. Nadie me detendrá.

—Nadie —ladró la hechicera— se va a ninguna parte.

Ducon levantó la cabeza. El remolino de colores y texturas se fue convirtiendo poco a poco en tierra mojada y la punta del zapato de seda azul de la hechicera. Rodó con torpeza y escupió sangre. El tutor, que creyó ver un nuevo fantasma en aquella belleza grácil de pelo rojo, se quedó mirándola embelesado por encima del cuerpo caído de Ducon. Pero parpadeó cuando la belleza le dijo irritada a un caballero elegante vestido de terciopelo negro y cadenas de plata:

—Fuera. Todos, de vuelta al caldero.

La sangre resbalaba por el rostro de Camas. El tutor pasó su peso de un pie a otro, abriendo y cerrando la boca sin emitir ningún sonido.

—Tú no… —consiguió decir por fin—. No puedes haberlos hecho a todos…

—Tú —le cortó ella con brusquedad— eres tonto de remate.

Le ofreció a Ducon una mano fina y llena de joyas y lo puso de pie como si estuviera hecho de plumas. Después ensartó al tutor de nuevo con su mirada metálica.

—No los hice. Los saqué de mi memoria.

—¿Los conociste a todos? —inquirió Camas con voz ronca.

—Uf, para ya —respondió ella exasperada—. Llevo días soportando tu cháchara.

Le arrojó un trozo de papel doblado a Ducon. El sello estaba roto, pero lo reconoció. Desdobló el papel. Faey, que hablaba con el mismo énfasis que los tacones que pisoteaban las calles sobre sus cabezas, le dijo lo que ponía antes de que lo leyera.

—Esa mujer tiene a Mag.

Ducon sintió una repentina punzada de dolor donde Camas lo había golpeado.

—La dejé a salvo —suspiró sintiendo náuseas—. O eso creía yo.

—Nunca se le ha dado bien lo de quedarse quietecita. La Perla Negra quiere saber si mi chica de cera vale algo para mí antes de deshacerla. Y lo que estaría dispuesta a ofrecer a cambio de su regreso sana y salva.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que sea necesario —respondió ella concisa—. De momento, le haré una oferta. Se la entregarás junto a Camas Erl.

—No —protestó él sin dar crédito a lo que oía—. No puedes devolverle a Camas.

—Creo que, en estas circunstancias, no me gustaría ofender a la regente.

Se dio la vuelta con brusquedad hacia Camas Erl y, recuperando la cortesía como quien se pone un vestido de baile, le dijo:

—Disculpa mi exabrupto. Estoy angustiada. Espero que, antes de irte, aceptes un par de zapatos de regalo.

—Te lo agradecería —contestó él con precaución—. No se me ocurre qué ha podido ocurrirle a mi otro zapato. De hecho, no entiendo del todo lo que he estado viendo y haciendo durante los últimos… —Se detuvo y se rascó la barbilla—. ¿Días?

—Y, a lo mejor, una taza de té.

—Sí. ¿Y podría hablar contigo un momento sobre tus recuerdos más antiguos? Estoy seguro de que la regente se mostrará muy agradecida ante cualquier cosa que puedas contarme.

—Entonces te lo contaré todo —afirmó la hechicera.

—No permitiré —dijo Ducon agudizando la voz— que Camas Erl comparta techo con Kyel. —Dio un paso hacia Faey con los puños apretados—. Ayudó a Domina Perla a matar al padre de Kyel. Me dijiste que me ocupara de él. Lo haré. Lo mataré antes de llevarlo de vuelta a…

Faey se giró para mirarlo con un rostro que parecía mitad hueso, mitad nácar, carente por completo de humanidad. Sus ojos perdieron el color y se arrugaron; esa mirada en blanco borró todas sus palabras, todos sus pensamientos.

—Hare lo que tenga que hacer por mi chica de cera —dijo ella. Ducon sintió que la voz cubría de escarcha su corazón—. Y tú harás lo que te ordene.

Mudando la piel de los siglos de nuevo, Faey se cogió del brazo de Camas y se acomodó a sí misma, como si fuera uno de sus propios fantasmas, a su renquear a causa de las ampollas en los pies, y recorrió de su brazo el camino a la vera del río mientras Ducon, traicionado por sus propios huesos hechizados, la seguía sin poder evitarlo.

VEINTICINCO



LA CACERÍA SALVAJE

Lydea, expuesta a su propia ignorancia durante la mayor parte de una mañana en la biblioteca, donde se encontraba rodeada de guardias que parecían dispuestos a cortarle la cabeza si pronunciaba mal alguna palabra, agradecía enormemente la voz templada de la señorita Espina. Estaba sentada todo lo cerca de Kyel que se atrevía, pero no lo tocaba; no sabía cuánto veía la Perla Negra a través de los ojos duros que los rodeaban sin pestañear. Kyel parecía notar su tensión. No le preguntó por Ducon ni por qué solo le había leído sobre historia y no le había enseñado ninguna palabra en otros idiomas. Se atrevió a acercarse a los guardias silenciosos colocados frente a las estanterías para coger *Principios matemáticos básicos*. Estaba sufriendo, a la manera calmada de la señorita Espina, para comprender algo en aquel libro, cuando Domina Perla cruzó la puerta como un torbellino furioso y huesudo. Desconcertó a la señorita Espina, que se tragó una mota de polvo y dejó escapar una tosecilla elegante al levantarse. La Perla Negra, que llegaba un par de horas antes de lo previsto, parecía desaliñada de una forma extraña, peculiar, aunque se quedó tan poco tiempo que Lydea apenas pudo estudiarla. Llevaba un dibujo arrugado en una mano y extendió la otra imperiosamente hacia Kyel.

—Venga conmigo, alteza. Ya es suficiente, señorita Espina. Puede retirarse.

El pulgar de esa mano parecía haberse atrofiado y tenía un color oscuro muy raro. La señorita Espina parpadeó al verlo y acto seguido hizo una reverencia apresurada. Kyel aceptó la mano con expresión vacía y le echó una

mirada insegura a Lydea al salir, con los ojos muy abiertos. Domina Perla le siseó algo y el niño bajó la vista al suelo. Los guardias salieron tras ellos.

Lydea, sorprendida, devolvió a su lugar todos los libros menos el de matemáticas básicas, que se llevó a su habitación. A esa hora, antes del mediodía, los pasillos estaban en silencio excepto por el paso ocasional de fardos de ropa sucia lujosa y colorida, que se había retirado a toda prisa de la vista en los pisos de arriba y se transportaba a través de los pasillos de los sirvientes. Entonces se acordó de Mag, que la esperaría en su habitación, o no, según le hubiera apetecido. Lydea aceleró el paso, esperando que Mag, o su ausencia, la recibieran a su llegada.

Incluso la compostura de la señorita Espina se resquebrajó ante la visión de los dos hombres con rostros de granito que acechaban en su cuarto y desenvainaron las espadas en cuanto abrió la puerta. Los principios matemáticos se estamparon contra el suelo. La señorita Espina, abandonando todo decoro, les dio con la puerta en las narices y salió corriendo. Escuchó el golpe de la puerta al abrirse de nuevo cuando dobló una esquina. Dejó atrás una escalera, pero no se atrevió a correr. Para entonces, su imagen grabada en aquellos ojos hechizados habría viajado de una mente a otra por todo el palacio. Escuchó un alarido a sus espaldas, amortiguado en parte por la ropa sucia, cuando esquivó las espadas. Los pasos de los guardias resonaban con fuerza, pisándole los talones a Lydea, que corría como una rata asustada por una maraña de pasillos y giraba en todos los recodos. No podía despistarlos, comprendió con horror creciente; era como si dejara un rastro fosforescente tras ella.

Había alguien delante. Vio una cabeza pálida detrás de una urna gigantesca que se encontraba absurdamente en medio de un pasillo estrecho.

—Ducon —jadeó casi sin aliento.

Él miró hacia atrás y después desapareció. Lydea dejó escapar un sollozo, mitad de terror, mitad de desesperación, al oír las botas que martilleaban sobre las baldosas que tenía detrás. Al buscar a Ducon sin esperanza mientras pasaba por delante de la urna a todo correr, vio la apertura estrecha en la pared de detrás.

Se lanzó a ella, dejando atrás la pared y los paneles de madera. El pasadizo interior estaba vacío; no se veía a Ducon por ninguna parte. A lo mejor, pensó incrédula, no había sido él, sino su otro yo fantasmal. Solo se detuvo para quitarse los zapatos y echó a correr en silencio hacia abajo, hacia el recodo más cercano, luego subió una escalera, adentrándose cada vez más, sin pararse ni a pensar, en el palacio secreto.

Por fin, se detuvo a recuperar el aliento, el corazón le latía desbocado en el pecho. Escuchó voces al otro lado de la pared, uno o dos gritos distantes. Seguro que conocían esos pasillos escondidos; la buscarían aquí. Se movió en cuanto pudo, muerta de sed y dolorida, segura de que esta vez no aparecería Mag de la nada para salvarla en su huida alocada. La Perla Negra debía de haber rastreado a Mag de alguna forma mágica y había dejado a los guardias en el cuarto para atrapar a su cómplice.

Lydea subió otra escalera, esta adornada con cuadros de marcos lujosos tan oscurecidos que era imposible saber si se trataba de retratos o paisajes.

Los balaustres estaban recubiertos con pan de oro desconchado, y sobre ellos descansaba un pasamanos de madera negra. En lo alto de las escaleras, los candeleros de la pared eran de porcelana fina pintada. Lydea se percató en ese punto de algo que la hizo trastabillar. Durante todo su camino, se había encontrado con velas encendidas, aleatorias y discretas. ¿Había elegido, se preguntó entonces, sencillamente el camino que veía mejor? ¿O había alguien más adelante que encendía las velas para guiar sus pasos?

Más allá, en el pasillo en sombras, algo se movió. Lydea quedó paralizada, y la señorita Espina, tomando el control, levantó la mano con calma y pellizcó la llama más cercana para apagarla. Una forma poco iluminada y desconcertante se movió en la luz frágil. Lydea, que esperaba ver surgir de la pared un montón de guardias, no reconoció de inmediato lo que tenía delante. Se había abierto una puerta, supuso, pero lo que apareció casi a la altura del umbral era una sombra confusa en la que distinguía un brazo, varias hojas de papel y una cabeza pequeña y oscura.

El corazón de Lydea, que llevaba horas detenido, o días, o semanas, dio un brinco repentino y doloroso. La joven emitió un sonido incoherente y el rostro se giró hacia ella. Lydea echó a correr otra vez. Sin dudar, la pequeña

figura se precipitó en su camino y cerró con cuidado la puerta al mundo. Lo agarró mientras corría. Él se aferró a ella y le rodeó el cuello con los brazos sin decir nada; Lydea podía oír su respiración desigual. Lo abrazó con fuerza, con fiereza. Sintió su mejilla húmeda contra la suya; apenas veía a través de sus propias lágrimas. Más allá de los muros secretos, el palacio murmuraba ligeramente, todavía sin preocuparse por el príncipe desaparecido, a quien habían dejado, suponía Lydea, en la habitación a dormir la siesta. Subió por otra escalera, alejándose de la habitación del príncipe todo lo que podía hasta que se sintió casi incapaz de dar un paso más. Se precipitó en la estancia más cercana, que le pareció un antiguo salón de baile. Estaba vacío, a excepción de media docena de sillas antiguas a las que se les salía el relleno de la tapicería donde habían anidado los ratones.

Posó a Kyel y se hundió en el suelo luchando por recuperar el aliento. El niño se agachó cerca de ella y le enmarcó el rostro con las manitas.

—Lydea —susurró—. Lydea.

Ella lo besó y secó las lágrimas de los dos con la manga. Después volvió a cogerlo en brazos, entreviendo su propio destino si la descubrían huyendo con el príncipe de Ombria, pero consciente de que no podía dejarlo ni un minuto más en aquel sitio letal.

—¿A dónde iremos? —preguntó él haciéndose eco de sus pensamientos.

—Bueno —susurró ella en respuesta—, todo lo que sube, baja. Iremos todo lo lejos que podamos por debajo del palacio y de ahí escaparemos a la Ciudad Subterránea.

—Ducon fue hacia arriba.

—¿Qué?

—Cuando me trajo aquí, cuando murió mi padre. Iba siempre hacia arriba.

—Así que sí viene aquí —exhaló ella presa de una esperanza repentina—. A lo mejor viene a buscarnos y ayudarnos.

—Nos buscará arriba —adivinó Kyel observando el techo en el que personas vestidas con trajes elaborados y rígidos parecían bailar entre las nubes.

—Entonces iremos hacia arriba primero —dijo Lydea con los labios contra su pelo, cerca de su oído—. Y, si no nos encuentra allí, iremos hacia abajo.

Él se apartó un poco para verle la cara.

—¿Dónde está la señorita Espina?

—Sigue aquí. Me esconde de todos excepto de ti.

El niño volvió a hundir el rostro en su pecho; Lydea le acarició el pelo mientras intentaba pensar. Ducon se había ido a buscar a Camas Erl; en algún momento regresaría para informar a la Perla Negra. Le contaría que había pillado a la chica de cera, la espía de la hechicera, en la habitación de la señorita Espina, y que la señorita Espina había escapado y desaparecido en algún lugar dentro del castillo. Y que el príncipe de Ombria también había desaparecido. La conclusión inevitable era que había secuestrado al príncipe o bien para pedir un rescate, o bien por otros motivos malignos. Camas Erl, al que seguramente no le esperaba nada agradable como agradecimiento por introducir a la señorita Espina en la vida de Kyel, le contaría a la Perla Negra que Ducon lo había engañado para que la aceptara y que la señorita Espina en realidad era Lydea bajo un encantamiento, obviamente enloquecida por la pena, y un peligro muy grave para el príncipe; podría esconderlo en cualquier parte, en cualquier antro de la ciudad. A lo mejor enviaban a Ducon en su busca, ya que los dos confiaban en él. En ese caso, arriba era lo correcto. O a lo mejor lo arrojaban en algún agujero, en alguna parte del sótano, por haber reunido a Lydea con el príncipe. En ese caso, abajo parecía más seguro… Abajo para acogerse a la misericordia de la hechicera.

Escuchó pisadas.

Agarró a Kyel de nuevo, le ardía la garganta. «Tan pronto», pensó desesperada. Tan pronto.

El niño se aferraba a ella con la misma fuerza, y le susurró:

—No me dejes.

—No —prometió ella a ciegas—, no lo haré.

Pisadas ligeras que tamborileaban como la lluvia, muchas, en alguna parte del salón, no sabía en cuál.

En un lado estaban abiertas las puertas, tal y como las había dejado ella. En el otro, otras puertas idénticas aguardaban cerradas. Las pisadas parecían suaves y desordenadas después del tamborileo riguroso y mecánico de los guardias, pero ¿quién más se reuniría allí arriba?

—Aquí —susurró alguien, y las puertas del otro lado se abrieron.

Lydea protegió a Kyel entre sus brazos. Se incorporó mientras el grupo de hombres jóvenes entraba a empujones en el salón y se quedaba paralizado ante la visión del príncipe de Ombria en un salón de baile mustio en las profundidades del palacio secreto, desprotegido y a solas a excepción de la desconocida que lo sujetaba. Lydea reconoció a unos cuantos: jóvenes hijos de nobles y ministros en otro tiempo poderosos. Parecían hostigados, pensó, desesperados y temerarios; la mayoría iban armados.

Por un momento, se quedaron sencillamente petrificados ante aquella escena incongruente; sus rostros se negaban a creer lo que veían sus ojos. Alguien dijo con una voz neutra y sin entonación:

—Kyel Greve.

Kyel se retorció en brazos de Lydea y los miró en silencio.

Alguien desenvainó una espada, ella dio un paso atrás.

—¿Quién eres? —preguntó desconcertado uno de los jóvenes nobles—. ¿Qué haces aquí arriba con el príncipe? ¿Lo has secuestrado? ¿Estás loca?

—Tiene que estarlo —susurró alguien—. Tiene que estarlo.

Lydea se fijó con sorpresa en que la mitad de ellos habían heredado el suave pelo negro y los ojos azul oscuro de la Casa de Greve. Eran los incontrolables parientes de Kyel, cada uno con un laberíntico derecho al trono de Ombria. Les devolvió la pregunta:

—¿Qué estáis haciendo vosotros aquí? ¿Armados y reunidos aquí arriba en secreto, con esos rostros sacados de la historia de Ombria?

Se miraron unos a otros, sobresaltados de nuevo y haciéndose preguntas en silencio. Lydea dio otro paso atrás, hacia las puertas abiertas. Una palabra cortante envió a dos de los jóvenes, ambos armados, a rodearla para montar guardia en las puertas.

—¿Qué hacemos con esto? —murmuró uno.

Reconoció al impetuoso hijo de lord Hilil Gamelyn, con el que había bailado una vez. Él no reconoció a la señorita Espina, cuya formidable compostura ocultaba la comprensión creciente y aterradora de los peligros que se habían colado en el salón de baile.

—¿Lo matamos?

El rostro imperturbable de la señorita Espina se volvió quebradizo como el cristal. Otro sacudió la cabeza con violencia, con el ceño fruncido.

—Ya oíste a Ducon Greve. Me da tanto miedo como la Perla Negra. Ahora hace lo que ella le ordena; lo hemos perdido.

—Pero podríamos culpar a esta mujer. No tiene un heredero directo; mi reivindicación sería tan sólida como la de cualquiera. —El joven salió del grupo para estudiar a la glacial señorita Espina más de cerca—. ¿Quién eres? —preguntó con suavidad—. ¿Cómo te has atrevido a secuestrar al príncipe de Ombria en las narices de la Perla Negra? ¿Y cuánto tiempo creías que ibas a sobrevivir después de eso?

Lydea, que sentía al príncipe temblar en sus brazos, abrió la boca para suplicar, para hacer sugerencias, para regatear como la tabernera que había sido. Un trueno bajaba por los pasillos desgastados y ahogó su voz. Los jóvenes, pálidos, se movieron de golpe y se dispersaron por el salón de baile hacia las puertas abiertas. Atrapada en su urgencia silenciosa, Lydea corrió con ellos un momento antes de entender lo que oía. Los guardias de Domina Perla, sus botas resonando por todas partes, entraron en tromba por las puertas de un lado mientras los jóvenes nobles y la secuestradora del príncipe huían por las contrarias. Los más rezagados se dieron la vuelta para luchar con valentía; Lydea escuchó el choque explosivo de las espadas.

Intentó adelantar a los nobles que corrían, despistarlos con giros inesperados por los pasillos retorcidos y desconchados, pero siguieron pisándole los talones mientras los guardias, emitiendo un ruido sordo como de tormenta sobre los suelos desgastados, como un destacamento de caballería, clamaban tras ellos. Le ardía la garganta como si el aire fuera fuego, le temblaban los brazos bajo el peso de Kyel, pero Lydea seguía moviéndose desesperada, con la mejilla húmeda del niño contra la suya. Más y más arriba, corrían los perseguidos, esquivando, lanzándose hacia cualquier sombra, bajando por cualquier pasillo o escalera vacía. Los guardias, inasequibles al desaliento, como una riada, lo inundaban todo tras ellos.

Lydea creyó ver una imposibilidad delante de ella cuando una ventana en una habitación en la que entró tambaleándose le mostró un atisbo de Ombria muy abajo, las calles retorcidas y tortuosas por las que había huido aquella

noche se desplegaban como un laberinto entre el palacio y el mar. Un hombre alto con el pelo de marfil se alejaba de la ventana y se deslizaba a través de una puerta envuelta en sombras en la pared misma.

—Ducon —susurró ella, apenas le quedaban fuerzas para darle forma al nombre. Al otro lado de la puerta la oscuridad era tan profunda y desnuda como el mar de medianoche.

Pero no había ningún otro lugar al que ir. Alguien la atrapó e intentó detenerla gritándole que no quedaba ningún sitio al que huir. Pero Ducon acababa de cruzar ese umbral. Así que lo siguió, llevando consigo al príncipe de Ombria hacia la nada.

VEINTISÉIS



LA DISTANCIA HACE EL OLVIDO

Mag, encadenada a la pared en una habitación sin puertas, observaba una especie de polilla gigantesca con resplandecientes alas doradas que golpeaba sin descanso las paredes de cristal de un tarro en una estantería. El tarro estaba cerrado con un corcho sellado con cera; la polilla debería haber muerto mucho antes de que Mag la descubriera. Pero seguía aleteando sin detenerse, golpeándose sin pausa contra esa ilusión de libertad, hasta que Mag no pudo soportar mirarla más. Aunque tampoco soportaba apartar la vista. Entonces, varias cosas medio en sombras que brillaban en la oscuridad aparecieron en su campo de visión, como un montón de huesos que había en un rincón y criaturas deformes que flotaban en otros tarros y parecían estudiarla con curiosidad. La habitación en sí, sin ventanas ni puertas y saturada de olores, la reconoció con facilidad. Era el secreto mejor guardado de Domina Perla, el centro de su telaraña. Le resultaba profundamente inquietante que le permitiera verla.

Antes, Mag la había observado sacar partes de sí misma del remolino de carboncillo que se las había robado y reacoplarlas, siempre murmurando una mordaz mezcla de conjuro y maldición. Lo mejor que consiguió fue una zanahoria negra y mustia como pulgar, una hoja arrugada de oreja y una ceja de un blanco cadavérico. Al verse en el espejo, Domina escupió a su reflejo. El cristal se derritió por donde resbaló la baba. Después se había vuelto hacia Mag, que estaba desplomada en el suelo con un brazo colgando de un grillete metálico enganchado a una cadena; el brazo se le estaba quedando dormido.

—En cuanto a ti —dijo la Perla Negra con dureza, clavando la mirada en los ojos vacíos de Mag—. Te quedarás aquí como cebo. Rechazaré todas las ofertas que me haga por ti hasta que se vea obligada a venir en persona. Entonces se enfrentará a mí. Si no le importas lo suficiente como para venir, te convertirás en mi chica de cera, en nombre, pensamientos y corazón. Te usaré contra ella igual que ella te usó contra mí. Eso enseñará a la hechicera a no entrometerse en un mundo al que no pertenece.

Y se fue. Mag observó con atención, pero fue como si la Perla Negra se hubiera filtrado entre las baldosas manchadas del suelo o se hubiera comprimido hasta convertirse en una mota y se hubiera colado entre los listones de la pared. Mag se levantó para recuperar la corriente sanguínea en el brazo. Faey la rescataría antes o después, de alguna manera; se aferró a eso e intentó no preguntar al aire cuándo ni cómo.

Lo que parecía la cama de la Perla Negra la distrajo un rato. Estaba abierta contra la pared más alejada y era una especie de baúl tan largo como un ataúd con la tapa alta y redonda. Por fuera parecía hecha de ámbar y de las alas brillantes de miles de escarabajos. Dentro de la caja y a lo largo de la tapa, una sustancia extraña había formado un molde de la Perla Negra, hasta el detalle de la nariz y las puntas de los dedos estirados, tal y como se tumbaba con el baúl cerrado. La sustancia parecía un poco porosa, esponjosa, como masa de pan, y tenía el color de la sangre seca. Era ese fango con levadura, adivinó Mag, lo que rejuvenecía a la Perla Negra cada noche y le daba, a juzgar por el olor, ese aroma peculiar a ropa mohosa y sin airear.

Volvió a sentarse en el suelo y observó con intensidad distraída cómo la hermosa polilla luminosa luchaba contra la prisión que la rodeaba. Si conseguía liberarse, Mag sentía que ella también lo lograría; si podía encontrar un camino más allá de la puerta invisible, entonces ella también podría. La Perla Negra se materializó en el aire. Tenía la cara llena de manchas producto de una gran agitación; los labios prácticamente habían desaparecido. Mag pensó incómoda que su aspecto era el de alguien que se hubiera tragado un trueno.

Se acercó a lo que parecía un árbol de hierro fundido al que le crecían espejos como si fueran sus frutos en cada rama. Recolocó varios espejos con

rapidez. Mag captó imágenes efímeras del palacio: una estancia lujosa en penumbra en la que unas figuras desnudas se movían sobre sábanas de satén arrugadas; las cocinas, en las que un cocinero llevaba una olla humeante sobre las cabezas inclinadas de una hilera de muchachas que pelaban verduras; la biblioteca secreta en la que Mag se había quedado encerrada. Domina Perla susurró algo y todos los espejos le mostraron el rostro duro e inmutable de un guardia.

—Vigilad todas las entradas, incluso las de las cocinas, y todas las escaleras que llevan al sótano. No permitáis que abandonen el palacio. Cuando los encontréis, matadla y traedme al príncipe.

«Lydea», pensó Mag quedándose helada. La Perla Negra se dio la vuelta a toda velocidad, se arrancó el moño rígido y lo tiró al suelo. Un cuchillito salió rebotando del moño, y un pequeño vial de cristal que contenía algo verde. Domina Perla observó con atención su pelo entre resoplidos. Mag tenía su propia mirada fija en la cabeza calva y arrugada de la regente. Por fin, la Perla Negra se agachó entre gruñidos y se colocó el pelo en la cabeza otra vez. El moño negro parecía tan duro que Mag casi esperaba que se hubiera resquebrajado. Pero no tenía ni un pelo fuera de sitio.

Domina se desvaneció otra vez. Mag, aturdida de miedo, lanzó todo lo que pudo alcanzar hacia la polilla dorada para romper el tarro, incluidos sus zapatos. Todo rebotó contra el cristal recalcitrante excepto un zapato, que esquivó por poco a la regente cuando reapareció, y cayó en su cama. La Perla Negra le dejó una marca roja en la mejilla con su anillo de sello y echó el zapato al montón de huesos. Mag tragó saliva, inmóvil de nuevo. Medio zapato se había derretido.

No tuvo muy claro cómo consiguieron llegar Ducon y Camas Erl al escondite secreto de la Perla Negra, pero aparecieron allí de pronto, delante de ella. El rostro de Ducon, maltrecho, tenía una expresión dura y desesperada, como si lo hubieran obligado a tragarse algo amargo. La amargura, adivinó Mag, era Camas Erl, devuelto a Domina Perla desde el pasado remoto. Pronto descubrió que solo tenía razón en parte. Ducon le dedicó una mirada agobiada, en la que constató la mejilla magullada y el brazo con grilletes. No dijo nada, pero Mag percibió que la desesperación se profundizaba en su semblante. Le

entregó a Domina Perla una hoja de papel gris paloma sellada con la cera negra habitual de Faey. Esta lo leyó y resopló desdeñosamente.

—Como esperaba. Ha empezado a regatear para recuperar a su chica de cera.

—¿Qué harás?

—No aceptar nada hasta que no tenga más remedio que venir hasta aquí. Se ha vuelto demasiado impredecible y autónoma en su Ciudad Subterránea. La quiero aquí, bajo mi control, cumpliendo mis órdenes. Mientras espero, iré haciendo una serie de ajustes necesarios en la chica.

—¿Qué clase de ajustes?

—Es demasiado curiosa —respondió la Perla Negra con parquedad—. Igual que tú.

—Permite que sea yo quien lleve a la chica de vuelta —rogó el tutor. Se había peinado, pero la barbilla seguía llena de pelos, como una de las extrañas plantas suculentas de la Perla Negra, y en la camisa aún se marcaba la línea hasta la que le había llegado el agua—. Sigo teniendo muchas preguntas para la hechicera. Su pasado es extraordinario; se remonta a los albores de la historia de Ombria. Me prometió…

—Tú —lo recriminó Domina Perla— has estado fuera demasiado tiempo. Has desatendido tus obligaciones, y por tu culpa la historia de Ombria corre el peligro de tomar un giro mortal. Tu señorita Espina ha secuestrado al príncipe.

—¿Qué? —susurró Ducon. Camas Erl, sin palabras y parpadeando sin parar, parecía dividido entre diversas mentiras mientras consideraba cuál le convendría más.

—Está atrapada en el palacio antiguo, junto a otra caterva de conspiradores que los guardias han hecho salir de sus escondrijos. Polluelos todos ellos, que creen que pueden triunfar allí donde sus padres fracasaron y murieron. Por supuesto, la señorita Espina no podrá esquivar a la guardia, pero quién sabe lo que le hará al príncipe si la acorralan…

—No le hará daño —la interrumpió Ducon con ímpetu—. Lo quiere.

Domina Perla le echó una mirada lóbrega.

—¿Conoces a la tal señorita Espina lo bastante bien como para asumir que secuestraría al príncipe, alejándolo de su guardián y su familia, por amor en vez de maldad y avaricia? Más bien creo que no es más que otra traidora que quiere algo de mí.

—La conozco. Y tú también. Era la amante de Royce Greve. La hechicera la disfrazó bajo un sortilegio para que hubiera alguien en este palacio peligroso, sangriento y decadente que le entregase un poco de amor al niño en lugar de una dosis de veneno diaria…

Mag no vio moverse a Domina Perla, pero de pronto Ducon estaba de rodillas delante de ella, luchando por hablar y con el rostro pálido como un esqueleto.

—Esta vez —dijo la regente con suavidad— no será tan afortunada. Morirá donde la encuentren, delante del niño. Tú serás aún menos afortunado. Tú vivirás. Aquí. Obedeciéndome en todo, sin dudar. Nunca volverás a salir de esta habitación.

Le dio la espalda y se acercó al caldero colocado sobre su rejilla.

—Puedes empezar ahora ayudándome a devolver a esta chica de cera a su estado apropiado, la cera.

Ducon dejó escapar un sonido áspero, a medio camino entre una maldición y un sollozo. Domina Perla lo ignoró, con la mirada posada en el tutor, que se mantenía inusualmente callado.

—Y tú. ¿Cómo de bien conocías tú a la señorita Espina? —Camas dudó, dividido entre las posibles respuestas; ella hizo un gesto exasperado—. No importa. Ya te sacaré la verdad después. Vete a por el príncipe. Asegúrate de que se cumplen mis órdenes y regresa aquí con el niño. Ya que quieres ser testigo de la historia, sé testigo de eso. Córtale el pelo cuando esté muerta; puedo usarlo en mi…

Se detuvo de pronto, atenta a un rostro dentro de uno de sus espejos. Hablaba, aunque solo ella podía oírlo. Ducon, liberado sin motivo aparente, se puso de pie tambaleándose y la observó con el rostro macilento y sudoroso. La Perla Negra parecía estar escuchando un presagio prodigioso. Mag contuvo el aliento, pero no oyó nada. El rostro de Domina Perla se alisó como una cáscara de huevo; toda expresión desaparecida a causa de la sorpresa. Se dejó

caer con suavidad en el borde de la cama. Por un instante, sentada con la mirada perdida en lo imprevisto, casi pareció humana.

Sus ojos abiertos de par en par se posaron primero en Ducon.

—El niño ha muerto.

De nuevo, Ducon no fue capaz de hablar, las palabras lo habían golpeado como si fueran un hechizo. Sacudió un poco la cabeza, sosteniéndole la mirada, y empezó a temblar mientras esperaba.

—Lydea… —empezó la Perla Negra; tuvo que parar y aclararse la garganta de algún ácido—. Los guardias la arrinconaron en lo más alto del palacio oculto. Sin ningún otro sitio al que ir en el mundo, saltó, abandonándolo, con el príncipe en sus brazos. Los guardias están buscando los cuerpos.

Por fin, Ducon emitió un sonido, suave y sin sentido. Domina Perla contuvo un tic en los labios y se levantó.

—Tendrás que organizar otro funeral —le dijo cansada a Camas Erl— adecuado para un gobernante infantil. Y desentrañar el árbol genealógico para descubrir exactamente quién debe gobernar tras él. No quiero ninguna ambigüedad en esta casa.

Ducon, oscilando hacia delante para sujetarse en el borde del gigantesco caldero como para recuperar el equilibrio, lo meció hasta sacarlo de la rejilla y lo lanzó por los aires. Se tambaleó bajo su peso, pero mantuvo el equilibrio mientras lo giraba como una campana y lo arrojaba con fuerza. Parecía una hazaña tan imposible que incluso la Perla Negra quedó absorta por el caldero volador hasta el instante previo a que pasara sobre el lugar en el que había estado de pie. Se estampó contra su cama, que se rompió en mil pedazos lanzando alas de escarabajos en todas las direcciones. Domina Perla, resurgida al observar el desastre, dejó escapar un lamento largo y agudo. Mag, a la que ya le repicaban los huesos del rostro antes de escuchar ese sonido, se tapó los oídos con los brazos. Ducon se tambaleó, pero se mantuvo erguido y, obstinado, después del caldero arremetió contra el árbol de espejos hecho de hierro forjado; su rostro atormentado se reflejó en todos los espejos antes de que se rompieran.

Tiró de la rejilla de hierro con las manos negras de ceniza. Mag contuvo el aliento, la polilla dorada en su prisión estaba justo encima de la cabeza de la

Perla Negra. Pero esta, con un chillido como una bisagra, no le dio oportunidad a Ducon de seguir. Se quedó congelado antes de arrojar la gran rejilla, hechizado bajo su mirada asesina, y temblando de nuevo bajo el peso que lo empujaba.

Domina Perla cogió aire para hablar, o a lo mejor solo para escupir y que el ácido lo devorara. En ese momento, el tarro explotó de pronto sobre su cabeza. Todos miraron hacia arriba a excepción de Ducon que, incluso hechizado, parecía decidido a arrojarle lo que pudiera a Domina Perla. La polilla voló libre, trazó varias espirales en un vuelo errático por la estancia y se posó en el pelo de Mag.

Mag sintió una chispa detrás de los ojos y en la garganta, sin más razón que el saber que la polilla era libre y había ido hacia ella. De repente, la habitación tembló de forma extraña debajo de ellos. Las esquirlas de ámbar brillaban y chasqueaban, los huesos se movían. Domina Perla se tambaleó y recuperó el equilibrio, su mirada buscaba enloquecida en los fragmentos rotos de los espejos. Las paredes volvieron a sacudirse, como si en el corazón del palacio oculto, o en sus cimientos, algo descomunal e inimaginable estuviera dando sus primeros y pesados pasos.

La rejilla se soltó del agarre de Ducon e hizo un boquete en el suelo al caer. Los tarros se entrechocaron en las estanterías, y las cosas que contenían temblaron. Un estante crujió al doblársele los tornillos. Se partió en dos de pronto, duchando a la Perla Negra en cristales, líquidos y diferentes hedores. Ella siseó una palabra mientras una grieta crecía en el techo.

—Dijo que haría lo que hiciera falta —susurró Camas Erl.

Domina Perla lo miró con el rostro veteado, como el barro seco, e igual de quebradizo; parecía que se rompería si la tocaban. La habitación dio sacudidas a su alrededor, retorciéndose, comprendió Mag, como los dientes de un engranaje. La pared a la que estaba encadena se había movido hasta quedar detrás de la Perla Negra, proporcionándole a Mag una visión perfecta del rostro rígido e inmóvil de Ducon y del tutor tras él, que intentaba mirar a través del techo.

—¿Qué es? —suplicaba Camas a lo que fuera que estuviera rompiendo las barreras de la historia mientras se movía para acudir a su encuentro—. ¿Es

ella? ¿O es el comienzo?

Domina Perla, triturando ilusiones como si fueran hojas secas, perdió una ceja mientras le gritaba exasperada:

—¿Por qué no lo sabes? ¡Llevas años estudiándolo!

—¿El final? —adivinó el tutor con el rostro pálido y extasiado.

Las paredes giraron otra vez, como si el ser gigantesco de fuera de la habitación estuviera intentando abrirla igual que un tarro. Una voz que era más viento que humana, o el siseo enfadado de un reptil gigantesco, se coló en ella; las palabras parecían de algún idioma antiguo, humano solo a medias y totalmente incomprensible. Domina Perla vadeó las esquirlas de cristal y ámbar y cogió un trozo de espejo. Al darle vueltas inútiles de un lado a otro para ver a quién hablaba, se le cayó la oreja arrugada. Dio un grito y se lanzó a buscarla entre los escombros. Camas Erl, con un brillo nervioso en los ojos amarillos, se alejó un paso de ella.

La voz invadió la habitación otra vez, con la energía furiosa de una tormenta en pleno apogeo, la amenaza inconfundible, las palabras indescifrables.

La Perla Negra escupió dos muelas podridas e intentó cazarlas al vuelo.

—¿Quién es esa mujer? —le preguntó a Camas con voz ronca—. ¿De qué lugar de Ombria proviene?

—Tienes que conocerla —respondió Camas frenético—. Siempre ha estado aquí.

De pronto, Ducon volvió a la vida; sus brazos, que todavía sujetaban la rejilla caída, se relajaron por fin. Observó perplejo el desastre a su alrededor y encontró a Mag de nuevo en las paredes desplazadas. Entonces un tablón del suelo, o una puerta, se arrancó de cuajo justo al otro lado de las paredes y Ducon volvió a quedarse congelado mientras intentaba, como los demás, percibir algo más allá del mundo visible.

La voz retumbó contra ellos, golpeándolos como la marea en las rocas.

—¡Devuélveme a mi chica de cera!

A la Perla Negra se le cayó el pulgar raquítico. Respondió con un grito repentino y furioso:

—¡Llévatela!

Se desvaneció. Camas Erl, dando gritos incoherentes, vacilaba entre la historia y la magia, pero después siguió el camino de fuga de aquello que entendía mejor.

La polilla salió aleteando del pelo de Mag, tocó el suelo y se convirtió en Faey.

Se había compuesto una especie de rostro a pedazos, su piel era iridiscente y tenía un ojo más pequeño que otro. Se apartó un mechón de pelo con un brillo antinatural del color de las alas de la polilla y tocó el grillete que apresaba la muñeca de Mag. Este se abrió y el brazo, dormido, cayó. Mag, derritiéndose como la cera, no fue capaz de moverse ni siquiera entonces. En su cabeza, la polilla en el tarro se convertía una y otra vez en Faey, que había salido del mundo subterráneo para rescatarla. Le ardían los ojos, el fuego bañaba sus mejillas, estaba ciega, las palabras se convertían en llamas en su garganta y ya no sabía si estaba hecha de cera o era la mecha y la llama.

Escuchó la voz de Ducon, desgarrada de ira y dolor.

—¿A dónde han ido? La quiero muerta. ¿Me ayudarás?

Faey se acomodó en el suelo junto a Mag y le rodeó los hombros con el brazo.

—Domina Perla ya está muerta mientras corre —le dijo la hechicera a Ducon—. Tú la mataste. No puede regenerarse sin su cama, y no tendrá tiempo de hacer una nueva antes de necesitarla. Creo que debe estar hecha de algún tipo de moho. O un hongo. Algo que creció en la sombra del mundo.

—Sus guardias hostigaron a Lydea y Kyel hasta la muerte, como si fueran animales. —El rostro de Ducon brillaba, ahogado de dolor—. Por favor, ¿puedes decirme dónde están?

—Por lo que pude ver, salieron por esa puerta. La que pintabas tantas veces, con los lirios a un lado. ¿O entraron en ella? Tú lo sabrás mejor que yo. Búscalos allí.

Ducon la miró indeciso, atormentado por sus acertijos, y, sacudido por un sollozo corto y áspero, se desvaneció por la puerta invisible de la Perla Negra sin responder.

¿O se habría desvanecido dentro de la puerta?, se preguntó Mag.

—Deberíamos ir tras él —dijo preocupada—. Ayudarlo. Todavía no está muerta, y sus guardias andan por todas partes.

—Puedo echarle un ojo desde aquí —respondió Faey—. Yo no necesito todos esos espejos para tener ojos en todas partes, no como otras.

Mag se limpió las lágrimas con la manga y dijo con voz ronca:

—Vine hasta aquí intentando encontrar a mi verdadera madre en un carboncillo. No creo que ver su rostro pudiera conmoverme jamás tanto como el verte a ti ahora. Sea cual sea el rostro que elijas usar.

—En mi vida me he equivocado casi tantas veces como he cambiado de rostro —dijo Faey pensativa ajustándose los ojos disparejos—. Hemos aprendido algo juntas, tú y yo. Justo cuando pensaba que ya sabía todo lo que necesitaba saber, me enseñaste cómo ver más allá de mi magia y encontrar mi corazón.

—¿Puedes enseñarme cómo ver sin ojos?

—A Ducon ya lo has visto de esa manera —dijo con sencillez Faey. Pero alargó el brazo para coger un trozo de espejo roto—. Toma, usa esto; todavía funcionan. Piensa en su rostro.

Mag invocó la imagen de Ducon en sus recuerdos y miró en el espejo. El ser de fuera dio un nuevo paso gigantesco que pareció sacudir el palacio desde la veleta hasta la bodega. Mag dio un respingo. El espejo tembló en sus manos, y la imagen que se formaba en su interior ondeó como si fuera de agua. Las paredes dieron su siguiente vuelta de reloj.

—Creía —comentó Mag preocupada— que eras tú la que hacía todo el ruido de ahí fuera. ¿Qué es?

—Algo que ocurre —respondió Faey enigmática—. Este es un buen lugar para esperar a que pase. Está fuera del tiempo, lo recordarás mejor después.

—¿Esperar a que pase qué? ¿Recordar el qué? ¿Qué está ocurriendo ahí fuera exactamente?

La hechicera se encogió de hombros con ligereza, tenía una ceja ladeada.

—Nunca estoy segura. Es algo que al parecer ocurre siempre que subo del mundo subterráneo.

Mag la miró fijamente, sin palabras. La habitación secreta siguió rotando como una estrella en un planetario, continuando su ruta inmutable por el

cielo.

VEINTISIETE



OMBRIA OCULTA

Ducon tuvo que pelear para abrirse paso por la hendidura en el aire que era la puerta invisible de la Perla Negra. Incluso el aire y el tiempo parecían estar deformándose dentro del palacio, igual que las baldosas y las vigas. Contuvo ilusiones de vigas que caían, se abrió paso a empellones entre paredes vacías que se juntaban, todo en un estrecho corredor de tiempo que hacía de entrada y salida a la habitación más íntima de la Perla Negra. Al abandonar sus secretos, casi lo había encerrado. La puerta deformada al final del pasillo se volvía cada vez más pequeña, ángulos extraños se precipitaban uno sobre otro en un iris ciego de molduras y tablones. La alcanzó justo antes de que se volviera demasiado pequeña para cruzarla.

Al salir de esa breve bolsa de tiempo, le sorprendió descubrir que el suelo temblaba debajo de él. Algo más que la hechicera estaba ocurriendo en el antiguo palacio. Se desperezaba como un ser vivo, murmuraba y gemía como un soñador. Salió del pequeño vestíbulo en el palacio escondido en el que la Perla Negra había construido su puerta y se detuvo, tragando saliva. La muerte había acechado aquellos pasadizos vacíos y olvidados. Reconoció al joven primo de mirada ardiente en un charco de su propia sangre en el salón. Todavía tenía la costra del corte en el cuello que le había hecho la hoja de Ducon. Este desencajó la espada de sus dedos rígidos y prestó atención. Aparte del ligero temblor en los cristales de una enorme lámpara de araña, no se oía ningún ruido. Echó a correr, hacia dentro y hacia arriba, hacia el corazón secreto del palacio.

No estaba preparado para la virulencia de la guardia de la Perla Negra. El primero casi lo empala antes de que recordara que ahora lo considerarían su presa; Domina Perla, que no tenía nada que perder, no lo dejaría vivir ni un minuto más de lo que ella quería. Peleó con desesperación. Su imagen en un par de ojos vacíos y descerebrados atrajo a los otros guardias. Ducon escuchó gritos en pasillos lejanos, crujidos de botas sobre suelos desnudos y desgastados. El palacio se sacudió de nuevo. El fuego de los candeleros de la pared creció por un momento. Ducon, agachándose para esquivar un tajo que lo habría dejado ciego, olió un aroma sorprendente a violetas.

Pero era un sueño, un cuento de niños. El umbral que Lydea había cruzado la había conducido a la muerte; el hombre silencioso con el rostro de Ducon que había caminado sin rumbo por el pasado ya era un fantasma antes. Había visto suficientes en casa de la hechicera como para reconocer a otro más. El techo sobre su cabeza gimió; un travesaño se retorció, o a lo mejor se enderezó. Ducon, distraído de nuevo por las diferentes posibilidades, recordó a la fuerza cuál era la más probable cuando la espada de un guardia invadió su atención y le cortó un lazo ensangrentado de la manga. Dio un salto atrás. La espada trazó un arco hacia su garganta y salió volando al techo cuando el suelo se sacudió otra vez. El guardia trastabilló y se desplomó, y Ducon se dio la vuelta y echó a correr.

Subió por las escaleras más cercanas, más arriba, y todavía más, hasta oír los crujidos de las palomas en las vigas, bajo los agujeros del techo podrido. Ya no escuchaba a los guardias aporreando el suelo en los pasillos de abajo o abriendo a golpes puertas que llevaban siglos cerradas. Ellos también seguirían subiendo, lo sabía; al final, como Lydea, puede que también se viera obligado a correr fuera del tiempo. El umbral al que por fin llegó seguía inmutable: un lado adornado con lirios, el otro desnudo y desgastado por el paso del tiempo. La negrura del otro lado parecía absoluta.

—Te dije —habló la Perla Negra detrás de él— que vendría aquí.

Ducon se giró como una flecha, dándole la espalda al vacío oscuro y con la espada fútilmente en alto. La Perla Negra hablaba con Camas Erl, que observaba a Ducon con una curiosidad febril, como si no fuera humano del todo, algo sin nombre cuyos movimientos resultaban por completo

impredecibles. A la Perla Negra le faltaban diversas partes, como si se hubiera recompuesto con demasiada prisa al salir de la tumba, y lo miraba con malevolencia.

—Ha dibujado esta puerta muchas veces —continuó—. Algo lo atrae a este lugar. Dibújanos algo, Ducon. Dibújanos una puerta. Tienes ese carboncillo. Siempre lo llevas encima.

El gran palacio se estremeció; la ciudad al otro lado del cristal combado de las ventanas se emborronó por un momento y recuperó la nitidez. En aquella habitación antigua y en descomposición con vistas a las calles sinuosas de debajo, a los muelles cubiertos de vegetación que se desmoronaban bajo el mar deslumbrante de la tarde, Ducon sintió que se le rompía el corazón, como si hubiera sido golpeado demasiado tiempo por la lluvia.

—No es nada —respondió cansado—. Un no lugar. Es donde murieron Lydea y Kyel. ¿Crees que puedes entrar ahí y salir con vida?

—Dibuja una puerta.

—La puerta está abierta.

—¿Lo está? —preguntó Camas estudiándolo aún—. Has visto lugares así durante toda tu vida. Los reconoces. ¿Qué te atrae de ellos?

Ducon guardó silencio, seguía teniendo la espada en alto, protegiendo el sitio en el que sus fantasmas vivían en algún otro mundo tranquilo.

—Las sombras —dijo Camas—. Puedes dibujar lo oculto. La Ciudad de Sombras.

—Bueno —respondió Ducon secamente—, está llena de sombras.

—¿Lo está?

Camas se acercó un paso más a Ducon en su fervor. La espada lo imitó. Domina Perla escupió algo y la espada cayó de la mano de Ducon perforando una moldura al otro lado de la habitación.

—Aunque me esté muriendo —dijo ella—, no estoy indefensa. Estás muerto. Morirás aquí, a este lado del umbral, o al otro, lo que tú elijas.

—De cualquier forma, no dibujaré una puerta para vosotros.

—Sí que lo harás —intervino Camas con suavidad—. Llevas toda la vida dibujando puertas para encontrar esta. No serías capaz de morir sin saber si tienen razón, que tú eres la puerta, la llave y el umbral entre mundos. ¿Están

vivos o muertos, Kyel y Lydea? Podría ser cualquier cosa dentro de esa oscuridad. Dibuja la puerta y descúbrelo.

Ducon sintió que una puerta se abría en algún lugar de su cabeza y se vio a sí mismo al otro lado del umbral. El palacio dio otro tumbo, sacudiéndolos. Ducon lo sintió desde lejos, aunque le había hecho caer de rodillas. Se enderezó, dejando la huella ensangrentada de una mano en el suelo. No respondió, se limitó a sacar el carboncillo del bolsillo y empezar a delinear el contorno de una puerta en el suelo, donde estaría la sombra de la oscuridad si la tuviera.

Al dibujar, recordó todos los recodos extraños que había doblado, los callejones inesperados, las calles serpenteantes que lo habían llevado hasta ese momento, agachado a los pies de la Perla Negra, entregándole lo último que dibujaría nunca. Habían sido Camas y ella los que habían concebido la idea de la puerta de sombras; a él nunca se le había ocurrido. Pero él, con sus extrañas compulsiones, con su vista para cualquier cosa oscura, paradójica o ambigua en sus vidas, y su carboncillo incansable, los había guiado hasta esa conclusión. Quizás Lydea había saltado al encuentro de su muerte a través del umbral oscuro. La Perla Negra veía una puerta diferente, y su sombra era una apertura hacia la luz.

Se le ennegrecieron los dedos, el remolino de carboncillo se convirtió en sombra. Sintió la huella de la mano extendida brillante que se transparentaba como si fuera el cerrojo y la propia mano que se alargaba hacia ese cerrojo. Dibujó su contorno en negro intenso, era su mano y la sangre de su corazón, y lo más cerca de lo que la Perla Negra le permitiría estar de abrir la puerta. En eso tuvo razón. Cuando el rectángulo negro en el suelo no podía ya contener un nuevo trazo de oscuridad, y el carboncillo dudó, Ducon sintió cómo la hoja en su garganta lo obligaba a retirarse. Los guardias que ella había convocado lo rodearon, sus ojos indolentes y enloquecidos observaban cada una de sus respiraciones.

—Elige —dijo la Perla Negra—, lord Ducon. La muerte rápida y predecible aquí o la larga caída hacia lo desconocido o hacia el sótano del palacio, lo que acuda antes a tu encuentro.

Ducon empezó a incorporarse y a girar para mirar hacia la oscuridad y así evitar que el último recuerdo que se llevase al olvido fuera el rostro de la Perla Negra. El suelo se sacudió y ondeó como si el palacio entero intentara arrancar sus propias raíces y alejarse de aquella ciudad condenada. El movimiento dispersó a los guardias y lanzó a Ducon al suelo contra el carboncillo. La mano, estirada en un intento de recuperar el equilibrio, se deslizó con anhelo y desesperación en la oscuridad para encontrarse con la mano de sombras en la puerta.

Se abrió.

La luz lo inundó todo y lo cegó. Escuchó el grito repentino de Camas. La Perla Negra rompió algo. Un rayo de luz plateada insoportable alcanzó a Ducon. Otro más ardió debajo de él y lo levantó del suelo luminoso y cegador en el que estaba arrodillado; no tenía nombre para aquello, ni forma de entenderlo, excepto que era lo contrario a la oscuridad.

Entonces una mano lo agarró y lo sacó de la luz. Parpadeando para despejar sus ojos de estrellas, se vio a sí mismo.

Y a alguien que no era él mismo.

Por primera vez, pudo ver el flujo brillante de poder que se alejaba infinitamente del hombre al que su carboncillo había liberado en las tabernas de Ombria. Se derretía a través de sus ojos plateados, volviéndolos de un tono más oscuro que los de Ducon, que habían adquirido una tonalidad más clara. Ducon intentó hablar, no lo consiguió. El hombre lo estudiaba igual de silencioso. El tiempo y las penas habían tallado las finas líneas de su boca y dejado huellas en sus ojos. Seguía sujetando el brazo de Ducon y apretó ligeramente los dedos antes de hablar.

—No te pareces nada a tu madre.

—Me parezco a ti —susurró Ducon.

—Ves lo que soy.

—Sí. —Tragó saliva—. Ahora sí. Antes no podía verlo.

—Me dibujaste dentro de Ombria. Era una sombra de mí mismo. Al ser de carboncillo, no podía hablar, solo observarte.

—Para protegerme —corrigió Ducon.

A su alrededor, comprendió, otros rostros de otros dibujos se arracimaban en aquella estancia y luchaban contra los guardias embrujados. El umbral de sombras, del que manaba luz como si fuera un sol, había iluminado el negro impenetrable de enfrente. Parecía que de él brotaba un ejército, junto a rachas de viento cargado de lluvia, el olor de la hierba y los gritos estridentes de los cuervos. Su padre seguía protegiéndolo del tumulto que tenía detrás, con la espada levantada para custodiarle la espalda. Ducon escuchaba la lucha desde la distancia; no podía apartar la mirada del rostro del hechicero.

—¿Fue mi madre quien te encontró? —preguntó con voz ronca—. ¿O la encontraste tú a ella?

—Fue ella quien saltó a mi encuentro. Como tú, se sentía atraída por esta puerta.

Los dedos de Ducon, cerrándose de pronto en la muñeca de su padre, se disolvieron ligeramente en un aura brillante.

—¿Vivió?

—Vivió y te tuvo. Nunca supe más que eso. Regresó al umbral para que pudiera conocerte. No volví a verla, aunque durante un tiempo hice guardia en ese umbral y busqué en el fuego y en el agua destellos suyos. Lo supe en el momento en que murió. Sabía que tú existías en su mundo, pero, hasta que me dibujaste, no había vuelto a ver tu rostro.

—Aquel día, la primera vez que te vi, te seguí. Me llevaste hasta… —Una sombra se desvaneció en los recuerdos de Ducon, las corrientes familiares de poder lo iluminaron—. Me llevaste hasta Faey.

—¿Así se llama? ¿La hechicera que vive bajo tierra? Nunca lo supimos.

—¿Qué eres tú en tu mundo?

—En el mundo del reflejo, gobierno. No vivo en el mundo subterráneo y, aunque soy muy poderoso, no soy inmortal. —Soltó el brazo de Ducon y le rozó la cara delicadamente con dedos largos y fuertes—. Parece que has heredado ese poder de formas extrañas. Lo reconoces, y sale a través de tus dibujos. Pero ¿no eres hechicero?

—Ni hechicero ni gobernante. Solo soy un hombre con un carboncillo.

Ducon dio un respingo al escuchar la feroz pelea de espadas acercarse. Las franjas esquivas y brillantes de poder parecían cerrarse cada vez más a su

alrededor y emborronaban las figuras en lucha y el ruido.

—¿Quedará la puerta abierta para siempre? —preguntó sin esperanzas—. ¿Puedes quedarte?

—Hemos venido porque, sumido en la desesperación, encontraste una manera de abrir una puerta entre nuestros mundos. El mundo de sombras es tu esperanza. Cuando no estés desesperado, no nos necesitarás más; entonces nos desvaneceremos y nos olvidarás. Cuando la hechicera que vive bajo tierra es perturbada lo suficiente por los acontecimientos como para subir al mundo de arriba, desesperado y turbulento, es ella quien altera el equilibrio entre la desesperación y la esperanza, entre la luz y la oscuridad. Nos atrae a vuestro mundo para recuperar el antiguo equilibrio entre nosotros. Pero fuiste tú quien nos buscaste en tus dibujos, tú quien viste a través de la oscuridad, tú quien abriste la puerta.

—Camas lo adivinó —dijo Ducon, a medio camino entre el rencor y el asombro—. ¿Te olvidaré? ¿Te olvidó mi madre? Nunca habló de ti.

—Quizás sí —respondió su padre con delicadeza—. O no. Yo nunca la olvidé. Ha habido otros niños pertenecientes a ambos mundos. Se quedarán donde han nacido. Como tú, parecen perseguidos por el mundo que perdieron.

—¿Fue mi madre capaz de regresar a este mundo a través de esa puerta?

—Aquí es donde pertenecía.

—Mi primo pequeño —se interrumpió porque le ardía la garganta; volvió a empezar—: Mi primo que es, era, el príncipe de Ombria, y la mujer que lo quería, huyeron para salvar la vida a través del umbral. Pertenecen a este mundo. ¿Existe un camino de vuelta para ellos?

Su padre se agitó un poco. El aire luminoso que los rodeaba se suavizó lo suficiente como para que Ducon viera las pocas batallas diseminadas a su alrededor, los guardias extraviados seguían obedeciendo tercamente las órdenes de la Perla Negra, aunque ella no estaba por ninguna parte. Camas se había esfumado con ella, a lo mejor al interior de sus erráticos pasadizos secretos, o igual habían huido a las calles de Ombria, donde ella no encontraría ninguna puerta que la salvase ni ninguna cama que no fuera la última.

—Dibújalos —sugirió su padre, y Ducon se volvió y levantó el carboncillo hacia la pared junto a la puerta.

Las primeras líneas que salieron de él revelaron un rostro que no pertenecía ni a Kyel ni a Lydea. Ducon levantó el brazo para borrarlo. Los ojos parecían observarlo, igual que habían hecho en vida, y se detuvo, desconcertado; después empezó a dibujar otra vez. Cuando el carboncillo trazó la cabeza de azabache de un prendedor que flotaba sobre una nube enmarañada de pelo, se detuvo de nuevo, inquieto por lo que reconocía y preguntándose si ella también se habría desvanecido de alguna forma más allá de la puerta. Las tonalidades de colores oscuros y rutilantes que salían a raudales de los ojos de carboncillo lo iluminaron.

—¿Quién es? —preguntó su padre. Detrás de ellos, la estancia había quedado al fin en silencio—. Ve lo mismo que tú.

—Es Mag —respondió Ducon—. Nos observa.

Se acercó al otro lado de la puerta, en la que los lirios seguían floreciendo, y le contó a su padre una historia de cera y carboncillo mientras dibujaba en la oscuridad los rostros que llevaba en el corazón, y a su alrededor el mundo que conocía sacó sus propias conclusiones.

VEINTIOCHO



PARA SIEMPRE

El príncipe de Ombria y su institutriz estaban sentados sobre la cama mirando la colección de marionetas extendidas sobre la vasta superficie de seda. El príncipe, que acababa de terminar la comida, se sentía adormilado y le pesaban los párpados. Pero contenía los bostezos, sus manos se movían con prisa entre las marionetas, eligiendo, descartando, hasta que por fin se precipitaron sobre la luna con los ojos de cristal y las manos con forma de estrella.

—Yo seré la luna —dijo Kyel—. Tienes que pedirme un deseo.

Lydea metió los dedos en la cabeza del zorro, con su sonrisa ladina y el pelo de terciopelo color fuego.

—Deseo que te eches la siesta.

—No vale —respondió el príncipe con paciencia—, tienes que pedir un deseo de verdad. Y yo te lo concederé porque soy la luna.

—Entonces pediré un deseo de zorro. Deseo una puerta abierta en todos los gallineros y la habilidad de subirme de un salto a los árboles.

La luna se hundió en la colina azul que formaba la rodilla de Kyel.

—¿Por qué?

—Para escapar de los perros del granjero cuando me persigan.

—Entonces deberías desear —dijo el príncipe de inmediato— ser capaz de saltar tan alto como la luna.

—Un buen deseo. Pero en la luna no hay gallinas y ¿cómo iba a volver a Ombria?

La luna salió otra vez y levantó una mano dorada.

—En una estrella.

La institutriz sonrió. El zorro acarició el pelo del príncipe mientras él se quitaba la luna y la reemplazaba por la hechicera, que tenía un ojo de amatista y otro de esmeralda y llevaba una capa negra que centelleaba con lazos de cambiantes colores pastel.

—Soy la hechicera que vive bajo tierra —dijo el príncipe—. ¿De verdad hay una hechicera que vive bajo tierra?

—Eso… —Lydea se corrigió y dejó hablar al zorro—. Eso dicen, señor.

—¿Cómo vive? ¿Tiene una casa?

Ella se detuvo de nuevo, captando un destello de una historia apenas recordada.

—Creo que sí. A lo mejor hasta tiene su propia ciudad debajo de Ombria. Hay quien dice que tiene un enemigo muy antiguo, que aparece durante tiempos duros y peligrosos de la historia de Ombria. Entonces, y solo entonces, es cuando la hechicera sale de su mundo subterráneo para luchar contra el mal y que Ombria recupere la esperanza.

—Mi tutora recorre toda Ombria. A lo mejor ella sabe dónde vive la hechicera.

—No me sorprendería de nada de lo que supiera tu tutora.

La hechicera descendió y posó la nariz alargada en la seda.

Kyel cogió otra marioneta y la miró en silencio un momento. La reina de los piratas, con las uñas negras y curvas como cimitarras y el pelo recogido en un montículo rígido en el que escondía las armas, lo observaba con sus brillantes ojos de ónix. Kyel la posó en silencio frunciendo ligeramente el ceño. Se acomodó en las almohadas. Lydea apartó las marionetas y empezó a levantarse.

—No —dijo el príncipe adormilado—. Quédate. Cuéntame un cuento.

—Y después a dormir.

Se recolocó otra vez a su lado y cogió la oveja negra distraídamente, que tenía los ojos plateados y la boca grande curvada en una ligera sonrisa.

—Cuéntame el cuento del medallón.

—Había una vez, señor, en el mejor y el peor de todos los mundos posibles, una princesa que se enamoró de un joven que amaba dibujar.

—Como Ducon.

—Sí, muy parecido a tu primo. Cada día durante un año, la princesa le entregó una rosa. Recogía una al amanecer de los jardines de su padre y después la llevaba al punto más alto del castillo, un lugar tan alto que todo el mundo lo había olvidado excepto las palomas que anidaban bajo el tejado lleno de agujeros. Ahí, la princesa había descubierto una puerta secreta que conectaba el mejor y el peor de los mundos. Cada día, se encontraban en el umbral de esa puerta. Ella le daba una rosa, él un dibujo de la ciudad en la que vivía. Estaban muy enamorados, pero, por supuesto, no podían casarse, pues pertenecían a mundos diferentes: ella era una princesa y él un artista que tenía que pintar los carteles de las tabernas para poder comer.

»Un día, cuando había pasado un año, la princesa le llevó a un niño además de la rosa. Fue el día más feliz de su vida, porque le había entregado a su hijo, pero también el día más triste de su vida, porque él acudió a ella con la sangre de su corazón en el papel en lugar de un dibujo. Alguien lo había visto con la princesa y lo había castigado. Así que, presa del amor y del dolor, cruzó el umbral de su mundo para quedarse con él cuando espirase su último...

—¿Su último qué?

—Aliento. En su dolor, se arrancó el medallón de la garganta y colocó en él un pétalo de rosa, tres gotas de la sangre de su amado y una astilla de su carboncillo. Pero, después de que muriera, descubrió que no podía regresar a su mundo con el bebé, que era la mitad del mejor y la mitad del peor mundo, y ninguno de los dos lo aceptaría. La princesa, después de muchos días de llorar y buscar sin parar, al final dejó al bebé con una mujer sabia y poderosa que sabría, con sus vastos conocimientos y experiencias, cómo criar a un hijo de ambos mundos. Por fin, la princesa podía regresar a su mundo. Lo único que tenía que dejar con el bebé era el medallón, que contenía todos los recuerdos de su amor…

Lydea escuchó la respiración acompasada de Kyel y se detuvo. Lo arropó y se deslizó con cuidado de la cama, solo entonces descubrió que el regente se encontraba en el umbral.

No sabía cuánto tiempo llevaba escuchando. Hizo una reverencia, que borró el ceño fruncido del joven. El regente le dedicó un último vistazo al niño

en la cama y salió detrás de ella; los cortesanos del príncipe entraron en la habitación para esperar a que despertase.

Ducon había recuperado parte de su sentido del humor después de haberlo perdido durante semanas a causa de la precaria posición en la que se encontraba. El artista bohemio se había visto obligado a aprender a gobernar la ciudad tras la muerte de su tío. Parecía mayor, agobiado, y mucho más pulcro. Había sido como si a la muerte de su tío hubiera visto Ombria por primera vez de pronto. Todos los muelles abandonados que había recorrido debían ser reparados; las calles peligrosas y turbulentas por las que había vagado a todas horas tenían que volverse seguras; los huérfanos tenían que ser capturados como si fueran perros callejeros para ser alimentados y acudir a la escuela. Había declarado la guerra a los barcos de velas negras que hasta entonces gobernaban los puertos. Cada día traía consigo una lista interminable de quejas, injusticias, obligaciones y peticiones. Lydea había supuesto que se desvanecería más allá del palacio, como había sido su costumbre, sin que nadie pudiera adivinar su paradero. De momento no lo había hecho. Lo encontraba junto a ella en momentos inesperados, como si utilizara su compañía a modo de vía de escape. A lo mejor, pensó, lo que le atraía era la tabernera que percibía debajo del atuendo sobrio de institutriz. Era lo más cerca que podía estar de la vida que había perdido.

—Lavanda —comentó él mirando los lazos que llevaba en la manga.

—El príncipe comentó que estaba cansado de ver tanto negro.

—Yo también —susurró él—. Parece como si lleváramos de luto desde siempre.

La tristeza le dio alcance, como hacía a veces cuando menos lo esperaba; un dedo de fuego en el hueco de la garganta. Lydea tragó saliva y se limitó a responder:

—Es porque ha estado trabajando muy duro, señor.

—Todavía no estoy acostumbrado.

Cogió entre los dedos el hilo deshilachado del lazo que Lydea llevaba en la muñeca, ajeno a los guardias y funcionarios que lo habían seguido y lo acechaban. Era el color lo que lo atraía, comprendió ella; su pelo, los lazos, las

pequeñas pinceladas de satén y joyas de las marionetas esparcidas sobre la seda azul profundo.

—A lo mejor voy contigo esta tarde —dijo él impulsivo.

—¿A la taberna de mi padre? —La idea le arrancó una sonrisa—. No está a la altura de alguien como usted.

—He ido a…

—Lo sé, señor, a todas las tabernas de Ombria excepto a La Rosa y la Espina. Me pregunto cómo pudo saltársela. —Entonces, como salido de la nada, un escalofrío de miedo la recorrió, y se escuchó decir—: No podemos dejar al príncipe. No los dos a la vez.

Él le dedicó una mirada extraña, no de sorpresa, sino un reflejo de su miedo, lo que le resultó aún más peculiar. Ducon se liberó del lazo, asintió y su mirada se posó brevemente en la puerta del príncipe.

—Quizás tengas razón. ¿Sabe a dónde vas?

—Lo sabe, señor. Pero estaré de vuelta antes de que se acuerde de que me he marchado.

—Ten cuidado —dijo él—. Dile a tu padre que iré a dibujar a su taberna un día de estos.

Pero era un deseo vano, como ella sabía. Ya era una leyenda en algunas partes de la ciudad, y las leyendas, una vez creadas, rara vez regresaban a repetir sus hazañas. Ducon pareció leerle la mente. Sostuvo su mirada con sus ojos claros, a los que asomaba una sonrisa.

—No —dijo él—, un deseo vano.

Una promesa, parecían decirle sus ojos. Lydea parpadeó y descartó la idea que había atisbado y que rodó como una criatura marina hasta la superficie de sus pensamientos para sumergirse de nuevo tan profundamente que ya la había olvidado antes de llegar a su habitación.

Arriba, se descubrió pensando, y abajo, y ahora en la mitad. Desde la ventana se veía la celosía de los jardines, aunque no el mar. Pero ella nunca había estado tan abajo en el palacio a excepción de una vez, con el regente, que la había llevado allí por alguna razón desconocida. A lo mejor solo había querido que viera cómo vivían quienes nunca levantaban la vista en los pasillos, quienes no hablaban jamás.

—Este palacio —había dicho él— es una pequeña ciudad, el pasado al lado del presente, como un zapato junto al otro. Si los miras en el espejo, la izquierda se convierte en la derecha, el presente se convierte en pasado…

Zapatos. Su mente regresaba a ellos de forma extraña mientras se arreglaba y se ponía una capa con capucha. Los días eran más cortos y la dirección del viento había cambiado. Bajaba por un pasillo bien iluminado y protegido cuando una puertecita escondida en la pared se abrió con un clic y Lydea se quedó congelada tapándose la boca con las dos manos para ahogar un grito de terror.

Mag salió de la pared. Ella también pareció afectada al ver a Lydea, que dejó caer las manos con rapidez y se preguntó a qué se debía su corazón desbocado.

—Lo siento mucho —dijo la tutora con aire culpable—. Estaba explorando.

—No sé por qué me asusté tanto.

—Ya lo sé. No pasa nada. Toma.

Se agachó a recoger la elegante caja de palisandro que se le había caído a Lydea.

—Es para mi padre —explicó Lydea aturdida—. Guarda el dinero en una bota vieja.

—¿Has ido a verlo desde que murió Royce Greve?

—Solo una vez. Estará preocupado. Esa vez… estaba desconsolada.

Mag asintió con gravedad. Era joven para ser la tutora de un príncipe, pero el regente la había elegido a ella. Había sustituido a Camas Erl, que a su vez había emprendido un largo viaje para estudiar la flora y la fauna de las islas más remotas de los mares del sur. Había partido poco después de la muerte de Royce y seguiría fuera, había declarado, de manera indefinida. A Lydea los conocimientos de Mag le parecían asombrosos y había cogido la costumbre de acudir a las clases junto al príncipe. Se ayudaban a estudiar el uno al otro, a veces con ayuda de las marionetas.

Lydea, una vez superado su extraño miedo, estaba intrigada.

—¿Qué hay ahí?

—Otro palacio. Habitaciones que no usa nadie, pasadizos llenos de polvo, puertas secretas por todas partes. —Mientras hablaba observaba a Lydea con

atención, sus ojos tranquilos tomaban nota de cualquier cambio en su expresión. Mag, al parecer, lo veía todo, y también lo recordaba… De forma inesperada, añadió—: Vi a tu padre hace dos días.

—¿Estuviste en esa parte de la ciudad? ¿Tú sola?

—Tú vas sola.

—Porque crecí allí.

Mag asintió. Ella misma tenía un pasado confuso en el que aparecían burdeles, alquimistas y la cara más desagradable de Ombria. Lydea suponía que ese era el motivo de que Ducon la hubiera elegido.

—Yo también —respondió Mag—. Fui a ver qué tal se encontraba tu padre. La Rosa y la Espina estaba repleta; me imagino que la bota estará bien llena.

—¿Qué hacías allí?

Lydea se preguntó con curiosidad si la seria y grácil Mag, con ese pelo como paja hilada en oro, tendría un amante. Estaba acostumbrada a la expresión vaga y a la mirada perdida que adquiría Mag cuando le hacían preguntas. Aunque a veces dejaba caer algunos detalles al responder, y Lydea juntaba las piezas después.

—Estaba visitando a una amiga —respondió Mag—. Me está enseñando su oficio. Soy una especie de aprendiz suya.

—¿A qué se dedica?

—Oh, a unas cosas y otras. Es una especie de historiadora. Y también sabe algo de curación. Más o menos. La gente acude a ella en busca de ayuda.

—Una médica.

—Algo así.

—Pero ¿dónde vive?

Mag respondió con poca elocuencia, casi como si le costara encontrar las palabras.

—Cerca del agua —dejó caer, lo que Lydea interpretó como que viviría con vistas al mar. Para cambiar de tema, Mag añadió con solemnidad—: Creo que la mejor manera de enseñar es estar siempre aprendiendo algo nuevo. ¿No estás de acuerdo?

¿Quién no lo estaría?, pensó Lydea mientras bajaba hacia la puerta de poniente del palacio, donde la esperaba el carruaje. Mag estaba tan llena de

secretos como el palacio mismo. Cuando el carruaje pasó por delante del parterre de girasoles ciegos y marchitos junto a la puerta, Lydea se descubrió recordando un cuento antiguo que le había contado a Kyel un par de veces cuando Royce todavía vivía y ella había pasado cada momento de vigilia perdidamente enamorada o aterrada. ¿Cuál de las dos? Una ciudad oculta… Algo de un abanico…

También se olvidó de eso mientras las calles familiares desfilaban ante sus ojos y los carteles de las tabernas cambiaban como cartas de la baraja, hasta que el tiempo le repartió la carta de La Rosa y la Espina y vio el rostro sonriente de su padre a través de la puerta abierta.



Por la misma autora



Las bestias olvidadas de Eld

Traducción de Rebeca Cardeñoso

«Al gigante Grof le lanzaron una piedra al ojo, ese ojo se volvió hacia el interior en su mente, y el gigante murió por lo que vio en ella»

www.duermevelaediciones.es